Andréi Biely

La paloma de plata

Capítulo I

Tselebeyevo

Nuestra aldea

Una y otra vez, y una vez más, en el abismo azul del día, inundado de ardientes y brutales estallidos de luz, resonaba la llamada estridente del campanario de Tselebeyevo. Los vencejos alzaban el vuelo desde todos los rincones y revoloteaban por encima del campanario. El día de la Trinidad, cargado de fragancias, espolvoreaba los arbustos con frágiles rosas silvestres. El calor oprimía el pecho; las alas de las libélulas que sobrevolaban el estanque se recortaban como cristales contra el bochorno; alzaban el vuelo en el calor, en el abismo azul del día, hacia la calma del desierto azul. Con un revés enérgico de la manga empapada de sudor, un aldeano sudoroso se embadurnaba de polvo el rostro mientras se arrastraba hacia lo alto del campanario para zarandear el badajo de bronce de la campana, para sudar y aplicarse a su trabajo para mayor gloria de Dios. Una y otra vez, y una vez más, resonaba en el abismo azul del día el campanario de Tselebeyevo; y los vencejos daban vueltas sobre él dibujando ochos y lanzando gritos estridentes.

Tselebeyevo es una aldea magnífica, próxima a la ciudad, situada en medio de colinas y de prados; las casitas dispersas por aquí y por allá están ricamente decoradas ya sea con una franja de madera tallada, como el rostro rodeado de rizos de una joven coqueta, ya sea con un gallo de hojalata pintada, ya sea con flores y angelitos coloreados; la adornan magníficos setos, jardincillos y también algún grosellero y un enjambre de nidos que se perfilan a la luz del atardecer en la punta de los curvados palos de las escobas: ¡una aldea magnífica! Preguntadle a la mujer del pope; cuando llega el pope de Voronio (su suegro vivía allí desde hacía diez años en una comunidad religiosa) siempre pasa lo mismo: llega el pope de Voronio, se quita la sotana, besa a su robusta esposa, se ajusta la túnica y dice enseguida: «Prepara el samovar, vida mía». Luego, tan pronto como el calor del samovar lo cubre de sudor, se emociona: «¡Qué magnífica es nuestra aldea!». Y no se puede negar que es un pope muy erudito y, además, no es de esa clase de personas que dicen mentiras.

En la aldea Tselebeyevo las casas están diseminadas por aquí, por allá y más allá: una casita tuerta atisba con su pupila clara durante el día; la pupila malvada te observa desde detrás de los arbustos ralos; sobresale el tejado de hojalata; no, no es un verdadero tejado: es el tocado verde que una joven orgullosa se coloca sobre la frente; algo más lejos, desde el barranco, asoma una modesta choza: observa, pero hacia el atardecer se envuelve en la neblina fría de su velo de novia.

De una isba a la siguiente, de una colina a la otra; de una loma a un barranco, a los arbustos: y más allá hay más; miras, y los cuchicheos del bosque te incitan a la soñolencia; ya no hay escapatoria.

En medio de la aldea hay un prado grande, muy grande; de un verde intenso: es un lugar para pasear, para relajarse, para bailar, para llorar con las canciones tristes que cantan las jóvenes; también aquí el acordeón encuentra un lugar: no es como el paseo de una ciudad cualquiera: allí no se pueden escupir las pipas ni estirar las piernas como uno quiere. Pero aquí, cuando se organiza un corro, tan pronto como las jóvenes maquilladas, con vestidos de seda y collares, empiezan a lanzar unos gritos agudos y las piernas inician el baile, una ola de hierba se pone en movimiento, el viento del atardecer comienza a ulular de una forma extraña y alegre: no sabes cuán extraña, cuán alegre… Y las olas avanzan y avanzan: corren asustadas hacia el camino, y se rompen con un chapoteo oscilante: entonces solloza el arbusto al pie del camino y suelta un polvillo desaliñado. Por las noches, pega el oído al camino: oirás crecer la hierba, alzarse la enorme luna amarilla sobre la aldea; y el chirriar sonoro de la carreta de un aldeano rezagado.

Un camino blanco; un camino polvoriento; corre, corre, atravesado por una sonrisa seca y burlona; lo quieren aplanar, suprimir, no se lo permiten: el mismo pope hace poco lo explicaba así… «Yo mismo —decía— no estoy en contra, pero el consejo rural…». Así pues, el camino pasa por allí, pero nadie lo arregla. Sin embargo, pasó una cosa: salieron los campesinos con palas…

Las personas sensatas cuentan, con los ojos bajos fijos en sus barbas, que la aldea está habitada desde tiempos inmemoriales y desde entonces los pies se van solos; se pasean los jóvenes, se pasean y comen pipas: en principio no parece importante; pero luego, cuando dicen adiós desde el camino, es para no regresar ya más: eso es lo que pasa.

Una sonrisa seca y burlona se incrustó en el gran prado verde de Tselebeyevo. Una fuerza desconocida arrastra a gente de todo tipo: carretas, carros y camiones cargados con cajas de madera con botellas de vodka para el «Vinopolio»; la gente tira de carros y carretas por el camino: tanto el obrero de la ciudad como el peregrino, tanto el *sicialista* con un hatillo como el sargento de policía, y una señora en un coche de tres caballos: todos, en tropel; algunas de las isbas de la aldea se agrupan junto al camino: son las más bajas y las más sucias, con los tejados ladeados, como una pandilla de jóvenes borrachos con las gorras de lado; aquí hay una posada y una taberna, allí, donde un feroz espantapájaros con los brazos extendidos muestra por entre los andrajos sucios la escoba, sí, allí: además, un grajo se ha posado encima y grazna. Más allá hay una estaca, y más lejos un campo vacío, grande. Y corre, corre por el campo el camino blanco y polvoriento, sonríe al vasto espacio que le rodea, a los campos cercanos, a las aldeas vecinas, a la magnífica ciudad de Lijov, de donde llega todo tipo de gente, e incluso, a veces, una compañía alegre como ésta, no lo quiera Dios: en automóviles llega una señorita de ciudad tocada con un sombrero acompañada de un especulador, o bien unos pintores borrachos vestidos con camisas fantásticas en compañía de un señor «astudiante» (¡que sólo el diablo conoce!). Ahora están en la taberna, menudo jaleo se ha armado; los jóvenes de la aldea se unen a ellos y, ah, cómo gritan: «Paaa-saaan los a-a-año-ooos… paaa-saaan… los aa-año-ooos… Soy un jooo-ven peeeer-didoooo… para siempre…».

Darialski

La mañana dorada del día de la Trinidad, Darialski iba de camino hacia la aldea. Darialski pasaba el verano como invitado en casa de la abuela de la señorita de Gugolevo; esta señorita tenía una apariencia muy agradable y maneras más agradables aún; esta señorita era la prometida de Darialski. Darialski avanzaba envuelto en calor y luz, recordando el día anterior, que había transcurrido felizmente en compañía de la señorita y su abuela; la había entretenido el día anterior con palabras dulces sobre el pasado, sobre los inolvidables húsares y sobre todo un poco, sobre esas cosas que las damas ancianas gustan de recordar; él mismo había pasado un buen rato paseando con su prometida por los robledales de Gugolevo; aún le había divertido más recoger flores. Pero ni la anciana ni los húsares de memoria imborrable ni el robledal, ese bosque que amaba a causa de la compañía de la joven, a quien quería incluso más, nada de esto suscitaba hoy recuerdos agradables: el bochorno de ese día de la Trinidad le oprimía y asfixiaba el ánimo. Aquel día ni siquiera le atraía Marcial, que, abierto sobre la mesa, habían ensuciado ligeramente las moscas…

Darialski. ¿Se han fijado en el nombre de mi protagonista? Sí, se trata de Darialski, ése mismo que dos veranos seguidos ha alquilado con un amigo la isba de Fiódor. Con el corazón herido por una doncella, ha buscado dos años seguidos el medio más seguro para encontrarse con la dama amada aquí, en los prados de Tselebeyevo y en los robledales de Gugolevo. Le salió tan bien que al tercer verano se instaló en Gugolevo, en la finca de la abuela, la baronesa Todrabe-Graaben. La vetusta anciana tenía una opinión estricta sobre la entrega de su nieta en matrimonio a un joven, el cual, según su opinión, no sólo tenía la cabeza hueca sino (lo que era más importante) también los bolsillos. Darialski se había ganado fama de simple ya de niño; había perdido a sus padres y antes incluso su fortuna: «¡Más solo que la una!», murmuraban al oído las personas serias; pero la joven tenía otra opinión, así que después de una larga explicación a la abuela, durante la cual la astuta anciana se había retorcido varias veces en el sillón mientras daba pequeños sorbos de agua, la hermosa Katia se fue derecha a contar a las hijas del antiguo pope de Tselebeyevo que se había prometido, y Darialski se trasladó a la rica finca que tenía un parque, invernaderos, rosales y cupidos de mármol cubiertos de moho. Fue así como la hermosa joven consiguió convencer a la vetusta anciana de las agradables cualidades del joven visitante.

Desde niño Darialski se había ganado la fama de extravagante, pero, según se decía, había terminado sus estudios en un centro donde una docena de sabios se dedican, año tras año, como si de una ciencia se tratara —¡es cierto, lo juro!—, a estudiar las elucubraciones de versificadores en sólo Dios sabe qué lenguas tan inconvenientes. Darialski era un gran aficionado a esa clase de versos, y él mismo era muy bueno componiéndolos: escribía principalmente sobre *el talón liliáceo*, sobre *la mirra de los labios*, e incluso sobre *el cántico de las fosas nasales*. No, no se vayan a creer: había publicado un librito con muchas páginas, con la imagen de una hoja de higuera en la cubierta; en él, el joven poeta se explayaba sobre el talón liliáceo y sobre la señorita de Gugolevo bajo el aspecto de una joven diosa sin ropas, y las hijas del antiguo pope de Tselebeyevo fueron a visitar al pope actual para alabar el libro: el pope se puso a echar pestes diciendo que Darialski sólo escribía sobre mujeres desnudas; el compañero de Darialski lo justificaba (el compañero que seguía ocupando una dacha en Tselebeyevo), intentaba justificarlo del modo siguiente: el fruto de la inspiración del poeta no son mujeres desnudas, sino diosas… Pero, me pregunto, ¿cuál es la diferencia

entre una diosa y una mujer? Diosa o mujer, todas son iguales: en la antigüedad, las diosas no eran sino mujeres. Mujeres y, encima, de costumbres disolutas.

El amigo de Darialski era un hombre extremadamente discreto: su apellido no era ruso y pasaba los días y las noches enfrascado en la lectura de libros de filosofía; aunque negaba a Dios, solía visitar al pope, y al pope no le parecía mal; tampoco a las autoridades; en realidad, era ortodoxo, se llamaba Schmidt, pero no creía en Dios…

Darialski volvió a distraerse de sus pensamientos cuando se acercaba a la iglesia; pasaba cerca del estanque, y se reflejaba en las profundas aguas azules; se distrajo de sus pensamientos pero volvió a ensimismarse en ellos.

Cuando no hay nubes, el cielo parece nuevo, más alto y profundo de lo habitual; el prado en declive rodea como en un abrazo el espejo cristalino del estanque de aguas limpias, donde nadan unas ocas tristes: nadan, salen a la orilla los ánades para alisarse las plumas, agitar la cola y, solemnemente, con gran solemnidad, dirigirse vacilantes en fila a entablar una conversación ruidosa e incomprensible; desde hace varias decenas de años se desploman los brazos extendidos y desgreñados de un abedul con un agujero en el tronco, pero no contará todo lo que ha visto. Darialski ha sentido el deseo de tumbarse en el hueco y perderse en la contemplación del cielo a través de las ramas, a través de la brillante trama de una telaraña extendida en lo alto; allí donde la ávida araña, harta de un atracón de moscas, está extendida inmóvil en el aire, parece que esté en el cielo. ¿Y el cielo? El aire pálido parece pálido al principio, pero si se observa atentamente ¿no resulta negro? Darialski se estremece, como si un peligro secreto le amenazara allí, como le había amenazado más de una vez, como si un terrible secreto encerrado en el cielo desde siglos lo llamara: «No temas, no estás en el aire, fíjate, el agua corre por debajo de los puentecillos con tristeza».

Del puentecillo sobresalen unas piernas sanas bajo la falda roja arremangada y unas manos enjuagan la ropa blanca, pero no se ve quién lo hace: si una anciana, una mujer o una joven. Darialski observa, y el puentecillo le parece terriblemente triste, aunque sea de día, aunque la campana resuene festiva en el cielo claro. Un día claro y soleado, un agua transparente que refleja el sol: muy azul; si la miras atentamente, no sabes si es el agua o el cielo. ¡Cuidado, joven, te marearás, aléjate!

Y Darialski se apartó y siguió adelante alejándose del estanque, en dirección a la aldea, al templo claro, preguntándose de dónde se filtraba en su ánimo esa pena, como en la infancia llegaba de no sabía dónde, llegaba y se iba; y todos te decían que eres un extravagante y no te dabas cuenta, hablabas a destiempo, de manera que se reían de tus palabras y sacudían la cabeza.

Darialski caminaba y reflexionaba: «¿Qué me ocurre, maldita sea, qué necesito? ¿No tengo una prometida hermosa? ¿No es verdad que me ama? ¿No la he buscado durante más de dos años? Ya la he encontrado y… fuera, pensamientos maravillosos, fuera…». Hacía sólo tres días que se había prometido con su amada; pensaba en la suerte que había tenido a causa de esa reunión estúpida, donde una palabra aguda había complacido a la bella joven, y cómo luego había empezado a cortejarla; aunque la bella no cedió fácilmente pero, por fin, había conseguido su mano blanca; ahora su anillo de oro en el dedo le apretaba por falta de costumbre… «Querida Katia, mi luz», susurró, y se sorprendió al descubrir que no era la imagen tierna de la doncella la que surgía en su alma sino unas líneas difuminadas.

Entró en el templo con esos pensamientos; el aroma del incienso, mezclado con el aroma de las ramas de abedul acabadas de cortar, con el sudor de los numerosos campesinos, la cera de sus botas lustradas y la inevitable tela roja se filtraban agradablemente por la nariz; se preparaba para escuchar a Aleksandr Nikoláyevich, el sacristán, que desde la izquierda del coro tocaba un redoble de tambor, cuando, de pronto, en un rincón apartado de la iglesia se empezó a agitar un pañuelo rojo con unos lunares blancos, un pañuelo sobre una chaquetilla de tela de algodón roja; una mujer le miraba fijamente; y tuvo ganas de decirse para sí mismo: «¡Caramba, qué mujer!», graznar y erguirse para que allí, en ese mismo instante, olvidándose de todo, empezara a hacer reverencias a la Reina de los Cielos, pero… no graznó, no se irguió y no hizo ni una sola reverencia. Una oleada dulce de inexplicable horror le abrasó el pecho, y no se dio cuenta que palidecía; que, pálido como la muerte, apenas si se sostenía sobre las piernas. El rostro sin cejas, cubierto de marcas de viruela, de la mujer le miraba con una preocupación severa y ávida; lo que ese rostro le decía, lo que se reflejaba en su ánimo, no lo sabía ni él mismo; allí sólo había un pañuelo rojo con lunares blancos que se agitaba. Cuando Darialski volvió en sí, había cesado el tamborileo de Aleksandr Nikoláyevich, el sacristán, desde la izquierda del coro; el padre Vukol ya había salido varias veces al ambón y un rayo de sol corría por sus cabellos rojizos y sobre la casulla de plata bordada con flores azules; ahora el pope se arrodillaba tras las puertas abiertas del altar; ya se había cantado «invisiblemente escoltado»; y las cinco hijas del terrateniente Utkin —ésta y aquélla también— volvieron por turno hacia Darialski sus caras redondas como nabos y, luego, solemnemente se pusieron de pie frunciendo los labios en un mohín caprichoso que hasta resultaba indecente, mientras que la sexta (una solterona), con un racimo de cerezas maduras en el sombrero, se mordía los labios despechada.

Terminó el servicio religioso; el pope salió con la cruz y se puso a distribuir los panes eucarísticos barrigudos al terrateniente Utkin, a sus seis hijas maduras y a los campesinos más ricos y más importantes, a los que llevaban el gabán más nuevo y las botas más crujientes, a quien con su inteligencia había conseguido construirse una vivienda cómoda, ahorrar un dinerillo con la venta clandestina de vino o bien con sabias transacciones, en una palabra, a ésos cuyas guaridas eran más importantes y mezquinas que las de los demás; éstos se acercaban a adorar la Santa Cruz con solemnidad y dignidad e inclinaban con dignidad los rostros barbudos con el cabello corto, embebidos en el olor del aceite de la lámpara; y cuando salieron del ambón los aldeanos notables de la aldea, el pope paseó decididamente la cruz por delante de las narices de los gabanes que allí se habían reunido (no en vano susurraba «la institutriz» que a ella, Shkurenkova, el pope le había golpeado con la cruz en los dientes, de manera que le dolieron mucho tiempo). Darialski se acercaba ya a la cruz, el pope ya le tendía la cruz con una mano, mientras extendía la otra mano hacia el pan eucarístico, cuando de nuevo le quemó la mirada de esa mujer extraña; sus labios rojos se estremecieron ligeramente al esbozar una sonrisa, como si sorbieran su alma a placer; y no recordaba cómo se acercó a la santa cruz ni cómo el pope le había invitado a comer una empanada en su casa, ni lo que le había respondido al pope: sólo recordaba que una parte de su alma ansiaba a la joven picada de viruela. Se puso vehementemente a invocar en su alma la imagen de Katia: «¡Mi amada, mi querida prometida!», la imagen amada surgió como dibujada con tiza en la pizarra de una escuela; el malvado maestro la eliminó con el borrador y ahora allí no había más que el vacío.

La joven picada de viruela, de ojo avizor, sin cejas, surgía del fondo de su alma como una flor sin aroma, y había hecho irrupción no como un sueño, una aurora o un prado de miel, sino como una nube, una tormenta, un tigre, un lobo, con un giro instantáneo entró en su alma y lo llamaba; y la sonrisa burlona de sus labios dulces suscitaba una pena ebria, angustiada, dulce, y también risa y descaro: como la erupción de un cráter milenario resucita el recuerdo de algo que no ha existido nunca antes en tu vida, despierta un rostro desconocido, terriblemente familiar en sueños; y el rostro surge con la imagen de una infancia pasada que, sin embargo, ha existido; ¡así es el rostro de la dama picada de viruela!

Así pensaba Darialski: en realidad no pensaba, porque los pensamientos surgían espontáneamente en su alma; la mujer ya había salido de la iglesia y la seguía el carpintero Kudeyárov, de rostro enfermizo, con la mano hundida en la mata amarilla de su barba; empujó a Darialski, le lanzó una mirada breve, la visión fugaz de su rostro hizo surgir en su alma algo indefinido: unas líneas difuminadas. Darialski no recuerda cómo salió al atrio; no recuerda que el campanario de Tselebeyevo lanzaba unas llamadas estridentes y tampoco recuerda los gritos estridentes que lanzaban los vencejos que levantaban el vuelo aquí y allá. El día de la Trinidad espolvoreaba los arbustos con frágiles rosas silvestres de color rosado y las moscas se posaban en enjambres de esmeraldas zumbantes sobre las espaldas de los descoloridos gabanes que el sol había caldeado.

Pasaba un joven estrechando un acordeón contra su vientre, sus pies levantaban pequeñas explosiones silenciosas de polvo; gritó algo al camino; las carretas avanzaban por el camino; las ruedas sin engrasar chirriaban y rechinaban; los tejados de hojalata de las isbas y las ventanas enardecidas por la luz (las que no estaban tapadas con una almohada) alejaban el reflejo del sol. A lo lejos se pavoneaban de dos en dos unas jóvenes corpulentas ataviadas con chaquetillas de color verde, azul o amarillo canario, o incluso doradas, sobre sus gruesos talles; se habían ajustado a los pies unos botines gruesos parecidos a troncos y ahora se pavoneaban. Algunas ramas delgadas de los abedules rozaban la valla del cementerio. Alguien silbaba, y los arbustos devolvían el eco del silbido. Domna Yákovlevna, la hija del difunto pope de la aldea, una solterona, estaba inclinada sobre la tumba de su padre; el guarda de la iglesia salió de detrás de los groselleros y, colocando la mano sobre los ojos, observó a la muchacha desde lejos; como no mantenía buenas relaciones con ella, gritó con voz fuerte, como al aire, pero de manera que Domna Yákovlevna lo pudiera oír: «Deberían llevarse los huesos y dejar espacio libre; aquí se está muy apretado y encima hay que guardar unos huesos…». Luego, acercándose más, se quitó el gorro con educación y observó en tono jocoso: «¿Qué tal? ¿Vino a visitar a su papá? Ya son ganas, si ya se habrán podrido sus restos…».

«¡Uf! Vaya diablo estás hecho», pensó Darialski y se restregó los ojos: ¿había soñado o era realidad lo del templo? ¿Se lo había imaginado o no? Tonterías: seguramente se había quedado dormido, no estaba bien quedarse dormido en pleno día; no en vano en las Escrituras se dice: «Líbranos del demonio del mediodía»…

Y, retorciéndose el bigote, Darialski se dirigió a casa del pope, esforzándose por evocar la imagen de Katia en su alma, y finalmente consiguió recitar de memoria las estrofas preferidas de Marcial; pero Katia no era ya Katia, y en lugar de las estrofas de Marcial, se sorprendió silbando: «A-a-año-ooos y aaañoooos… paaasaaan… añoooos… Soy un joven peeerdido, perdido para sieeeempreeeee…».

Así, de esta forma inesperada, empezó el día para Darialski. Y precisamente ese día comienza nuestro relato.

La empanada de col

—¡¡Uff!!

Gruñó el pope, al tiempo que tomaba otro vasito y saboreaba en compañía de Aleksandr Nikoláyevich, el sacristán, otro pedazo de níscalo que su virtuosa esposa y numerosa prole, en orden descendente, habían recogido en otoño.

La esposa del pope había estudiado tres años en el liceo de Lijov, algo que gustaba de recordar a sus invitados; aún tocaba en el piano desafinado un vals, *El tiempo pasado no volverá*; era corpulenta, gruesa, con unos labios de rojo vivo, ojos oscuros como guindas sobre un rostro muy dulce, como de azúcar, sembrado de pecas amarillas, pero ya con doble papada. En ese momento estaba explicando anécdotas sobre la vida de los popes, sobre la gente sencilla, sobre Lijov; se movía alrededor de la empanada que aún humeaba mientras cortaba porciones de gran tamaño que tenían una costra gruesa y una finísima capa de col: «Anna Yermoláyevna, tome otro pedazo… Varvara Yermoláyevna, ¿por qué come tan poco?», decía dirigiéndose alternativamente a las seis hijas maduras del terrateniente Utkin, que estaban dispuestas como los pétalos de una flor alrededor de la mesa bien servida; un trino de pájaros surgía de las seis boquitas rosadas que se abrían y piaban todos los chismes que habían ocurrido por los alrededores; la hábil mujer del pope apenas si tenía tiempo de servir las porciones de empanada; de vez en cuando repartía un sopapo a uno de sus hijos, que se quedaba en mitad del paso mascando muy a gusto un pico con la nariz sucia; mientras tanto, cotorreaba más que los demás juntos.

—Señoras, ¿han oído lo que contó el sargento? De que esos *sicialistas* de quienes se habla han aparecido no muy lejos de Lijov y han repartido esas hojas suyas tan nocivas; se dice que quieren manifestarse en contra del zar, hacerse con el «Monopolio» y emborrachar a la gente, y se dice que el zar ha enviado unos despachos por todo el país, impresos con letras doradas, haciendo un llamamiento a los ortodoxos a luchar por la Santa Iglesia: «¡Proletarios, uníos!», que dicen; se habla de que el arcipreste de Lijov espera de un día para otro una misiva del zar para distribuirla por todo el distrito… —espetó inesperadamente Aleksandr Nikoláyevich, el sacristán; alzó la nariz rubicunda y se aturulló cuando las cabezas de las seis jóvenes, vueltas hacia él, expresaron un claro y absoluto menosprecio…

—¡Uff! —graznó el pope, llenando la copa de Aleksandr Nikoláyevich—. ¿Tú sabes quienes son los proletarios…? —Y viendo que en la frente del sacristán, allí donde debían estar las cejas (el sacristán no tenía cejas) se formaba un arco, el pope añadió con humor—: Mira, hermano: proletario es el que «proletarea» por doquier, es decir, que va dispersando prole…

—¡Para ya, padre Vukol! —murmuró su esposa que pasaba cerca, y esas palabras no se referían al comentario a la vez humorístico y sin mala intención del pope, sino al aguardiente, al cual su media naranja había alargado la mano más de una vez; a lo que el

pope replicó: «¡Uff!», y se tomó otro vasito al mismo tiempo que Aleksandr Nikoláyevich, el sacristán; después, ambos mordisquearon una seta.

Darialski fumaba en silencio sentando en un rincón de la mesa, de vez en cuando alargaba la mano hacia el aguardiente; ya se había embriagado, pero la borrachera no disipaba sus extraños pensamientos; sin embargo, se había acercado a comer empanada porque no tenía ningunas ganas de ir a Gugolevo; no obstante estaba tan taciturno que, involuntariamente, todos dejaron de dirigirle la palabra; en vano las jóvenes Utkin intentaron charlar con él; en vano dirigían hacia él sus lánguidas miradas mientras se abanicaban con sus pañuelos de encaje con una no disimulada coquetería; con una no disimulada coquetería se colocaban bien los escotes; o con parecida transparencia aludían a los sentimientos del corazón de Darialski y al travieso Cupido que lo había atravesado. Darialski o bien simplemente no respondía, o bien exclamaba «hum, hum» sin venir a cuento, o bien se mostraba completamente de acuerdo con las alusiones de las jóvenes sobre el estado de su corazón, sin advertir que se trataba de un juego; no prestaba la menor atención a los ojos de las jóvenes ni mucho menos a sus escotes, que lucían seductoramente entre las muselinas. Darialski llevaba dos años paseándose por estos lugares y nadie podía decir con qué fin; las personas serias supusieron al principio que tenía un fin, que debía tener un fin y que este fin… era ir en contra del gobierno; se hallaron espías curiosos, amantes de las murmuraciones y, si se presentaba la ocasión, de las delaciones (el que más se interesaba por Darialski era el sordomudo Sidor, el mayor chismoso de la zona, que no podía pronunciar ninguna palabra, salvo el incomprensible «apa, apa», pero que se hacía entender con gestos muy expresivos), bueno: ni Sidor ni ningún otro encontraron en el comportamiento de Darialski nada reprensible; entonces decidieron que la aparición de Darialski en esos parajes tenía otra explicación y que esta explicación era el matrimonio; entonces todas y cada una de las doncellas casaderas de la zona se imaginaron que eran el objeto de los anhelos amatorios de Darialski; y eso era lo que imaginaban las seis muchachas Utkin; y aunque cada una de ellas mencionaba en voz alta a una hermana como objeto del interés de Darialski, abrigaba en su interior una opinión distinta; por lo que a todas les sentó como un latigazo el compromiso de Darialski con Katia de Gugolevo, la rica nieta de la baronesa; nadie se imaginaba que, hablando claramente, ese morro de trapo hubiera podido quedarse con ese bollito. Hay que explicar que la expresión «morro de trapo» se empleaba en relación con mi héroe con un significado especial: puesto que la parte del cuerpo que de forma vulgar se llama, con su permiso, «morro», expresado de forma vulgar, no era de trapo ni de lejos, sino, mejor dicho, «de terciopelo»: unos lánguidos ojos negros, el rostro atezado con una nariz importante, labios finos y encarnados, un bigote caído y una profusión de rizos cenicientos constituían el objeto de los anhelos secretos de más de una mujer joven, o de una joven viuda, e incluso de una mujer casada… o, perdonen la expresión, pero digámoslo claramente, sin rodeos… hasta de la misma mujer del pope. Se sorprendieron, pero después de algunas exclamaciones pronto se acostumbraron; la estancia de Darialski en nuestros lugares se aclaró por sí sola; ahora no le espiaban, además era difícil seguirle: no todo el mundo tenía acceso a la finca de la baronesa. Había, es cierto, otra gente en la aldea que había comprendido mejor lo que necesitaba mi héroe (amor y algo más), a dónde se dirigía la mirada nostálgica de sus ojos aterciopelados, la pasión, el ardor cuando dirigía su mirada al frente y no había ni una sola joven, ni siquiera en el horizonte, y el horizonte se inflamaba e iluminaba con la puesta del

sol; comprendían muchas otras cosas de Darialski y, por así decir, lo rodearon con una red invisible de miradas para unos fines desconocidos para muchos; eran gente sencilla, completamente ignorante: bien, hablaré de ellos después, ahora sólo diremos: *ese tipo de personas existía*; digamos que si se dieran cuenta de las sutilezas de la belleza poética, si hubieran leído lo que se escondía debajo de la hoja de higuera dibujada en la portada del librito de Darialski…, sí: ¡cómo se habrían sonreído! Habrían dicho: «Es de los nuestros…». Pero no es el momento de hablar de esto ahora; ahora es el momento de presentar a los más distinguidos habitantes de Tselebeyevo.

Vamos a ello.

Los habitantes de la aldea Tselebeyevo

Gente distinguida, no menospreciéis nuestra aldea: aquí solían venir vuestros semejantes, y finalmente dejaron de sorprender a nadie. No os paseéis con la cabeza alta, no sirve de nada, no hace falta correr: los campesinos os ridiculizarán y seguirán adelante en grupo, sonándose con los dedos; os dejarán solos en mitad del prado, con las ocas; paséate tú solo, recoge flores, a lo mejor dejas maravilladas a las ocas; a no ser que te encuentres con la institutriz; pero quién es esa institutriz: una verdadera bruja.

Nada de lo que hay sorprende a la gente. Si vienes, te agasajarán; te ofrecerán toda suerte de dulces, no te dejarán marchar con hambre; echarán avena a los caballos, le darán una moneda al cochero: vive bien, echa tripa; si no quieres, que sea Dios quien te juzgue, los habitantes de Tselebeyevo no te necesitan para vivir su vida.

Cuando una de las cotillas comienza a contar con los dedos a los visitantes ilustres, no acaba nunca de calcular: el comerciante Yeropeguin, el molinero más rico de Lijov, el vicario de Voronio, el barón Todrabe-Graaben, un general importante (hijo de la anciana Graaben, la que vive en Gugolevo), y los visitantes de Moscú: estos venían a visitar a las hijas del antiguo pope de Tselebeyevo, unas jóvenes distinguidas de las que se pueden contar muchas cosas: Agrafena Yákovlevna, Domna Yákovlevna y Varvara Yákovlevna adquirieron una casita después de la muerte de su padre; desde entonces recibían la visita de estudiantes, y de escritores también; una vez apareció por aquí un músico: les pidió que cantaran, organizó un coro con las muchachas y lo anotaba todo en un cuaderno. «Puede que sea un *cantador* o un *astudiante*, puede que sea un huelguista —decían las buenas gentes—, lo más probable es que sea un huelguista; mucho tiempo después los jóvenes del pueblo estuvieron vociferando: "¡Arriba, alzaos, pobres de la tierra!". ¿Alzarse para ir adónde? ¡No nos hace falta que nadie nos avise para que nos levantemos al alba para ir al trabajo!». La mujer cotilla se pone a contar y recontar con los dedos, y te parece que para los rusos sólo existe una única cosa: vivir en Tselebeyevo o ir a Tselebeyevo; no tiene dedos suficientes para contar a todos los invitados: tiene los ojos fijos en el suelo, pero en su rostro se lee un desprecio importante: «Nosotros no somos menos…».

¡A ver si eres capaz de presumir!

En Tselebeyevo vive gente seria: en primer lugar, Iván Stepánov, que tiene una tienda aquí desde hace muchos años: un comercio de telas; no se le puede contrariar: te sacaría la piel a tiras, te desplumaría, deshonraría a tu mujer; «soltaría el gallo» y luego asaría a tu

familia; lo pagaría todo tu linaje; pero todo se resume en esto: es un campesino temeroso de Dios; se ocupa de la venta de los cirios de la iglesia y hace tintinear las monedas de cobre; tiene un aspecto elegante con su ancha barba, el pelo corto en la frente y la nuca, las botas rectas, con adornos, crujientes, siempre cuidadosamente lustradas, y un reloj de cobre.

En segundo lugar, el pope, el padre Vukol Golokrestovski y su esposa, un pope respetado, en el distrito no hay otro igual —¡ni que lo busques en cuarenta verstas a la redonda!—, un pope trabajador, austero, piadoso.

Pero cuando bebe vino, pone la guitarra en manos de su esposa (tienen una guitarra de verdad: cuando se trasladaron a la aldea ocho años atrás, la popesa se trajo consigo la guitarra; cierto es que la guitarra tiene una cuerda rota, pese a lo cual la popesa rasguea las tres cuerdas sin vergüenza, ¡por algo terminó tres años de estudios en el liceo femenino de Lijov), sí: la mujer del pope se pone a tocar la guitarra: «¡Masha, toca *La marcha persa*!». Se le cubre el rostro de sudor, las pecas le cambian el color, y los ojos le brillan mirando al jardín: «¡Masha, toca *Dejemos a un lado las responsabilidades cotidianas*!». Y la esposa con los ojos llenos de lágrimas: «Padre Vukol, debería irse a dormir». Y el pope Golokrestovski se iría a dormir si no fuera por el sacristán: para eso está el sacristán, para pinchar al pope. Insiste: toca, sigue. La mujer del pope llora mientras rasca la guitarra, el pope ahora está inspirado: se arremanga y para su satisfacción y para instrucción del sacristán representa la toma de la poderosa fortaleza de Kars; la representa mientras tiene fuerzas para imaginarla, hasta que sobre la cruz de la iglesia se oyen los penetrantes chillidos de los vencejos, hasta que las gotas frescas penden, como racimos de bayas transparentes, de los groselleros del jardín del pope, hasta que el ocaso inflamado extiende su terciopelo rojo sobre la casa; el padre Golokrestovski señala al horizonte con la barba rojiza, sacude la cabellera rizada, golpea con los pies, mueve las palmas ampliamente de izquierda a derecha, y después de derecha a izquierda: «Escuchad, resuena el tambor: los ejércitos enemigos cruzan el puente: retumban las ametralladoras… ¡Bien, vayamos a su encuentro!».

Y al atardecer, al caer el crepúsculo, solloza la guitarra, «tring, tring», y la mujer del pope solloza sobre la guitarra, se traga las lágrimas amargas, pero no se atreve a soltar la guitarra; Aleksandr Nikoláyevich, el sacristán, presencia la escena: el pope no se daría cuenta, si Aleksandr Nikoláyevich no se lo contara; el sacristán, aunque ebrio, se acuerda de todo: está sentado junto al aguardiente, arruga la nariz roja como el aguardiente y admira al pope; y el pope hace su representación: se pone en cuclillas, hunde la cabeza entre los hombros, y se abalanza sobre los arbustos; qué hace allí, sólo Dios lo sabe, pero al salir de entre los arbustos grita: «¡Hurra, los nuestros han ganado!» (vaya imaginación la del pope). Tan pronto como grita «han ganado», la popesa deja la guitarra a un lado: sabe que el padre Vukol ha acabado la representación: irá a dormir hasta la mañana; el sacristán también se calmará y, entonando los versos del rey salmista David, se dirigirá dando traspiés a su casa, donde le espera un buen rapapolvo de su esposa, la sacristana. A la mañana siguiente, cuando el pope se despierte, correrá mansamente a la tienda de Iván Stepánov a comprar unas galletas de menta (a quince kopecs la libra) para ofrecerlas a su robusta media naranja; así se acabará la historia.

La gente está al corriente: cuando tañe la guitarra bajo los groselleros, quiere decir que el pope se ha emborrachado y se imagina un bravo soldado en la toma de la fortaleza de Kars y la dura derrota de los turcos; entonces se reúnen detrás de los arbustos: qué buen actor es ese pope; lo observan mientras mascan pipas, se ríen, pellizcan a las jóvenes, éstas

gritan y salen en desbandada. El pope es un buen actor: pero en otro momento, nada de nada: exigente, correcto, diligente; y eso que el sacristán a menudo le ha cantado las cuatro verdades.

El pope de Tselebeyevo es así: un pope estupendo, no había otro igual, otro no le llegaría a los talones, para nada, ¡ni hablar! Así es nuestra aldea, así son las personas que viven aquí: ¡una aldea magnífica con una gente magnífica!

Pero no se sabe de ningún lugar donde los buenos vecinos vivan en armonía los unos con los otros, se saluden con el mismo respeto, con palabras amables, intercambien regalos y otras muestras de amistad: ahí va uno que dobla el espinazo y se inclina ante el vecino rico, ante las botas brillantes que rechinan, no porque en ese caso, excepcionalmente, no lleve el traje, sino por cortesía; pero el vecino…; el vecino levanta la nariz altivo, hunde las manos en los bolsillos; es ofensivo: el corazón se inflama, se pone a la defensiva: ¿quién se ha creído que es?: hay otros que son los amos de sus casas, que no deben nada a nadie; así que un vecino empieza a deteriorar la convivencia entre vecinos para vengar su honor: escribe palabras obscenas sobre la tapia del vecino o bien arroja al perro del vecino un pedazo de carne con una aguja clavada; el perro la diña y ya está, los vecinos se enfadan, se juegan malas pasadas, provocan incendios, se denuncian; tan pronto uno se da la vuelta, el otro ya ha enviado a este uno al otro mundo.

¡Si al menos tuvieran un motivo!

Se maravillaban de que el padre Golokrestovski apoyara tanto a Iván Stepánov; pero éste no habría traicionado nunca al pope, la presencia del pope le calmaba, cuando miraba al pope los ojos no dejaban de lanzar rayos, se volvían turbios, como los de un pez… Se mimaban entre ellos.

Solía pasar que cuando la mujer del pope preparaba una empanada de col, el pope enviaba a buscar a Stepánov para que viniese a hacer los honores y probara la empanada caliente, mientras él mismo se mantenía ocupado: cuando la empanada salía del horno, acercaba la nariz a la costra y comprobaba si la masa ya se había cocido; luego él mismo elegía el pedazo más grueso y mandaba a un empleado que lo llevara a la tienda de Stepánov. Iván Stepánov no se quedaba atrás: enviaba a la mujer del pope una tela enmohecida (para que se hiciera una falda) la agasajaba con bombones pasados en envoltorios de papel, galletas rancias y otros dulces; nunca faltaban los dulces en casa del pope: y de ahí que se multiplicaran las moscas.

No era escasa la contribución del dueño de la tienda al mantenimiento de la iglesia. Era una iglesia antigua; los iconos eran obras de estilo antiguo; los rostros eran severos, oscuros, sombríos: el santo Mikol y un sabio pagano —Platón se llamaba— y un santo etíope con cabeza de perro, los negros (por lo visto, en la antigüedad los pintaron según las Vidas de los Santos) todos tenían rostros taciturnos: daba tristeza mirarlos; cuando llegaron los pintores de iconos de la ciudad, lo primero que hicieron fue raspar los rostros: los rasparon, volvieron a encalar las paredes, pintaron sobre el fondo nuevo santos alegres, sonrientes (más modernos, con movimiento) siguiendo el ejemplo de la catedral de Lijov; ¡eran más elegantes! Eso es lo que pasó.

Hay que explicar que a los pintores se les metió en la cabeza la idea de sustraer comida al astuto tendero, pero no había manera de engañarle: por algo era el dueño de una tienda; entonces los avispados pintores representaron a un santo con los rasgos de Iván Stepánov: el santo que sostiene en la siniestra una iglesia de cinco cúpulas como si fuera un pan

eucarístico y en la diestra vengadora alza una espada pesada y afilada es igual que Iván Stepánov… sólo que vestido con brocados y ataviado con los atributos obispales, y rodea su cabeza un círculo de oropel con las letras litúrgicas; los ojos de mirada amenazadora lo supervisan todo, tal como hace el dueño de la tienda (¡especialmente cuando reflexiona sobre «soltar el gallo», pegar fuego a la casa de su adversario y enemigo!). ¿Sonreís acaso? Cuando vayamos al templo os indicaré de qué santo se trata: está ahí pintado a la derecha del iconostasio (vosotros mismos lo podréis ver). ¡Creedme!

Desde ese momento Iván Stepánov se colocaba a menudo junto al icono para seguir el oficio, a la vista de los feligreses, como si dijese: observad y comparad; a menudo se santiguaba con fervor y, mientras, miraba a todos lados: ¿estaban haciendo la comparación?; alrededor se oían susurros… La terrateniente Tiurina (sí, esa misma) entra en la tienda de Stepánov y se sonríe; Utkin fue la víspera del día de la Trinidad, observó a Iván Stepánov sin más de arriba a abajo, y luego de abajo a arriba, y le preguntó directamente: «¿Y bien?». A lo cual éste le respondió del mismo modo: «Nada, nada especial, vamos tirando». El carpintero cojo acudía a menudo a la iglesia, pero se le acabó la paciencia y se fue directamente al pope: «Verá, amigo mío, es una vergüenza». Pero el pope ni parpadeó: «A ver, demuéstrame —le dice— que ahí hay un parecido intencionado y no se trata de una coincidencia casual: Stepánov es un campesino temeroso de Dios; puede que rece a este santo, por eso lleva en el rostro la huella del bendito; lo que pasa es que no entiendes nada, hermano, de estos dibujos, por decirlo de alguna manera, emblemáticos, pero aquí no hay ningún sacrilegio. Si lo hubiera, habrían sido los pintores; habría que pedirles cuentas a ellos; pero impedir que Stepánov se pare bajo el icono, júzgalo tú mismo, no puedo hacerlo: no es asunto mío, el templo de Dios es de todos… Calla y cálmate: harías mejor en reflexionar sobre tus propios pecados…». El carpintero escupió al suelo y se marchó de casa del pope.

También la maestra refunfuñó: «Qué horror, han ensuciado la iglesia». Pero ¿quién hace caso de las palabras de la maestra? ¿Acaso tiene algún poder? Otra cosa sería si fuera el representante del *zemstvo* o el delegado del distrito o cualquier otro, por ejemplo el propio general Todrabe-Graaben, quienes expresaran su opinión sobre esta cuestión; pero el delegado del distrito era compadre de Iván Stepánov y hacía tiempo que había caído en sus garras; el representante del *zemstvo* callaba, y al general Todrabe-Graaben nunca nadie lo había visto en nuestro templo. Por eso nadie iba a preocuparse de la opinión de una tal Shkurenkova, institutriz; pero, fijaos qué clase de persona es: tiene un rostro de tonos verdosos, siempre brillante, lleno de pecas, se pasea presumiendo de blusas rosadas y lilas.

¡Pero son unas blusas baratas! De algodón o de indiana a doce kopecs la vara; cuando las lava, destiñen y se llenan de manchas (las niñas se ríen de ella continuamente); en cuanto ve a un joven agraciado, algún veraneante de la aldea, se levanta las faldas (lleva las medias rotas), estira la nariz y le guiña el ojo.

¿Quién se fija en las palabras de la maestra? ¿Quién, quién le ha puesto la zancadilla al pope, ante quién se humilla este pope tan paciente? ¡Delante de ella, delante de ella! Porque es mejor no buscarle las cosquillas: todo son «ji-ji», «ja-ja», como si hiciera bromas; ¡pero qué bromas! Sabe pinchar donde más duele: «¿Cómo es que su esposa hace tiempo que no toca *La marcha persa*? Tengo una gran imaginación y siento una gran pasión por la música, ¡ay sí! Debería pedirle que tocara más a menudo», baja los ojos, las comisuras de los labios se estremecen de risa; una vez, en presencia del propietario Utkin y de sus seis hijas

maduras —Katerina, Stepanida, Varvara, Anna, Valentina, Raísa—, lanzó una pulla al pope. El pope guardó silencio, pero en otra ocasión se encendió de tal manera que llamó al sacristán, le mandó a por vodka, y la guitarra sonó bajo los groselleros, y la maestra se llenó de regocijo.

Sólo en una ocasión el pope no se contuvo: tan pronto como llegó a casa, se sentó a redactar una denuncia; escribió largo y tendido hasta que terminó: algo como que esa peste profesaba no se sabe qué religión y tenía la intención de entrar en la secta de los molokanes caucásicos con el propósito de derrocar a las autoridades en el poder; además era socialista; y para colmo no enseñaba a los chiquillos, y no se ocupaba más que de obscenidades, de lo cual él era testigo, él, el rector del templo de Tselebeyevo. Todo esto lo redactó con estilo, lo expuso con inteligencia, mencionó a Iván Stepánov como testigo; quedaba de manifiesto que el pope tenía imaginación, no en vano se había imaginado la toma de la fortaleza de Kars en más de una ocasión. El propio Iván Stepánov testimonió voluntariamente que esa

Shkurenkova, institutriz, llevaba casi dos años intentando seducirle, y le amenazaba continuamente que en la primera ocasión que tuviera perpetraría un acto de violación.

Firmaron, cerraron el sobre, pero, afortunadamente, no tuvieron tiempo de enviarlo porque antes cambiaron de opinión: puede que esto les trajera problemas por parte de las autoridades; a lo mejor no les creerían. Para ser sinceros, la maestra era de confesión ortodoxa, y a los chiquillos les enseñaba a leer y escribir, todo el mundo lo podía ver: y no se podía ir en contra de la instrucción; tanto para el zemstvo como para el sargento de policía la instrucción en aquel momento era algo muy importante.

Ella adivinó las intenciones del pope; y le volvió a espiar: el pope recorría la parroquia; era algo sabido: todo el mundo le ponía en la carreta huevos, harina, panes, cebollas (los popes vivían de lo que les ofrecían los feligreses); un día que regresaba con la carreta llena de harina, pan y huevos se detuvo junto a la escuela para beber agua del pozo; la joven avispada salió y se puso a charlar y reír: «ji-ji», «ja-ja»; y cogió y, como sin querer, se sentó en la carreta; al sentarse aplastó los huevos, aplastó hasta una cincuentena de huevos: para que aprendas, ¿qué me vas a hacer?

Desde ese momento se enemistaron: dime, ¿qué se podía hacer? Cuando dos se pelean, el tercero es mejor que no se meta; si se insultan, cierra la boca.

Otro habitante interesante de la aldea era el carpintero Mitra Kudeyárov. Vivía en esa pequeña isba, la que se ve en la pendiente del valle; desde lo alto de la colina se ve el tejado, sí, allí mismo: y desde allí nos llega el humo de la chimenea.

El carpintero fabricaba muebles y tenía encargos no sólo de Lijov, también de Moscú; aunque era cojo, enclenque, pálido, tenía la nariz como la de un pájaro carpintero y no paraba de toser, suministraba a tiendas de muebles; a menudo los que pasaban por el camino entraban a visitarle: una fuerza invisible arrastraba por el camino a gente de toda clase: gitanos, *sicialistas*, obreros de la ciudad, peregrinos que iban de paso; pero no: Kudeyárov vivía aquí y la gente tomaba el sendero que conducía del camino principal al pequeño valle, un sendero que cada día estaba más marcado. Solía suceder que cuando se acercaba vacilante una figura oscura desde el camino, o cuando se levantaba una nube de polvo amarillento que envolvía una carreta que se oía rechinar, Mitri subía a la colina, ponía las manos sobre los ojos y esperaba… ¿Qué era lo que esperaba? Esperaba, y una fuerza invisible atraía a gente de toda clase: la carreta seguía rechinando, pasaba de largo de la aldea; allí va otro canturreando una canción; pero aquél tuerce por el sendero: es

decir, va a casa de Mitri. Al carpintero no le gustaba contestar a los interrogatorios: «¿Quién ha venido a verte?». «Nadie importante». Fruncía el ceño, callaba.

Pero es una gran persona, hospitalario; cuando alguien llega a su casa, envía a la mujer con quien vive (Mitra había enterrado a su esposa) al pozo a buscar agua para el samovar; limpia el banco de virutas y se pone a comentar cualquier cosa de su oficio de carpintero: «¿Fabrica muebles?». «Claro que sí: con estilo o sin; los que se envían a Moscú han de tener estilo: hay estilos sólidos, lucrativos, porque ya saben ustedes, es un trabajo de talla: ya sea el *rococó* o el *estilo ruso*; también hay chapuzas: tris-tras y listo; hoy en día pagan poco por un trabajo semejante, pero lo encargan; con ese estilo no ganas mucho dinero: es un engaño». Lo dice y hace un guiño con la cara; ¡y qué cara, con todos mis respetos! No es una cara, es un cráneo de cordero pelado; además no es una cara, sino media cara; se supone que es una cara, aunque parece media; una mitad te guiña con picardía, la otra lo observa todo, algo teme; ambas partes mantienen un diálogo; una dice: «¡Yo soy así!» y la otra: «Claro, claro, ¿lo has entendido?». Y mirándole de frente, no hay cara, sólo queda algo indefinido… unas líneas difusas.

Trabaja todo el día con el cuello de la camisa roja desabrochado, tiene la espalda empapada de sudor; el frescor inunda los arbustos que hay en la distancia con un rocío turquesa transparente y allá a lo lejos todo se ensombrece: cae la noche y las sombras se multiplican; delante de él desaparecen los últimos rayos de un sol fatigado. Mitri ordena las garlopas, los cepillos, el taladro, se queda pensativo, inclinado sobre la sierra, la rala escoba de su barba amarillenta cae sobre las herramientas, y luego, en silencio, recorre el prado, arrastrando el pobre calzado de corteza de tilo y los niños se apartan de él, porque tiene una mirada maligna, pesada; aunque no le haría daño ni a una mosca; es una gran persona; todos saben adonde va el carpintero a esas horas y por qué: a casa del pope; a discutir sobre los textos sagrados; conocía muy bien las Sagradas Escrituras y defendía sus opiniones, que nadie podía entender, aunque no se escondía; por otro lado nadie se preocupaba lo más mínimo por saber lo que el carpintero Kudeyárov entendía por esencia única, ni que opinión tenía sobre la mala conducta de la maestra.

Solía secarse el sudor de la cara con la manga, volvía hacia el pope una mitad de la cara: «¡Yo soy así!», y preguntaba; el pope y él discutían paseando por el prado a la hora tranquila del atardecer, cuando una fina capa de vapor flota sobre el prado. El pope suda, suda, mientras Kudeyárov recita un texto tras otro, y se enfada cuando Kudeyárov gira la otra mitad de la cara como por azar («Y bien, entonces: ¿lo ha entendido?»); y el pope se enfada, se acuerda del samovar que ha preparado su esposa y haciendo un ademán de despedida le dice: «Anda, vete, como si tuviera tiempo de hablar con cualquiera: ¡gente como tú no nos hace falta!». Pero esto el pope lo dice porque sí, únicamente porque le apetece tomar un té, o bien porque ha visto en la ventana el cuello blanco de su esposa: en realidad, a él también le gusta mostrar sus conocimientos a Kudeyárov. El pope escupe, mira al carpintero, pero el carpintero no tiene rostro: bueno… una especie de líneas difusas. El pope se aleja; Kudeyárov le guiña un ojo mientras éste se aleja, y luego se dirige al pequeño valle, atraviesa el prado fresco y húmedo de rocío. Y las estrellas empiezan a brillar en el firmamento.

¿Qué se podría decir de Kudeyárov, el carpintero? La gente decía que Kudeyárov cerraba herméticamente los postigos de su casa por las noches (sólo su casa y la del pope tenían postigos) y que a través de las rendijas de los postigos de la choza surgía una luz

maravillosa y se oían unos murmullos: unos opinaban que era él que rezaba unas oraciones propias con la mujer picada de viruela; otros declaraban que se trataba de otra cosa: allí ocurrían cosas feas. Además, hablaban de esto con recelo y turbiamente, ni siquiera los mismos que lo decían lo creían; fue el sordomudo quien difundió los rumores; un día fue a la tienda de Stepánov, con la mano señaló hacia la isba de Kudeyárov, farfulló el «apa, apa» acostumbrado e imitó unos cuernos con los dedos extendidos sobre su cabeza desgreñada; hay que reconocer que Stepánov no le creyó, porque sabía la clase de historias que solía traer el sordomudo; no en vano cuando el sordomudo se confesó, el pope sólo le pudo explicar que durante el ayuno no debía comer ni carne ni leche, para lo cual con las palmas de las manos formó la cola de un pez y con las manos la forma de un repollo; pero el sordomudo le comprendió, aunque en relación con Kudeyárov podía equivocarse.

Pero por lo que respecta a la mujer, era otra cosa. Era una mujer extraña: picada de viruela; no se sabía si dormía con ella o no; debía ser que sí; pero los habitantes de la aldea no apreciaban a esta mujer, además ella se mantenía apartada; era una mujer estúpida: no hacía más que mirar a las estrellas; tan pronto como aparecían las estrellas, salía al patio y con una voz plañidera cantaba: no era exactamente ni un canto religioso ni una canción de amor picante. Solían verla en el puente; se sentaba allí pero no lavaba la ropa: se quedaba sentada mirando al agua, cómo se iluminaban las estrellas…

La Paloma

En pleno calor del día, cuando incluso las muchachas están escondidas aunque haya fiesta, cuando no pasan fugaces las chaquetillas verdes, rojas o de color amarillo canario, cuando únicamente un gorrión alza el vuelo bruscamente del polvo para desaparecer entre los arbustos, cuando sólo el viento mece los pinos melancólicos, un viento cálido que levanta un remolino de polvo del camino hacia los campos, en ese momento ni un solo carro avanzaba por el camino, no pasaba ni un solo aldeano: la aldea parecía muerta: tanta era la tranquilidad, la ausencia de personas, el torpor suspendido en el resplandor del sol y el griterío de los grillos.

Sólo allí, donde un puñado de casas se agrupaba junto al camino, las más bajas, las más sucias, escapaban gritos y canciones de la taberna: las gentes de la vera del camino de Tselebeyevo se habían descarriado. Esta parte de nuestra aldea hacía fruncir el ceño a la gente más respetable: el pope, la maestra, Iván Stepánov (un hombre rico) y el carpintero cojo eran de los que fruncían el ceño.

El camino corría sin detenerse —pasaba de largo— más allá de la aldea, hacia los campos, huía hacia la pendiente suavemente inclinada del barranco y se perdía en el cielo mismo, porque aquí el cielo se inclinaba sobre la aldea (allí, al otro lado del límite, como si estuviera detrás del cielo, se hallaba la magnífica ciudad de Lijov). Desde ese lugar se veía un arbusto retorcido, pero desde la aldea parecía que era la silueta oscura de un viajero que se dirigía lentamente a la aldea en solitario; pasaban los años y el viajero seguía aún en el camino: no conseguía llegar hasta donde vivía la gente, no hacía más que amenazar a la aldea desde lejos.

En esa hora bochornosa, sólo desde la suave pendiente del valle, donde estaba la isba del carpintero, el carpintero subía a la colina y, poniendo la mano sobre su rostro enfermizo, se quedaba mirando a lo lejos, al camino: por si se levantaba algo de polvo, por si se acercaba un viajero, no le traería el Señor por casualidad un invitado; el carpintero espera que te espera: el horizonte está claro, algo fluye. No hay nadie. El carpintero vuelve a descender: se sienta y pasa el rato sentado en el rincón de los iconos: al cabo de poco, pierde la paciencia y vuelve a subir a la colina, es hora de tomar el té; la criada Matriona, la mujer picada de viruela de pies desnudos, ya ha puesto la mesa; ya están sobre la mesa el mantel blanco con la orla de gallos rojos, las tazas adornadas con una cenefa de rosas, el pan, los huevos; el samovar ya echa humo: es la hora de tomar el té; pero con quién si no es con un huésped, pero todavía no ha llegado ningún huésped; así que el carpintero Kudeyárov vuelve a salir a la colina; el camino está lejos: el horizonte está limpio, no viene nadie; no es cierto, sí hay alguien, alguien sin duda se acerca a la aldea; no es el arbusto, su silueta oscura está ahí; pero a su lado hay otra silueta pequeña, también oscura; pronto llegará a la pendiente: «¡Eh, Matriona, llegan huéspedes!». Y Matriona se pone a correr de aquí para allá, arrastrando sus magníficas piernas blancas del horno a la mesa: su rostro grabado, sin cejas, de ardientes ojos oscuros, con unos labios encarnados algo temblorosos, sonríe, como si hiciera tiempo que esperara noticias de un país lejano; observa al carpintero, pero el carpintero permanece sentado en silencio, no responde a las miradas de la estúpida mujer: espera un huésped. Aquí llega el huésped.

Es un huésped extraño: un mendigo conocido en el distrito, Abraham; de vez en cuando aparece en estos lugares; recorre las aldeas y las fincas descalzo; y en todas partes le dan algo: unos, un pedazo de pan; otros, huevos; alguno una moneda (eran principalmente los señores los que le daban dinero); otros sólo le dan de comer o le dejan pasar la noche; también hay quien le amenaza con echarle el perro; pero en otras ocasiones el mendigo se esconde: no se le ve durante meses; en esos casos se le ha encontrado lejos de Lijov, se le ha visto incluso en Moscú: alto, ancho de hombros, de cabellos oscuros rizados con canas que le llegan a los hombros, con una nariz grande y unos ojos pequeños, bizcos pero de mirada astuta; sabe a ciencia cierta qué tomar y a quién; se acerca a las ventanas, se pone a cantar un salmo con voz de bajo, una voz de pecho, marcando con el bastón el ritmo de las palabras. Lleva un bastón extraño: no es ni un bastón ni una porra, tampoco es un cayado. Él mismo tiene el aspecto de un hércules; te lo encuentras en el bosque y te da un susto: ¿y si usa el garrote?; pero lo más extraño es que en el garrote luce la imagen de estaño de una paloma, tan reluciente como si fuera de plata. Pero igual que era conocido el mendigo, también eran conocidas sus costumbres y sus maneras, sabían que jugaba con los niños y de vez en cuando hacía de vigilante del bosque: todo el mundo lo conocía, incluso las autoridades, y por eso no le tenían miedo si se lo encontraban en el bosque; sólo le temían los desconocidos. Abraham sólo tenía un defecto: solía ir a la taberna, donde cambiaba los huevos y el pan por té y un plato de comida; también frecuentaba las cervecerías de la ciudad; se quedaba sentado, en silencio, pero lo oía todo: decían de él que conocía los secretos de todos: de los campesinos, de los popes, de los señores, quién había ido a dónde, qué proyectos tenía quién, Abraham lo sabía todo; pero se desconoce por qué se dice esto de él: puesto que era de temperamento callado, apenas hablaba con nadie, y cuando le preguntaban sobre algo, lo negaba: decía que no sabía nada.

Al entrar en la isba, Abraham se santiguó delante de los iconos, dejó en el suelo la bolsa de piel y el sombrero de fieltro blanco, que le habían dado unos señores, ese tipo de sombrero que los señores llamaban «hongo»; abrazó a Kudeyárov y le besó tres veces, hizo una reverencia profunda a Matriona, como si fuera el ama de casa, y ésta le tendió la mano con los dedos callosos estirados juntos; se quitó el abrigo y se sentó a tomar el té con Matriona y el carpintero, no como si fuera un pobre, sino un huésped distinguido; y por la manera como agasajaban al huésped no cabía imaginarse que fuera un mendigo. Tomaron el té en silencio. Pero una vez vacías las tazas y vueltas del revés, cuando el samovar lanza un silbido débil como si quisiera perseguir a alguien, el carpintero Kudeyárov levantó la escoba de su barba rala y fijó en el mendigo el lado de su rostro que parece decir: «Yo soy así». A lo que el mendigo, que comprendió al carpintero sin necesidad de mediar palabra, dijo señalando a Matriona:

—Sabemos lo que sabemos: pero… ¡para qué andar con tapujos!

Matriona estaba de pie, aparte, vestida con una chaquetilla roja, con la cara pálida apoyada en la mano; sus labios temblaban de forma misteriosa mientras por sus ojos cruzaba un brillo misterioso. Se llevó un dedo a los labios y dobló el dedo tres veces claramente junto a los labios; éstos murmuraban; los ojos volvían a brillar de forma extraña. Entonces el carpintero, sentado en el rincón de los iconos, miró fijamente al mendigo con el rostro entero, y todo el rostro expresaba algo… una especie de líneas difusas, mientras que su mano claramente golpeaba por tres veces y dibujaba cruces en el mantel.

El mendigo inclinó la cabeza, como si estuviera de acuerdo con lo que veía, y rápidamente susurró más que dijo: «En forma de paloma…»

Y todas las cabezas se inclinaron aún más, y guardaron silencio. Después el carpintero exclamó claramente:

—Amigo, vemos que eres de los nuestros; lo que has visto y oído, lo que se dice en el pueblo…

—Hablemos sin tapujos —el mendigo guiñó el ojo y metió la mano en la abertura de la camisa; enseguida sacó una hoja sucia doblada en cuatro, la desdobló y se puso a leer—: «De una humilde mujer a nuestro padre y maestro, Mitri. Nuestros hermanos y hermanas te saludan; no nos olvides, padre y bienhechor, en tus oraciones. Con ésta te enviamos, padre, a nuestro hermano Abraham, hijo de Ivanov, conocido como El Fiel Pilar. También imploramos de tu benevolencia que confíes en este hermano para todo; como has confiado en nosotras, tus viudas y esposas fieles, confía también en El Fiel Pilar. Te mandan saludos Annushka del Palomar, Yelena, Frol, Kart e Iván Fuego. En cuanto a mi adorado esposo, no sabe nada hasta el momento; pero lo cuido muy bien con las hierbas que me has enviado; tú ya sabes de qué; rezamos a Nuestro Señor el Espíritu Santo en la nueva capilla, es decir, en las instalaciones del baño cuando mi bendito esposo marcha de viaje por el distrito. Un pintor de nuestra hermandad está pintando la cara de la Paloma. Una cosa más, no nos olvides, misericordioso, en tus benditas oraciones. Además transmite mi más profunda reverencia —prosiguió el mendigo, inclinándose ante Matriona— a tu Inspiración. Tu fiel esclava, tu alma de paloma, Fiokla Yeropeguina…».

—Muy bien, hermano Abraham —rompió el silencio Kudeyárov—, ése no está en la ciudad ahora mismo…

—Claro que no: siempre está de viaje por negocios, de un molino a otro, nuestra Fiokla Matvéyevna siempre está sola —guiñó los ojos el mendigo—, es decir, siempre está con los

hermanos y las hermanas; eso quiere decir que las hierbas no funcionan, Fiokla no tiene ocasión de utilizarlas.

—Ya llegará el momento…

Hablaban de Fiokla Matvéyevna Yeropeguina, la esposa del molinero más rico de Lijov, que había entrado en la hermandad secreta. Decían que la hermandad de los fieles había aparecido en las aldeas del distrito, que ya tenían células de oración por aquí y por allá, lo cual nadie sospechaba; no ocurría como en el pasado, cuando en el distrito apenas había dos grupos de hermanos y hermanas; y uno de ellas se reunía en secreto en la casa de Fiokla Matvéyevna con la ayuda de Annushka y su madre, una anciana campesina centenaria originaria de Voronio. De la conversación que siguió quedó claro que Mitri Mirónovich Kudeyárov era el cabecilla secreto de esta sagrada empresa: no era casualidad que por las noches él y la mujer picada de viruela, Matriona, se encerraran para recitar sus maravillosas plegarias en secreto; el Señor los había bendecido para el asunto sagrado de levantarse y combatir por una fe nueva, la fe de la Paloma, una fe espiritual, de ahí que su cofradía se llamara de la Paloma. En qué consistía exactamente esa cofradía no se podía deducir a partir de su conversación; sólo estaba clara una cosa: que la hermandad creía en ciertos secretos; Kudeyárov esperaba que fueran revelados, pero faltaba esa persona que pudiera tener la audacia de responsabilizarse de la revelación de esos secretos, sin la cual Kudeyárov y Matriona no podían apoyarse en los secretos, ya que eran los únicos hermanos que los conocían, por lo que de momento debían esconderse de la hermandad; la hermandad había oído únicamente decir que entre ellos había unas personas santas que temporalmente debían permanecer en silencio, y para poder entablar batalla con el enemigo del género humano cuando empezara la revolución fratricida en Rusia; quién era en realidad Kudeyárov lo sabían unos pocos escogidos: Fiokla Matvéyevna Yeropeguina era uno de ellos. El mendigo Abraham era el mensajero de todas las noticias entre los fieles de la hermandad de la Paloma, era él quien propagaba las noticias; pero ni siquiera Abraham había visto al cabecilla de la hermandad hasta hacía poco, y no fue hasta ahora cuando, por primera vez, había abierto los ojos a Mitri.

—¿Y bien, entonces, ha encontrado al hombre? —con un susurro se inclinó Abraham hacia Kudeyárov.

—Cállate —dijo el otro palideciendo—, las paredes de hoy tienen oídos —se dio la vuelta, se levantó, salió a la puerta para asegurarse que no había nadie fuera de la isba, cerró la puerta con cuidado e indicó a Matriona con los ojos—. Pregúntale a ella, es mi Inspiración: es ella la que busca a ese hombre, y parece que lo ha encontrado: pero ¿va a morder el anzuelo? —el carpintero se echó a reír con cierta malicia. Conmigo no quiere: soy demasiado viejo para ella…

Y cuando el mendigo quiso examinar a Matriona, ésta había desaparecido; se había sonrojado y había salido corriendo; estaba de pie en la colina, sonrojada, con el rostro colorado y muy serio, mordía una paja y en su rostro se había fijado la huella de un pensamiento obstinado.

El carpintero y el mendigo siguieron hablando un rato más antes de despedirse; el mendigo tomó el cayado, se colocó el zurrón en bandolera y se alejó, sus pies descalzos levantaban el polvo del camino. Al poco rato el cayado golpeaba las ventanas de las isbas, la paloma de estaño brillaba aquí y allá y las palabras de los salmos divinos resonaban en el aire bochornoso…

Todo estaba en calma.

Sólo allí, donde se apretujaban un grupo de casitas junto al camino —las más bajas y las más sucias—, de la taberna surgían gritos y canciones; por lo demás era como si la aldea se hubiera muerto, tanta era la calma, tanta la somnolencia suspendidas mientras el sol resplandecía y los grillos cantaban.

Un tiempo que no volverá

El sol estaba alto; ahora ya declinaba; un día tórrido; un día terrible; un sol empañado oscurecía el día, pese a ello seguía brillando pero había una sensación sofocante, la cabeza daba vueltas, olía a quemado, no se sabía si venía de las isbas o de la tierra, calcinada, seca: era un día terrible; el bochorno hacía que la garganta seca se contrajera, se convulsionara: bebes agua con una preocupación inexplicable, en todo se busca una explicación, pero una capa delgada, opaca, caldea de forma leve y opaca los alrededores, y los alrededores —esta oveja de aquí y esa mujer estúpida de allá— sin hablar se asientan en el ánimo, y tú, salvaje, dejas de buscar sentido a las cosas, pero haces girar los ojos y suspiras. ¿Y las malditas moscas? Suspiras y te tragas una mosca maldita: el zumbido de las malditas moscas se te mete en la nariz, en los oídos, en los ojos. Matas a una, el viento las trae a centenares; en los enjambres de moscas brilla opaca la misma nostalgia…

El sol estaba alto, ahora ya declinaba, y la luz atravesaba impúdicamente las cortinas de muselina de la casa del pope, de manera que cada mota de polvo se significaba como se significaba cada mella sobre las baldosas blancas del suelo, y se notaban todas las manchas en el papel pintado de la pared, sembrado de ramilletes de rosas encarnadas entrelazadas con acianos, y la mesa por recoger con manchas de vino, con migajas de col y la cabeza desgreñada de Aleksandr Nikoláyevich, el sacristán, tumbado sobre el mantel, borracho de aguardiente; una hueste de moscas negras la cubría; se habían reunido las moscas en un enjambre de múltiples patas alrededor de las manchas de vino y ese enjambre de múltiples patas se arrastraba por la cara del sacristán ebrio, mientras el pope (acababa de jurar ante el icono de la Reina de los Cielos que no volvería a embriagarse, por eso aún estaba sobrio), con la cara hinchada por el calor y por las copas que se había tomado a pesar de todo, con un gesto de su mano huesuda aplastaba con el puño los rebaños negros que se arrastraban y los lanzaba con saña en el agua hirviendo. «Veinticinco, veintiséis, veintisiete», ahogaba las mocas en el agua hirviendo y las moscas pataleaban, pero llegaban nuevos enjambres junto a la mancha de vino, arrastrándose o volando, y el pope las volvía a cazar, las ahogaba y las aplastaba; pero llegaban nuevos enjambres volando y parecía que toda la habitación estaba invadida por una nube negra y zumbante; y parecía que no había espacio a causa de tantos aguijones, de las numerosas voces sonoras, pero allí detrás un delgado tabique había una habitación pequeña con una única ventana y dos míseros sillones con fundas a juego con la del diván, en mitad del cual sobresalía un muelle roto, de manera que un huésped inexperto podía quedarse enganchado; el suelo de esta habitación estaba pintado y lavado con *kvas* y los pies se quedaban pegados, por lo cual la mujer del pope había extendido por aquí y por allá una tira de tela estrecha; habían decorado la habitación: una mesa de juego de color amarillo con un mantel de ganchillo a la que habían añadido una cuarta pata para

hacer bonito. Una maceta de mimbre trenzado contenía los restos de una palmera espléndida en el pasado, de la que solo quedaba una hoja seca, cubierta de pulgón, un suplemento del periódico *El Campo* representando una gitana con un pandero colgaba de la pared, al igual que un retrato de Skobelev, manchado por las moscas y atravesado por un palito; pero el elemento central de la decoración era un viejo piano. Esta habitación era el reino de la mujer del pope; ahí la popesa pasaba ratos sentada sola haciendo punto; en esos ratos se olvidaba del pope y de los hijos del pope; aquí se despertaban en ella los restos de un sentimiento que las discusiones con la cocinera, los cotilleos, el limpiar los mocos y otras cosas a los pequeños escrofulosos aún no habían aniquilado del todo; aquí a veces se sentaba frente al piano o tomaba la guitarra y tocaba su vals preferido, Un tiempo que no volverá, sin darse cuenta de que la mitad de las teclas sonaba penosamente o bien no emitían ningún sonido. Como ahora: débilmente, como si estuviera en la última fase de la tisis, sonaba penosamente el vals *Un tiempo que no volverá* y los sonidos fluían y Aleksandr Nikoláyevich, el sacristán, soltaba alguna lágrima de borracho, y la mano del pope, llena de moscas, se quedó inmóvil en el aire, cayó, se abrió, cuando empezó a sonar penosamente detrás del tabique *El tiempo que no volverá*; también el pope recordaba su propio tiempo que no volvería, recordaba su época de seminarista cuando visitaba Voronio en primavera, donde entre los cerezos de flores rosadas florecía el rostro de la hija del pope, que aún no era una mujer corpulenta, ni pendenciera, ni vulgar, sino una joven dulce; y el tiempo que no volverá sonaba como una cuerda rota en el alma del sacristán, y el sacristán levantaba la cabeza al oír los lánguidos sonidos e intentaba completamente en vano levantarse y cantar: «Arde, arde, mi luz… Me apagaré contigo…». Pero la luz del pasado se apagaba inmediatamente, y la cabeza del sacristán volvía a caer en el enjambre de moscas que arrastraban las patas.

Darialski estaba sumido en sus pensamientos; allí, sentado en un rincón en casa del pope, fumando, en vez de estar en Gugolevo, donde seguramente se habrían dado cuenta de su ausencia, donde se enfriaba su almuerzo, y Katia, bajo las acacias verdes del jardín, miraba hacia el camino polvoriento y opaco, que le sonreía sarcásticamente desde el campo de centeno verde mientras huía hacia Tselebeyevo; en Gugolevo deambulaba vacilante apoyándose en una muleta por el jardín una mujer envuelta en encajes, vestida toda ella de seda negra y con una cofia de tul blanco con cintas lilas; caminaba vacilante y refunfuñaba dirigiéndose a las capuchinas. ¿Por qué Darialski también se sintió dominado por el tiempo que no volverá, por qué también se puso a recordar su propia vida? Había vivido poco, había sufrido mucho: había sufrido tanto que podría servir para llenar más de una docena de vidas; Darialski se acuerda de su padre, un funcionario de Hacienda, un hombre sencillo y honrado; se sacrificó para dar a su hijo una buena educación; le confiaron a una institución de enseñanza a la que debería haber acudido, pero no: iba a las bibliotecas y a los museos, además se pasaba los días sentado leyendo libros, y después, al cabo de un mes de ausencia del centro, imploraba a su madre para que, a escondidas del padre, le escribiera una nota para la dirección del centro diciendo que había estado enfermo; recordó cuando, aún niño, informó a su padre de que no creía en Dios y, para demostrarlo, quitó el icono de su habitación y lo metió en un rincón; cuánto se apenaron sus padres, pero él, un joven descreído oraba al alba roja y sabe Dios qué había visitado su alma con el alba; escribía versos, leía a Auguste Comte y reverenciaba, el joven descreído, la bandera

roja, trasladando a ese símbolo material su apreciado secreto, un secreto desconocido de todos, su gran secreto: había un futuro. ¡Un tiempo que no volverá!

Murió su padre; murió también su madre; aún era estudiante: era el primero entre los camaradas, en sus círculos, en sus discusiones con la dirección, seducía pero no se dejaba seducir: se interesaba por los libros serios, estudiaba a Böhme, Eckhart, Swedenborg al mismo tiempo que a Marx, Lassalle y Comte, buscando el secreto de su alba sin encontrarlo en ninguna parte, en ninguna; aunque se fue asilvestrando, ahora no seducía a nadie; era un vagabundo, solo en los campos con sus pensamientos vagos que no llevaban a un pensamiento único, pero el alba estaba siempre con él, con sus tornasoles encarnados, con sus besos ardientes, ávidos; y el alba le promete un cierto acercamiento a su secreto; ahí lo tenemos, en el templo; ya está en los lugares sagrados, en Diveyevo, en Optino y al mismo tiempo está en el pasado pagano con Tibulo y Valerio Flaco, y no tiene palabras para expresar sus pensamientos; él mismo se había asilvestrado a la vista, se había vaciado, vuelto más rudo, pero los sentimientos eran más ardientes, más elegantes, cada vez más numerosos, más, y su abundancia le estallaba el alma; ésta pedía caricias y amor; y entonces apareció la encantadora Katia, y se enamoró: se enamoró al instante. Pero ¿por qué suspiraba Darialski? *Un tiempo que no volverá…* Sin embargo, este tiempo no es otra cosa que el día de ayer; ayer aún pensaba: se desvelaría su secreto en Katia, en su amor y sus besos; ella era su nuevo camino y el pilar sólido de su vida verdadera. Pero ¿por qué ese ayer era ya un tiempo que no volvería? ¿Era a causa de la mirada secreta que le lanzó la mujer picada de viruela? ¿Que llenó su alma de frenesí? La mujer picada de viruela: no había amor en su mirada, sino una cierta avidez; pero bastaba: no era ni avidez ni amor, no sólo amor; Darialski necesitaba algo más que amor; ¿qué más necesitaba si el amor es un camino y la confirmación de la verdad…? ¡Ay, moscas, ávidas, malignas, no zumbéis, no piquéis, no os metáis en la boca…! ¡Ay, sonidos lacrimosos, tristes, no repiquéis más…! Fuera, pope, y tú: ¡húndete en los enjambres de moscas…!

Se despidió del pope y salió; un sol opaco se perfilaba y la luz temblaba con miles de mosquitos en el prado; el sol ya se ponía, y a Darialski le seguían los sonidos zumbantes; hacían añicos el estanque en miles de resplandores: resplandores-salpicaduras, como si palomas de plata —en el agua o en el cielo— hubieran alzado el vuelo cuando un vientecillo levantó cabrillas en las aguas del estanque, se estremeció el éter verdoso. Del valle de pendientes suaves se elevaba una columna de humo: por allí se deslizaba una chaquetilla roja, y se dejaba entrever un pañuelo con lunares blancos; pasaban fugaces y se escondían en la pendiente, cerca de la isba de Mitri Mirónovich, el carpintero. Darialski se sobresaltó.

Se alejó de la iglesia y no recuerda cómo le llevaron las piernas a la piedra desnuda que sobresalía del estanque; los chapoteos gélidos del agua le mecían de forma maravillosa: estaba adormecido, y en los remolinos del agua oía una nana y todo se le representaba de forma extraña y confusa, en mitad del día; buscó con la vista al aldeano que pasaba por allí, pero no pasaba ningún aldeano; el viento soplaba y mecía los arbustos; mecía el pensamiento… Darialski ya se había adormecido.

Escucha, el chapoteo del agua y el ímpetu de los vencejos: los chillidos de los vencejos se confunden sobre el campanario, cuya cruz de forja dorada se alza sobre la aldea; los vencejos dan vueltas sobre el campanario. Los vencejos negros por la mañana, al mediodía y al atardecer sobrevuelan el cielo alrededor de la cruz, giran, zigzaguean, levantan el vuelo, caen, cruzan el cielo: cortan, queman el cielo, lo arañan, lo taladran con sus gritos

penetrantes, infligen en el alma la eterna quemadura de un deseo incombustible y sólo se calman por la noche; pero no del todo: por la noche, a la hora de la quietud tranquila del descanso, cuando a lo lejos ladran los perros y les responde el gallo bajo el campanario, se oye un silbido: en todo el distrito se conoce bien a los vencejos de Tselebeyevo. Pero los vencejos, amigo, no los escuches y no los mires: te romperán el corazón y te clavarán justo en el pecho un taladro ardiente… tienes ganas de correr, sacudir los arbustos cubiertos de rocío, dejarte caer en las hierbas cubiertas de rocío, apretar esas hierbas contra el pecho. Te perderás por poca cosa, te consumirás.

Fíjate cómo dan vueltas, cómo azotan con sus alas aceradas el aire, han formado la silueta de la cruz.

Darialski mira la cruz, mira el campanario: detrás del campanario, los arbustos, el pequeño barranco; detrás del barranco hay más arbustos; más allá hay más: y el bosque susurrante te incita al sueño, y en el bosque canta un pájaro estúpido; pero canta de un modo lastimero.

¿Qué necesita?

Así se paseaba por la aldea todo el día, erraba a lo largo del prado y miraba hacia la pendiente del prado (donde está la isba del carpintero Kudeyárov).

Ya habían pasado camino del estanque las jóvenes de la aldea cantando canciones de corro; se quitaban las faldas y chaquetillas rojas y sus cuerpos blancos se precipitaban impetuosamente en el estanque; ¡qué de bufidos! Se estuvieron persiguiendo mucho rato por la orilla, tal como estaban: sin camisa, llenas, blancas. Ahora las jóvenes de la aldea ya habían abandonado el estanque cantando sus canciones de corro. También vinieron los hombres de la aldea, se quitaron los calzones y las camisas y los cuerpos bronceados se precipitaron amistosamente al estanque; y aún hubo más gritos, más resoplidos. Tal como llegaron, sin canciones, sin canciones se marcharon. El estanque se quedó solitario; en el éter fresco se perfilaba la silueta negra de los pescadores.

Ya había llegado al puentecillo la mujer picada de viruela cantando una canción dulce, con una canción triste; no se quitó sus ropas rojas: se sentó en el puentecillo; chapoteaba con los pies metidos en el agua; peinó sus trenzas pelirrojas sobre el agua. Y cuando Darialski pasó por su lado, sus labios sólo se estremecieron y sus ojos brillaron de forma misteriosa: ¡y qué fuego! Se dio la vuelta; ella también se dio la vuelta: ¡y cómo volvió a clavar su mirada en él! Se acercó, pero la mujer picada de viruela ya se había alejado del estanque con una canción dulce, con una canción triste. Se encendió en el firmamento la primera estrella, y desde el valle de suave pendiente se asomaba entre la humedad vergonzosa la choza con las dos luces amarillas de las ventanas.

La tarde pura planeaba y flotaba sobre la aldea, y besaba alegremente los arbustos, la hierba, las lágrimas estivales, cuando el cielodiurno, sin rastro de azul o de gris, se solidificó en azul oscuro al tiempo que occidente abría la boca y se tragaba la llama diurna y el humo; allí lanzó el aire sus ropajes rojos, como de sangre, del crepúsculo con los que tapizaba las jambas y los troncos de las isbas, los angelotes tallados, los arbustos; se acortaba la cruz del campanario con rubís de un valor enorme, un gallo de latón, parecía que se recortara en la noche con una ala rojiza agresiva; un retazo de la alfombra aérea roja golpeaba el grosellero del pope, alcanzaba con toda su fuerza al padre Vukol; estaba sentado en un tocón de abedul con su sotana blanca y un sombrero de paja; sonrojado, fumaba la pipa de espuma de mar y parecía muy pequeño a la luz del crepúsculo.

La alfombra aérea cortaba el camino con un lienzo rojo, deslizándose hacia donde se agrupaban las isbas más bajas y las de peor reputación; allí por alguna razón gritaban las canciones, y por alguna razón en las nubes de polvo un acordeón reducía el aire a mechones y por alguna razón un triángulo, salido de no se sabe dónde, lo acompañaba, ding, ding, ding, al tiempo que el oriente exhalaba oscuridad y el camino la conducía allí —a la oscura fuerza de la corriente—; en el azul turbio de la noche oscura, alguien se acercaba a la aldea, era una figura sombría, pero parecía que estuviera lejos, muy lejos y que nunca alcanzaría la aldea.

En la taberna

—Pues claro, cara bobo, piensa: ¿quién trabaja la tierra? El campesino, vamos, yo, ¡está claro! Y la tierra vuelve al campesino, quiero decir, como propiedad pública. Aparte de la tierra, no necesitamos más libertad; la libertad no es más que una molestia. ¿Para qué queremos nosotros esa libertad?

—¡Malditos huelguistas judíos…! —insistía un campesino de aspecto miserable.

—¿Qué rezongas en mi cara? ¡Sólo luchando conseguirás tus derechos! —exclamó un obrero de la fábrica Projorov, un muchacho joven con la nariz hundida, y escupió al suelo.

En un rincón se alzó una voz de tenor fuerte y gangosa:

—Se levantó un viento de tormenta y me condujo a la taberna; y el tabernero me dijo: «¿Qué quieres?». Y le contesté: «El brebaje del alambique». Entonces juntó sus cinco dedos en un puño y me golpeó en la boca. Después de recibir el puñetazo, me fui…

—Muchachos, ¿habéis visto el «eco» del bosque? —dijo un joven de Tselebeyevo de ojos saltones, empapado de sudor, a dos zafios que sorbían el té del plato.

Pero todo esto estaba sumergido bajo el gemido chirriante de un enorme acordeón que tocaba un joven con una camisa de seda azul y gorra ladeada, con expresión provocadora helada en el rostro, y las voces embriagadas de los jóvenes a su alrededor le acompañaban cantando en voz baja: «Traaa-nsvaal, Traaa-nsvaal, mi patria-aaaa… El fueee-gooo te consuuu-meee…».

La taberna estaba abarrotada de clientes venidos de las aldeas vecinas; el vapor se condensaba en una nube; aquí y allá se servía vodka en las teteras; algunos se zampaban unas salchichas nauseabundas que cogían con las manos directamente del plato.

En un rincón, un obrero de nariz curva y voz quebrada se defendía del campesino miserable que lo acosaba; a su lado, en una mesita, un vecino de Lijov de paso, un seminarista expulsado del seminario, se pellizcaba la perilla y salmodiaba a la manera de un sacristán, y en el rincón opuesto unos jóvenes hablaban del «eco del bosque».

—¡Pero qué dices! Cállate o te pego: por vuestra culpa, hijos de Satanás, nos vamos a meter en las brasas; no entiendes nada; eh, hermanos, no dejéis que me dé la tabarra con sus historias.

—Y después de caminar exclamé: «¡Cochero, cochero! ¿Qué me pides por llevarme hasta mi morada?». Y me respondió: «Un dinar que, hablando claro, son veinte kopecs», y me instalé en su coche, y la yegua dio una coz y se puso en marcha.

—Pasamos por La Charca de la Yegua y le gritamos a ese «eco»: «Mierda»; y él a nosotros: «Mierda… ¡Sal de ahí!», y mira por dónde que sale de los arbustos, toda de blanco, y nosotros, pies para que os quiero.

Mientras, el acordeón sonaba afónico, y las voces aullaban: «Un muchaa-chooo a la poo-si-ciiión trajo la muuuu-niiiii-ción…».

Decían que los japoneses fomentaban la confusión en el pueblo, que cerca de Lijov vivían unos espías; decían que los trabajadores del ferrocarril habían organizado un desfile con unos «estandartes» rojos y que estaban a las órdenes del general Skobelev, que había permanecido oculto hasta hacía poco, pero que ahora se mostraba al pueblo; que una bruja de la aldea La Charca de la Yegua había vendido su alma al diablo, y que antes de morir había buscado a quién confiar sus poderes: como no lo encontró, sus poderes se fueron al garete; de mano en mano circulaban unas esquelas muy malintencionadas que llamaban al pueblo a negarse a trabajar para los terratenientes; las gentes las leían, movían la cabeza: el contenido era atractivo; pero sonreían…

Nuestro mendigo Abraham estaba sentado apartado de todos, y la paloma de estaño relucía débilmente en un extremo del bastón; de vez en cuando el vecino de Lijov se acercaba a él y le susurraba algo, luego volvía a su lugar y continuaba a voz en grito su galimatías:

—Y grité a viva voz: «¡Cochero, cochero! Detén la yegua». Y él exclamó con un gran grito: «¡So, hija de Satanás!». Y el corcel se detuvo como petrificado… ¡Es la libertad! —se dirigió al obrero que había recibido el puñetazo y que ya estaba completamente borracho—. Esto es lo que pasa: vuestros escritos están muy bien, pero ¿es que sólo tenéis el dios *sicialista*?

—Dejarrrremos el cielo a los gorr-rriones… y plantarremos… la banderrra rrroja —farfulló éste completamente borracho— del prrole-ta-rri-ado…

—Oh, ¿no será más bien una tumba roja? —levantó de pronto la voz el vecino de Lijov, de forma que el acordeón dejó de tocar, los jóvenes dejaron de maravillarse del «eco del bosque» y todas las cabezas se volvieron hacia la misma dirección; cómo brillaban los ojos del pequeño burgués de Lijov—. Escuchadme, buenos creyentes, el reino de la Bestia está próximo, y solo con el fuego del Espíritu quemaremos a esta Bestia; hermanos, la muerte roja pasará junto a nosotros por nuestro lado, y la única salvación es el fuego del Espíritu, el reino de la Paloma que nos prepara… —el vecino de Lijov siguió hablando un buen rato y desapareció.

Los aldeanos quedaron maravillados de esas palabras maravillosas; algunos empezaron a despedirse, otros se habían despedido hacía rato, y los otros que habían bebido abundantemente vodka directamente de la tetera, estaban tumbados bajo los bancos y entre ellos el obrero con la nariz curvada.

Es una noche clara, pura, fresca y tranquila. A lo lejos ladra un perro y suena una carraca; a lo lejos los jóvenes llenan el aire de canciones de regreso a casa: «La vee-rdaad Di-ooos perdoo-naa… Perooo el maaal, castiii-gaa…».

Una carreta rechina; es el vecino de Lijov que conduce a Abraham, el mendigo, a alguna parte: «¿Ha encontrado a su hombre?». «Lo he visto…». «¿Quién es?». «Bueno, es un noble ocioso, pero también es uno de los nuestros…». «¿Morderá el anzuelo?». «Todo llegará». Es una noche clara, pura, fresca y tranquila…

Capítulo II

La ciudad de Lijov

El camino

El camino atravesaba bosquecillos, arbustos, lomas; atravesaba las pendientes suaves de los valles; cortaba el airecillo que te envolvía; cruzaba el susurro débil de la avena verde; y riachuelos y barrancos, todo lo cruzaba el camino en su huida hacia la lejanía; desde allí un cilicio de humo se levantaba y perfumaba el cielo; de allí procedía la lluvia que caía sobre los bosquecillos, los montículos, las pendientes suaves de los valles; allí, a lo lejos, un templo alzaba al cielo su aguja de plata, perforaba la niebla, y era como si en más de diez verstas a la redonda no hubiera ni una sola aldea; pero el camino rodeaba el templo desde lejos, y la aldea se escondía entre dos ondulaciones suaves, cubiertas de cebada, que el airecillo mecía provocando reflejos tornasolados. Si uno se subía a un sauce que había junto al camino, salvado sólo Dios sabe cómo (en los viejos tiempos, nuestros caminos estaban bordeados de enormes sauces), se podía divisar la aldea porque estaba a un paso del árbol; pero era un día gris y lluvioso, y las pobres isbas grises se aferraban como huérfanas a la pobre tierra húmeda, de manera que era casi imposible distinguirlas a través de la lluvia. La ondulación del terreno se interrumpía cerca de la cresta; justamente esta cresta cortaba el valle y dividía la aldea en dos secciones; por una parte, los huertos descendían hacia una fuente: la fuente se conocía como la Fuente de Plata, y la cresta la llamaron en la antigüedad los aldeanos la Cresta Muerta; esta cresta se extendía al menos una versta de largo, se transformaba en una cresta arenosa, atravesaba otras muchas crestas, y la cruzaban varios barrancos pequeños; la cresta seguía serpenteando, en primavera ocupaba muchas decenas de *sazhenes* de pasto; allí, en otros tiempos, había habido unos casos de bandolerismo en el camino de Tselebeyevo a Lijov; la aldea que se hallaba bajo la cresta se llamaba Grachija; era una aldea pobre, no como Tselebeyevo; aquí los techos de las casas no estaban cubiertos de hojalata, sino de paja; existía una vida propia que no se parecía a la de Tselebeyevo; los campesinos y sus mujeres eran diferentes, aquí no había campesinos ricos, y los artesanos y los comerciantes habían desaparecido: la aldea la habitaban sólo dos familias: los Fokin y los Aliojin; se habían multiplicado tanto en Grachija que a los demás no les quedó otro remedio que morirse y extinguirse, como si dijéramos; los Fokin eran lo que se dice unos rufianes: los más rufianes del entorno: además, no tenían las manos limpias y, encima, bebían; los Aliojin no se parecían a los Fokin: bebían menos y, aunque no tenían las manos completamente limpias, no las tenían tan sucias como los Fokin; pero, lo que son las

cosas, se habían contagiado de una enfermedad mala; aparte de esto, los Aliojin vivían como cualquier persona; tenían su propio pope, aquí todo era especial, particular.

Se podrían decir muchas cosas de esta aldea, aunque no vale la pena porque el camino que llevaba a Lijov pasaba de largo: si no se le decía al viajero que había una aldea cerca, el viajero pasaba de largo sin darse cuenta de nada: no le interesaban para nada los asuntos de los Aliojin ni de su pope. Sólo la aguja de plata perforaba la niebla sobre el valle, entre dos ondulaciones suaves; sobresalía, pero al cabo de un rato ya no se la veía; del mismo modo que apareció, desapareció: en la niebla.

En el lugar donde el camino hacia la Cresta Muerta estaba dividido por unos montículos de arcilla amarillos, allí donde se discernía confusamente entre la niebla la aguja oscura, el carpintero Kudeyárov bajaba por el camino bajo la lluvia; llevaba un gabán nuevo pero iba descalzo; el barro viscoso chapoteaba entre sus dedos con un sonido como de succión, era viscoso como una sopa de guisantes mezclada con sopa de avena, o como el lodo de una pocilga; el carpintero se había quitado las botas y las llevaba colgadas de un bastón que apoyaba sobre el hombro (las botas eran nuevas); allí también se balanceaba su bolsa de viaje. El carpintero avanzó largo rato por entre los arbustos; avanzaba por entre los montículos, los bosquecillos; se quedaba pensativo junto a los claros; se arrastraba hacia la ciudad de Lijov; la llovizna espolvoreaba sobre él una salpicadura de gotas: la llovizna se arremolinaba a su alrededor; el espacio entre Lijov y Tselebeyevo parecía bailar en el viento lacrimoso; los arbustos sollozaban y danzaban; las ramas fastidiosas también danzaban; danzaba la cebada; y una ondulación vivaracha, ligera, se agitaba sobre la superficie de los charcos marrones fríos y tranquilos. El carpintero seguía avanzando entre los charcos, los arbustos, los campos de cebada bigotuda, y su rostro enfermizo y lastimero, enfermiza y lastimeramente se movía por el camino, con su nariz de pájaro carpintero; el gorro le cubría los ojos, por lo que su cara se había quedado ciega: ¿veía o no veía lo que pasaba a su alrededor? Y lo que le rodeaba era lodo y barro: danzaba la llovizna, las burbujas explotaban en la superficie de los charcos, qué tiempo: el carpintero chapoteaba en el barro.

El carpintero mira si en la Cresta Muerta le espera Abraham; el pelirrojo cambia el zurrón de hombro, y como llueve se hunde aún más el sombrero sobre su cabellera rizada; el mendigo está sentado desde hace rato en una piedra, silba al viento: espera al carpintero; al mendigo la lluvia no le molesta: es el día de la Trinidad, está en paz; puede lloviznar, los alrededores se llenarán de rocío, vosotras, nubes, arremolinaos, ¡la lluvia borbotea! ¿Donde podría el corazón encontrar la calma, si no la hay el día de la Trinidad? Abraham canta a voz en grito al viento, golpeando un charco con el bastón: «Doncellas jóvenes, encerradas en vuestras torres; un visitante se acerca, bebed hidromiel. El viajero deseado ya está cerca…». El agua chorrea del pico de la paloma de estaño… Alrededor se ponen a gritar los grajos mojados…

El mendigo Abraham observa si aparece el carpintero y baja de la cresta; Mitri levanta la nariz, al pie de la cresta, junto al camino, le espera el compañero: deben ir juntos a Lijov; un único camino, una única preocupación, una única causa, una única vida, una vida eterna e interminable; se dedican sendas sonrisas; y una vez reunidos, emprenden el camino; ascienden; la Cresta Muerta, que es empinada y resbaladiza: si te caes, te embadurnas de barro: no pasa nada, Dios está en todas partes: el cielo, la tierra, las estrellas lejanas, las nubes, las gentes… y también el barro es de Dios. No son como otros cuyas costumbres

conocen todos, cuyas acciones nada obstaculiza, simple y abiertamente llevan a cabo sus asuntos: pero, como verdaderos ladrones, como lobos, avanzan juntos por los senderos apartados desde hace muchos días, semanas, meses, para que nadie vea que sus caminos se han unido, como hoy, que también han salido en secreto del refugio de la gente: el mendigo viene de Grachija por el barranco; y el carpintero ha dado una gran vuelta para que el malvado ojo del vecino no viera el camino por el que emprendía el viaje.

—¿Qué pasa, amigo, te has quedado empapado esperando sentado? ¿Hace rato que me esperas? ¿Estás cansado de esperar?

—No importa, Mitri Mirónovich, en absoluto; además, seguramente habrás tenido que dar una vuelta; seguro que te has levantado con el canto del gallo…

—No me importa dar una vuelta por nuestra causa; además, es agradable recorrer estos lugares —Mitri asomó la nariz desde el barranco, desde donde de nuevo se veían las vastas extensiones de terreno vacío que se extendían varias decenas de verstas; Mitri levantó la nariz para observar a su alrededor; y como si el viento se hubiera enfurecido por esa mirada, bufó con más fuerza sobre los campos de avena y los charcos; el fango y la lluvia redoblaron su furia; las nubes se vaciaban, y un arbusto se desarraigó; luego otro, y un tercero: el camino serpenteaba por un bosquecillo, luego volvía a salir al espacio sin límites; y de nuevo allí una aguja perforó las tinieblas plomizas; las perforó y se desvaneció.

El mendigo camina y golpea el suelo con el bastón; se camina bien así; caminas y no sabes qué queda a tu espalda; caminas y no sabes qué te espera delante: a tu espalda, un montón de isbas; delante, otro montón de isbas; a tu espalda, ciudades, ríos, provincias y un mar helado, y las islas Solovkí; por delante, más ciudades, y ríos y la ciudad de Kiev; has estado allí en una isba, entre cuatro paredes (donde te han permitido pernoctar), entre bancos, mujeres, niños, gallinas, cucarachas y chinches; te habrías quedado allí o bien mendigado bajo las ventanas; te habrías quedado allí por voluntad de los campesinos, y esa misma mujer se pondrá en movimiento; y se le pegarán los mismos niños, las mismas chinches. Pero aquí no hay ni niños ni chinches: un espíritu frío y libre alienta sobre ti; respira donde quiere, de dónde viene y a dónde va, la gente no lo sabe; sólo en el campo abierto se respira a placer el espíritu, y como el espíritu irás donde quieras y ya no habrá nada más: recorrerás los mares, la tierra abrasada por el sol, saldrás al mundo: es decir, te volverás piadoso; porque la tarea del espíritu es errar, es decir, el ocio sagrado: recorrer los campos; si todos lo hicieran, se llenarían los pulmones de espíritu, se convertirían únicamente en espíritu, puesto que el espíritu ha revestido la tierra con un único ropaje. Sólo que, por lo visto, no es únicamente así: respirar en el campo no basta para que se cumpla el sacramento; por lo visto el carpintero Kudeyárov conoce los misterios necesarios para la transformación de los hermanos: hace falta una proeza espiritual, una enorme audacia; la gente no se podrá alegrar, ni las bestias ni ninguna ave del cielo se podrá alegrar antes de que este mismo espíritu haya adquirido rostro humano.

Entonces Abraham miró de soslayo al carpintero: era enclenque, tenía la nariz como un pájaro carpintero, no dejaba de toser, pero conocía el misterio, todo, todo le había sido revelado al carpintero: el destino del hombre, también lo que subleva al pueblo y por qué enferman las vísceras de nacimiento.

Y Abraham lanzó una mirada al rostro del carpintero, se puso a silbar, doblando tres veces los dedos cerca de los labios: «En forma de paloma…». Todos los discursos espirituales de la hermandad empezaban así…

—En forma de paloma —repitió Abraham—. Así lo suponemos, que todo hombre es digno de ser el rostro de la Paloma, si abandona su propiedad, su pedazo de tierra, la mujer, y sale al camino por nuestra querida Rusia, respira de lleno aire puro: los cánticos espirituales y las plegarias; se puede decir que es el fruto espiritual, e incluso la respiración de los labios que han bebido el aire libre; y eso es el misterio que empuja a la gente lejos de su lugar de nacimiento; pero aquí ha puesto por todas partes una alambrada sobre la tierra, nuestra madre: quédate aquí, amigo mío, con tu capital; no hay libertad para ti, tu propiedad es tuya; la mía es mía. ¿Se puede vivir de lo que se posee? Mi capital son trapos y suciedad; en cuanto a la propiedad, no hay nada parecido. Con la riqueza echarás tripa, luego la enfermedad se te meterá dentro y a criar malvas: te meterán bajo tierra a ti y a tu tripa; te caerán los terrones de tierra por encima: ahí tumbado te pudrirás; esto es lo que creemos. El pueblo está harto de pudrirse vivo; hoy día, con las huelgas, el pueblo se pone a régimen, a régimen de aire; esperarán, esperarán y después saldrán al camino con los estandartes; y entonces habrá nuevos misterios y plegarias…

—Venga, venga, hermano Abraham, hablas por hablar: aunque seas el Fiel Pilar, tu lengua no es fiel a la verdad; tienes el corazón de oro, pero la lengua vale lo que una monedita —el carpintero le miró fijamente, hizo una mueca con el rostro y alzó la nariz.

—Bueno, nosotros, esto… Era justamente así: ¿qué somos nosotros? Tú debes saberlo, eres el jefe. Nosotros, a decir verdad… en conjunto, y todo el resto es como es —el mendigo estaba confundido, bufaba en su barba y con una cierta confusión se puso a chapotear con los pies desnudos en el barro. (El Fiel Pilar cantaba bien los salmos y tenía malicia en abundancia, pero en cuanto a los destinos y los misterios de los otros hermanos era el más simple de todos; le faltaba algo: no podía meterse en la cabeza el cómo y por qué; por eso frecuentaba a los *sicialistas*, y chismorreaba con los *stunde* y había estado con los «errantes», pero en cuanto a traicionar a los suyos, se podía confiar en Abraham completamente, el Pilar de pilares siempre guardaba la lengua a buen recaudo).

—¿A qué día estamos? —le preguntó Mitri, ajustándose más el gorro, de manera que de debajo del gabán sólo sobresalía la punta de la nariz y la barbita, como si no hubiera un hombre dentro: un gabán, sobre el gabán un gorro; debajo del gorro, una nariz: así iba vestido el carpintero, encorvándose aún más bajo el azote de la llovizna—. ¿Qué día es hoy?

—El día de la Trinidad.

—Está bien eso, el día de la Trinidad.

—¿Adonde vamos? Fíjate bien.

—A la nave, de viaje.

—Fíjate. ¿A quién vamos a visitar?

—A Iván el Fuego y a Annushka del Palomar…

—Eso está bien, al Fuego ¿y quién es ese Fuego?

—El Fuego del Espíritu.

—¿Y de quién son las palomas?

—De Dios.

—Exactamente. Métete eso en la cabeza: vamos a nuestra casa, a nuestros dominios, a nuestra iglesia: allí hay un misterio. Nuestro camino espiritual es dirigirnos a un hogar: el viento ha soplado, ahora ya no; y si la santidad de las acciones espirituales se transforma en una naturaleza carnal, así, mi querido Abraham, hay un misterio. Nuestra naturaleza es espiritual; y la propiedad no es de otro que del Espíritu Santo… La naturaleza es como un

tocón: el tocón lo puedes rebajar; un poco de ribote por aquí y de garlopa por allá: dos movimientos y el navío está listo.

—Con los muebles es parecido —continuó el carpintero tartamudeando, y su rostro se deformó con la preocupación para expresar algo, incluso se volvió melancólico, triste, desapareció entre las líneas difusas—. Los mmmu-ee-bbbles es pa-pa-pa… (el carpintero se ponía a tartamudear cuando quería expresar los sentimientos que lo acongojaban; hay que suponer que tartamudeaba a causa de su debilidad)… los mmmu-ee-bbles es pa-pa-parecido —las palabras surgieron como proyectiles y de pálido se puso rojo como un tomate. Incluso se cubrió de sudor—: Ta-ta-tam-también hermano —y levantó un dedo— son i-i-impor-ta-ta-tantes, hermano… No me menosprecies porque hago mu-mu-ebles; hermano, rezas una oración —había recuperado el dominio de sí mismo—, trabajas mientras oras, es como cuando haces un mueble: ¿a dónde irá? A casa de la gente: tú lo has hecho rezando, y él te prestará servicio: un comerciante o un señor se sentarán en él y se pondrán a meditar sobre la verdad; es el efecto de la oración… Esto es un mueble… —pero no expresó nada más y de nuevo desapareció su rostro y no quedó nada más que el gorro, el gabán y los pies desnudos que chapoteaban por el barro…

—Hay que construir, hermano, hay que pasar el ribote, moldear la casa de Dios; allí también hay muebles, hermano, y mujeres, y de todo: la resurrección de los muertos, hermano, pasará primero en la memoria, en el espíritu: vendrán los muertos a compartir el almuerzo, hermano; así será: sobre todo si se pone algo que les había pertenecido a los difuntos, sobre la mesa: un trozo de tela o un retrato, y después el espíritu, por el espíritu, por el espíritu hace falta los… eso es. Por esta encarnación, se puede decir, de nuestro espíritu en el hombre: nacerá hombre como nosotros; y tú hablas del aire, dices que ha soplado: ¡ha soplado y ya no está…! Vaya… Y los muebles déjalos tranquilos, los muebles… Y los muebles es parecido, ¡pa-re-ci-do! —dijo alargando las sílabas.

Su rostro tranquilo emergió lentamente del gabán, parecía otro completamente distinto: sin saber por qué, se había quedado blanco, luminoso; no era pálido ni rojo: el carpintero se había quedado blanco. Y la llovizna azotaba cada vez con más fuerza; y los mechones de humo se elevaban por el horizonte: el batallón no tenía ni principio ni fin; refunfuñaba un arbusto enfadado por el mal tiempo, apoyaba las ramas sobre un tronco vacío; la hierba seguía susurrando cuando la lluvia había cesado: ahora llovía, ahora no: llovía aquí, y allí no llovía, pero seguía la lluvia en los vastos espacios; y en los espacios vastos se escondían, se disimulaban y de nuevo se descubrían otros espacios vastos; y cada punto del horizonte, cuando los viajeros se aproximaban, se convertía en un espacio abierto; y Rusia era una multitud de esos espacios, con una decena de miles de Grachija, con millones de Fokin y Aliojin, con humildes popes y grajos; ahí estaba Lijov, por aquí y por allá parpadeaba una lámpara de queroseno por la noche. Los viajeros se acercaban a Lijov pero no había ni rastro de Lijov en el horizonte, y era imposible decir donde estaba Lijov; pero estaba. O tal vez Lijov no existía, o bien sólo existía en la imaginación, futilidades, como esta bardana o este cardo: fíjate, allí está el campo, y en algún lugar del campo hay un sauce blanco desgreñado; te internas en la niebla, fíjate: dirías que un hombre malvado te persigue por el campo; allí hay un sauce: si pasas a su lado, te va a reñir.

—El enemigo del género humano también es parecido —prosiguió el carpintero—, intenta comprenderlo, amigo, que en cada signo material, en una palabra, en la existencia carnal, alienta el enemigo: no existe la vida carnal, no existe: el enemigo tiene el aspecto del

espíritu, es más: tú (piénsalo, hermano) haces nacer una criatura de carne de manera que el espíritu adquirirá rostro humano, nacerá un niño, de mujer; hay espíritus y espíritus, mi buen Abraham: uno es el Espíritu, el otro es el enemigo; además, lo podemos comprender, es lo que decías sobre el aire; vas más lejos, si el aire huele, ¿sigue siendo aire…? Además…

—Pero nosotros, Mitri Mirónovich, lo comprendemos, así. No tenemos nada en contra…

—Espera: han encontrado al hombre; mi mujer, Matriona, es una mujer li-li-lista… ¡eeehhh…! Y cu-cu-cuando —el carpintero empezó a tartamudear de nuevo— esté li-li-lista, entonces el misterio se cumplirá: hasta ese momento, cállate.

—Un gandul, antes has dicho que ese tipo es un noble —la atención de Abraham se había despertado, y sus ojitos se pusieron a brillar con picardía—. ¿No será ese tipo que vive en Gugolevo? Entonces, no lo atraparás con tu mujer: ya se ha espabilado muy bien solo para conseguirse una mujer, y encima es la nieta de la baronesa…

—De acuerdo, no es problema; el dinero de la baronesa no es importante: tampoco es mucho, también hay… Mis pequeñas palomas picotearán, picotearán los granos de oro, mis pequeñas palomas. Claro que se casará con ella, pero se a-a-a-costará con mi mujer, y ella concebirá un hijo suyo… ¡Esa es la pura verdad!

—Pero ¿por qué con él y no con otro cualquiera, digamos contigo, Mitri Mirónovich? ¿Por qué no sirves para la causa? Tienes espíritu, tienes un buen aspecto —mintió Abraham, porque si por cuanto al espíritu era cierto, en relación con el aspecto no era ni mucho menos así; porque, os pregunto, ¿qué aspecto tenía el carpintero? ¿Dónde se podía ver algo parecido? No era un rostro, sino un cráneo de cordero desnudo, y además era medio rostro; vale, era un rostro, pero se diría que era medio rostro…

—Vi-vi-viee-jo, soy demasiado viejo; compréndeme, amigo, además ya era mayor cuando me uní a la fe espiritual; y ya antes tenía bien cansadas mis carnes: la naturaleza femenina me perjudica, no es para mí: pero rezar, me ayuda; es otra cosa, en la oración la naturaleza se revela, pero yo para que… eso no: el hijo de la Paloma —suspiró amargamente Kudeyárov— no será de mi semilla, será de otro, de un extraño… Pero ese, el gandul, ¿Darialski se llama? —susurró el carpintero con unos negros celos, con el rostro sombrío—. Él tiene una carne espiritual: cuando el verano pasado arreglé un mueble a la baronesa Graaben, me fijé en él en el jardín, fue así: es todo espíritu, emana sobre la hierba, sobre su Katia; sobre todo emana su espíritu; veo en sus ojos que es de los nuestros y pasa todo el tiempo tras nuestros misterios, aunque sea un noble; no puede comprender en qué consisten esos misterios; los ha estudiado y ha perdido la razón, y ahora los misterios están con nosotros, los campesinos: lo ha sentido con el corazón pero su cerebro no está a la altura. En cuanto al espíritu, le sobra… Así que pensé que como yo no puedo con Matriona, entonces me digo que mi buena mujer, me digo, con él (esta mujer, todo hay que decirlo, es todo espíritu: todo su cuerpo es espiritual…). Ella en un principio tenía vergüenza, luego se lo pensó mejor; luego se le fijó esta idea; rezamos y luego en esa época el espíritu descendió sobre nosotros (mientras ella rezaba, yo tuve una visión en sueños); y bien, dije, gracias a ti, mujer, habrá una gran alegría en esta tierra. Desde entonces he advertido a los hermanos: tened paciencia, será pronto, muy pronto; entonces empezaron todo tipo de signos: han llegado los *sicialistas*, el pueblo se ha puesto a charlar sobre la libertad; unas nubes extrañas cruzaron el firmamento. Se acordaron de Pugachev. Eso, hermano, son las flores: pero ¿qué fruto darán…? ¡Yo soy así!

—Y con el dinero de Katia construiremos naves, es decir, comunidades; con el dinero de Katia y el de Yeropeguina: además, parece que el comerciante ha enfermado; ya le he enviado unas hierbas a Yeropeguina, pero no le ayudan: el comerciante empeora; y a la muerte de éste, ¿a quién sino a nosotros irán a parar esos dineros? Bien, se puede decir que transformamos el aire, es decir, el espíritu: aquí en dinero, allí en muebles… Luego…

Luego, guardan silencio, sólo una suave llovizna, unas ráfagas de un viento ligero; un arbusto enclenque se ha puesto a balbucear: es todo.

Pasaron por delante de una granja: un ricacho se había establecido aquí, cerca de un bosque de robles; plantó un huerto de manzanos y lo rodeó con una tapia sólida de piedras, justo hasta el lugar donde el sendero se une con el camino principal; y el camino principal se estiraba, atravesando con la blancura de sus piedras los campos de avena y otros, corría con los postes del telégrafo, alzaba el vuelo con la red oscura de cables y caía con la piedra rayada, con cifras dibujadas, y caía en montones de piedras a la orilla del camino; habían dibujado inútilmente cruces de cal sobre las piedras (robaban las piedras); chirriaban las carretas, rechinaban los carros, pasaban los caminantes, danzaban al encuentro de los camiones con las cajas de vino cubiertas con una lona; menudeaban las granjas a la orilla del camino, pasaban junto a las aldeas; incluso surgió de la niebla un pueblo sobre un montículo y en él una casa solitaria emergía en medio de las isbas con tejado de metal: era la taberna; delante de ella, sobre un pilar había un farol del pueblo; la casa desapareció, el pueblo desapareció, tragados por una cortina de niebla. Allí, enfrente, surgió Lijov de la bruma, cuando nuestros caminantes empezaban a creer que Lijov no existía. En ese instante empezó a dibujarse lentamente en la niebla la catedral y una multitud de casas apiñadas; a cierta distancia brillaban las agujas de la estación del ferrocarril; de allí llegaba el mugido de un tren, sordo y melancólico.

La torta

—Tu mujer, amigo, es un pedazo de pan…

—Pero, qué dices: más que eso; si fuera un pedazo de pan aún pasaría, pero es que es una torta…

Así, de esta manera, el molinero Yeropeguin calificó a su esposa un día que se encontraba en alegre compañía con una cantante en las rodillas, cuando iba a emborracharse a la capital del distrito. Como había calificado a Fiokla Matvéyevna de «torta» delante del Decano de la Nobleza en persona, se le quedó ese apodo: la torta, sí, la torta. En Lijov pronto no se llamó de otra forma que torta a Fiokla Matvéyevna; y no sólo los conocidos, sino también los dueños de las tiendas, el granjero, los molineros y todos los que se encontraban a su servicio.

Y no porque fuera muy gruesa: pero parecía que se había vuelto floja; cuando ceñida dentro del corsé, se ponía su vestido de seda lila o el de color chocolate, el vientre y el pecho sobresalían por todas partes, se le hinchaba la papada, lo cual la obligaba a echar la cabeza hacia atrás; pero no se podía decir que tuviera la cara gruesa: estaba más bien hinchada y pálida; una «gordura mala», decía Pável Ivánovich, el médico: Fiokla Matvéyevna no había echado carnes, se había hinchado; hacía más de un año que no se

podía quitar la alianza del dedo; porque también se le habían hinchado los dedos. También le habían jugado una mala pasada los labios: el labio inferior se había apartado del superior y se adelantaba un par de centímetros; y en el borde mismo del labio tenía una verruga; esto podría ser pasable, pero de esa verruga colgaban unos pelillos retorcidos, cosa que mucha gente no podía soportar, en especial los representantes del género masculino y las tiernas jóvenes; una vez que Fiokla Matvéyevna fue a visitar a la Decana de la Nobleza el día de Pascua, el hijo pequeño del Decano (un chiquillo de rizos rubios) le espetó: «¿Y a usted por qué le crece una fresa en la cara?». La madre del chiquillo lo envió al rincón inmediatamente, y con idéntica inmediatez el rostro de la mujer del molinero se entristeció; y los ojos también se entristecieron; sus ojos grises eran tranquilos: en ellos brillaba una dócil resignación. Ni que decir tiene que al día siguiente los habitantes de Lijov que iban de visita hablaban de la «fresa» tanto como del tiempo mientras se felicitaban las pascuas. Pero estaba mal —sí, sí, estaba mal— ofenderla (no a la «fresa», claro, sino a Fiokla Matvéyevna); es cierto que nunca había hecho mal a nadie, en cambio hacía mucho bien: en favor de las viudas y las ancianas; allí en la calle Panshina había un asilo para ancianas. Y tan pronto como en la calle Panshina resonaban las pezuñas de los caballos de Yeropeguin, en las ventanas se veía pasar a Jvedor y detrás de él se agitaban las flores de tafetán, el foulard y las frutas del sombrero de Yeropeguina, el rostro de una vieja aparecía sin falta en una ventana del asilo y murmuraba una palabra agradable: los días de fiesta las ancianas solían ir de visita a casa de Fiokla Matvéyevna, de la calle Panshina a la calle Ganshina, donde los Yeropeguin tenían una casa de madera de un piso, con un huerto, cuadras, un almacén, un granero e incluso un pabellón para el baño. Fiokla Matvéyevna era una buena persona, y era una vergüenza que su marido, Luka Silich, se burlara de ella, sí, ¡era una vergüenza! Pero qué clase de torta era: ¿acaso las tortas tienen corazón? ¡Basta con mirarla a los ojos!

Sin embargo Luka Silich no miraba los ojos de su esposa; veía el resto; por eso la llamaba «torta», por eso iba con otras mujeres y, vergüenza da decirlo, tenía líos en su propia casa con una sirvienta (por suerte los niños, un chico estudiante y una chica en el instituto, estudiaban lejos e incluso durante el verano los enviaban a casa de unos amigos. Los niños tenían principios: por eso se hacían invitar lejos). Viéndole, no se diría que Luka Silich pudiera ser un mujeriego: era alto, seco, con unos delgados labios apretados, el cabello canoso muy corto estaba cortado en redondo; tenía una barbita canosa; vestía un kaftán negro largo hasta los pies, se cubría con un gorro modesto y se apoyaba en un bastón (sufría de gota); sus severos ojos castaños brillaban detrás de unas gafas: así que adivina lo que esos labios severamente apretados y ya muertos podían bromear; y esos ojos, sólidamente escondidos detrás de las gafas, ¡ay!, qué bien sabían guiñar y echar chispas. Se podía decir que el aspecto noble y discreto de Luka Silich era la expresión del alma hermosa de su esposa, y el aspecto poco agraciado de Fiokla Matvéyevna no era otra cosa que el alma mezquina de su rico esposo: en una palabra, si se le hubiera podido dar la vuelta (sacar el alma afuera) se habría convertido en Fiokla Matvéyevna; y al revés: Fiokla Matvéyevna se habría convertido sin falta en Luka Silich; ambos eran las dos mitades escindidas de un único cuerpo, pero como si este cuerpo tuviera dos cabezas y cuatro piernas; y como cada mitad, si se me permite decir, vivía una vida propia, esa circunstancia comprometía la exactitud de la comparación aportada.

Ambas mitades se habían escindido hacía tiempo una de la otra y ahora miraban en direcciones completamente distintas: una mitad observaba con atención el trabajo de más de diez molinos dispersos por el distrito, se ocupaba de la cría de caballos y no dejaba escapar ni una sola falda por poco agraciada que fuera; la otra mitad se encerraba en sí misma: se había encerrado de una forma extraña, con recelo, con susto, con encarnizamiento; hacía tiempo que no alzaba la mirada hacia su marido, y aunque esté mal decirlo, cualquiera habría podido pensar que la torta estaba contenta con las interminables ausencias del marido para recorrer los molinos, los mercados y la capital del distrito, aunque ella misma sabía que no eran únicamente los contratos comerciales los que atraían al marido a la ciudad de Ovchinnikov, sino que también lo atraían allí las cantantes. Cada vez que el marido regresaba, la torta bajaba los ojos, unos ojos claros, brillantes, puros, que no debería bajar; pero ocurrieron unas circunstancias en la vida de Fiokla Matvéyevna que la obligaron a bajar la mirada incluso delante de un marido como Luka Silich; no vayan a suponer que una comerciante tan robusta (y encima una torta, y no solo una torta, sino una torta con una fresa en el labio) se entregara a la lujuria aunque fuera con el cochero: no, eran otras las razones que atormentaban a Fiokla Matvéyevna; hacía ya dos años, no, un momento: ¿cuándo se quemó la pocilga de Konovalov? A ver, hacía tres años que la pocilga había ardido… Eso es: hacía tres años que Fiokla Matvéyevna había ingresado en la cofradía de la Paloma, sí, y se había convertido con tanta fe que había acabado siendo su apoyo y protectora; proporcionaba a los hermanos y hermanas dinero, los enviaba a peregrinar a los lugares sagrados y a casa de los «leedores», si los hermanos necesitaban un «leedor»; aún más, desde el año en curso, desde el momento en que Kakurinski, un antiguo seminarista, había entrado en la hermandad con toda su casa, la comercianta había entregado una suma importante de dinero para la adquisición de una máquina con la que poder imprimir los llamamientos a los hermanos rusos; esos llamamientos incitaban al pueblo a la revuelta contra los popes, y de paso contra las autoridades; el seminarista instaló la máquina en su casa, y de vez en cuando se ponía a trabajar con ella: luego, los paquetes con las hojas se enviaban a algún lugar lejano (aún tenían miedo a distribuir las hojas en nuestro distrito); en las hojas había una cruz: en pocas palabras, ¡los mandaban a todos los confines! Fiokla Matvéyevna no comprendía nada, pero el seminarista había insistido, y el propio jefe de la cofradía, Mitri Mironovich Kudeyárov, que vivía en Tselebeyevo, no decía nada, de manera que se podía pensar que Kakurinski imprimía esas hojas con su venia. Pero ¿cómo fue que la millonaria de Lijov se acercara a la secta, cuyo contenido era tan vago y extraño que era difícil de comprender, y lo único que se comprendía parecía extremadamente extraño y terrible? Sin embargo, sucedió de forma muy sencilla; cuatro años antes una joven, Annushka se llamaba, entró a su servicio para ocuparse del corral: era una muchacha joven (había servido en casa de unos hacendados de los alrededores), muy pálida y poco agraciada: pero había algo especial en su rostro, porque un día Luka Silich fue a buscarla al gallinero… y ya se comprende lo que pasó allí: Annushka del Palomar lloró amargamente (me olvidé decir que Luka Silich, antes de visitar a Annushka, le gastaba bromas y la llamaba «palomar sobre el gallinero»; y cuando a uno le ponen un mote así, se lo lleva a la tumba); bien: lloró y lloró hasta que la torta en persona fue a verla al gallinero para consolarla: la torta la cogió y la consoló; desde ese momento se hicieron amigas, y al cabo de poco tiempo Annushka se sinceró con la torta: le reveló que había ingresado en una cofradía: la vida aburrida, los maravillosos discursos de Annushka

del Palomar sobre el carpintero de Tselebeyevo, sobre que en la cofradía se sentía cómoda al rezar, todo esto surtió efecto: con el pretexto de arreglar unos muebles, el carpintero se presentó ante la torta, y cuando el carpintero pone el ojo sobre alguien, éste no se le escapa de las manos; en pocas palabras, Fiokla Matvéyevna además de ser la mujer de su marido se convirtió en devota del carpintero: en su casa aparecieron unos libros: ella misma copió algunas plegarias; después, por las noches, se levantaba para bordar casullas, adquirió unos vasos sagrados y luego, que no se me olvide, poco después los Yeropeguin sustituyeron al vigilante nocturno y en su lugar apareció Iván, un tipo forzudo con una barba roja, unas pecas rojizas y unos ojos casi rojos: «No es un hombre, es fuego», decía de él Luka Silich, y se le quedó el mote al zafio: Iván Fuego. Pero resultó que ese Fuego lo había enviado el carpintero Kudeyárov; así que, poco a poco, los criados fueron siendo reemplazados por miembros de la secta llegados de las aldeas vecinas; la casa de Yeropeguin se convirtió en un «palomar» (en ese momento el carpintero había dispersado más de doscientas «palomas», aunque él mismo se escondía de muchos, y en Tselebeyevo Mitri no había mentido a nadie, se escondía, y sólo la mujer picada de viruela pasaba por su paloma). De este modo llegó a Lijov la nueva fe y se diseminó por Lijov como una epidemia de peste, arrolladora: había miembros de la secta en Lijov, pocos, es cierto, pero de todas maneras su número iba en aumento: ingresaron algunas familias de la pequeña burguesía, así lo hizo Kakurinski; las «palomas» murmuraban que dos damas de la nobleza también habían empezado a rezar a su manera; pero quiénes eran esas señoras, no se sabía; válgame Dios, si lo supieran lanzarían gritos de exclamación y las delatarían, si reconocieran francamente que las ancianas del asilo, todas sin excepción, habían empezado a recitar las palabras de las nuevas plegarias, se habían apartado de la fe ortodoxa y habían empezado a dirigirse con paso vacilante a casa de Fiokla Matvéyevna para orar en el pabellón destinado al baño los días que *él* se iba a la ciudad de Ovchinnikov de parranda; la torta los recibía a todos en secreto y les entregaba a todos unas misivas del carpintero, porque toda la casa, a excepción de Jvedor, era de los suyos, de la hermandad. ¿Qué pasaba con Jvedor? ¿Era capaz de ver algo más que no fuera una botella de vodka? Tan pronto como el amo partía, iba a buscar la botella; pero Jvedor no veía nada: entre los criados había palomas ancianas, palomas con barba, palomas jóvenes arrulladoras de ojos claros; pero resultaba incómodo cuando regresaba Luka Silich: cuando se enfurruñaba, ella inclinaba la cabeza, hinchaba y separaba los labios: temía que algo llegara a sus oídos, ¡y qué miedo le tenía! Pero Luka no adivinaba nada; cierto es que se dio cuenta de que su casa había cambiado del todo: aparentemente eran las mismas paredes, pero no, no eran las mismas; los muebles eran los mismos, exageradamente retorcidos y dorados; pero no, no eran los mismos; parecía que los muebles le enseñaran los dientes; cuando entraba por azar en una habitación, esa habitación era como una mujer sorprendida en el baño, como si quisiera esconder alguna cosa a la mirada del dueño, igual que Fiokla Matvéyevna intentaba desde hacía tiempo esconder su mirada de la mirada del marido: a veces tenía la impresión… tenía la impresión de frío, de angustia; miraba las paredes, no tenían nada especial esas paredes cubiertas de ricos papeles pintados donde colgaban algunos retratos; sin embargo, fruncía el ceño, miraba a su esposa de reojo: seguía siendo una torta: percibía algo y volvía a marchar de viaje. Era justamente eso lo que necesitaba la torta; las paredes le eran queridas, como le era querida toda la casa, que de día en día se transformaba con sus plegarias. Y si Luka Silich hubiera sabido hablar con ella, si le hubiera dicho que por las noches en los rincones

oía un traqueteo, arañazos, susurros, Fiokla Matvéyevna no lo hubiera creído, y hubiera dicho: «¡Nos han invadido las cucarachas!».

Era otra cosa la que le preocupaba de su marido: era que adelgazaba cada vez más y tosía continuamente: esto era lo que realmente la preocupaba en serio; en secreto le ponía un bebedizo en el té, un bebedizo que le había enviado el carpintero; pero como si fuera una broma del bebedizo curativo, como si le gastara una broma a Fiokla Matvéyevna, Yeropeguin adelgazaba cada vez más rápidamente; algo le seguía arrastrando fuera de la casa: parecía como si ya no viviera en Lijov; le bastaba con marcharse algunos días para volver sano; bastaba con quedarse uno o dos días para que su cara volviera a hundirse. Fiokla se sorprendía de que las hierbas no le sirvieran para ayudar a su marido.

Lijov

El polvo seco de Lijov picaba, picaba y quemaba los ojos de los caminantes; desde por la mañana del día de la Trinidad un tamiz grisáceo, lleno de agua, se vació sobre la ciudad; la lluvia fluía por los agujeros del tamiz; pronto las calles de la ciudad se convirtieron en una gelatina donde las calesas, las carretas, los carros, las *troikas*, y todavía peor, los paseantes, hacían esfuerzos denodados; si aún había la posibilidad de circular mejor o peor por los campos, por las calles de la ciudad no había manera; era como si, para hacer enfadar a los habitantes de la ciudad, hubieran recogido todo el barro de los alrededores para ensuciar la ciudad; pero lo más asombroso era que este barro tenía la costumbre de secarse en menos de dos horas; y se convertía en polvo; del mismo modo, los habitantes de la ciudad llevaban una forma de vida entre dos abismos, por así llamarlos: un abismo de barro y un abismo de polvo; los vecinos de la ciudad se dividían entre los partidarios del barro y los partidarios del polvo, todos sin excepción; a los primeros pertenecían las personas casadas, los comerciantes y los pequeños burgueses, que producían un montón de gallinas, trapos, criaturas, paja, potes, cajas vueltas de arriba abajo, que arrojaban, podríamos decir, su producción sobre la vida de Lijov; pero, me pregunto, ¿cómo era posible que esta abundancia cupiera en una casita de una sola planta con dos o tres habitaciones y un patio que daba a la calle Ganshina, Panshina o Kaloshina? Las gallinas rebuscaban en el polvo urbano o en la paja de la ciudad, también en las bardanas y los rábanos que crecían abundantemente en los patios y que daban a esa ciudad, si se me permite decirlo, un aspecto coqueto; las criaturas, cómo decirlo… Por contra, la paja clara y simple, evidentemente, se diseminaba por la ciudad, por lo que los días de barro, es decir, los días de lluvia, a veces algunas partes de esta bendita ciudad recordaban a una cuadra (la expresión «bendita» aplicada a la ciudad de Lijov es más bien una forma retórica de embellecimiento; hablando claro, Lijov era una ciudad que no había sido ni bendecida ni salvada nunca por nadie ni por nada: al contrario, estaba aniquilada por enfermedades intestinales, por incendios, la bebida, el vicio y el aburrimiento). Solo queda hablar de las tres producciones de la sección de barro de la población de Lijov: los trapos, los potes y las cajas; bueno, no hace falta ni explicarlo: los primeros cubrían las vallas, constituían una agradable visión colorida; los segundos se podrían hacer trizas al entrar en el porche de cualquier casita, puesto que su gran número obstaculizaba la entrada; sólo las cajas vueltas

del revés se apilaban discretamente en los jardines de las casas de Lijov; no servían para nada esas cajas vueltas del revés. Ésos eran los productos vitales de la parte más vital de la ciudad, la parte del barro; hablo de «parte vital» por razones muy comprensibles; esta parte de la población urbana se multiplicaba con ganas, se dedicaba a los negocios o a la venta de cereales, era más gruesa que la otra, la llamada parte del polvo; todo apuntaba claramente al hecho de que precisamente de aquí saldría la salvación y el arraigamiento en el tiempo de la magnífica ciudad de Lijov.

Por lo que respecta a la otra parte, mucho menos numerosa, la del polvo, compuesta por los funcionarios de los organismos estatales (correos y telégrafos, la red de ferrocarril de Metelkino, las cajas de ahorros), los delegados del *zemstvo*, los veterinarios, dos ingenieros agrónomos, dos comadronas, varios médicos, un agente de seguros y algún otro más, esta parte de la población urbana languidecía y suspiraba abiertamente; en verano abría de par en par las ventanas de las viviendas que ocupaba, y entonces volutas de polvo amarillo irrumpían por la ventana y cubrían los objetos de primera y esencial necesidad (cepillos, peines, cepillos de dientes, libros) con una capa espesa, fácil de limpiar, pero una capa que volvía a aparecer con gran facilidad; esta parte de la población urbana estaba claramente cubierta por una capa de polvo; por lo cual se la podía llamar polvorienta con toda razón; se la podía llamar polvorienta porque, para decirlo metafóricamente, levantaba nubes de polvo de tabaco, de manera que si una mano sensata limpiara el polvo de los locales de esta gente, estos locales inmediatamente se llenarían de nubes de polvo, y las mesas, los suelos y los almohadones estarían igualmente manchados de colillas chafadas y manchas de ceniza; inútil añadir que la parte de barro estaba muy satisfecha con su situación y contemplaba el futuro con esperanza; por lo que respecta a la otra parte, se consideraba entre los descontentos, entre los que sufrían sin culpa; pero el rasgo básico que los separaba no era ése, sino este otro: la sección del barro, más atrevida, delataba a la polvorienta; en cambio, la polvorienta no se dedicaba a ningún tipo de denuncias; por eso su composición en Lijov cambiaba rápidamente; la primera parte se comportaba con la segunda como el bien respecto al mal, y recíprocamente; había quienes, de forma orgullosa y libre, se apartaban de la vida de Lijov y se mantenían ajenos al bien y al mal de la ciudad, y aunque vivían aquí tanto en invierno como en verano, no vivían ni en las calles Ganshina, Panshina o Kaloshina, sino en las calles Dvoriánskaya y Tsárskaya, calles donde las casas se alzaban dos e incluso tres pisos sobre el barro y el polvo; a esta sección de la sociedad pertenecían los escasos pequeños propietarios que se habían instalado en Lijov (para ellos el hotel de Lijov siempre tenía fruta, vinos franceses, quesos y dulces), además de algunos millonarios que habían subido en el escalafón social después de emerger del barro de Lijov; Yeropeguin era la excepción, porque aunque hubiera subido en el escalafón social, aunque hubiera emergido desde el barro de Lijov gracias a sus millones y al segundo piso que se elevaba sobre un ala de su casa de madera, permanecía en el mismo lugar de su existencia anterior, la calle Ganshina. De igual modo que el universo del alma humana, invisible en el espacio, tiene un enorme deseo de dejar su huella en lo visible mediante signos de su naturaleza perecedera, la capa de la sociedad de Lijov que se había promocionado y transformado dejaba su huella en la superficie de una ciudad bajo la forma de un jardín de placer; donde los domingos una orquesta de trompetas rugía marchas con ganas, y se grababa también en el asfalto de la calzada con —lo prometo— cinco farolas eléctricas, ni una menos; tanto la acera como las farolas orlaban el enorme edificio de la fábrica de vino

del Estado, de donde salían los carros con las cajas de vino en dirección a todas y cada una de las aldeas del distrito. El Monopolio brillaba en Lijov y la transformaba, reunía a toda la aristocracia de la ciudad por las noches; mientras durante las tranquilas veladas estivales la parte polvorienta se dirigía al jardín público, cuando el crepúsculo dorado sonreía desde lejos felizmente a las sombras, por detrás de los perales polvorientos, las mejores familias de la parte del barro enviaban a sus hijos mayores y a sus pálidas hijas vestidas con pañuelos de seda y sombreros a pasear al asfalto de la fábrica estatal de vino, a escupir las pipas al suelo asfaltado de la destilería del estado bajo la luz *alétrica*; estos dos edenes manifestaban dignamente la transformación eléctrica de una magnífica ciudad rusa.

El día que estamos describiendo, los trompetistas hacían sonar sus marchas en solitario en el parque, por delante de la fábrica estatal de vino el asfalto estaba completamente desierto; a nadie le resultaba agradable sonreír mientras se empapaba bajo la lluvia fuera en el parque o en el asfalto, aunque se hubiera previamente colocado los chanclos para el barro pegajoso que se hundía hasta las rodillas, e incluso se quedaban allí, en el barro. Todos, a excepción de los cerdos y de unos desdichados viajeros, unos verdaderos mártires, se habían quedado en sus casas; uno, con ocasión de la fiesta, aprovechó para irse a dormir a las cuatro de la tarde; otro, con las manos cruzadas sobre la tripa, estaba sentado junto a la ventana para airear el dedo gordo de la mano derecha alrededor del dedo igualmente gordo de la mano izquierda; estaba ahí, sentado, suspiraba y de vez en cuando miraba el cielo cubierto, que parecía cubierto por unos trapos sucios, contemplaba cómo la lluvia repiqueteaba en los cristales, cómo alzaba el vuelo un cuervo, o cómo un cerdo, hundiendo el hocico en el barro bajo la ventana, se quedaba quieto voluptuosamente, agitando únicamente su rabito, para después levantar el morro sucio, tomar aire y volverlo a hundir en el barro. Muchos eran los que estaban así sentados junto a las ventanas, repiqueteaban con los dedos, callaban, hipaban, suspiraban, soñaban y seguían sentados, interminablemente sentados.

Pero ese día Fiokla Matvéyevna no se sentó ni un segundo; no comió avellanas, no se rascó la espalda con el mango destinado a este propósito; era el día de la Trinidad, y su media naranja hacía dos días que se había marchado a la capital del distrito; y ella tenía una multitud de asuntos: en primer lugar, tenía que hacer que Jvedor se emborrachara (Jvedor ya se había emborrachado); en segundo lugar, hacía falta que en las instalaciones del baño todo estuviera preparado para recibir a los invitados; ni ella ni Annushka del Palomar habían parado; por la mañana habían ido a misa, sólo por las apariencias; luego sacaron de debajo de la cama un pesado baúl; de allí extrajeron la vajilla, unas túnicas de lienzo blanco largas hasta los pies, un enorme pedazo de seda azul, con un corazón humano de terciopelo rojo bordado y una paloma de perlas (el pico de la paloma bordada parecía más bien de ave rapaz) que lo atravesaba; sacaron más vasos, dos candelabros de estaño, un cáliz, un mantel de seda roja, una cuchara litúrgica y una lanza mientras que Iván Fuego partía en el jardín de los Yeropeguin unas ramas de abedul y las llevaba al baño.

En las habitaciones de los señores encendieron unas lámparas; solo las habitaciones señoriales se aburrían, apartadas de todo este ajetreo; se aburría la sala de los muebles barrigudos, verdes y dorados con el espejo de marco de madera roja labrada, con el suelo de madera tan reluciente como un espejo; se aburría la sala de recibir, tapizada en seda roja, donde las paredes y el suelo estaban cubiertos de tapices y alfombras suaves, en las que unos efebos desnudos representaban la caza del jabalí; también se aburría el comedor;

estaba desierto y lánguido; sólo muy de vez en cuando se oía un frufrú de seda: entonces pasaba por allí la propia Fiokla Matvéyevna con un vestido de color chocolate de mal corte, precedida por su vientre, pecho, barbilla y labios; el vestido crujía y sus pasos rápidos también hacían crujir las tablas de madera del suelo, con las manos cruzadas sobre el vientre entraba y salía del espejo; corría hacia sus aposentos donde, por el contrario, la vida hervía a borbotones; allí dos ancianas decrépitas del asilo pisaban con sus zapatones, recitaban, murmuraban… hagamos notar el color gris de los rostros y las pálidas cofias que les cubrían las orejas; por el pasillo corría sin hacer ruido la pálida Annushka del Palomar —toda de blanco—, corría como un murciélago pálido, exangüe; volaban sus pies desnudos y su trenza rubia suelta; desde las tres de la mañana, de la calle Panshina a la Ganshina, por los barrancos, por los charcos, por el barro, se acercaban las ancianas y las viudas del asilo en una travesía en la que habían estado a punto de ahogarse en los baches: sólo las jorobas de sus espaldas grises oscilaban por encima de sus cabezas, y sólo sus vestidos sobrenadaban los charcos, agitados por el viento como las alas de los cuervos. Pronto la bandada de ancianas llegó danzando vivamente a las puertas de la casa de los Yeropeguin, amenazando con sus paraguas y bastones a un cerdo que alargaba hacia ellas su hocico; pero abrió el portal un campesino picado de viruela, cubierto de vello y con infinidad de pecas; preguntó con voz aguda y lúgubre a quién buscaban tan temprano; tras lo cual cerró la puerta de golpe, y la bandada de ancianas, perseguida por los cerdos, con disgusto rehízo el camino chapoteando: de la calle Ganshina a la calle Panshina.

¡Válgame Dios! ¿Por qué habían echado a esas ancianas? ¿Acaso no se había instalado el propio Kakurinski en el despacho de Luka Silich desde las dos de la mañana con otros dos pequeños burgueses? Los tres estudiaban unas listas que les habían traído; su voces diligentes ladraban, susurraban las páginas (sobre las hojas había una cruz negra); bebían el té a sorbos y se reían con una osadía descarada; la perilla del seminarista bailaba en el aire, mientras que, agitando en el aire el anillo, discutía sobre los próximos objetivos de la cofradía, y los dos pequeños burgueses, un zapatero y un calderero (cuyo rótulo no mencionaba el tipo de ocupación, sino simplemente «Sujorukov», destacado en el bazar de la ciudad, y todo el mundo sabía que Sujorukov estañaba cacerolas), y los dos pequeños burgueses, enrollando sus cigarros, daban coba a Kakurinski: la conversación giraba en torno a que ya era hora de llevar a los hermanos palomos a la huelga, ya era hora de marchar de la mano con los *sicialistas*, o más bien de empujarlos, a esos *sicialistas*, en la buena dirección, sí, eso mismo: puesto que esos *sicialistas*, aunque ven la verdad, sólo la ven cuando la tienen delante de las narices, por lo demás, lo de los *sicialistas* es una tontería. De esta forma discutían los pequeños burgueses de Lijov, la plataforma política local, se puede decir, mientras se preparaban para regalar alabanzas a los socialistas y al carpintero; pero no tenían ninguna duda de que el carpintero, a pesar de su aire simple, estaba al corriente de todo y no tenían la menor duda de que ambos estaban «por la libretad».

Ya oscurecía. En una pequeña habitación, donde había una cama de dimensiones increíbles, con unos almohadones de plumas y plumón de unas dimensiones más increíbles aún, Fiokla Matvéyevna se había arrodillado pesadamente con un librito en las manos, bajo un icono antiguo iluminado por una lámpara; la gruesa comerciante, cubierta de sudor, recitaba las maravillosas palabras de las nuevas plegarias que, como las viejas canciones, te atrapan y se alejan por los vastos espacios de la tierra rusa. Y no sabes de donde han surgido estas palabras, puesto que ni Fokin ni Aliojin las han compuesto; estas palabras han

adoptado la fragancia de esas plegarias, de los suspiros felices y calmados del espíritu, de los lamentos del corazón humano, de las mutilaciones de un alma abrumada… ¡respira, comercianta, estas plegarias! Y romperás todas tus amarras y tus pensamientos navegarán hacia algún lugar: y Fiokla Matvéyevna respiraba esas plegarias, y la habitación se desvanecía delante de sus ojos; y la comercianta se hundía cada vez más en su estado de ensimismamiento y murmuraba, y golpeaba pesadamente la frente contra el suelo entre plumas y plumones.

Había oscurecido totalmente y la lluvia repiqueteaba contra las paredes, los cristales, la valla de la casa de los Yeropeguin, y chocaba desesperadamente contra la valla un macizo de francesillas amarillas y un pie de bardana golpeaba desesperadamente contra los peldaños de madera del porche de los Yeropeguin; allí, al final de la calle Ganshina, pareció que una farola se había encendido sola; y —allí— unas luces miserables se vaciaban sobre el barro; sobre las vallas, el cielo se había oscurecido, ensombrecido, y se teñía de azul amenazadoramente: descendía, se deslizaba hacia las casas, se colaba con intrepidez en el aire de Lijov y se aferraba a las ventanas, arrancando los postigos.

Entonces, cuando la oscuridad lacrimógena había envenenado todo el aire, bajo el porche de los Yeropeguin se pararon dos hombres; empapados, sucios, sus siluetas se perfilaban en la oscuridad: se trataba de Mitri y Abraham; aún siguieron un rato de pie, se sonaron con los dedos, suspiraron, murmuraron alguna cosa y, finalmente, entraron en el porche.

En las habitaciones resonó la campanilla de la puerta como si fuera un lamento, apenas audible; pero en la casa ya todo el mundo sin excepción andaba ajetreado tanto como era posible: por las oscuras salas de recibir se deslizaba Annushka con una vela en la mano: se deslizaba por la superficie —fría, estéril— del espejo de las negras salas y se sumergía en el recibidor.

El rostro de la paloma

Sin levantar la cadena, Annuska miró al exterior: fuera arreciaba la lluvia en forma de un polvo finísimo: pero en los rincones iluminados por la vela, la paloma de plata golpeaba con una luz cegadora, y sobre el ave se inclinaba un rostro humano con unos rizos mojados; una voz conocida entró en su corazón lánguidamente como un lánguido terciopelo:

¡Doncellas hermosas
que habitáis moradas luminosas!
Mis dulces amigas,
¡bebed de este hidromiel!
Un visitante se acerca:
esperadle, esperadle,
ya está cerca,
de un país lejano
llega a vuestra morada.

La puerta de la entrada conducía a la sala y a los aposentos de Fiokla Matvéyevna; en la sala, la dueña de la casa observaba con la mirada asustada y el rostro flojo, una vela en la mano; en el umbral de la puerta de enfrente aparecieron dos ancianas (los pequeños burgueses seguían susurrando al otro lado de las puertas); se tensaron todos los rostros: el espíritu de Luka Silich se debatía invisiblemente en los retazos de tiniebla desgarrados por las velas anunciando una desgracia; pero en éstas Annushka entreabrió la puerta, y en el oscuro dintel daban vueltas las ancianas intranquilas; los susurros de los burgueses al otro lado de las puertas aumentaron de intensidad, como las hojas secas aspiradas por la bruma cuando el viento las arranca y desgarra en los suspiros del aire; allí, tras las puertas, sus rostros conmovidos se deshicieron en una sonrisa; todos se inclinaron delante de la puerta abierta cuando el mendigo pisó el umbral, tras haber golpeado solemnemente el suelo con el pesado báculo; los rizos oscuros sobresalían de su sombrero blanco; los ojos oscuros brillaban por debajo de los párpados hinchados; la paloma salpicó de luz el umbral de esa casa: la gracia descendió sobre ella.

Y mientras Abraham tendía en la oscuridad su mano encallecida, mojada, a los hermanos y hermanas, alegrándose de la paz y la tranquilidad que le esperaba después de tantas *verstas* en el frío helado, después de tantos viajes estériles —allí, detrás de Abraham, detrás de la paloma—, allí en la oscuridad primigenia, aún no se podía distinguir nada, pero ya había algo: «eso» pisaba los peldaños del porche, como la oscuridad primigenia, como la calma primigenia; «eso» apareció en el vestíbulo; algo enfermizo, triste, entró detrás del mendigo; entró con aire sombrío, como para esconder bajo un aspecto enfurruñado las delicias que traía —el carpintero en persona surgió de la oscuridad; tendió su mano enflaquecida— y al instante su rostro estuvo junto a la mano, pero veían como en un sueño que no tenía rostro, que no había más que arrugas y unos rasgos difuminados; pero de ese rostro, como del de los legendarios inmortales, más allá del horizonte de estrellas, surgía una mirada, no, un golpe de luz cálida que penetró en sus pechos que suspiraban suavemente…

Mitri Mirónovich se presentó calzado con las botas nuevas (que, carraspeando y gimiendo, se puso con gran esfuerzo: por eso no había entrado inmediatamente tras el mendigo), los saludó a todos con una inclinación, y ávidamente las ancianas lo apartaron de los demás para que no se distrajera, para que pudiera concentrarse en la plegaria hasta la noche; se lo llevaron celosamente a través del jardín, de los charcos de barro donde chapoteaban: una farola parpadeaba ciegamente en el patio, después parpadeó detrás de los manzanos: la luz se detuvo al fondo, cerca del baño y la lucecita también se apagó: el carpintero y las ancianas desaparecieron en la oscuridad. Con la llegada del carpintero todos se dispersaron: había llegado la hora de recogerse; para comenzar era necesario rezar en solitario, lavar el alma de las preocupaciones cotidianas. Y de nuevo por las habitaciones señoriales susurró la seda del vestido de la comerciante, se encendió una vela: todo se quedó a oscuras, a ciegas, sordo: el mundo exterior se alejó y las paredes se disiparon en la oscuridad.

Y de nuevo tintineó la campanilla; en las habitaciones a oscuras parpadeaba una vela; las paredes se materializaron, surgieron gracias a la luz; la sombra de Luka Silich se debatía lamentablemente por los rincones; en el vestíbulo esperaban los pequeños burgueses, sus esposas, los artesanos de la ciudad; estaban de pie en el vestíbulo, esperando; después una

mano los condujo a un lugar tranquilo. De nuevo, de la calle Panshina las ancianas se dirigieron a la calle Ganshina; querían entrar y golpeaban la puerta con los paraguas…

En un pequeño pabellón apartado, cerca del portal, se hallaba la caseta del portero y allí hervía el samovar; limpio y aseado, cubierto de sudor, el mendigo estaba sentado junto al samovar; parpadeaba sarcásticamente el ojo en dirección a la oscuridad, mientras sorbía el líquido chino del plato y le decía a Iván Fuego, quien sombríamente se hurgaba la nariz delante de Abraham y resoplaba con inquietud:

—Y bien, hermano, ¿hoy también vas a hacer sonar el mazo alrededor del baño para expulsar a los demonios y luchar con el dragón, cuando nos pongamos en el baño a orar, si se puede decir así? —añadió, sin saberse qué quería decir con este «si se puede decir así».

Sobre el banco había un mazo; Iván Fuego se inclinaba sobre el mazo con su rostro lobuno, un rostro que alguna vez, en el pasado, algo había asustado para siempre; lo más desagradable de esa cara no era ni mucho menos el aspecto de lobo, sino que ese rostro lobuno terminara en su extremo inferior en un mechón de pelos intensamente rojos y por arriba en un remolino intensamente rojo; vestía una camisa blanca con un parche rojo en el sobaco; no se sabía por qué, pero algo había asustado al Fuego para siempre; lo más probable es que lo hubiera asustado el carpintero, cuando se había mostrado una vez la risa sarcástica del malvado viento en la oscuridad; en ese momento descubrió el Fuego que el demonio existe; Iván habría vendido su alma para aniquilar a este canalla, fuera cual fuese el aspecto con que se mostrara; como un fuego que todo lo asolaba, Iván recorría el mundo batallando contra el fuego del infierno, así que no había motivos para que el carpintero le hubiera nombrado vigilante nocturno aquí, en esta casa. Incluso en la oscuridad, el Fuego veía la fuerza del mal; tan pronto como la percibía, blandía el mazo, el mazo desencadenaba una lluvia de golpes: los demonios temían mucho a ese mazo; pero no hacía mucho un dragón en persona había visitado a Iván al amanecer, y entonces Iván se puso a luchar con el dragón; ni él mismo se acuerda de lo que ocurrió: estuvo a punto de quemar la caseta del portero; así que el Fuego estuvo a punto de transformar la casa de Yeropeguin, la finca y las dependencias del servicio, en el fuego infernal.

En los últimos tiempos, el vigilante se puso a pensar —tal vez alguien se lo susurró, tal vez él mismo lo imaginó— sobre su severo dueño, Luka Silich: ¿no sería una resurrección del dragón? Reflexionaba, pero guardaba silencio y su rostro, ya sombrío de por sí, se volvía más sombrío (por lo visto, no en vano se dice que a quien ha contemplado una sola vez el horror del fuego del infierno, el más leve resplandor de ese fuego se le queda marcado en el rostro; ése era el resplandor que descansaba en Iván).

Todo aquello no hacía más que suscitar miedo o cólera en él; y cuando la hermandad rezaba, cuando surgían del baño dulces gritos, suspiros, y risas, llenas de bondad, y el grito amplio del carpintero profético, entonces Iván hervía contra el enemigo del género humano con una terrible cólera, y el mazo de Iván, como si provocara al combate al infierno y la tiniebla, crepitaba, danzaba, se atragantaba con el borboteo de un trino de madera, se escapaba de las manos y se lanzaba a la oscuridad; y los pies de Iván pisaban los arbustos, danzaban, Iván susurraba hasta perder el aliento y se lanzaba a golpes a tontas y a locas en la oscuridad; la hermandad consideraba a Iván un gran asceta combatiente: unos susurraban que a Iván se lo tragarían las llamas del fuego del infierno, que se hundiría en el fuego del infierno defendiendo a las hermanas y a los hermanos; no permitían el acceso de

Iván al baño: quién sino él dispersaba el vuelo de los demonios y diablos que salían a volar juntos de noche, amenazando las plegarias y las vigilias.

Era el día del Espíritu, Iván ya se preparaba para el combate y presentía la venida de un diablo, estaba recogiendo un surtido de injurias vulgares, escupía al suelo y durante ese tiempo el mendigo Abraham, despreocupado, bebía té y ninguna fuerza, al parecer, podía arrancarlo de este prosaico asunto cotidiano: sólo Abraham estaba autorizado a romper el ayuno, a tomar té antes de la comida de la medianoche, puesto que Abraham era un hombre de campo y, a decir verdad, era diferente, no era de la hermandad.

Y mientras Abraham bebía té y su ánimo se alegraba, Iván, enfurecido, se vestía el abrigo y salía a la oscuridad; en la oscuridad del huerto que separaba el baño de los pabellones de servicio, crujió un arbusto, una rama se inclinó; algo resopló lúgubremente junto a un tocón: era Iván, el vigilante nocturno, que se paseaba arriba y abajo, hacía guardia, pero aún no golpeaba con el mazo; además, aún estaban lejos los susurros de las alas en la oscuridad hostil: los demonios todavía no habían descendido a tierra: el combate aún estaba por venir, ¡y qué combate!

En el baño reinaba el silencio; en el baño se estaba fresco; no lo habían calentado; pero el pabellón entero, con los postigos cerrados a cal y canto desde dentro, brillaba, refulgía, inundado de luz; en el centro había una mesa cubierta, como el cielo, por un terciopelo turquesa con un corazón de terciopelo rojo bordado en el medio, atravesado por una paloma de abalorios; en el centro de la mesa había un cáliz vacío, cubierto por un pañuelo cuadrado; sobre el cáliz había una cuchara litúrgica y una lanza; frutos, flores, panes eucarísticos decoraban esa mesa; y ramas verdes de abedul decoraban las paredes grises; delante de la mesa refulgían unos candelabros de estaño; sobre los candelabros de estaño brillaba, sólidamente plantada, la pesada paloma de plata (cuando el espíritu venía a visitar a las hermanas y hermanas, la paloma alzaba el vuelo desde su rama y volaba, arrullaba, batía las alas, jugueteaba en las dependencias del baño); en la habitación contigua, que era algo menor; había un atril solitario, sin ningún ornamento; sobre el atril había un libro; vestido todo de blanco, con los pies descalzos y con una vela de cera encendida sobre el libro, cuando todo aún estaba vacío, el carpintero… —no, ¡no rezaba!— se lanzaba frenéticamente al suelo: caía y se levantaba, volvía a caer y volvía a levantarse, las manos extendidas, el rostro blanco encendido y extraordinariamente asombrado… ¿Podía decirse que era realmente un rostro? No, no era un rostro: como la pálida niebla matinal, como el plomo, cae pesadamente sobre los alrededores, y después, calentada por el sol, se transforma en una leve capa de vapor y desaparece completamente en el resplandor cegador de la mañana, así ese rostro se había vuelto transparente como el vapor, había adelgazado y, finalmente, enseguida, había desaparecido: de esta manera en los rasgos enfermizos y tristes había surgido algo distinto, luego había tomado forma, se había colado al interior y había derretido los rasgos anteriores en la luz de otra cosa, un sol vivo, otra plegaria viva, otro Rostro, que todavía no había descendido a este mundo, pero cuya venida era inminente: el Rostro del Espíritu. ¿Y esos ojos? No tenía ojos: había algo que era imposible mirar sin sucumbir, sin gritar de entusiasmo, sin aullar de terror; la luz que se desprendía de esos ojos había fundido la cara, se había derramado por los vestidos blancos del orador solitario que a veces caía, otras se levantaba, extendiendo sus brazos frenéticos por la hermandad, por Rusia, para que la alegría secreta de Rusia se cumpliera, para que la encarnación del espíritu en el cuerpo de los hombres se realizara, no como quiere el mundo,

sino como lo quiere él, el carpintero; y gime y llama y reclama una sola cosa: no necesita nada más…

Es inexplicable, insoportable, la visión cegadora del baño vacío; pero le queda poco tiempo para seguir orando solo; cerca del baño, entre los manzanos, junto a la casa chapotean ya unos pies en el barro… y allí donde un farolillo avanza en la oscuridad, y también allí donde no hay farolillo, unos pies chapotean hacia el baño: son los hermanos y hermanas que se dirigen prestos a la oración; el mazo de madera ha golpeado siniestramente en la oscuridad de la noche, en la siniestra oscuridad de la noche el vigilante nocturno adivina: el enemigo está cerca; y se apresuran… se apresuran a la oración.

En silencio entran en el vestuario del baño, primero uno, luego otra: allí se descalzan, se envuelven en unos ropajes blancos. Fíjate: ahora uno, ahora otra, están ya en el baño: rezan alrededor de la mesa y en la habitación vecina, donde el carpintero está de pie detrás del atril, nadie pone un pie ahí; además, él ya no es el mismo: vuelve a tener el rostro blanco, ha vuelto a aparecer la nube blanca: allí está la larga maraña de la barba y la nariz y lo demás; son los rasgos del carpintero y de nadie más, aunque parecen transparentes; los ojos cerrados; está de pie, recita las oraciones.

El grupo de ancianas ya ha irrumpido en el baño; parecen cadáveres, las pequeñas ancianas, un poco repugnantes, encorvadas, verrugosas, también están vestidas completamente de blanco: se han alineado a lo largo de las paredes y murmuran unas plegarias; Kakurinski ya está allí, y el calderero Sujorukov, y otro pequeño comerciante y algunas damas, y ella y otros más: al principio no se puede distinguir quién es cada cual; no los reconoces por cuanto las velas iluminan sus rostros, y los ropajes blancos les han transformado: nada especial, rezan, el baño se ha llenado; el baño iluminado está cerrado con cerrojo con la gente en su interior, como si estuvieran completamente apartados del mundo: aquí hay un mundo nuevo, todo aquí es distinto, propio, pertenece a la paloma; la paloma con las alas de plata brillante extendidas sobre los candelabros relucientes; la seda azul, cara, bordada con torzal, flota debajo de ella y la refleja, parece que la paloma está en la seda.

El carpintero sigue recitando, luego se da la vuelta, las manos extendidas sobre la mesa preparada, sobre el terciopelo, las flores, los frutos, los panes eucarísticos; también sobre el cáliz extiende las manos: el cáliz está vacío; se llenará el día en que nazca el Rey de las Palomas: una criatura de luz; pero, mientras, no hay santidad, tampoco hay vino en el cáliz vacío. El carpintero también extiende las manos sobre los hermanos: las gentes se inclinan, caen al suelo; el día en que llegue la alegría no caerán al suelo, sino que con los ojos abiertos de par en par, fijos en los ojos abiertos de par en par de los demás, se contemplarán los unos a los otros con una sonrisa maravillosa. El carpintero también ha extendido ambas manos sobre las ramas de abedul: las ramas de abedul están inmóviles; ni se agitan ni se doblegan; ese día no será así, cuando alce el vuelo la paloma desde su rama, desde ese árbol, descenderá con su plumaje plateado, con su plumaje plateado arrullará y se posará sobre esas mismas ramas. El carpintero extiende también las manos sobre las paredes blancas: cuando se cumpla la hora, las paredes blancas se convertirán en espacios blancos sin fin y sin límite; ese día se abrirán, asimismo, los muros de la ciudad, la gente comenzará a vivir una vida larga y libre en ese reino nuevo, en el país de plata, bajo el cielo azul. Y en ese reino, en ese país de plata, ¿quién resplandecerá en el trono? El Espíritu. En ese mismo cielo, en ese cielo azul, ¿quién volará? El gigantesco pájaro-paloma volará y

golpeará con el pico el corazón rojo del mundo que se vaciará de la sangre púrpura como la aurora. Y el orante extiende hacia el techo las manos, que ya no tienen fuerzas… fijáos: ya no hay techo: como si el techo se hubiera convertido en un fresco: el cielo se ha convertido en azul de Holanda con unas estrellas doradas pintadas encima. Es alto, muy alto, no se sabe por qué: este cielo es un cielo nuevo, y el carpintero lo ve; pero los hermanos no lo ven: el carpintero les ha prohibido que miren a su alrededor, y no ven ni el techo ni las paredes, como si no existiera el baño; y dan vueltas, cogidos de las manos, alrededor del carpintero, en forma de corro; se mueven silenciosa, sobria y solemnemente: no danzan, no les está permitido danzar; la danza puede conllevar grandes desgracias: no danzan, marchan en corro, cantan esta tranquila canción:

El aire azul es luminoso, claro y luminoso,
el espíritu amado es luminoso en este aire azul.

Nada más, cantan…

¿Y los rostros? Fuerzas celestiales, ¡qué rostros! Nadie, nunca, en ningún lugar, ha visto rostros semejantes: no son rostros, sino soles; una hora antes tenían rostros feos, sucios, como hocicos animales, pero ahora esos rostros derraman por todas partes su frescor puro como la nieve y claro como el sol: y los ojos, los ojos bajos; el aire no es aire sino un arco iris; no es una plegaria, sino los tornasoles de un arco iris celeste. Nada más… cantan, en corro:

El aire azul es luminoso, claro y luminoso,
el espíritu amado es luminoso en este aire azul.

Y entre ellos el orante se da la vuelta silenciosamente en este cielo azul y oro; sostiene una pequeña copa de aceite: sumerge dos dedos en el aceite y traza un signo en la frente de uno de ellos; éste levanta hacia él los ojos, aquélla le mira de reojo —ni con calor ni con frío, pero sí con fuerza y luz—; están a la mesa; ahora todos están sentados a la mesa en un arco iris de siete colores, en el corazón de una tierra blanca y paradisíaca, entre las hojas de un bosque verde y bajo los cielos de Tabor: un hombre iluminado rompe los panes eucarísticos y los distribuye; y beben de una copa (pero no del cáliz) el vino rojo de las Bodas de Caná de Galilea; y es como si no existieran ni el tiempo ni el espacio, sólo el vino y la sangre, el aire azul y los placeres; no oyen cómo allí, tras las paredes, el mazo martillea y defiende la puerta contra el dragón, como un guardián ardiente; para ellos, lo que no está con ellos no existe. Con ellos está la dormición bendita y la paz eterna. La pequeña paloma de plata ha tomado vida sobre su rama, gime, arrulla, acaricia: ha alzado el vuelo del árbol hacia la mesa: se aferra con las uñas en el terciopelo y picotea unas pasas…

El combate lo ha agotado, Iván, el vigilante nocturno, con la barba desgreñada golpea con el mazo las puertas del baño, tiene miedo: «Abrid, ya no puedo seguir luchando». Aporrea la puerta. No obtiene respuesta: allí, al otro lado de la puerta, hay un silencio mortal; ¿acaso no sabe Iván que allí ya no queda nadie? Si ahora hundiera la puerta y entrara en el baño, vería las paredes sucias, los bancos, y a lo mejor oiría cantar un grillo: pero las personas, las velas, las flores y los candelabros, ¿dónde se han metido? Deben de haber salido del baño

por un pasaje secreto y se pasean por el cielo, recogen las flores del Paraíso y conversan con los ángeles.

Iván resopló y resopló junto al pabellón del baño; finalmente se alejó del pabellón: se fue a dormir a la caseta del portero…

Por la mañana todo era azul, el cielo, el aire, y el rocío: al levantarse el día, chirrió el portal de la casa de los Yeropeguin; de allí salieron personas verdosas, sombrías, silenciosas, que se dispersaron por las casas silenciosamente, inertes; más tarde, cuando el alba enrojecía Lijov y se reflejaba en los charcos matinales, un cerdo olvidado campaba a sus anchas gruñendo y hundiendo el hocico en las hierbas húmedas; luego, Jvedor regresó con una gran borrachera, llamó al portal y después, dócil, tranquilamente, se tumbó cómodamente en el barro. Y cuando se hizo completamente de día, una mujer con la falda recogida caminó a grandes zancadas con el agua hasta la rodilla; frente a la casa de los Yeropeguin, donde estaba el rótulo «Sastre Tsizik-Aizik», en la ventana de una casa retorcida apareció un rostro judío soñoliento.

La vida en Lijov

El día siguiente fue un día sofocante; un sol que hacía sudar, opulento y unas nubes opulentas surcaban el cielo de Lijov; en cuanto al todopoderoso barro, nada especial: se secaba, con la ayuda de Dios; y la ciudad, nada especial: se secaba, y un habitante desesperado, con el gorro ladeado, corría de tienda en tienda apresuradamente; compraba un arenque en el mercado, una lata, hundía, no se sabe muy bien por qué, un dedo en el cogollo podrido de una col ácida, y no se sabe por qué hacía una mueca a alguien; en el mercado le habrían empujado sus conciudadanos, y sobre todo conciudadanas, si no fuera porque no se quedaba atrás tratando de zarandearlos hasta dejarlos medio muertos; en el mercado chirriaban las carretas; las burguesas de la ciudad reñían con las campesinas de las aldeas vecinas; vamos, que, según la expresión popular, sólo le faltaba parir a la abuela, es decir, todo el mundo estaba en el mercado; gentes de Lijov, de Briujátov, de Saratov; incluso los negros de Chmar (la gente que vivía en Chmar y en los alrededores de Chmar eran negros, aunque Chmar no distaba más de setenta *verstas* de Lijov, no más); un negro de Chmar colocaba unas ruedas, rueda contra rueda, y el pope de Tselebeyevo, el padre Vukol, que sólo Dios sabe qué hacía allí, en Lijov, palpaba las ruedas con las manos y negociaba con el de Chmar: pero éste no cedía, y el padre Vukol, recogiéndose la sotana, se apartó del de Chmar y se metió en el griterío del bazar, sudando y suspirando: «Oh, apiádate, Dios mío; ya no hay respeto por nada ni por nadie…». Pero el de Chmar, como si no hubiera pasado nada, discutía con uno de Briujátov por una de las ruedas, y un vecino de Kozlijin casi los atropelló con su carreta.

En el hotel de Lijov, los funcionarios del *zemstvo* se emborrachaban desde por la mañana: habían llegado el día antes desde la capital del distrito para resolver sus asuntos; tan pronto como llegaron por la mañana se pusieron a beber: se emborrachaban en un edificio de un piso que tenía clavada en el mercado la mirada encendida de sus ventanas; al lado, justo sobre el bazar, cerca del hotel, brillaba un rótulo rojo con unas gruesas letras azules: «Sujorukov»; nada más: no esperéis explicaciones, ¿qué más podéis desear?

El día transcurrió con una rapidez febril; con rapidez febril se apresuró a caer la noche en Lijov; de noche volvió a su casa Yeropeguin, Luka Silich; bebió té sentado a la mesa del comedor; y de nuevo se sintió mal; una mirada: no es su esposa sino una «torta» que lava las tazas; sale al jardín, los árboles susurran: oh, algo malo se ha filtrado en su casa; Fiokla Matvéyevna corre detrás de él asustada: oh, hay un relámpago maligno en sus gafas, es decir, en los ojos del marido; mira: no es su marido: no es más que alguien extraño, con canas, flaco y además enfermo de gota.

Están aburridos, agobiados, no están cómodos juntos.

Es aburrida, agobiante e incómoda esa noche de junio; en el huerto golpean unos mazos; unos breves parpadeos y destellos se destacan en el horizonte; a lo lejos se oye el chirriar de una carreta, sí, allí, en algún lugar del cielo, había un ruido como si arrastraran unas pesas: había retumbado un trueno.

Rojos, azules, grises, sofocantes, tormentosos, ventosos, transcurren los días de Lijov, y a la par se ejecutan noches aéreas, a veces ciegas, a veces llenas de un fuego amenazador; pero el carpintero sigue viviendo en Lijov, no sale de la ciudad; a veces se dirige a escondidas a casa de Yeropeguina, le lleva unas hierbas, otras veces comenta los textos sagrados con Sujorukov y el calderero; a veces reúne a los burgueses en casa de Kakurinski: allí leen unos documentos (sí: una vez muy de mañana apareció sobre una valla una nota con una cruz negra que pedía al pueblo que dejara de trabajar en nombre del espíritu, que dejara de obedecer a los señores; apareció el sargento de policía, la leyó, y la escondió en el bolsillo, de manera que el llamamiento no llegó al pueblo); se aproximaban acontecimientos importantes: la hermandad ya sabía que el espíritu de la Paloma adoptaría rostro humano, es decir, nacería de mujer… Hacía tiempo que no veían a Abraham en Lijov; hacía una semana que había partido campo a través; pero el carpintero seguía allí y no se iba; finalmente, se decidió: había llegado la hora; Matriona, seguramente, hacía tiempo que había aprovechado su «libretad» con el mirlo blanco. «Seguramente pasa las noches con ella, ¡ese mirlo blanco!», pensaba para sí Kudeyárov y se sonreía disimuladamente; qué listo es el carpintero: la había dejado allí a propósito, en Tselebeyevo; los obreros hacían su trabajo de cepillo y luego se iban: por la noche Matriona se quedaba sola; y bajo las ventanas, aparecía ése, Darialski…

—Seguro que hace tiempo que se pusieron a la faena: es hora de regresar.

Ahí estaba Lijov, a sus espaldas; si se diera la vuelta, sólo vería una polvareda opaca en el lugar que le correspondía a Lijov; como si Lijov no hubiera existido nunca.

—¡Ah, la buena ciudad de Lijov! —se reía el carpintero; dejó la carretera principal, rodeó la granja del ricachón: de colina en colina; de un barranco a una colina; más y más adelante. Ahora pasaba por la Cresta Muerta.

Los Fokin y los Aliojin habían arado la Cresta Muerta; ahora está cubierta de campos de labor; el último Aliojin traza el último surco.

El último Aliojin queda atrás. Y allí abajo, en la oscuridad azul de la noche, emergiendo de la oscura corriente nocturna, del ocaso, apareció camino de Tselebeyevo una pequeña silueta oscura, pero parecía que estaba lejos y que tardaría mucho tiempo en llegar a la aldea.

Capítulo III

Gugolevo

Se ha acordado de Gugolevo

—¡Sí, sí, sí! (la luz de la luna daba al agua un color de óxido)… Ya es de noche, pronto estaré en Gugolevo… (saltó a la cuneta: mañana, tarde y noche fluía allí un agua que olía a podredumbre)… Una hora intempestiva… no me confunda, mis pensamientos sombríos ¡eternamente malditos! (detrás de él observaba un ojo verde sin parpadear: era el de una luciérnaga).

—No voy a ir a la aldea, no volveré a entrar en el templo de Dios y no voy a volver a mirar a los ojos a las mujeres que me encuentre… (unos pinos amenazadores le abrazaban por un lado: del otro lado, del izquierdo, susurraba un bosquecillo de avellanos)… Sé que sólo tú, Katia, eres mi vida, sí, «Dios ha resucitado»… (unos helechos, húmedos, malintencionados, le han mojado la rodilla)… Expulsa al demonio; aniquílalo (empezó a caminar por la cuneta, tan pronto se perdía en la sombra, tan pronto destacaba en la clara humareda de la luna que los troncos desgarraban)… ¡Mi querida Katia!

Así murmuraba Darialski, y a sus pies un arbusto de poca altura protestaba contra su respiración, angustiada y furiosa… Era de noche, era una noche sofocante, esa noche del día de la Trinidad cuando Darialski regresaba de Tselebeyevo por un sendero del bosque, a lo largo de la cuneta.

—Has vuelto a mirar directamente en mi alma, ¡malvado misterio! Me has vuelto a mirar desde el oscuro pasado… (lo rodeaban las luciérnagas, las luciérnagas perforaban las tinieblas)… Siempre me persigues, desde la infancia, desde la cuna me persigues, susurros… (el bosque tenebroso, el bosque infinito se acercaba furtivamente a Tselebeyevo, a él mismo, dos de sus alas habían rodeado la aldea; y se extendía más allá, siempre más allá)…

—Me asusté en los primeros momentos de mi vida; desde los primeros días de mi infancia, mi mirada chocaba con la oscuridad; desde los primeros días de mi niñez has resonado como una canción dulce y jocosa a la vez que me cantaban tanto al crepúsculo como al alba… (se diría que un claro iluminó el bosque, pero no, no: sabe Dios donde acababa el bosque una vez pasado Gugolevo: era un bosque estatal)…

—Y seguía esperando: y de pronto en la oscuridad se perfilaron unas personas; yo siempre esperaba a que se me acercara desde las sombras, terrible y lánguido, llamándome a partir…

Crujió una rama, pasó un claro; una vez, dicen, los habitantes de Tselebeyevo vieron sobre un tocón, iluminado por un rayo de luna, el rostro muerto de un presidiario con el cráneo afeitado: el bosque siempre ha sido un refugio seguro para los presidiarios.

—Esperaba, llamaba, pero nadie venía; crecía, me hacía hombre, pero no llegaba nadie; llamaba, escuchaba… el susurro de los árboles; y comprendía; pero cuando mencionaba ese susurro, nadie me comprendía; pero el susurro me llamaba, del mismo modo que yo llamaba a alguien… y alguien sollozaba con un llanto desconocido y dulce, un lamento sobre mi vida… ¿por qué se lamentaba, por qué? Ahora en los árboles se escucha ese mismo lamento: ¡silencio!, parecen unas canciones lejanas… (de algún lugar lejano llegaba la canción melancólica de unos jóvenes noctámbulos cuyo eco se perdía en la noche)…

—Pronto llegaré a Gugolevo: el bosque no se acaba nunca, cuántas veces ha aullado aquí la loba… Katia, querida… acuérdate de mí en tu lecho cálido… (cuántas veces ha aullado la loba en el bosque y cuántas veces en invierno, cuando todo está nevado, el oso se acerca a la aldea, degüella los caballos y regresa a la espesura)…

Como una víbora peligrosa, un miedo involuntario creció en el pecho de Darialski, creció con todos los sucesos del día, agudizados en la noche, como si una serpiente le hubiera mordido el corazón, y ahora el corazón se le detuviera en el pecho: el corazón.

A semejanza de un viajero rodeado por multitud de troncos, arbustos, bosques y pantanos boscosos, que exhalan el aliento gélido de la niebla para penetrar en el pecho de ese viajero y luego roer febrilmente su sangre, lo que hace que se tambalee buscando en vano el sendero del bosque del que hace rato se ha apartado, como ese viajero, Darialski había entregado su vida a Katia, su prometida, le había entregado su vida, la luz y la nobleza de su corazón, porque se había convertido en el camino de su vida; y ese camino había dejado de ser un camino: en un día, en una hora, en el instante breve de un beso a su alma, el camino de su vida se había convertido en un camino de brumas, su mano fría aquí y allá se eleva y vuela a las alturas; un día, una mirada, un guiño de la mujer picada de viruela… y la luz, y el camino, y la nobleza de su alma se han convertido en bosque, noche, cenagal y pantano putrefacto.

—¡Quieto!… ¡Me he perdido! —murmuró Darialski; se detuvo solo en medio del bosque; ni senderos, ni cunetas: tocones, musgo, troncos, el trino de los pájaros, el tañido de las campanas de Tselebeyevo, la lejana y redonda luna caía sobre los arbustos. Nada ni nadie. Se diría que ha sido un único sonido; después, ya nada; se diría que ha sido un sueño: un sonido voló a través de la espesura de medianoche como un eco lejano, sordo, sordo. Darialski ve que está sobre un lugar maldito: es justamente el mismo lugar donde el bosque alza su crin de pinos, donde el bosque se interrumpe por la maleza que crece en el terreno podrido; justamente en el mismo lugar donde el año pasado se ahogó un ser vivo en un agujero del pantano; y justamente sobre este lugar está Darialski ahora; está de pie y escucha atentamente: «Katia, querida: te quiero… ah, ¡ahora me acuerdo!». Está de pie y ahora el rostro se le ilumina de forma distinta; y una luz le golpea el rostro desde detrás de los arbustos: es el rostro marcado de viruela de esa mujer, pero no se parece en nada al rostro de una mujer: entre los arbustos lo observa la enorme luna amarilla que se desvanece entre las ramas.

—Katia, querida: sólo a ti, Katia, ¡solo te quiero a ti!

Surgió en su alma un recuerdo extraño que iluminaba con una luz horrible su vida entera; recuerda una noche: está sentado a su escritorio, rodeado de libros; al día siguiente

tiene un examen, pero la cabeza está llena de recuerdos infantiles, y la cabeza soñolienta se inclina sobre el libro (de un terrón al otro corre por los arbustos, hunde las botas en los charcos, en las agujas de los abetos, en un nido de hormigas cubierto de musgo, corre); recuerda: lo ha leído todo, pero no ha asimilado nada; al otro lado del tabique las tijeras de su anciana madre chascan o bien la aguja rasca el terciopelo, lo que le provoca escalofríos en la espalda y sus pensamientos se dispersan: querida madre, pobre mamá… a veces ella protestaba contra sus noches insomnes, contra el tabaco; él a veces se enfadaba con ella porque le impedía trabajar o porque rascaba con la aguja en el terciopelo a deshoras, ahora recordaba esa noche… (los árboles se resquebrajan en el viento, un arbusto empujado por el viento lo ha embestido y ahora se hunde en el pantano…).

Recuerda esa noche, el tic-tac de los relojes y el susurro sedoso del terciopelo: recuerda que levantó la cabeza de la mesa y también recuerda que pronunció la frase: «Lobo en eslavo es *v'lk*». Vio la ventana abierta y la mancha de la luna en el suelo… y de pronto recordó… (salió al camino: «Katia, sálvame». Ahora no estaba muy lejos de Gugolevo: corría a lo largo de la clariana, entre el centeno…). Darialski recordaba ese instante fatídico de esa noche fatídica, cuando levantando la vista del libro, vio la ventana abierta… recordó que había corrido las cortinas de esa ventana: se acercó a la ventana y se asomó… y… y no recordaba nada más de ese instante fatídico… (ya había llegado a Gugolevo; cruzó las puertas del muro: sobre las puertas había unos leones; la reja de hierro no estaba cerrada…).

Y cuando recuperó el conocimiento vio a su madre inclinada sobre él: con una mano temblorosa le ofrecía unas gotas; susurraba sobre él, suspiraba: «Estoy aquí, hijo mío; ya he cerrado la ventana: ¡Dios está contigo!». Su pobre madre: ahora está tranquila ya para siempre en la silenciosa tumba; la aguja ya no rechina, y no castañetean las tijeras. En ese momento terrible su madre estaba junto a él: y Darialski no recuerda nada de lo que ocurrió en ese momento de inconsciencia cuando se acercó a la ventana: recuerda que su madre oyó su grito horrible, un grito conmovedor, recuerda que después del desmayo le pareció que allí, al otro lado de la ventana, había una mujer: sí, una mujer con el rostro picado de viruela; y sin cejas, sí: todo esto ocurrió entonces: pero ese rostro picado de viruela se retorcía en una sonrisa malvada, y una perfidia tal retorcía ese rostro que le miraba desvergonzadamente ¡a la vez que lo llamaba a la desvergüenza…! Pero por algún motivo un misterio se escondía tras ese rostro: ¿y si el misterio que se encerraba en su alma era algo sucio, vicioso, mientras el alma sonreía a las claras luces del alba? Sí, el alba iluminaba y al mismo tiempo oscurecía el rostro que creía haber visto al otro lado de la ventana… (ahora ya estaba en el paseo del viejo parque…).

Pero ahora Darialski recordó el rostro del fantasma, porque era el rostro de la mujer marcada de viruela que se había encontrado en la iglesia… (Alma mía, no mires al abismo; estás aquí, al otro lado de la verja de hierro, entre los robles de Gugolevo…).

Y recordó que la puerta no estaba cerrada; regresó y la cerró; mientras corría el cerrojo, pensó que se debía reñir al vigilante para que cerrara las puertas de noche, si no cualquiera podría entrar en el jardín; ¡y luego ve a buscarlo entre los arbustos!; cualquiera se podría introducir en la casa y estrangularte, después de haber desvalijado a la baronesa.

—Lo he recordado, ¡fuera, lejos, esfúmate, alucinación! (los pies crujen por el sendero invadido por la hierba; y amanece…). Duerme tranquila, querida Katia: mi alma nunca te olvidará, Katia. (El prado está cubierto de niebla, las blancas columnas de la casa se

perfilaban…). Allí, allí está la ventana de tu habitación, con cortinas de muselina; aquí me quedaré bajo tus ventanas; ¡te protegeré de las desgracias, de las alucinaciones…!

Darialski giró bruscamente y se encontró delante de un pabellón prácticamente cubierto de flores: a sus pies se mecían las campanillas, unas blancas, otras rosadas; la llave dio la vuelta y le envolvió un aire viciado que había estado encerrado todo el día dentro de los muros del pabellón.

—Duerme, Katia, duerme: no te entregaré al destino cruel.

Ahora duerme: sueña con los dulces besos de la joven, con suspiros, con lágrimas de plata; como si fuera el rocío sobre la tumba de su madre; y como si fuera su propia madre, o como si fuera su hermana, una amiga, su novia…

Fuera ya había amanecido un día lacrimoso.

Katia

La luz matinal iluminaba la sala con doble hilera de ventanas; la luz matinal era una luz gris y brumosa; la lluvia mecía los gruesos tallos de un ricino al pie de la ventana; chorros de cristal y plata corrían por sus hojas; y riachuelos de agua turbia llevaban a las ventanas la arena rojiza del paseo.

Así recibió Gugolevo el día gris de la Trinidad.

En la sala con doble hilera de ventanas, el lacayo iba y venía refunfuñando, preparaba la mesa entre dos columnas blancas con el estuco desconchado; las columnas dividían la sala en dos habitaciones: una mitad servía como comedor; no había aquí nada especial: alrededor de la mesa había unas sillas de rejilla; entró el lacayo Yevséich; colocó un mantel limpio; refunfuñando dispuso el servicio de té y, refunfuñando, abrió la puerta que daba a la terraza invadida por el lúpulo que formaba un tejadillo bajo el cual se veía un trozo de césped y un macizo de flores con un efebo sin cabeza, inclinado sobre una roca, que alzaba un codo amarillo cubierto de musgo.

En la otra mitad de la sala, en el salón, estaba Kátenka Gugoleva, la nieta de la baronesa, quien de pie estaba inclinada sobre el piano, y observaba distraída el mobiliario antiguo tapizado de cordobán rojo con el recubrimiento dorado descascarillado en algunos lugares…

De las paredes colgaban algunos retratos; aquí un general con un tricornio en las manos caracoleaba desde hacía años sobre una tela grande, oscura, resquebrajada en algunos lugares; y desde hacía años estallaba a sus pies una bomba que, desde hacía años, vomitaba fuego que no tenía nada de ardiente; pero año tras año el general sonreía entre el humo de la pólvora, y el verde plumero del tricornio bailaba al viento: la batalla de Leipzig estaba en pleno fragor y el valeroso jinete, lanzándose al ataque, sonreía al ver la bomba que vomitaba fuego amarillo: fue así como un pintor, en un alarde de inspiración, había representado de forma poco lisonjera al bisabuelo de Katia, el general Gugolevo.

Había otros retratos: una dama de honor de Catalina II con un perro sobre un almohadón y un monograma de brillantes en el hombro, un paisaje con una declaración de amor y con un arco iris que apenas se alzaba del suelo sobre el que un Cupido rosado vertía una guirnalda de flores; también había montañas, como no las hay en Gugolevo, y ruinas de

castillos, y una fruta maravillosamente representada, todo ello fruto de la labor artística de cierta persona con aire lánguido de ojos azules y vestida con elegantes muselinas cuyo rostro encantador miraba apenado desde la pared y cuyo delicado diario se conservaba en un pequeño mueble sobre el cual había cupidos, pastoras, un dandy y otras porcelanas chinas; allí también había una biblioteca de madera tallada que no se sabía de donde procedía; a través del cristal polvoriento aparecían sombríos y descoloridos los volúmenes de Florian, Pope, Diderot y los lomos humedecidos de Eckardtshausen… *Explicación de los misterios de la naturaleza*.

Katia estaba de pie inclinada sobre el piano con un tomo de Racine en las manos; se instruía en los clásicos franceses.

Fijaos: recuerdo su silueta que se perfilaba sobre el piano con un vestido azul, ligeramente corto, muy ceñido alrededor del talle, estaba ligeramente inclinada hacia delante y con los hombros algo inclinados, parecía una niña pequeña, ¡muy pequeña! En su rostro se reflejaba el cansancio; unos círculos azules bajo los ojos lo indicaban claramente; su pensamiento ya había volado hacia él: él, él era su caballero; era a él, a él a quien había entregado su corazón infantil: ¡su corazón de niña! ¡No hay delito que no se pueda perdonar! Pero ¿cómo se puede perdonar un delito como éste, que hiere el corazón infantil? Proteged los corazones infantiles: si un corazón infantil se detiene, nada conseguirá que vuelva a latir, nada… Y el corazón de Katia apenas late; hace tiempo que los gusanos lo han minado: son los gusanos de la angustia misma, que se ha introducido en el pecho discretamente; desde ese momento todo permaneció como antes de que se enamorara de él; sigue dando de comer a las palomas, la golondrina aún tiene derecho a su risa picara; su mirada sigue siendo inocente y limpia; Katia sigue siendo una chiquilla tonta; sus andares siguen siendo los mismos, no camina sino que se escabulle, tal vez por timidez, tal vez por travesura: pero cuando se sienta al piano, ¡qué tempestad desencadenan sus dedos de cera! El trueno, la tristeza, la pasión han zarandeado a menudo estas paredes cuando se sentó al piano, desde el momento en que se convirtió en su prometida: aunque sigue siendo una criatura; ¡maldito sea el que destruya esta paz!

Ayer su anciana abuela pasó el rato murmurando contra su prometido. Se extendió en críticas, censuras, y le reprochó que el amado fuera de linaje desconocido, afirmó que su querida Katia se había equivocado eligiéndolo como prometido; la joven recuerda que se puso de pie de un salto, se apartó de la mesa como una pantera enfurecida, tiró la servilleta, rugió y se enfadó con la anciana, para asombro de Yevséich; la estúpida joven incluso llegó a lanzar a la anciana una mirada maligna, una mirada de rapaz; después la huérfana estuvo sentada todo el día en el cenador, y lloró como una huérfana, no se reía al ver la traviesa golondrina, no admiraba el nido, ya no sonreía; se acostó temprano, pero ¿durmió?

Hoy tiene unas ojeras azules bajo los ojos; miradla, se diría que el movimiento que hace para inclinarse sobre el piano no es otra cosa que la gracia ociosa y la coquetería de una joven; la mano de cera está abierta, como cera, y el tomo de Racine se ha deslizado en silencio sobre la alfombra.

Katia ha sido siempre así: cuando mira es como si no mirara, cuando escucha parece que no escuchara; y si sabe alguna cosa, bien, es como si no supiera nada: tiene un carácter imperturbable, siempre tranquila y sonriente; tranquila y sonriente se desliza a hurtadillas por las habitaciones y sin falta se acurruca con una sonrisa en un sillón; ha viajado al

extranjero, ha conocido a muchas personas: se diría que tiene muchas cosas que contar y muchas cosas sobre las que reflexionar; ¿pero sabe hablar Katia?

Era difícil saber si alguna vez pensaba; acercaos a ella, hablad con ella y veréis que tiene una perspicacia sutil por las cosas de la naturaleza, que comprende y ama el arte en todas sus formas; pero intentad desarrollar vuestros pensamientos delante de ella, o brillar con vuestro talento, o vuestros conocimientos e inteligencia: a ella no le impresiona vuestra inteligencia, que resbala por ella sin tocarla, y aceptará vuestro talento como algo necesario, como algo natural, sin lo cual es imposible vivir; pero ante vuestros conocimientos se limitará a encogerse de hombros, únicamente se reirá de vosotros… ¿y con quién más? ¡Con el lacayo Yevséich!

¿Es inteligente Katia? Bien, a decir verdad, no lo sé, pero ¿es realmente necesario saberlo? O bien es más lista que todos los demás, o bien es rematadamente tonta. ¿Sabe mucho de ciencias, Katia? Ni lo más mínimo. ¿Sobresale en el terreno del arte? En absoluto. Entonces, ¿por qué no presta atención a la gente que sabe de ciencia y a los famosos, y en cambio presta atención a Yevséich, a la golondrina o a su amiga, la estúpida Liolia? ¡Cualquiera adivina el alma de una joven!

¡Hoy habrá tormenta! Desde la mañana la abuela tiene el ceño fruncido, la abuela se enfurruña con todo el mundo: con Yevséich, y más aún con ella, con la joven mezquina, y aún más con el prometido; no le resulta agradable ver sus botas no siempre limpias, observará sus movimientos torpes; y si de improviso él se pone a cantar con su voz fuerte y desafinada, que no acierta con las notas correctas, ay, ay, ay, ¡qué ocurrirá! ¡Qué mirada lanza la abuela a Piotr desde sus impertinentes!

Piotr parece ciego, Piotr parece no darse cuenta de nada. Y ella, ¿la niña boba…? Su estúpido corazoncito se pone a latir y luego se detiene, luego se ruborizará, y luego dirigirá unas palabras cáusticas, ofensivas, mordaces, a la abuela: entonces Piotr lo comprenderá todo, entonces se dará cuenta de todo: cuando Piotr está feliz, no ve nada, se comporta de forma turbulenta y poco adecuada; cuando Piotr está alegre, repite continuamente una frase poética enrevesada y a todo responde con esa frase poética, y con las ideas de la abuela sobre la poesía y sobre lo que es conveniente en los jóvenes ¿se puede permitir esa negligencia?

Piotr reflexiona mucho, no existe una personas más inteligente que Piotr; pero ni con ella ni con la anciana habla Piotr de temas importantes; sólo habla de esas cosas completamente incomprensibles con su amigo, sobre el escarabajo de Aristófanes y sobre un tal Willamovitz-Moellendorf; si prestas atención es como si fueran locos o tartamudos, pero no son locos ni tartamudos, sino filólogos y poetas: todos hablan de Willamovitz-Moellendorf y sobre un tal Brugmann. La joven mezquina sabe muy bien que si explicara a alguien cada exclamación que intercambian sobre Willamovitz-Moellendorf Piotr y su amigo, estas exclamaciones formarían un libro interesante; aunque ella, Katia, no es más que una pequeña tonta, esa tonta sabe que Piotr es el más inteligente de los hombres, cuando habla sobre Willamovitz-Moellendorf, y ni a ella ni a la abuela les está dado comprender; pero Katia ignora quién ese Willamovitz.

Así pues, cuando Piotr se da cuenta de que la orgullosa anciana lo humilla de todas las formas posibles a él y a Willamovitz-Moellendorf, que insiste en subrayar su riqueza y nobleza de linaje o deja caer insinuaciones sobre los objetivos interesados de Piotr, sobre el deseo de éste de hacerse rico y sobre el hecho de que, si no fuera por él, por ese hijo de

pope, Katia se casaría con el príncipe Chirkizilari, Piotr golpea con el talón, se entristece, calla, y seguirá triste, callado como una piedra, muchos días seguidos; cuando pasa algo entre él y la anciana, es Katia quien debe soportarlo todo, el aspecto sombrío de Piotr, y las insinuaciones ofensivas de la anciana.

Hoy es uno de esos días: su corazón lo presiente: habrá tormenta, es inevitable: ¡y qué tormenta! ¿Cómo es que Piotr no comprende que la anciana tiene sus propias opiniones sobre lo que considera adecuado, y que la anciana permanece en el pasado, que se ha apartado de la vida y que para ella el príncipe Chirkizilari está más alto que todos los Willamovitz y todos los Brugmann? ¿Por qué, por qué ha estado ausente todo el día sin haber dicho nada a nadie? No han pasado mas de dos días de la petición de mano; cuántos dolores de cabeza y cuántas argucias invisibles ha imaginado su cabecita para que la petición de mano se llevara a cabo; pero, mira por dónde, Piotr no ha pensado en ella.

Piotr pensaba mucho en ella, pero estaba muy claro que pensaba más en Brugmann; podía quedarse en casa con Brugmann, sin embargo fue a Tselebeyevo a buscar compañía, pero ¿qué clase de compañía? Se fue a bromear con el pope, a cotillear con la mujer del pope; ¿sería cierto que era hijo de un pope? No, Katia no puede, no quiere creerlo; no, todo eso son malos pensamientos, los pensamientos de la abuela; ¿acaso no sabe que Piotr es un ser especial? No, ella no se puede ni imaginar que allí, en casa del pope, haya podido beber vino, aunque, seguramente, Katia sabe que Piotr se ha emborrachado en más de una ocasión, como esa noche fatídica en la ciudad.

Una vez, era invierno, pasaba su trineo por delante de la taberna, vio como se abría la puerta y un grupo de pintores borrachos salían de la sala brillantemente iluminada gritando obscenidades; uno de ellos la vio, corrió riendo tras su trineo y cayó sobre la nieve; pero lo más horroroso para ella (aunque solo duró un minuto) fue que él, Piotr, clavó en ella su mirada: él. Piotr estaba allí, y él, Piotr, estaba borracho: el cuello desabrochado y la gorra de piel caída sobre la nuca; la miraba pero no la reconoció: de lo borracho que estaba; en ese mismo momento el corazón se le cayó a los pies de miedo, por si le gritaba algo horrible, desagradable, como lo que se suele gritar a las mujeres pintarrajeadas y con plumas en los sombreros, ¿y si se lo gritaba a ella, a su Katia?

Pero no era a ella a quien miraba en silencio cuando la miraba, sino que miraba al horizonte, a la nieve, a la tormenta, a la tempestad; y fue allí, en la tempestad y en la nieve, donde desapareció, pero Katia conservó en su alma esa mirada vidriosa, horrorizada, de unos ojos terriblemente tranquilos y completamente borrachos. Katia lo había olvidado, o casi, pero nunca podría olvidar que todos los hombres —todos hasta el último— beben; que incluso él, Piotr, su Piotr, bebe como el que más, como el más vicioso; oh, corazón infantil, corazón simple: si bebe como todos, para lo demás será como todos, todos los que de día dicen cosas inteligentes sobre Willamovitz-Moellendorf, incluso sobre Brugmann, pero por la noche se sientan a una mesa en un restaurante, beben vino y después, hasta el último, van a…

Aquí Katia sacudió la cabeza y los espesos bucles cayeron sobre su hombro; pero el pliegue de sus delgadas cejas, que se había fruncido por un instante, el mohín de la boca que pedía besos, la cabeza inclinada hacia atrás altivamente y la estatura como crecida, ligera, con un aire severo y ligero, expresaban algo distinto de la obstinación infantil: era como un abedul de tronco blanco, roto por una racha de viento imprevista, que sale irresistiblemente de la tranquilidad y extiende de forma suplicante sus delgadas ramas y

solloza un instante, un instante solamente; el abedul cruje imperceptiblemente; nadie hubiera dicho que la ráfaga violenta había pasado por él sin dejar huella: las hojas giraban como torbellinos sin parar en el camino, pero ¿y él? Verde, era como si no las hubiera perdido, arrancadas por la tempestad; era como si se hubieran secado antes de tiempo, y ahora esas hojas crujirían festivamente bajo los pies del paseante casual; y el paseante casual no sabrá que allí algo murió, aunque fuera la muerte de un sentimiento pero muerte al fin y al cabo; así es un alma joven; un alma joven; un alma joven murmura en los sentimientos, en las hojas; hay muchos sentimientos parecidos, y no pocas tempestades; no piséis las hojas del camino, ¡no toquéis un alma joven! ¡Nunca, nunca sabréis dónde, cuándo y por qué muere un alma joven!

Katia se estremeció un instante, y en el acto pareció que había sido otra persona la que se hubiera estremecido; su tranquilo rostro oval, que unos bucles enmarcaban, se inclinó sobre su cuello de cisne y bajaron sus pestañas… y tímidamente se sienta a la mesa de té junto a los pastores de porcelana, el dandy, junto al general a caballo, alegre a pesar de la bomba, y una sonrisa ilumina su cara —¿no es una sonrisa forzada?—, mira de reojo hacia el dormitorio de la baronesa, de donde le llega claramente el ruido del chapoteo del agua y el olor del vinagrillo de tocador; ahora parece como si observara completamente alegre con sus ojos ahora verdes, como Yevséich, el lacayo decrépito, todo él de gris, murmura con su boca desdentada mientras dispone la plata del servicio de té contra la perfidia y la astucia del ama de llaves que le había engañado; Yevséich refunfuña amenazas dirigidas a ella, amenazas por si el ama de llaves tiene la osadía de volver a aparecer por los aposentos de la señora; y en las ventanas hay humedad, en las ventanas hay lluvia; en las ventanas, ¡Dios sabe qué hay y por qué!

Yevséich ¡Yevséich…! No se encuentran lacayos como él: ¡es un lacayo auténtico!

Imagínense un lacayo: esos tiempos ya han pasado; y los lacayos, se puede decir, hace tiempo que han caducado, los lacayos están en vías de desaparición; y los que siguen existiendo, seguramente es porque tienen muchos años; en los tiempos actuales los lacayos son decrépitos, y si les apetece contratar a un lacayo de verdad, entonces no les queda otro remedio que buscar a un anciano; cualquiera que sea algo más joven, no es un lacayo de verdad, sino un ladrón o un pícaro; si no es un pícaro, ¿saben qué es?: es un hombre independiente; se deja crecer el bigote, o bien una barbita o, como hacen los americanos, se recorta el bigote y se hace llamar «camarada», o si no, directamente «ciudadano»; y recuerden mis palabras: este lacayo no dura ni un ario: cogerá y se irá a servir a un restaurante o bien a una taberna…

Que Yevséich no era ni un pícaro, ni un ladrón, todo el mundo lo podía afirmar; pero por lo que respecta a su ciudadanía, bien… «Yevséich, ¿usted es un ciudadano?». «Je, je, je, ¡señor!». Juzguen qué clase de ciudadano es: fíjense en este ciudadano, juzguen su ciudadanía: no es ciudadanía, sino sumisión. Está sometido a la baronesa, y este estado de cosas le satisface.

Hum, hum… Yevséich tiene muchos años: hace tiempo que ha pasado de los setenta; y es original, completamente original: un lacayo modélico. Un lacayo auténtico tiene patillas grises; además, se podría arriesgar una contradicción, insistir en el hecho de que un lacayo debe ir completamente afeitado (no vamos a discutir sobre los lacayos con bigote porque, una vez más, un lacayo con bigote no es un lacayo); y un lacayo tiene la libertad de afeitarse completamente: un lacayo afeitado es un lacayo de segunda categoría: al pope le va la

kamilavka, el birrete eclesiástico, y al general le van las espuelas tanto como a un comerciante la barriga. Del mismo modo, por supuesto, y con más razón, sobre todo a un lacayo le van las patillas, no me refiero a patillas grandes y espesas, sino normales, unas patillas discretas, como las que lucía Yevséich.

También es característico de los lacayos afeitarse, sólo Dios sabe con qué frecuencia, y también llevar una corbata blanca, pero no siempre limpia; y lo que caracteriza mejor a un lacayo es usar unos guantes de lana blancos, cubiertos de una capa amarilla a causa del tabaco que aspira; también es propio de un lacayo que mantenga malas relaciones con el ama de llaves, y si esta persona falta, es propio que el lacayo rasguee la guitarra y juegue a las damas con el cochero en su habitación. Yevséich no se afeitaba con frecuencia; llevaba una corbata de dudosa limpieza, los guantes siempre estaban cubiertos de polvo amarillento, sobre todo de las manchas del tabaco que aspiraba; sobrevivía a las sucesivas amas de llaves y sólo se calmó cuando la última de ellas perdió la paciencia definitivamente y fue trasladada al corral; entonces, Yevséich se puso a jugar a las damas en su despacho con una especial tenacidad con el cochero de aspecto respetable, pero que era un redomado granuja.

Unas palabras en relación con el vestuario; un lacayo lleva cualquier cosa: un frac negro, un frac azul; pero sólo la ropa gris lo dignifica, lo distingue claramente del pícaro y del ciudadano: Yevséich iba siempre vestido de gris.

En una palabra, si cualquiera en su imaginación se ha representado a un lacayo, la imaginación de cualquiera se ha representado a Yevséich con una bandeja o un cepillo en las manos.

Un rasgo distintivo de Yevséich era la extraordinaria timidez que experimentaba hacia la baronesa; no era un estremecimiento servil, sino admiración pura; cuando la anciana le observaba, lo hacía con un aire altivo, entonces el anciano se erguía, se atusaba las patillas, mascaba con la boca desdentada; pero cuando la anciana se daba la vuelta, él iba a buscar el tabaco: aspiraba y vergonzosamente estornudaba en la manga; cuando la señorita se dirigía a él para hablarle de sus alegrías, de sus penas, tanto da, Yevséich se moría de risa… no decía más que «Uff… Uff…». El resto de la humanidad sólo recibía críticas del lacayo: ya fuera el veterinario o el general, no se libraban de las críticas de Yevséich; Yevséich deambulaba como una mosca inoportuna y refunfuñaba; refunfuñaba también cuando jugaba a las damas; se pasaba el día refunfuñando; llegaba la noche: de noche Yevséich no dormía; daba vueltas, murmuraba.

Así era Yevséich: de este modo vivió su vida, de este modo se fue a la tumba: ¡paz para las cenizas del último lacayo!

—Yevséich, ¿vendrá pronto la abuela?

—¡Je, je, je! —Yevséich no se pone derecho delante de Katia. En este momento, Yevséich no es un lacayo: tiene delante a la señorita, que todavía es una criatura, y se sonríe; de acuerdo con el modo de ver de Yevséich, Katia es aún la niña de los señores, y por tanto un lacayo que se precie no debe prestar atención al balbuceo de una *criatura*: el balbuceo infantil, ya se sabe, es el piar de un pájaro, nada más.

—¡Je, je, je! Señorita…

—Dime, Yevséich, ¿cuándo vendrá la abuela a tomar el té…?

—¡Je, je, je! —tampoco ahora lo ha entendido Yevséich: ¿vale la pena escuchar a un pollito o a un herrerillo o a un silbido o a la *criatura* de los señores? Saca la tabaquera,

aspira el excelente tabaco y estornuda educadamente en la manga. Se sonríe maliciosamente, no puede contemplar a Katia sin sonreír, la observa con picardía, como si se riera de ella y le gastara una broma; Katia sabe el motivo, de ahí que entre ellos se haya establecido un juego; todo viene del verano pasado.

El verano pasado, cuando aún no estaba prometida, Katia jugaba con el perro pelirrojo, Barbos, y la muchacha se dejó llevar por el juego: fingió ser un gato, saltó a la barandilla de la terraza, se ahuecó como encolerizada, encorvó la espalda, y se puso a bufar sentada en la barandilla con el cabello que le caía por la cara; hacía tan bien de gato que Barbos se puso a ladrar: entonces se dio la vuelta y le vio: en la ventana Yevséich la miraba, se reía, se partía de risa…

Katia había dejado asombrado a Yevséich: se puede decir que lo dejó mortalmente estupefacto; nunca en su vida se había reído tanto como entonces junto a la ventana; quién iba a decir que la señorita había crecido, que era una joven digna, una señorita de diecisiete años, cómo se podía comportar así delante de Barbos: encorvar la espalda, bufar y escupir, y además lo hacía en serio, ¡completamente en serio! Cuando la señorita lo descubrió, Yevséich se quedó confuso, como un escolar sorprendido; por discreción se apresuró a alejarse renqueando y se puso a refunfuñar mientras paseaba el cepillo de lacayo por las alfombras; sin embargo, hay que reconocer, pensó Yevséich, que había pillado a la señorita en flagrante delito, en una ocupación vergonzosa.

Había pasado un año, pero él seguía guiñándole un ojo maliciosamente: te conozco, pequeña, aunque seas una señorita sigues siendo una criatura, una verdadera criatura. De este modo, entre ellos se forjó desde ese momento ese secreto; después, cuando se quedaban a solas —Yevséich y Katia—, el viejo lacayo le daba a entender que no estaba en contra de jugar con la señorita, le parecía divertido: y las cosas fueron tan lejos que Yevséich, palabra de honor, representaba sombras chinescas con las manos para la pequeña, una cabra, un perro, e incluso una vez hizo correr un conejo y, si se me permite decirlo, un cerdo, pero bastaba que la baronesa tosiera en una habitación al otro extremo de la casa para que Yevséich se pusiera tímidamente contra la pared con el cepillo del polvo en las manos y, pasara quien pasara, no veían a Yevséich, sino ¡al lacayo de lacayos!

Katia lo sabía bien, pero esa mañana que describimos las risas de Yevséich sólo despertaban en ella el temor: no estaba para risas cuando en su alma se cernía la tormenta; se juntaron sus cejas y sacudía los bucles con despecho; y mientras Yevséich preparaba el samovar, comprendió que aquel día la criatura no estaba de humor para bromas, y apretaba los labios con toda su dignidad de lacayo; pero para su propia sorpresa se echó a reír, le dio la espalda a Katia y, como un ladrón pillado con las manos en la masa, rápidamente se alejó renqueando, a pequeños saltos.

No, Katia no se rió a sus espaldas, pero tampoco su rostro expresó enfado, sino que se inclinó sobre la mesa con el chal de colores vivos y los tirabuzones de sus cabellos cenicientos; las pestañas intensamente negras velaban sus ojos intensamente oscuros y su boca rosada se frunció inquieta y apasionadamente; la niña en ella había muerto: ahora, en esa postura, se diría que aceptaba la tormenta y parecía una mujer, ávida de caricias.

El té

Pero no era más que una impresión: el bastón resonaba en las habitaciones; en algún lugar una tabla crujió bajo el andar pesado de la baronesa, y al otro lado de la pared se oían los resoplidos sordos de la anciana; una ramita golpeó la ventana, tembló la tarima; Katia se sobresaltó y, mirando de reojo, con una mirada afilada bajo las pestañas, hacia la puerta; todo esto duró menos de un instante.

Y allí está, indiferente, la joven pálida, algo curiosa, y muy muy pequeña: se ha puesto a parpadear, se ha puesto de pie con los hombros derechos y, según una costumbre infantil, ha ido al encuentro de la baronesa —va vestida con un vestido demasiado corto para su edad, con un caminar ligero, un caminar a hurtadillas—, mientras en la puerta, con la mano apoyada en el pesado pomo de cristal tallado del bastón, resopla pesadamente la anciana rechoncha, envuelta en seda y encajes de colores, con reflejos amarillentos en el cabello blanco.

El redondo rostro altivo y severo de la baronesa se balanceaba orgullosamente —el rostro tenía un blanco poco natural a causa de los afeites y polvos—; de joven, la baronesa fue una morena ardiente; y ahora, las bolsas oscuras bajo sus ojos, como quemados, consumidos, y la piel mate que se transparenta en lugares a través de los polvos, una boca roja de labios gruesos, su pequeña nariz arremangada y una marca de nacimiento en la mejilla expresaban sin palabras obstinación e insolencia cuando tendió a Katia su mano gruesa, suave, perfumada, a causa de lo cual susurró la seda de su bata de mañana, cubierta de delicados encajes de Lyón; la humareda de los bucles de Katia cosquilleó su mano; Katia besó la mano gruesa, suave, perfumada: «Buenos días, abuela»; con una obstinación inalterable, como si lanzara un desafío al destino, la mirada de la baronesa no descendió hacia la joven que se inclinaba, y su boca no sonrió a la joven, sino que adoptó la forma de un extraño embudo por encima de ella, lo cual subrayaba aún más unas arrugas que parecían dibujadas con carboncillo junto a la comisura de los labios, y la parte superior de los labios estaba recubierta de un bigotito que parecía dibujado al carbón, mientras que Yevséich, surgido del suelo, se había quedado completamente silencioso, como se queda petrificada y silenciosa una estatua gris de cera; todo él de gris, de pie, con una bandeja sobre las manos extendidas, y su mirada gris e incolora, como él mismo, observaba una mosca que se había quedado dormida sobre la pared; este instante pareció extenderse una eternidad, y el pesado golpe del tiempo informó desafinadamente que ya eran las doce del mediodía.

Como si justamente el destino retara a un combate, y mientras el anillo de esmeraldas desprendía destellos, la baronesa avanzó pesadamente y se sentó con rapidez a la mesa de té, tan pesada y rápidamente como orgullosamente había transcurrido su vida; y el sólido sillón de cordobán rojo crujió y gimió bajo la pesada anciana, mientras el pesado bastón golpeaba con obstinación la alfombra descolorida junto a sus zapatos de terciopelo; sin sorprenderse de nada, con una sonrisa tranquila, Katia servía el café al tiempo que Yevséich acomodaba devotamente a la anciana en el sillón, y le guiñó el ojo a Katia a espaldas de la anciana y olfateó sus guantes manchados de tabaco.

Todo se realizaba en un absoluto silencio, y el profundo mutismo de este ritual cotidiano conducía a la reflexión, hacía surgir en el alma sones grandiosos, infinitamente tristes.

¿No te ocurre a ti lo mismo, vieja y agonizante Rusia, orgullosa y paralizada en tu grandeza, día tras día, hora tras hora, en miles de oficinas, salas de recepción, palacios y

fincas con la ejecución de estos rituales, los rituales del pasado? Pero, oh, tú, que fuiste educada, observa a tu alrededor y baja la mirada: comprenderás que a tus pies se abre un abismo: ¡mírate, vas directa al abismo…!

—¿Le apetece té o café, abuela?

Silencio; la anciana extendió la mano y sus dedos se pusieron a tamborilear sobre el mantel, y lanzó una mirada muy negra a la taza, como si con esa mirada tuviera la intención de romperla en miles de pedazos…

—Ehh… me atrevo a hacer notar… Su señora abuela… ayer y antes de ayer se dignó tomar té… ehh… comeer… ehh… —intervino inesperadamente Yevséich, pero, intimidado de súbito, se quedó en silencio bruscamente, aplastado contra la pared a causa del miedo, y su mirada de reojo suplicante vuela rápidamente de Katia y se detiene en la baronesa, navega hacia el techo y se apoya en la punta de sus propios zapatos; pero la abuela sigue tamborileando con su mano extendida; se detiene un instante y vuelve a tamborilear; en la otra mano, el bastón de la abuela salta febrilmente, febrilmente golpea la alfombra.

—Abuela, ¿quiere té o café?

Silencio.

—Bueno, le serviré un té.

Silencio.

—Ehhh… sí… ehhh… ¡ehhh…! Suuu excel… con permiso de suuu… ehhh… se dignará… sí… dignará… ehhh… ehhh… té… o bien… ¿Excelencia?

Silencio.

—Aquí tiene su té, abuela. ¿Con crema o sin…?

Silencio.

¿Sin crema?

Silencio.

—Yevséich, llévale a la abuela el té.

El tembloroso Yevséich se aparta de la pared como si hubiera salido de una calcomanía, aferra la taza y, tropezando con el perrito faldero blanco de la anciana, que aúlla fingiendo dolor, vierte el té en la alfombra y se quema la mano, pero los suaves dedos regordetes y perfumados de la anciana dama rechazan con indignación el té servido de esa manera; y Yevséich, que no había sabido adivinar los gustos de la baronesa, se apresura a rectificar:

—Ehh… Café… café… Yekaterina Vasílievna… ¡Claro! Su Excelencia siempre… ehh… tomará café…

Pero apenas acaba de pronunciar esto, cuando se oye la voz profunda, la voz de pecho de la anciana:

—¡Tonto! Dame la taza.

Los dedos gruesos de la anciana toman la taza, y el confundido Yevséich se aparta avergonzado a un rincón oscuro, desde donde emite un bostezo de alivio.

Silencio.

—¿Puede que no se encuentre cómoda así sentada, abuela?

—¿Quiere que le ponga una almohada…? ¡Seguramente con un almohadón estará más cómoda…!

—Mimí, Mimí, mi pequeño Mimí, ¡tan blanquito! Te voy a dar un pedacito de azúcar; abuela, Mimí tiene la cinta torcida… Mimí, Mimí, ven que te arreglo la cinta…

—Grrr… guau… guau… —se oye debajo de las faldas de la baronesa, desde donde asoma el hocico el pequeño ser, el perro, naturalmente.

—Ah, maldito perro: abuela, ¡me ha vuelto a morder un dedo!

—¡Grrr… guau… guau…! —se oye debajo de las faldas de la baronesa.

—¡Mimí!

—¡Grr… guau… guau!

—No se enfade conmigo, abuela…

—Me duele cuando critica a Piotr sin más ni más… —Abuela, ya no puedo más…

—Habría que enviar al cochero a la ciudad, abuela: el cochero dice que no nos queda suficiente petróleo; y me parece que a usted no le queda suficiente agua de colonia…

—Hoy hace un mal día, pero ayer, abuela, hizo sol…

—Abuela, en verano hay más sol, pero en invierno no hace tanto sol: pero a mí me gusta tanto el invierno como el verano, abuela…

—A Liolia también le gusta el invierno y el verano, pero al principe Chirkizilari no le gusta ni el invierno ni el verano, abuela. Tanto en invierno como en verano vive en Biarritz.

—¿Quiere más té?

Silencio… Todo esto lo dice Katia sola: el silencio contesta a cada una de sus exclamaciones; la abuela se venga de la salida del día anterior, aunque se esfuerza por no hablar de ello; la abuela es siempre así; por eso Katia no tiene miedo, sólo Yevséich tiembla de miedo; pero Katia ya ha agotado su reserva de palabras: Katia habla tan poco, tan poco —los pensamientos de las jóvenes tontas no se organizan en palabras—; recordando que lo que más teme la abuela es la falta de agua de colonia, Katia se permite una argucia, aunque sabe que hay suficiente agua de colonia, pero esas artimañas de joven culpable hace tiempo que la anciana las ha olvidado, y la anciana no responde; finalmente Katia menciona el sagrado nombre de Chirkizilari, para arrancar a la abuela aunque sea un gruñido sobre que Piotr no le llega al príncipe Chirkizilari a la suela de los zapatos; pero hoy la anciana también calla; si el príncipe Chirkizilari no ha conseguido perforar el silencio, ¡nada lo hará!

—Abuela, ¡el príncipe Chirkizilari…!

Silencio; los dedos gruesos de la anciana se tienden delicadamente hacia su Mimí, al perro faldero, y se detienen tiernamente en el inmundo perrito, y Katia se enfada: se han acercado las cejas irritadas; por debajo de las pestañas, una mirada esmeralda, una mirada malvada, celosa, perforará a la anciana, aunque Katia finge que a ella no le importa la maniobra de la abuela: pero está enfurecida —está a punto de encorvarse y saltar sobre la abuela— fu, fu, fu: eh, perro, maldito perro. Mimí. Pero con ella, con su nieta ¡ni una palabra…!

—Ehh… cómo… ehh… el joven príncipe, Chirkizilari… ehhh… Su Excelencia… lo he conocido… Chirkizilari… el joven príncipe —de nuevo se inmiscuye Yevséich, pero después de oírse llamar «tonto», se esconde ofendido en un rincón…

Cómo no… cómo no iba a recordar Katia a Chirkizilari: se inclina… fu, fu, fu; está completamente calvo, tartamudea y arrastra una pierna, y para colmo le huele el aliento.

Maldito Mimí, bobo Chirkizilari, qué día tan estúpido, ¡todos son estúpidos…! Pero ella, Katia, les demostrará a todos quién es…

La abuela observa a la nieta de reojo y ya se dispone a tender sus dedos gruesos hacia ella para besar esta pequeña frente, estos ojitos, estos cabellos; cuando… dong: las doce y media.

Así pues, en un profundo silencio se ejecuta el rutinario pero magnífico ritual de esta vida que se hunde en el pasado, mientras por la terraza abierta llegan los sonidos de la nueva Rusia y unos jóvenes que pasan a lo lejos vociferan una canción, y los gemidos dorados del acordeón de tigre: «Dee-trás dee-trás lleee-gaa… el pelotón de reclu-uutas». Luego, todos estos sonidos se pierden en la distancia.

Pero los que están aquí sentados no conocen ni la nueva Rusia ni las canciones de la nueva Rusia, ni esas palabras conmovedoras que llegan de detrás de los tilos; y los jóvenes, y las canciones, y las letras de las canciones, esas palabras, resuenan lejos y lejos las cantan esos jóvenes; y esas palabras y esas canciones nunca llegarán a este refugio tranquilo, los jóvenes nunca pisarán este jardín; son una ilusión: las palabras, la canción misma, están aquí y los jóvenes también están aquí; hace tiempo que esta canción, llena de sonidos antiguos, envenena el aire y hace que los ojos negros de la baronesa se abran de miedo; hace tiempo que la baronesa lo sabe todo; se sabe condenada a la perdición, junto con Rusia, víctimas de una lucha fatal; pero se hace la sorda y la muda: como si no supiera nada de las canciones nuevas; pero Piotr sí las conoce.

Y Piotr entra.

Allí está; lleva una camisa de seda roja: las botas crujen y su cabellera cenicienta ondula; retorciéndose los bigotes, Darialski estalla en risas alegres, coge el perro blanco, lo lanza al aire y luego, recogiéndolo con respeto, se acerca con osadía a la mano de la baronesa, igual que si fuera a asaltar una fortaleza: «Buenos días, *maman*, buenos días… Buenos días, Katia: perdonadme, llego tarde…».

Es extraño: ¿no habéis experimentado nunca después de la tristeza y la locura de nuestra alma enferma una paz bienaventurada, una ligereza extraña y una especie de impetuosa osadía? La perdición del alma y el terror de los peligros que os amenazan no os parecen de pronto más que una broma infantil, o mejor dicho: algo que no os ha pasado pero que os han explicado; entonces os parecerá haber oído en algún lugar una canción que os altera el alma, el canto del caos, pero dónde, esto nunca lo sabréis; el sueño de la vida os volverá a atrapar y os despojará de la memoria; y os moveréis ligeramente por el oleaje de la vida, recogiendo únicamente las flores del placer, los dones preciosos de la existencia; pero no, no, vuestra alegría no resistirá: el pasado amenazador que no ha dejado de existir se levantará en un abrir y cerrar de ojos; y maldeciréis la hora de vuestra frivolidad, esa hora en que, mirando al corro que retoza en el prado o a la mirada de la joven amada, os diréis: no, esas penas las he soñado, no, nada me amenaza ya… Así que sabedlo: será demasiado tarde.

—Ya es tarde —dijo la anciana con voz nasal inclinando la cabeza con orgullo, pero con benevolencia, sobre la cabeza inclinada de Darialski al tiempo que rozaba con los labios sus cabellos cenicientos, cuando él le besaba la mano.

—Sí, ya es tarde —brilló sobre él la mirada esmeralda, asustada, llena de reproches, y su voz apagada tembló.

—¡Je, je, je! —dijo Yevséich desde el rincón oscuro.

Darialski no se fijó ni en la risa ni en los reproches, ni siquiera en la fatídica benevolencia de la anciana septuagenaria, y tampoco le pareció extraño que la anciana dama hubiera cambiado su habitual ira matutina por una benevolencia inexplicable: igual que los condenados a la pena capital experimentan en los últimos minutos de vida una benevolencia hacia los que en un instante los conducirán a la muerte. Era extraño que la anciana, que se quejaba de la vida desgarrada de Darialski y envenenaba la vida de Katia con esas quejas, hubiera podido experimentar, en lo más hondo de su alma, una piedad fuerte y tenaz en relación con el inadecuado prometido de su nieta.

Un hecho extraño: Katia se dio cuenta de que no habría tormenta, que un capricho vano o un inesperado cambio del barómetro había dulcificado el corazón de la abuela, pero no se alegraba: la angustia exterior se había disipado, pero ahora una angustia propia la dominaba: y lanzaba miradas quejosas a su prometido: «Puede ser que él, como los otros… vaya a…».

Pero Darialski no se daba cuenta de nada de esto: la queja de Katia permanecía en el aire, vibraba ligeramente como una cuerda; puesto que ella lo amaba, bueno, estaría enfadada una hora o dos: ¡qué importaba!

Sabe Darialski con qué inquietud latía el corazón de ella cuando se fue a Tselebeyevo por la mañana sin siquiera haberla visto; con qué alegría le esperaba cuando la campana lejana le advirtió que el servicio había terminado; cómo había vigilado el camino, colocando su rostro rodeado de tirabuzones entre las verdes acacias; de lejos se divisaban las camisas rojas, y pasaban fugaces las chaquetas doradas, azules y verdes de las jóvenes de Gugolevo, llenando el aire de canciones, y ardían los pañuelos de rojo intenso al aire, y flotaban en el aire las canciones sonoras.

Pero él no estaba.

¿Sabe él qué sollozaban en el aire dorado las cuerdas del alma de Katia?

El almuerzo estaba servido, pero él no se hallaba presente; no estaba allí cuando Katia discutía con la abuela, le dirigía palabras mordaces, la pinchaba con la espina de la rosa del amor; ahora estaba allí, no se fijaba en ella, no veía su color; no le pedía disculpas, a ella, a su princesa Katia; Katia está sentada, pierde los pétalos del amor, el viento forma remolinos con esos pétalos, el viento los seca; la pobre Katia se deshoja…

¿Abriga Piotr siquiera un solo sentimiento humano?

¿Él? Por una razón u otra estaba lanzado: experimentaba cerca de la zona del corazón una ligereza extraordinaria y, ah, ¡cómo se reía de las tonterías sucedidas el día anterior! El calor, el bochorno, las moscas, además del estudio forzado de los clásicos a pesar de todo —la petición de mano y los besos de Katia—, produjeron, naturalmente, una reacción un tanto extraña en su alma, que una sola mirada osada y una broma de una mujerzuela habían perturbado, le habían inquietado y le habían revuelto el fondo absurdo de su alma, y el fondo absurdo de su alma emergió a la superficie; pero él no permitirá a ese fondo absurdo que adquiera importancia: asfixiará este fondo; y se ríe sonoramente, se alegra ruidosamente, y en la zona del corazón hay una ligereza, un estremecimiento…

—Algunos filólogos, *maman*, dicen que la séptima égloga de Teócrito es *regina eclogarum*, que significa «la reina de las églogas». Pero otros dicen que la séptima égloga es más dulce que la miel. Con este motivo hoy me tomaré siete tazas de té…

—¡Je, je, je! —se oyó en el rincón…

—Regina eclogarum.

Y Katia piensa: «Ayer bebió vino, puede ser que se emborrachara, puede ser que sea como todos; y que antes que ella, su bella princesa Katia, hubiera visitado a mujeres de mala vida».

—Una vez, querida mía, leí en Teócrito que alguien le encerró en un baúl de cedro, y los filólogos discuten este punto; cuando me case contigo, a ti, querida mía, a ti te encerraré bajo llave.

—¡Je, je, je! —se oyó en el rincón…

—Teócrito dice también que azotaron a Pan con unas ortigas, y después estuvo tumbado en la cuneta rascándose; unos filólogos aseguran que se rascaba porque estaba tumbado sobre las ortigas; otra corriente filológica explica que el motivo del escozor de Pan fue la flagelación… De todo ello se habla en la séptima égloga, que se titula *Regina eclogarum*.

—¡Ah, déjame en paz! —Katia se puso de pie y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Bien… ejem, ejem, que la señorita se haya dignado a levantarse y salir… parece que ella no está… ejem, ejem, contenta —comenta con reproche Yevséich, pero Darialski ya no le ve, como tampoco ha visto que la baronesa se ha retirado a sus aposentos, golpeando con el bastón de abedul la alfombra; se dio la vuelta y miraba con fervor a Katia, que estaba ahí de pie, mientras Yevséich se afanaba junto a la mesa, aspiraba su tabaco dulce y gruñía: «Azotado… con cebollas… Un tal *pan…* ¿cómo… es posible… azotar con unas cebollas…? Y además a un *pan*, a un señor… Seguramente debían ser… ortigas…».

… Mientras ella estaba allí de pie —ella que el día anterior había huido de él, ahora de nuevo regresaba a él, su prometida— mientras estaba allí de pie, aureolada por el verde lúpulo bajo las gotas de la lluvia que caía.

¡Oh, plenitud del instante, oh, qué festín!

Dos mujeres

¡Katia! En el mundo hay sólo una Katia; da la vuelta al mundo, no encontrarás otra igual: aunque recorras las llanuras y los espacios de nuestro vasto país, incluso aunque vayas más lejos: en los países de ultramar podrás caer prisionero de bellezas de ojos negros pero no serán Katia; si partes de Gugolevo hacia occidente, recto, siempre recto, y regresas a Gugolevo por oriente, por las estepas asiáticas: sólo entonces verás a Katia. Ella es así: obsérvala bien: está de pie, ha bajado las pestañas curvas, oscuras, suaves como la seda; bajo las pestañas brillan las luces de sus ojos lejanos que no son ni grises ni verdes, a veces son aterciopelados, a veces azules; su mirada está llena de significado, con la mirada dice lo que no se puede decir con palabras… así pensarás; pero te darás cuenta de que se trata de una ilusión cuando ella levante la vista y se fije en ti; sus ojos no dicen nada; son unos ojos normales; clava en ellos tu mirada, y tu mirada rebotará en la simple belleza de su mirada cristalina, sin haber podido penetrar en el interior de su alma de muchacha; si pretendes interpretar el brillo de esos ojos, te engañarás: comprenderás que en cualquier finca, parecida a Gugolevo, se encuentran unos ojos parecidos; pero entonces se da la vuelta como por casualidad, y como por casualidad te mira de reojo, arruga un poco los párpados y se sonroja ligeramente, sonríe, y tú, a pesar de la evidencia, te aprestas a creer en la

profundidad y el significado de esa mirada; y de nuevo se da la vuelta, y se pone a hablar: no dice nada importante, tonterías; se da la vuelta, no es importante, unos ojos normales, brillantes, vivos, alargados, como almendras; y nada más.

Y su boca rosada, de un color rosa pálido, como un pétalo que se abre, apenas entreabierta… unos labios de un color rosa pálido, creados para besar; sonríeles con una sonrisa llena de un significado secreto… los labios no se estremecen, se entreabren con sorpresa o se contraen enfadados; pero ¡con cuánto encanto sonríen esos labios a unas palabras completamente vacías, a las flores, a los perros guardianes, y sobre todo a los niños!; su rostro alargado, pálido, ligeramente delgado, empieza a adquirir un color rosado, como se llena de color la flor del manzano cuando una golondrina de alas negras hiende el viento; entonces Katia gira rápidamente hacia ella este rostro de color rosado como la flor del manzano; y un tirabuzón ceniciento levanta el vuelo hacia el aire azul; su rostro es oval, mate, enmarcado en una profusión de tirabuzones vaporosos, cenicientos; los tirabuzones le caen sobre el pecho… y se echa a reír a carcajadas al ver las astucias de la golondrina: sabe que si las golondrinas de Gugolevo se han puesto a dar vueltas alrededor de ella, no es sin motivo: basta que Katia esté distraída para que la golondrina le arranque al pasar volando un cabello de seda y se lo lleve para consolidar el nido de sus polluelos; Katia lo sabe y entrecierra picara sus hermosos ojos y sacude la cabeza; pero la golondrina ya se ha marchado; y los espesos tirabuzones, tal vez demasiado espesos, le caen sobre los hombros bañando su cuello de cisne y cosquilleando con su pelusa el pecho medio descubierto de Katia: entonces su rostro palidece de nuevo, fíjate: el cuello estirado y el rostro alzado con los tirabuzones cenicientos que el viento agita, la boca de un rosa pálido, apenas entreabierta, como una corola y con unos ojos tranquilos, alargados, con un brillo impaciente: todo, todo expresa la lasitud de un ser que ya no es una criatura, ni una joven que ha vivido mucho.

Pero Darialski oye la fuerte pisada de unos pies descalzos en la terraza y una voz dulce como un rayo cantarín:

—Querida señorita, ¿quiere un ramito de muguete? Lo he recogido especialmente para usted en el bosque…

Sale a la terraza, mira: ahí, bajo el lúpulo verde, en un rayo cantarín, dorado y aéreo, como en un sueño, ahí está la mujer picada de viruela del día anterior, la mujer picada de viruela observa a Katia, se muestra amable con la señorita, el vientecillo juega con sus cabellos rojos, es un viento pasajero; hay un claro en el cielo; la lluvia dorada por el sol ha cesado, y a causa de la lluvia hay un arco iris con los siete colores.

—¡Ejem! —se ríe por lo bajo, y Darialski se pone de pie. «¡Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña!» y observa frunciendo los ojos a la mujer picada de viruela: no está mal, hay motivos de admiración: es una mujer robusta, bajo la chaqueta roja se agitan unos pechos grandes; las piernas vigorosas están tostadas y sucias —¡qué huellas han dejado sus pies sucios en la terraza!—, tiene la nariz chata, el rostro pálido, con unas gruesas marcas de viruela, como quemaduras: no es un rostro agraciado pero es agradable, aunque está cubierto de sudor; le ofrece un ramo a Katia. «No es más que eso y yo, yo —piensa Darialski—: no está mal la mujer, pero seguramente es una mujerzuela, tiene un pliegue especial junto a los labios» —intenta convencerse de algo, explicarse, ensordecer, refrenar por un momento un sentimiento que ha vuelto a surgir, sin embargo siente el corazón ligero: «No, lo he soñado».

—¡Ah, qué flores tan blancas y olorosas! —Katia aprieta las flores contra su rostro, que se ha sonrojado ligeramente.

—¿Cómo te llamas? —Darialski se dirige a la mujer de forma grosera y severa.

—Matriona, soy de aquí —y su mirada azul, intensamente azul, se fija en él: en ese momento suena un grito penetrante y cercano: algo le roza con un ala negra: una golondrina, como un murciélago, roza con las alas la terraza y zigzaguea aquí y allí y ya está lejos: ha volado.

—No es una golondrina, es un vencejo —se sorprende Katia.

—Es de los de Tselebeyevo; venga, cómpremelas, señorita, las he recogido para usted…

La mujer de nariz chata sonríe a Katia, se ríe: y como un ángel inocente, la estúpida joven le entrega una moneda de veinte kopecs.

—Querida señorita, ¡déme otra moneda!

Pero Piotr rodea a Katia con la mano; que vea el mundo entero que Katia es su prometida; cuando la mujer sale de la terraza, sus pies sucios vuelven a dejar más huellas, y Yevséich, que ha aparecido en el hueco de la puerta de la terraza, murmura a sus espaldas: «Dios mío, Señor, por qué habéis traído al jardín de la señora a estos endemoniados, ¿para qué sirve el jardinero…? ¡Eh, Matriona, ándate con cuidado…!».

—¿Qué? —Matriona se vuelve sin mirar a Yevséich ni a Darialski, y su chaqueta roja se pierde en la espesura.

Oh, tú, soleado rayo dorado, oh, viento pasajero: las flores florecen y el verdor alegre danza en los rayos, y Darialski sonríe envuelto en los rayos, no sabe por qué es feliz; atrae a Katia tiernamente, salen de la terraza y de pronto, en un estallido de alegría, se pone más bien a gritar que a cantar.

Pero por un momento las cejas de Katia se han juntado cuando, liberada de su abrazo, ha barrido con un armonioso movimiento de su cuello la humareda vaporosa de sus cabellos que le empolvaban la espalda, mientras se mordía el labio tembloroso y sonreía con una sonrisa forzada, y los agujeros anchos de su delgada nariz se abrían de impaciencia y de inquietud contenida; todo esto ha durado un momento, y todo lo ha contemplado Darialski. Terminó de beber el té y continuó con un arrebato de felicidad en los latidos de su corazón:

—Además, hay otra cosa rara en Teócrito respecto a las abejas; se traduzca como se traduzca, siempre da: las abejas chatas; ¿cuándo se ha visto que existan abejas chatas?

Cuando Darialski estaba de buen humor, no le gustaba mantener conversaciones sobre temas profundos; fuera cual fuese el sentimiento con el que abordaba los temas profundos, siempre provocaban en él la tortura de emociones sin nombre, complejas, cuyas consecuencias eran tan funestas que sobre estas emociones apilaba los pesados tomos de los diccionarios griegos; en su alma había una pesadez eterna, y por eso la vida diaria, la realidad solar de la bendita Grecia en su lejano pasado —con sus guerras, juegos, pensamientos chispeantes y el amor siempre peligroso— suscitaba en la superficie de su alma, al igual que la realidad cotidiana del pequeño pueblo ruso, cuadros de una vida feliz, paradisíaca: bosques sombríos, prados embalsamados por un perfume de miel, juegos y danzas en corros, y todo eso su perversa novia no lo comprendía para nada; estaba sentada, enfurruñada en un rincón, arrugaba el mantel, perdía sus pétalos.

¡Ah, estas canciones! ¡Ah, estos bailes! ¿Sirven para enmascarar los abismos de su alma o para desnudarlos aún más? Seguramente son unos abismos sulfurosos, que dejan escapar malvadas langostas para que perforen el corazón con sus dardos y después se llenen de sangre: Darialski luchaba con unas profundidades oscuras, como Hércules con la hidra, y lo adornaba con un discurso preñado de la magia y la miel de palabras escogidas que la gente no comprendía, gente como Katia, quien en ese momento estaba afilada como una espina de rosa. ¿No será que él ha adquirido un aspecto que ella, pobre criatura, no puede soportar?

¿Quién es Darialski?

En sus palabras, risas, maneras, fanfarronería, en todo, salvo en el fuego que refulge en sus ojos, o en el hielo que perfora la nuca, mi héroe no recordaba a ningún hombre sabio ni a un poeta, sino a un joven corriente. Por eso se había forjado una verdad extraña o, mejor dicho, la sufría; y mejor aún, era su vida quien le había creado; era absurda en el grado más alto, altamente increíble; consistía en lo siguiente: había soñado que en las profundidades de su país palpitaba aún una página del pasado aún no vivida por el pueblo: la antigua Grecia.

Veía una luz nueva, una luz también en la culminación de los ritos de la iglesia greco-rusa. En la ortodoxia, y precisamente en los conceptos más atrasados del campesino ortodoxo (es decir, pagano, en su opinión) veía una nueva antorcha de la Grecia que se avecinaba…

Pero, si he de ser sincero con ustedes, entonces, al parecer, ni los guiños intercambiados con los sencillos popes de aldea, ni la camisa rojo sangre, aunque vistosa, aunque de seda, ni las visitas asiduas a las tabernas de la ciudad por las noches, y sabe Dios qué otros lugares, y la bebida, siempre con la inevitable compañía de Teócrito, ni en lo más mínimo embellecían la apariencia exterior de mi héroe; empezando por el crujido de las botas enlustradas, además del uso de palabras groseras vulgares y acabando por el descubrimiento de una clara tendencia a reflexionar, a veces en serio y con sensatez, todo contribuía a que la gente se apartara de Darialski cada vez más, todo el entorno se apartaba de él, se alejaba; para muchos, Darialski era una mezcla de olores de vodka malo, almizcle y sangre… unidos al suave perfume de un lirio; por su parte, a Darialski esas gentes le parecían trapos buenos para nada.

—¡Menudo granuja! —dijo una vez de él una dama ahogada en un mar de encajes, dispuesta a hacer lo que fuera con quien fuese a cualquier hora del día o de la noche. Empecemos por su manera de hablar: las palabras de Darialski en sociedad sonaban a los oídos con afectación, como inútiles, pero principalmente como una afectación desprovista de inteligencia, pero era sobre todo la sonrisa de mi héroe la que sacaba de sus casillas a la gente —aún más que los esfuerzos para extirpar lo ingenuo de él—, porque ésta coexistía con una ingenuidad inconcebible ante el menor deseo de escuchar una opinión, con sordera y ceguera respecto a todo lo que se pueda imaginar de este mundo; Darialski se estremecía de disgusto como se estremecían los demás ante su conducta. El resultado era que él era el único espectador del personaje que había creado: ¿para quién más podría haber fingido?

Pero, Dios es testigo, Darialski no interpretaba: pensaba que trabajaba en sí mismo; que dentro de él se libraba una lucha encarnizada entre una circunspección demasiado

grande debido a la debilidad y una anticipación de lo que sería una vida aún no encontrada; libraba una lucha entre la vieja imagen de la bestia y lo que había de sano, de nuevo, de parecido a la bestia, pero ya humano; y sabía que después de haber escogido este camino, esta lucha, no podría volver atrás, por lo que, en consecuencia, en esta lucha por la forma futura de la vida todo le estaba permitido, todo, y no había nada por encima de él, nadie, nunca: tenía miedo y estaba alegre a la vez; en la oscilación de esos sentimientos, que se adelantaban a los de sus contemporáneos en varias generaciones, estaba tan indefenso como ellos y a veces era infinitamente más fuerte; en él lo decrépito de la herencia ya estaba corrompido; pero, mientras se descomponía, la corrupción no había dado aún buena tierra; además, las débiles semillas del futuro, demasiado tiernas, se habían helado; por eso se había adherido con tanta fuerza a la tierra, al pueblo, con tanta fuerza se había adherido a las oraciones del pueblo por la tierra; pero se consideraba a sí mismo como el futuro del pueblo: había lanzado una llamada secreta al estercolero, al caos, al horror de la vida del pueblo, y este llamamiento se había alejado como un lobo hacia la espesura del bosque del pueblo: la espesura le había devuelto la llamada.

Aún esperaba, aún avanzaba lentamente; pero ya sentía cómo la tierra sucia, suave, se enganchaba a él y le seguía: sabía que en el pueblo habían nacido nuevas almas, que los frutos estaban maduros y había llegado la hora de sacudir la higuera; allí, en la espesura, a lo lejos y, a pesar de todo, bajo sus ojos, Rusia reunía sus fuerzas para estallar en rugido de truenos.

Tomando posesión del alma de Darialski, la lucha convocó de las profundidades telúricas del alma una hueste de fuerzas ocultas para que el ojo malvado, el ojo que odiaba a Rusia, no lo alcanzase; igual que hacemos una fortaleza con todo lo que es sagrado, él también había alzado en su alma una fortaleza espiritual: el edificio de su extraño destino: pero el edificio tenía andamios, y ¿quién podía comprender el proyecto fascinante de esa construcción hecha con su carne y su sangre? Se veían montones de ruinas y, tirados con descuido por cualquier lugar, azulejos de la magnífica Bizancio; se veían fragmentos de estatuas griegas, arrojadas sin cuidado en el polvo de la patria; pero el enemigo secreto no dormía: había penetrado en el corazón del pueblo y desde allí, desde el corazón del pobre pueblo, amenazaba al de Darialski; por eso, en su acercamiento al pueblo, Darialski se defendía de él con el amor, y Katia se había convertido en ese amor, un amor que le daba su bendición para combatir. Un presentimiento inexplicable le decía que, bueno, si se enamoraba de una campesina, estaría perdido; entonces el enemigo secreto se lo llevaría; y se preparaba para recibir, lanzada desde la oscuridad, una flecha enemiga, una flecha venida del pueblo: y se defendía como podía.

La sensibilidad de Katia comprendía a Darialski; había adivinado ardientemente en él con su corazón infantil y profético algo grande e inexplicable… y toda ella se pegó a su pecho para protegerlo de los golpes: que el golpe era inevitable, Darialski lo sabía; presentía confusamente que también Katia caería con él.

Sus versos sonaban con una belleza salvaje, conjuraban las tinieblas con un hechizo incomprensible, en el asalto de la tormenta, de la lucha, del entusiasmo. Y para dominar esta tormenta, esta lucha, este entusiasmo, los sometía a su fanfarronería, luego enseguida superaba esta fanfarronería que eliminaba con los estudios bizantinos y el olor del almizcle: pero, oh, oh: el olor de la sangre flotaba por encima del olor del almizcle.

Y ese camino era para él el camino de Rusia. Rusia, donde se iniciaba una enorme transformación del mundo o bien su perdición, y Darialski…

Pero al diablo con él, con Darialski, que se lo trague la tierra: ahí lo tenemos delante de nosotros; no os asombréis de sus acciones: no las podremos comprender completamente… tanto da: ¡al diablo con él!

Se acercan las pasiones: las describiremos, pero no a él; escuchad, en algún lugar ya retumba el trueno.

La riña

La anciana estaba sentada en sus aposentos con las gafas puestas, junto a la ventana; tenía el ceño fruncido; inclinada sobre el bastidor, era como si lo atacara con la aguja hilvanada con un hilo de seda carmesí; bordaba una corona de hojas verdes; y en ese momento acababa de bordar una cereza sobre la verde corona; al otro lado de la ventana cruzó una racha de viento; unos perros ladraban a lo lejos y se armó una algarabía; en el granero se oyeron unos gritos que se fueron acercando.

El sonido de unos pies descalzos cruzó corriendo el corredor a oscuras; el sonido de los pies descalzos se oyó aún mucho rato, a la algarabía que se acercaba respondieron un ruido de pasos y unos susurros desde la cocina; se abrió una hoja de la pesada puerta, el sonido de los pies descalzos a veces se oía allí, a veces se oía correr por el pasillo; de vez en cuando un rostro de mujer asomaba desde la cocina para mirar; «ñic, ñic, ñic», chirriaba la puerta abierta, luego… «bum»… chocaba la hoja pesada; pero la algarabía, los chillidos, los ladridos y los gritos embriagados llegaban del patio: con un gruñido, un cerdo rosado cruzó el patio procedente del despacho de administración.

La anciana se puso en pie; clavó la aguja en la copa de hojas de seda y el ovillo carmesí cayó de su regazo; se quitó el dedal, tomó un frasco de agua de colonia y roció con calma los encajes; sin embargo, escuchaba con atención el ruido.

La cara asustada de Yevséich se asomó por la puerta; susurró de un modo apenas audible:

—¡Excelencia! Hay un motín de campesinos.

—¿Cómo?

—Ejem… ejem… ejem…

—¿Qué tonterías son esas?

—No lo sé… Unos canallas… Mashka, la coja, lo acaba de contar… Y todo eso, excelencia, es a causa del gobierno… Dicen que ha retenido los vales económicos, que han segado el heno de Efrem, que han deshonrado a una joven… es por eso, por lo que parece…

De pronto su voz tembló.

—Con estacas, mi ama, allí… Y… y… y me permito observar…

Los labios gruesos de la anciana se entreabrieron y mascaron temblorosamente el vacío con inquietud.

—¡Palashka! Mi mantilla.

Katia y Darialski estaban ya de pie junto a la ventana; desde allí se veía el patio, el patio era verde, grande, bordeado por los pabellones de servicio; los pabellones formaban un cuadrado: allí había cuadras de tablas de madera con un tejado de lata roja, y una vieja heladera cubierta de paja y roída por la humedad, con los cimientos encalados, y también la isba que servía de baño que se hundía en el cañamar, donde todo el día se oía un alegre «chi-chi-chi», y la heladera nueva, y un corral a medio construir, y una choza blanca de barro que no se sabe para qué servía; se habían proyectado allí unos graneros parecidos a gruesas ancianas, dormitaban los graneros distendidos por el grano y sostenidos por unas estacas; estaban bajo la sombra de un arce y un rosal silvestre; había también allí un orgulloso batallón de malvas rojas; allí escarbaban las gallinas, y también estaba allí el despacho del administrador; el despacho ocupaba una mitad del edificio, la otra estaba ocupada por el «vampiro» en persona, Yakov Yevstignéyev, con su gruesa esposa, que producía una criatura casi dos veces al año, y las crías rubias, los *vampiritos*, cuya frescura, juventud y sangre estaban prometidos, hablando claramente, a unas tumbas modestas, sin adornos, que se trasladaban de Gugolevo al cementerio de Tselebeyevo. Hacía cinco años que Yakov Yevstignéyev vivía aquí, adherido como una sanguijuela al pueblo: chupaba su sangre con sus labios resecos y había adquirido fama de brujo; aunque era un borracho, resultaba útil para los negocios: disponía de los bienes de los demás como si fueran propios…

Vestido con una chaqueta de piel y unas grandes botas de cazador, estaba de pie en el porche, apretando en su mano un oxidado «bulldog», con una voz estentórea cubría el rugido de las chaquetas marrones que se acercaban a él desde todos lados, y de un modo muy insolente agitaba sobre ellos la estopa de su barba desgreñada; las chaquetas le habían rodeado; las chaquetas se encaramaban a los escalones del porche; las chaquetas se empujaban para acercarse al administrador: algunos llevaban estacas: otros se limitaban a escupir en sus manos y a apretar los puños: todos gritaban.

De pronto apareció la baronesa en el porche invadido de lúpulo; el viento había despeinado sus rizos blancos con reflejos amarillentos que flotaban bajo la lluvia, ante la masa de gorros; su mano hizo un ademán imperativo; las estacas se alzaron hacia ella cuando la cuadrilla salió del despacho de administración, invadió el patio, se dirigió hacia la casa señorial: los campesinos estaban allí.

—¡Excelencia! Permítame que le diga: ¡despídame! —el *vampiro* se había separado de la manada aulladora y se había situado delante de la baronesa, bajando sus malvados ojos azules—. Un hombre de bien no puede trabajar con unos canallas como ésos: dicen que me he metido en el campo de Efrem a segar… pero yo…

—Mientes, ¡mal hombre! —un joven corpulento se acercó a él blandiendo una porra enorme y acercó hasta la misma nariz del vampiro un puño enorme, ante lo cual la nariz del vampiro se arrugó desagradablemente…

—Oh, señora, es un ladrón; debería estar en el campo, pero estaba en casa del pope: jugando a las cartas.

—Es un ladrón; es un mal hombre, ¿por qué nos roba así?

—Deshonra a las chicas: ha deshonrado a Malashka, ha deshonrado a Agashka, a mi Stepanida también la ha deshonrado —calculaba con los dedos un hombre de aspecto enfermizo y aire bondadoso con lágrimas en los ojos.

—¿De dónde has sacado la rueda de los señores?

—De allí.

—¡Cómo que de allí, de allí! Lo ves, mi buen ama, es un mal hombre, ¡marcha sobre ruedas nuevas y regresa con otras que no valen nada!

—Sí, es un estafador, nos engaña y la engaña —gritaron todos alrededor—. Es un ladrón, un cantamañanas —se alzaron las narices, los dedos hurgaban en las barbas pobladas, unos puños enormes se perfilaron en el aire, carraspearon, escupieron: de pronto el aire se llenó de su olor desagradable, pesado, nauseabundo.

—¡Quitaos las gorras, palurdos! ¿No veis a la señora? —los interrumpió el vampiro; y extrañamente, las cabezas se desnudaron con docilidad en un silencio lúgubre; mechones pelirrojos, negros, grises quedaron expuestos a la lluvia y una solitaria calva sonreía; sólo en un rincón cinco jóvenes, que mascaban pipas, se echaron a reír y no se quitaron las gorras.

—Para qué nos las vamos a quitar: ¡pronto todo será nuestro!

—Escuchadme todos, y tú, cállate, Yevstignéyev.

Los campesinos de las primeras filas estiraron las barbas para prestar atención, se preparaban para rumiar, qué y cómo; un anciano con una barba desgreñada acercó el oído por encima de los hombros; escuchaba con la boca entreabierta; y su ojo septuagenario, algo astuto, guiñaba a la baronesa; y mientras ella decía que todo se arreglaría como Dios dispusiera, un piojo blanco corrió por la mejilla del viejo; se trataba de Efrem, cuyo campo alguien había segado en «buena parte»; era el causante del motín, el rebelde y *sicialista*, ¿no es cierto? Observando su rostro atento, en el cual el pasado más remoto había dejado huella, únicamente se podía leer docilidad, nada más que bondad; alguien hipó; otro se rascaba y otro más allá iba de vecino en vecino, tapándose la boca con los dedos, y criticaba las palabras de la baronesa.

Todo el mundo escuchaba.

De pronto en el silencio más absoluto se oyeron sonar unos cascabeles: de detrás de los sauces apareció una troika con unos caballos negros; el cochero vestido con un chaleco de terciopelo sacudía las riendas, lo que hacía volar en el aire las mangas de color limón empapadas por la lluvia; cruzó bajo los sauces su gorro con plumas de pavo; y los cascabeles tintinearon con gran alegría al entrar en la finca; alguien, sentado en la troika, empezó a agitar desde lejos la gorra roja de noble, y luego hizo señales con un pañuelo.

—Bien, dejémoslo para más tarde: que se distribuya a los hombres una cuarta de vodka para cada uno —dijo la baronesa apresuradamente, mirando con desagrado desde el porche a la masa de campesinos sucios: ¿quiénes eran esos huéspedes inesperados?

—¡Le estamos muy reconocidos, excelencia! Lo arreglaremos, claro que lo arreglaremos… Ya se sabe que… —gritaron desde todos los rincones. Sólo Efrem, de cabello blanco, que se había llenado de tabaco la nariz, se rascaba la nuca con aire enfadado y refunfuñó de forma nada amistosa:

—Beber, claro que beberemos, pero mi heno… se ha perdido, y no era una parte nada pequeña…

—Hay que volver a decir que ha deshonrado a Malashka, a Agashka y a mi Stepanida, ¿y por qué? Porque sí.

Así decían los campesinos mientras se alejaban; pero sin ton ni son un campesino sucio de corta estatura saltó al porche y, señalando con un dedo, amenazó sonriente:

—Piense en lo siguiente, si, digamos, nosotros estamos bien, usted estará también bien; porque usted es nuestra y nosotros de usted, suyos… Así que déme una docena de troncos de bambú delgados para la cerca…

—Bien, bien, baja…

La troika, que parecía un arbusto negro, grande, florido con cascabeles surgió impetuosamente del cañamar, atravesó el patio y se detuvo junto al porche.

—Estoy tan alegrrre, tan alegrrre, querrría venirrr hace mucho —gritó el general Chizhikov, saltando de la troika.

El general Chizhikov

Hace ya cinco años y medio que apareció por estos parajes el general Chizhikov; apareció con estruendo, con redoble de tambores de guerra, rodeado de chismes; un escándalo triunfal desfilaba tras sus talones: pero en el curso de cinco años el general Chizhikov, si se me permite decir, había pasado a través de todos los escándalos, rodeado de dinero, vino, mujeres y fama.

Se decía que el general Chizhikov vivía con un pasaporte falso; al menos una cosa era segura: el general Chizhikov era, evidentemente, un general, y además del grado más alto; era Chizhikov, no había más que decir. Que ese personaje agradable tuviera efectivamente el noble título de general y fuera titular de la cinta roja, lo confirmaban las personas que vivían habitualmente en la capital, San Petersburgo; las familias aristocráticas, los dignatarios recibían en sus casas a Chizhikov, quien, aparte de los señores generales y los hijos de los príncipes, frecuentaba lugares de buen tono donde incluso los señores generales se ponen firmes sin el menor *chic* y donde sólo Su Altísima Excelencia el señor ministro puede permitirse bromear. Éste había sido durante un tiempo el círculo de visitas del general Chizhikov, pero luego dejó de frecuentarlo: se volvió radical a más no poder y casi estuvo a punto de ir a predicar el terror rojo a provincias; se dice que el departamento de seguridad del Ministerio del Interior se sintió muy afectado; fixera como fuese, el general Chizhikov apareció en estos lugares, daba vueltas por el distrito: del terrateniente al comerciante, del comerciante al pope, del pope al médico, del médico al estudiante, del estudiante al sargento de policía… etcétera, etcétera.

Pero no les quepa duda que es el auténtico Chizhikov: por otro lado, es en el departamento de policía donde se determina quién es verdadero y quién es falso. La modestia es la única razón de que bajo ese apellido plebeyo se esconda un conde de alto linaje: sí, sí, en realidad ¡era el conde Tararí-Tarará-Trompetov! Y Tararí-Tarará-Trompetov, ese viejo gastado, asomaba su nariz bajo este canalla. Cuando venía a visitaros no era Chizhikov ni media hora; enseguida os desafiaba, te desafiaba el aristócrata; vuelve el ambiente sofocante con tanto aristocratismo: aprovechará cualquier motivo para mostrar su sangre azul: saca el pañuelo, se lo lleva a la nariz y el aire se llena de «Coeur de Jeannette», o incluso del parisino «Fleur-qui-meurt». Hacía una demostración de un canalla «sans façon», que el diablo se lo lleve, aunque con su manera de hablar (el general no sabía pronunciar ni la r ni la l) sus maneras de gran señor brillaban en otras cosas; todos los «merrrci madame» flotan en el aire… un verdadero regalo es ese hombre, de verdad os lo

digo: no es un general, es un amor, una crema de vainilla (no le tengan en cuenta que ya pasa de los cincuenta, que ha perdido los dientes, que las patillas tienen un color repugnante, como de esputos). Es conde con un conde, escritor con un escritor; en la taberna se emborracha e incluso chupa la cola de un arenque; nada indica que el general ha pasado cinco años sin dar golpe, predicando el terror rojo, viviendo de la limosna de los ricos de Lijov. ¿Qué se deduce de todo esto? ¡Absolutamente nada! «¡Incógnito!». ¡Ja, ja, ja! Hay que hacer algo; el general hace de comisionista para los comerciantes en pago del regimiento de botellas de champán que se bebe. ¡Fruncen el ceño! Pero sepan que un poco de barro no puede ensuciar la sangre azul de un Tararí-Tarará-Trompetov.

El general estaba sometido a todas la debilidades: un comportamiento de lo más desenvuelto con el dinero, situaciones desagradables con hermosas damas enamoradas, coqueterías con colegialas, una historia escabrosa con una preciosa camarera, pero se le perdonaba todo porque, ¿quién está libre de culpa? Todos sabían que tenía las manos huecas y era un mujeriego. ¡En cuanto a las palabras del general ya no sorprendían a nadie! Por tres veces el general había tenido la intención de librar el distrito a sangre y fuego; pero por el momento había cedido. ¡De qué sirve hablar! Los campesinos también conocían al general. No en vano se había hecho circular el rumor entre el pueblo: el general blanco Mijailo Dmítrich no estaba muerto y vivía escondido en nuestro distrito bajo el aspecto del bandolero Churkino. Solo unos empleados del ferrocarril habían metido la pata: decían que el departamento de Seguridad animaba la actividad del bravo general del Estado mayor, y contaban historia tras historia: no se trataba ni de Skobelev, ni del bandolero Churkino, ni siquiera del conde Tararí-Tarará-Trompetov, sino simplemente de Matvéi Chizhov, agente de la sección tercera.

Los invitados

—Porrr todo e' distrrrito hay desórrrdenes agrrrarrrios: ¿está todo bien en su casa? —se informó el general Chizhikov, besando la gruesa mano de la baronesa; sus patillas desprendían la suave fragancia de los nardos con que se acababa de perfumar en la troika…—. 'Uka Si'ich y yo hemos venido a visitarrrr a 'a señorrra barrronesa por negocios —prosiguió el embaucador, haciendo un gesto socarrón con su gorra roja en dirección a la troika; un hombre alto, delgado, demacrado, con una pequeña barba gris, salió de la troika con dignidad y en silencio; levantaba por encima de su cabeza de cabello gris corto en la frente y en la nuca una gorra humilde; se trataba del millonario Yeropeguin; entonces la baronesa comprendió que la troika, el caballo, el cochero y los arneses no eran de Chizhikov (éste no poseía nada parecido), sino de Yeropeguin.

La baronesa devoraba al comerciante con una mirada que sabe Dios qué quería decir, y sabe Dios que esa mirada involuntaria escondía una pregunta; involuntariamente la irritación y el miedo recorrieron su cara; incluso llegó a abrigar un pensamiento negativo: «Qué demacrado está, qué demacrado: parece un esqueleto vivo…». Yeropeguin la observaba tímidamente a través de las gafas, y sus ojos no expresaban nada absolutamente; reflejaban una dignidad severa; sin embargo, se sentía que esta dignidad severa era siempre y en todas partes consciente de su fuerza: sí, sí, sí… había llegado el momento

esperado, cuando a pesar de su sangre azul, noble, la baronesa debía ceder ante la obstinación de Yeropeguin. «Inclínate, inclínate —pensaba—, arrodíllate a mis pies: si quisiera te dejaría con la mitad de tu baronía». Pero estos pensamientos no se reflejaron de ninguna manera cuando aplicó sus labios moribundos contra la manita regordeta de la anciana; blanca como la muerte, con el rostro blanco por los polvos y los ungüentos, los cabellos blancos por el tiempo, y la manta abrigo de piel blanca, todo le recordaba un fantasma.

En algún lugar sonó una gama de sonidos sollozantes: era porque en el interior de la casa Katia estaba sentada al piano; los sonidos lanzaban un minué en una sucesión de instantes fugaces; y el tiempo se llenó de sonido; y parecía que no había nada más que sonido en el mundo; y surgieron allí los acordes de los años vividos por la anciana, riachuelos de oro, ríos de leche y una jauría de hombres ávidos, canallas y ansiosos de caricias; y entre ellos, precisamente, este comerciante pervertido; pero en aquella época, unas espuelas de húsar lo apartaron de ella.

Y ahora volvía a estar delante de ella con un pensamiento profundamente escondido: «Ha llegado la hora de mi venganza total: me vengaré porque hace tiempo que has enturbiado mis sueños, cuando yo, joven comerciante, me enamoré de tus encantos ya decrépitos; ¿y tú…? Tú llegabas de París o Londres para burlarte de mí, para torturar mi juventud».

Estos pensamientos ocuparon un instante, habiendo adquirido alas gracias a los sonidos; le hizo una nueva reverencia; ella le invitó a entrar con un gesto lleno de grandeza.

Pero el legendario general ya hacía piruetas en el vestíbulo y allí había arrojado despreciativamente en brazos de Yevséich —eh, eh— la sámara desaliñada, bajo la cual los nardos exhalaban su fragancia; apareció vestido con una chaqueta a cuadros, de color amarillo y conservando en la mano izquierda un guante de color aún más amarillo, y el general, sacando pecho orgullosamente, entró en la sala e inmediatamente se puso a buscar la escupidera; cuando por fin la encontró, escupió. Así tuvo lugar en esta casa la primera empresa señalada de este magnífico personaje.

Darialski recibió al general.

—Chizhikov, consejero de Estado actual.

Se estrecharon las manos.

—¡A-a-ahh, joven! ¿Qué hace u-u-usted a-a-a-quí? Prrropongo rrreso'ver a cuestión agrrrarria… puff (es que había escupido en el rincón); nosotros, que llevamos e' terrror rrrojo, comprrrendemos perrrfectamente bien, que e' gobierrrno debe introducirrr un impuesto progrrrresivo para permanecer en e' poder, pero demuestre a 'os agrrrarios que una medida semejante… —al ver que la baronesa entraba en la sala, el incógnito de nacimiento se calmó, interrumpió sus discursos rojo sangre y murmuró por debajo de la nariz, guiñándole un ojo a Darialski—: Ta-ra-ra… Ta-ra-ra… Tengo para usted unos maravillosos cachorros de Terranova: son de la perra de un amigo —explotó el general como una bomba— o-a-ah, o-a-ah… han nacido… o-aah, o-a-ah… en el tribunal del distrito… (el general soltó unos sonidos de entusiasmo, algo a medio camino entre la o y la a).

—Se lo agradezco, general —dijo entre dientes la anciana con sequedad, aunque amablemente, pero en sus ojos comenzaban a bullir una desconfianza y un temor turbios; amablemente le indicó un sillón al general; y el general tomó asiento inmediatamente y se puso a beber la bebida espumosa a base de grosella que, por una antigua costumbre de la

época veraniega, servía a todos los invitados Yevséich, a pesar del tiempo lluvioso y algo fresco.

Yeropeguin, a quien, como por distracción, la baronesa no había invitado a sentarse, cambiaba el peso de un pie a otro conservando una postura muy incómoda, y sus dedos secos corrían frenéticamente por el borde largo de su levita negra; finalmente, sin esperar una invitación, él mismo se acercó un sillón y se sentó tranquilamente, sin pronunciar ni una palabra.

Todos guardaban silencio; en algún lugar retumbaba una ola de sonidos cansados de sollozar: era como si alguien corriera rápidamente de abajo arriba; era la carrera del tiempo que pisaba una vida, y el molinero se estremeció; la vida de Yeropeguin estaba muy llena: tenía a todo el distrito en un puño; si cierra el puño, los huesos de los nobles se romperán: así eran los días de su vida. ¿Y las noches? Las noches vuelan… y por las noches blanquea su hermosa cabeza de imagen santa… vino, fruta, cuerpos femeninos de todo tipo —todo vuela, del mismo modo que vuelan los sonidos—, ¿y adónde van? También se irá él, Yeropeguin, irá a su vacío con la vida llena; y a sus lindas cantantes se les caerán los dientes y la piel se les arrugará como a esta anciana.

Estaban ahí sentados y se observaban: el anciano miraba a la anciana; parecían los cadáveres calcinados de sus respectivas vidas; una ya se hundía en las tinieblas; el otro veía cumplirse ahora el sueño de muchos años; pero sus almas estaban igualmente alejadas.

«Es hora de empezar» —pensó Yeropeguin, y en silencio entregó a la anciana un sobre sellado, disfrutaba al ver cómo su mano temblorosa rasgaba el sobre febrilmente; la anciana, después de colocarse las gafas, fue hacia la mesa escritorio golpeando el suelo con el bastón. Mientras los papeles caían del sobre a la mesa, Luka Silich, pellizcándose la barba, examinaba fríamente las figuras de porcelana, colocadas en una estantería por la mano cuidadosa de Katia; dos estatuillas de tanagra, por lo visto, atraían su atención; mentalmente les adjudicó un precio.

Todo este tiempo el general Chizhikov, que no podía permanecer sentado en el mismo lugar, tenía arrinconado a Darialski al otro lado de la habitación; con los labios hinchados, manoseaba un colgante sobre su tripa y continuaba extendiéndose en su discurso:

—Joven, en e' distrrrito ha aparrrecido una secta rrrarrra, rrrarrra… as pa'omas, han aparecido as pa'omas —alzaba un dedo indicativo y las cejas enarcadas del general expresaban una comicidad condescendiente—, 'a secta de las pa'omas: e' comisarrrio de po'icía me ha dicho que es una secta mística y rrrevo'ucionaria, todo junto. Bah, bah, bah, ¿qué me dice, amigo?

—¿De qué secta me habla? —le preguntó al cabo de un minuto Darialski, cuyos pensamientos estaban en otro lado: observaba con indiferencia por encima del hombro del general la aparición de Yevséich, que cruzaba la puerta con una bandeja en las manos; pero viendo que nadie, salvo el general, tocaba la bebida espumosa, desapareció.

—Tenga, en confidencia —el general sacó un papel, en el cual había impresa una cruz—, perrrmítanme que 'ea esta prrroc'amación… —y el general empezó a leer:

«Herrrmanos, 'as pa'abrrras de as Escrrrituras se han cump'ido porque que 'os tiempos se acerrrcan: 'a bestia de' Anticrrristo ha dejado su sello sobrrre 'a tierrra de Dios; haz e signo de 'a crrruz, pueb'o orrrtodoxo, porque 'os tiempos se acerrrcan: evanta 'a 'anza sobrrre 'os serrrvidores de Be'zebú; 'os nob'es serrrán 'os prrrimeros en ser juzgados: rrrecorrre 'a tierrra rrrusa como un fuego devastadorrrr; piensa y rrreza: e' Espírrritu

Santo está a punto de nacer: quema 'as morrradas de 'a casta de' diab'o, porque 'a tierrra es tuya, como e Espírrritu es tuyo…».

—¿Sigo leyendo? —el general Chizhikov lanzó una mirada triunfante a su alrededor, pero Darialski guardaba silencio; miraba hacia otra parte, al otro lado de la habitación, donde Yeropeguin estaba de pie junto a la baronesa como un cadáver seco, canoso; sentada ante la mesa escritorio la baronesa temblaba, refunfuñaba y abría los ojos negros aterrados debajo de unos párpados oscuros e hinchados, recorría con los dedos el montón de papeles, citaciones, recibos; escondía los papeles con su cuerpo descompuesto, y encorvada, con la espalda inclinada, ladeada, blanca, como toda ella, mecía intranquilamente la cabeza cubierta de espumosos encajes; parecía que la anciana iba a dejar caer el busto sobre esos lamentables restos de su fortuna, sobre esos valores antes preciosos al tiempo que sus ojos, aún valientes pero cansados y algo infantiles, erraban alocados sobre los muebles, las alfombras, las cortinas, y evitaban a Luka Silich.

Y al contrario: en silencio, con aspecto grave, con humildad, estaba parado delante de ella el hermoso anciano, como salido de un icono, y tiraba de su vestido de paisano; con sus dedos secos cogió un libro, sus dedos secos pasaban las hojas; sólo los cristales de sus gafas helaban a la anciana dama con su cruel fulgor… infligían una quemadura con una indiferencia completamente fingida; dejó el libro sobre la mesa, tomó el gorro con una mano cuidadosa, ajustó bien el largo faldón de su levita negra y masculló:

—B-b-bien, baronesa: según las cuentas, a primero de julio me debe pagar veinticinco mil, y por las letras de cambio que le he recomprado, me ha de pagar otros ciento cincuenta el primero de agosto. Lo lamento mucho, pero debe decir adiós a sus millones… Las acciones de la rama Metelkino, usted misma lo ve, han caído… a causa de la guerra; las acciones de los yacimientos de Varaksin, después de la quiebra del banco, tampoco valen un céntimo… Las huelgas y todo lo demás… Lo siento mucho por usted, lo lamento de veras, pero… Bien, ¿cómo vamos a proceder? Veamos, le enviaré a mi administrador a cobrar los veinticinco mil; he tenido unos gastos un poco por encima de mis posibilidades, necesito el dinero: y además, nuestro país vive una crisis económica…

Dijo todo esto en voz baja, apenas audible; y sin hacer ruido, con expresión seria, discretamente se sentó en el sillón; bajo la anciana dama chirrió el rojo cordobán del sillón; una sonrisa imperceptible en los labios secos, muertos, como pintados en un icono, de Luka Silich y el temblor de la barbita traicionaban una evidente satisfacción a la vista de la baronesa Todrabe-Graaben, quien, con los dedos clavados en los brazos del sillón, se puso de pie; refulgió la esmeralda, resonó el pomo del bastón al caer violentamente al suelo; y una sombra monstruosa surgió de la pared en un rincón de la habitación.

—¿Se ha vuelto loco, señor? Yo no tengo este dinero en efectivo…

—Mal vamos si no tiene efectivo, no vamos bien, mejor dicho, las cosas están muy mal para usted —siguió Yeropeguin siempre en un tono amable…—, necesito los veinticinco mil ahora, en cuanto al resto…

Silencio.

—Luka Silich, ¡apiádese de mí! —explotó la anciana.

Silencio.

—Y bien, ¿qué hacemos? El primero de julio enviaré a por…

No tenía el aspecto que su poder le otorgaba: pero en ese instante estaba ebrio de dignidad muerta.

—¿Quiere eso decir…?

Silencio.

Pensó: «Si se pusiera de rodillas a mis pies, se lo perdonaría todo». Pero la anciana no se arrodilló; y el amable Luka Silich permaneció inamovible.

En el otro extremo de la habitación el general Chizhikov continuaba gorjeando como un verdadero ruiseñor:

—¿Qué me dice? Siemprrrre he dicho que e' sectarrrismo grrroserrrro no es compatib'e con 'a rrrevo'ución; de hecho soy parrrtidarrrio de' prrrotestantismo, y mirrra 'o que ha engendrrrado a ig'esia orrrtodoxa: dicen que bebemos 'a sangrrre de Crrristo y comemos su carrrne: pero ¿acaso nos comemos a quien amamos? Por eso… O-ah, o-ah, e' conde To'stói… Trrra-rrra-rrrá, trrra-rrra-rrrá, 'as pa'omas, eh, ¡'as pa'omas! —y lanzó un chorro de saliva a la escupidera.

«Ahí está —pensó Darialski—, ha empezado la desintegración…». Respondía así a su propio pensamiento; el caos que se había desencadenado en su alma el día anterior se acababa de calmar, y en su interior venció el sentimiento funesto que lo había desviado de su camino —y salieron los demonios de su alma— y de nuevo volvieron a reunirse a su alrededor y adoptaron formas absurdas, pero completamente reales: en verdad, no habría nacido de esa bruma sucia que había caído sobre los alrededores esta troika, y el general en persona: la troika se habría instalado en la tiniebla, y una mano vengadora la habría lanzado a la finca. Dios sabe de qué lugares había traído la troika a esa gente: ¿no sería para que el horror secreto de los deseos lo asalte de nuevo, lo rodee en su vuelo?

Como respondiendo a su pensamiento, unos pasos resonaron en la terraza; Piotr miró por la ventana; y allí, en la ventana, había un ser absurdo con un gorro de fieltro gris que balanceaba la cabeza pequeña, como aplastada por encima, sobre un cuerpo extremadamente alargado y delgado. «Lo que faltaba» —apenas tuvo tiempo de pensar Darialski cuando el ser absurdo, al verle en la ventana, subió alegremente los peldaños de la terraza, dejando un rastro de agua que caía del impermeable a los peldaños; el ser absurdo sonreía; resultó ser un hombre joven con una nariz de búho y los pantalones arremangados; tropezó en los peldaños de la terraza, como si saltara sobre unas piernas de mosquito; sus pies tropezaron de nuevo y un hatillo de color gris cayó al suelo; había algo extremadamente triste y ridículo en la figura del recién llegado, y el general Chizhikov, colocándose sus impertinentes, lo examinó con asombro; pero, una vez superados todos los obstáculos, que no eran pocos, el joven absurdo, ligeramente sonrojado como una muchacha tímida, con un entusiasmo evidente encerró a Piotr en un húmedo abrazo, y entonces la silueta del joven absurdo formó un signo de interrogación claro y las piernas le flaquearon; pero cuál no sería el asombro del general cuando el ser absurdo pió con una voz de falsete:

—Honorable Piotr Petrróvich… Yo, es decir no yo…, y por una razón muy sencilla, he venido… a veros, por así decirlo, para admirar su situación, contra toda esperanza, la situación feliz y agradable suscitada por su deseo inquebrantable de realizar un matrimonio legal con un ser angelical…

Piotr se liberó del abrazo, se tragó el enfado e intentó cambiar el curso de los pensamientos faltos de tacto del ser absurdo:

—Bienvenido, Semión… encantado de verte… ¿De dónde vienes y adonde vas?

—Me desplazo a pie a Dondiukov, donde vive la que me ha dado la vida, y al revés: por el camino he tenido la idea de visitar a un condiscípulo, a un amigo…, a un poeta, y al mismo tiempo felicitar a este amigo a propósito del acontecimiento solemne, a felicitarle por haber encontrado la compañera de su vida… ¡y en un entorno tan cómodo! —aquí el joven, avanzando un hombro y atusándose los bigotes, llenándose de audacia, se acercó a la baronesa de un salto para presentarle sus humildes respetos. Pero Darialski lo volvió a interrumpir.

La baronesa y Yeropeguin, ocupados el uno con el otro, no parecieron prestar ninguna atención al recién llegado; pero el general Chizhikov por alguna razón ardía de interés, intuyendo un pequeño escándalo; deseaba vehementemente ser presentado, en señal de lo cual extendió dos de sus dedos al ser absurdo.

—Chujolka, Semión Andrónovich, estudiante de la Universidad Imperial de Kazán.

—Bien, bien —masculló entre dientes condescendiente el general Chizhikov—, es prrropio de a juventud entusiasmarrrse. ¿SR o SD? —observó inquisitivamente a Chujolka.

—Nada de eso —comenzó a piar el ser absurdo—, ni SR ni SD sino un anarquista místico, y por una razón muy sencilla que…

Un sueño despierto

Darialski y Chujolka permanecían de pie en el pabellón; un mosquito ocioso se golpeó contra la ventana. Chujolka observaba a Piotr, Piotr es un gigante: está de pie, tensa los músculos.

—Y bien, amigo Semión.

—Todo sigue igual, es decir, nada en particular; en fin, al contrario, pero por lo demás: estoy leyendo a Du Prel, estoy trabajando en una tesis sobre los ácidos ortobenceicos.

—¡Ah!

—Las necesidades materiales me abruman, es decir, el destino inconstante impide el desarrollo correcto de mi cáscara mental…

—Venga, deja en paz la teosofía… ¿Necesitas dinero?

—Sí, bueno, no, no —se irritó y azoró Chujollta—, a decir verdad, ejem: ¿me permites que te tutee? Sí; bueno; yo, en particular, no he venido para pedirte nada: es decir: visitar a un condiscípulo, a un poeta en el lugar de su inspiración poética. ¡Qué digo!, en el lugar de sus aventuras amorosas: ¡nada de eso! —se embrolló del todo Chujolka, dándose contra la mesa—. En este lugar de placer y en el campo de observación del pueblo ruso en un momento donde, por así decir, las tensiones de las fuerzas espirituales en lucha por la justicia, y por una razón muy sencilla que…

—¡Ejem! —interrumpió su silencio Darialski para detener a tiempo esta corriere incoherente que podía convertirse de un minuto a otro en un verdadero océano de palabras en el cual se mezclaban los nombres de descubrimientos mundiales con los nombres de todas las lumbreras mundiales; aquí la teosofía se mezclaba con la jurisprudencia, la revolución con la química; para completar semejante aberración, la química se transformaba en cabalística, Lavoisier, Mendeléyev y Crookes se explicaban con ayuda de Maimónides, y la conclusión era inevitablemente la misma: se hará justicia con el pueblo

ruso; Chujolka explicaba estos derechos en una forma tan modernista que, a partir de algunos pasajes sueltos de su discurso, se podría haber pensado que estaba hablando un decadente, al que ni el propio Mallarmé habría conocido; de hecho, Chujolka era un estudiante de quínica, cierto que era un químico que se interesaba por el ocultismo, lo que había destrozado sus pobres nervios de forma irreversible; de manera que el estudiante de Kazán aparecía como un cuerpo conductor pasivo de todas las impurezas astrales; pero ¿por qué, siendo un joven bueno y honesto, inteligente y muy trabajador, Chujolka se había dejado influir por cualquier porquería, que pasaba de él a su interlocutor? Toda suerte de embrollos surgían en su presencia, del mismo modo que de un pellizco de cenizas surgen las víboras de los faraones; de bajo origen, con voz de falsete, la cabeza pequeña y aplastada y la nariz de búho completaban el cuadro; la presencia de Chujolka pesaba, lo echaban de todas partes donde tenía la desgracia de desaparecer: en todas partes su presencia traía el vibrión del horror.

Cuando hizo entrar al estudiante en el pabellón, Darialski no pudo evitar hacer una mueca: quería pasar el día solo con su Katia; en definitiva, ¿debía explicarle la ausencia del día anterior? Pero si Darialski hizo una mueca era sobre todo porque la aparición de Chujolka en su horizonte era siempre para él un mal augurio, una especie de broma de unos enemigos invisibles: por ejemplo, un día Chujolka pilló a Darialski y lo tuvo en medio de una corriente de aire de manera que… se resfrió; en otra ocasión hizo que Darialski se equivocara en todas las fechas; la tercera vez apareció el día de la muerte de su madre; desde ese día Chujolka no se había manifestado ya más; y ahora volvía a aparecer. Darialski tenía una sensación particular, incluso visceral (una náusea y un peso en la boca del estómago), después de conversar con el estudiante de Kazán. «El diablo sabrá —pensó nuestro héroe— por qué ha regresado este Chujolka: otra vez me meterá en algún lío».

Mientras el pobre Chujolka deshacía el hatillo en su habitación, Darialski se admiraba del cuidado con que todo estaba ordenado, doblado: paquetitos envueltos con papel blanco anudados con cinta rosa, algunos libritos nuevos con cubiertas nuevas; cepillos de dientes, peines, más cepillos, todos ellos impecablemente limpios; había una única muda de ropa blanca, dos camisas de algodón y un cinturón; sin embargo, había un frasco con agua de colonia, polvos talco, una navaja de afeitar e incluso la famosa piedra de origen misterioso que utilizan los peluqueros; pero lo que más admiró a Darialski era una gran bolsa de papel de la que sobresalía una gran cebolla española.

—¿Qué tienes ahí?

—Es para mi madre: vive en una aldea carente de las abundancias de la vida material, sí: mi madre carece de comodidades, por eso le llevo como presente una cebolla española y por la sencilla razón de que… Si esta anciana dama se sintiera atraída por la cebolla, la habría aprovechado, completamente al contrario: le habría entregado esta modesta ofrenda.

—Déjalo…

Darialski salió del pabellón: Chujolka lo había enojado de veras; no podía seguir ni un minuto más en compañía de ese ser nocivo.

La lluvia había cesado: el sol volvió a brillar un instante; Gugolevo apareció delante de él, se expandió, lo encerró en un abrazo florido; Gugolevo lo contempla: Gugolevo clava en él la mirada del lago de ondas cristalinas; y el lago argentado lo mece en sus aguas azules y cantarinas; y el lago corre y corre, las olas se desplazan incesantemente hacia las orillas…

pero no las alcanzará nunca: susurra el carrizo y allí, en el lago, Gugolevo; como si todo entero, tal como es, se alzara tras los árboles y después, con una sonrisa, se perdiera, sonriente, en la contemplación del agua… y huyera hacia el agua; y ya estaba en el agua… allí, allí.

Observad: cabeza abajo, ligera, la casa baila ahora en las profundidades, sha convertido en un goteo ligero; y ahora las columnas bailan de forma extraña, como serpientes blancas, penetran la claridad del agua, pero bajo ellas —allí, allí— la cúpula está anormalmente vuelta del revés, y allí baila extrañamente la aguja clara que perfora la profundidad, y sobre la aguja, con las patas para arriba, se sostiene un pájaro; ¡para Darialski todo se ha dado la vuelta! Y contempla el pájaro; ahora sus patas se han soltado de la aguja, y a Darialski le p-ece que se ha hundido en el fondo.

—¿Adónde vas, lejos de mí, profundidad?

—¡Allí allí! Oh, Dios mío —chapotea la corriente rápida del agua sonora: eso es lo que hay en estos momentos en el alma de Darialski.

«Allí está mi alma, en el fondo: allí hace frío, mucho frío; y todo allí me resulta desconocido. A lo mejor mi alma ya no está conmigo, sino que, como este pájaro que ha alzado el vuelo de la aguja bailarina y ha desaparecido en la profundidad, ¿es posible que mi alma se haya marchado de mi cuerpo de la misma manera y se haya ido volando? Al, unas nubes se han hundido en el agua, se deslizan —la inconmensurabilidad del espacio subacuático—, pero allí está la superficie de las aguas; entonces, ¿por qué esta superficie me ha mostrado su fondo? Como mis años, que han pasado por la superficie… del mismo modo mis años no han pasado por aquí, sino allí, en el reflejo de un espejo… Escucha el balbuceo de la corriente, contempla el reflejo luminoso vacilante, más bello que la vida: las corrientes me llaman, me llaman allí y allí, allí los vencejos dan vueltas, describen círculos, cortan con las alas el aire subacuático; y mi alma es un vencejo que corta la profundidad con sus alas. ¿Adónde se aleja volando mi alma, dónde? Alza el vuelo en respuesta a una llamada; ¿cómo no iba a responder a la llamada del abismo?».

«¡Oh, oh! En definitiva, ¿adonde ha ido a parar mi alma?» —pensaba Darialski; una suave voluptuosidad, una volubilidad se derramaba por su cuerpo como un dulce canto, como la llamada lejana y dulce de mi alma.

Y comprendió que hacía tiempo que su alma se había perdido en algún lugar y que no la hallaría en Gugolevo, como no había ningún Gugoleven el fondo de las aguas espejeantes; allí había una casa, flores, pájaros, pero intenta lanzarte ahí: el lodo pantanoso te engullirá y en tu pecho una negra sanguijuela hundirá sus succionadores. ¿Dónde está su alma si no está en el cuerpo perecedero? Como un águila de hermoso plumaje que cae sobre un pájaro, lo atrapa con sus garras y alza el vuelo describiendo círculos hacia el cielo, donde no hay nada ¡salvo corrientes aéreas!, y en el cielo, en las corrientes aéreas, tiene lugar una batalla espantosa, vuela el plumón, salpica la sangre, del mismo modo que, hace mucho tiempo, alguien agarró su alma, en las corrientes de aire, y pasaron los días volando, y brotaron algunos destellos, los destellos de sus ideas sugeridas por otro… alguien cayó sobre su alma en ese momento fatídico, cuando ella, el alma, ejecutaba su vuelo lejos de su imagen terrenal; hacía tiempo que su imagen terrenal observaba con recelo a su alrededor, paseaba su vista sobre los hombres, los rincones vacíos, las flores, los arbustos… ¿qué podía ver en los arbustos salvo el gorjeo de un pájaro? Pero la lucha continuaba: así la madre de una criatura robada por un águila se retuerce las manos, las tiende hacia el cielo, mira hacia el

cielo… pero ya no hay nadie en el cielo: ni el águila ni el chiquillo; lejos, muy lejos están el águila y el chiquillo que ha perdido para siempre.

Pero él está aquí: Gugolevo le miraba desde el fondo del agua… pero, díganme: ¿seguro que se trata de Gugolevo? Por el agua corrían unas cabritillas livianas, nada más: sólo unas burbujas blancas, como si alguien hubiera pasado por el agua una hilera de abalorios, no hay más que el antiguo susurro del carrizo y puede que alguien más: su mano surge del agua, extendida con fuerza, una mano de anciano.

Darialski despertó con un peso en la cabeza, se esforzaba en vano por recordar lo que le había preocupado en el sueño; pero no recordaba nada. Gugolevo volvió a surgir delante de él, se extendió y lo encerró en un abrazo florido: ahora Gugolevo clavaba en él la mirada del lago de ondas cristalinas. Y una dulce canción se elevaba en su alma. Dulcemente, saliendo de entre las cañas, un rosado rostro infantil se inclina sobre él y le sonríe, se inclina y levanta una mano con una florecita rosada… ah: desde detrás de su espalda cayó una adelfilla sobre la superficie del estanque. Piotr se dio la vuelta.

Katia estaba de pie delante de él: inclinaba su pequeño rostro pálido coronado de adelfillas rosadas; le observaba de reojo; era como si hubiera llegado allí por azar y se hubiera encontrado con Piotr cerca del agua; guardaba silencio.

Indestructible

—¡Pobre Katia, pobre prometida mía! Tu Piotr es indigno de ti; piensa en ello, piensa en el destino que te espera.

Pero Katia no le escucha; qué aspecto tan poderoso tiene Piotr, qué pecho tan rojo, como si la púrpura se agitara al viento frío y las ramas de las ortigas le azotaran el pecho; qué bigotes los de Piotr, qué cabellera, como si la ceniza ardiente se arremolinara sobre esta cabeza, donde los ojos refulgían con un fuego verde… ¡como brasas que consumen su alma!

—Pobrecita mía, qué marido has escogido, ¿vas a abandonar la vida de joven para encontrar tu satisfacción y felicidad? Mi mano pesada y grosera va a abatirse sobre tu vida de mujer…

Oh, cómo susurran los árboles, se agita la falda azul de Katia, despeina el viento su cabellera; cómo silba la hierba húmeda, cómo ondula a su alrededor: las ramas, las ramitas, las copas empiezan a mecerse, y las adelfillas de color rosa intenso se han dispersado, impetuosas, como el alma joven de Katia: cantaba una canción, comenzaba el sermón, había ruido por todas partes… Pero ahí está él, la dulce flor de su alma joven; en la lejanía, el viento silbaba en las cornamusas, resonaba el redoble de tambores y un roble centenario, como un profeta, tendía la mano desde su montículo a la gente del bosque.

Allí está él, la flor de su joven alma; ah, cómo se tiende toda ella hacia él… le gustaría ceñirle en sus brazos y dormir sobre su pecho, pero una ortiga late en ese pecho; le picará la mejilla; le destrozará la vida.

Y Katia colocó la cabeza delicadamente sobre el pecho ardiente de Piotr, y sus rizos se fundieron con los rizos de él… los rizos se fundieron en una columna que se enroscaba en el viento como una llama roja: ¿qué hoguera se ha encendido en este lugar? Sus labios ávidos

se abrieron con avidez; unos brazos de acero se extendieron impetuosamente rompiendo el talle delicado, la lava incandescente de su aliento penetró en el pecho de ella; los labios de él se unieron a los de ella en un largo, prolongado y húmedo aliento; su falda azul, azul como su cielo, se mezclaba con el rojo de su ropa como el alba: y sobre el alba de estas dos vidas, ahora fundidas, había una ceniza aérea, una nube de desencanto; alrededor bailaban los pétalos rosados de las adelfillas.

—Basta, Piotr, ¡cálmate! —la prometida Katia forcejea entre sus brazos—, Piotr, nos pueden ver…

Pero Piotr no sabía dónde estaba; zambulló su mirada en sus ojos semicerrados; ahora sus labios beben estos ojos húmedos, y las oscuras pestañas de Katia le hacen cosquillas en los labios: echa la cabeza hacia atrás y con la mirada se bebe la otra mirada; no, no es la mirada lo que bebe: es el aliento de su alma, que ha descendido sobre él como una pequeña paloma; la pequeña paloma se ha puesto a batir las alas dentro de su pecho vacío, sí, vacío: toc-toc-toc.

—Piotr, basta: ¡con qué fuerza late tu corazón!

Llegó la pequeña paloma volando, le rozó con las alas, un ala le presiona la garganta, la ahoga, y la paloma picotea las lágrimas de Katia, que son como granos helados surgidos del fondo del alma: es una paloma ávida; se lo comerá todo y devastará esta alma que no le pertenece: entonces se escapará de esta alma y saldrá volando hacia el cielo. Ahora sus ojos se funden en esos ojos, los ojos azul oscuro, y el brazo de acero puede muy bien romper los brazos delicados; las miradas ebrias se abren a las miradas ebrias; las almas se reencuentran y alzan el vuelo, pero ¿adonde?

—Piotr, basta: ¡tienes palpitaciones!

Ella se apartó de él púdicamente; un rayo de sol se asomó y le golpeó en el rostro: en sus ojos había las plumas de un pavo real, y sobre ella corría un tul de brillantes rayos de sol; pero el sol se ocultó.

—Escucha, Piotr —la joven estúpida se sonrojó—, es cierto que los hombres… que un hombre —se sonrojó intensamente, tanto que incluso se cubrió la cara con las manos—, que a los hombres les gustan las mujeres desconocidas… así, sencillamente: ¡y ni siquiera las aman!

—Es cierto, hermosa mía: ¡hay hombres así!

—¿Y entonces, besan como me acabas de besar? —y Katia piensa que los hombres tienen unas mejillas que rascan; y su rostro arde del roce con estas mejillas rasposas.

—¿Me amas, Piotr?

—¡Cómo podría no amarte, hermosa mía!

—Es decir, ¿soy la primera en tu vida?

«¡Sí!», estuvo a punto de decir Piotr, pero se quedó callado, y Katia lo mira asustada, rodeando con los brazos su pecho, y su pequeña boca ahora color de frambuesa se entreabrió… «¡Sí!», estuvo a punto de decir, pero recordó la tontería del día anterior, y se quedó callado: recordó a esa *otra* que nunca había encontrado, y que tampoco había encontrado en Katia. Ama a Katia, pero Katia no es esa alba: además no encontrará esa alba en una imagen femenina.

—¿Y bien, qué? —Katia le devoraba con la mirada, y los dedos involuntariamente rompían el plumaje de color rosa intenso de una flor; y él, él se enfurruñó, y de nuevo frunció las cejas, y las brasas verdes de sus ojos lanzaban rayos delante de él, al prado: se

«la» puede encontrar; pero su rostro desfigurará la tierra; de pronto delante de él surgió la imagen de la mujer del día anterior: *ésa*, por supuesto, podría muy bien ser su *alba*; así, ardiendo con una llama subterránea, estaba de pie, con los brazos cruzados, y dijo:

—¡Escúchame, mi dulce Katia! Si no me aceptas tal como me puso en el mundo mi madre, me alejaré de ti, y lejos de ti caeré bajo, porque por mis venas corre la pasión, el fuego y la sangre me envenena. Katia, amada mía, ¿con quién te vas a casar? ¡Si tú lo supieras…!

—¡Sí que lo sé! —un gemido bajo pasó cerca de él; Katia lo comprendía todo: sí, era como todos; y al igual que los demás, había tenido relaciones vergonzosas con otra mujer antes de conocerla a ella; allí, de pie, sonrojado entre las flores delicadas, el apóstol que enturbia su calma; y algo bestial se desprende de su mirada. El ruido les rodea: grupos de árboles —álamos, robles, olmos— entraban en efervescencia alternativamente; y en la lejanía el ruido era incesante, se dirige al pasado pidiéndole «perdón». Era como si unos apóstoles rojos pronunciarán un sermón sobre lo que aún no existe, pero que pronto llegará; cerca de ellos, los árboles se detenían, esperaban que se acercara a ellos una canción alada, una canción que aún nadie había cantado: era la canción de su alma la que se cantaba, y comenzaba un terrible sermón para llevarse lejos, más lejos hasta las aldeas, las chozas y los senderos trazados por las fieras todo el ímpetu del alma de Katia en un ademán; y las bestias salvajes respondían; puede que allí, en el sendero trazado por las fieras, un perro asilvestrado la asaltara, con las orejas echadas hacia atrás, levantando el hocico hacia el cielo y repitiendo el impulso; y tal vez tenía ojos humanos; y el perro con sus ojos humanos observaba ahora al paseante; se santiguaba y azuzaba más el caballo que iba al trote por el barro, y detrás de él en pleno día un lobo terrible corría a sus talones; ¡qué podía haber de espantoso si el lobo era su Piotr!

Piotr está de pie sin hablar y la mira con sus ojos, que son como carbones encendidos: pero Katia se sobrepone: en un instante ha vivido la vida tempestuosa de Piotr; con su ojo interior ha visto su caída; pero ella también ha visto el castigo que le amenazaba: a ella le parece que su cabeza emite una llama invisible que le quema el cerebro; pero ella no sabía que esta llama infernal era la que le esperaba el día de mañana. Lo vio y lo perdonó todo.

—Te acepto tal como eres…

Piotr cayó de rodillas sobre la hierba mojada, sobre las ortigas, y ella besó con tristeza su frente ardiente.

Y se levantó del suelo, ceñido por la fuerza de su amor, para la batalla futura.

¡Monstruos!

Palashka, la lavandera de la señora, lavaba ropa blanca en el estanque; era suave, blanca, gruesa, de mejillas sonrosadas; coloreaban sus mejillas unas pecas amarillas, y las gruesas piernas blancas sumergidas a medias en el agua estaban desnudas hasta las rodillas blancas; los hermosos cabellos flotaban al viento.

Cuando el sol se asomó, unos pequeños rayos de sol empezaron a correr por su cuerpo: por sus brazos desnudos y por las piernas desnudas, y por la falda de color rosa; envuelta por las ramas delgadas, finas, bañada en luz y colores… ¡estaba radiante! El general

Chizhikov se puso a dar vueltas alrededor de ella: «Vaya con el viejo», pensó Palashka y se echó a reír.

El general Chizhikov no se pudo contener: surgió de entre las flores, de entre las ramas y se abalanzó sobre ella: «Mi pequeña rrrosa, mi pequeña f'orrr, bésame»… y extendiendo las manos, el conde Tararí-Tarará-Trompetov se puso a acariciar los senos blancos de Palashka y metió las manos debajo de su camisa; se pusieron a jadear y a luchar hasta el momento en que Palashka consiguió separarse del general y, furiosa y enseñando los dientes, le golpeó en la cara con la ropa mojada: «¡Deja de molestarme! Ahora verás, ¡me quejaré a la señora!».

Pero el general Chizhikov, secándose con un pañuelo, le envió un beso: «Qué suave eres… ¿no quieres un besito?».

En ese momento tropezó con Chujolka, quien se había hartado de estar en el pabellón; al ver la cebolla española que sobresalía de su bolsillo, el general Chizhikov se olvidó inmediatamente del incidente desagradable para él.

—¿Qué es esto? ¿Una ceboya, tiene una ceboya epaño'a? ¡Qué prrrreciosidad! Eh, ¿no serrrá una bomba?… ¡Venga, déme esa ceboya! —y cogió la cebolla del bolsillo del estudiante de Kazán.

—El gran químico Lavoisier hacía experimentos; el matraz estalló y un pedazo de ojo se le metió en el cristal, mejor dicho, al revés: un pedazo de cristal se le metió en el ojo —intentó bromear Chujolka.

El general se asustó, hundió apresuradamente la cebolla de Chujolka en el bolsillo de éste y se batió en retirada a toda prisa.

—Sospechoso, muy sospechoso —susurró, y sacó una libreta de notas.

Los invitados se marcharon al cabo de dos horas.

—Señorita, si viene a Lijov le ruego que nos venga a visitar; estará mejor atendida que en el hotel —le dijo Luka Silich a Katia en el momento de despedirse, contemplando con concupiscencia su rostro agraciado, seductor.

El cochero sacudió las mangas de color amarillo limón; tintinearon los cascabeles y aún se vio moverse largo rato la gorra roja del noble tras los árboles.

El general Chizhikov resopló en sus patillas perfumadas: Ah, oh Luka, viejo amigo, ¡qué muchacha! No me importaría nada… —se inclinó hacia Yeropeguin y susurró una obscenidad.

El escándalo

—Es hora de comer: ¡venga, el té, son más de las ocho! —así lo decidió Yevséich y salió de la habitación: el sonido agudo del gong ensordeció los alrededores; la anciana salió, se aclaró la garganta y, más sombría que un nubarrón, se sentó a la mesa.

Se había encerrado en su habitación tan pronto como los invitados se marcharon: pero no se había echado a llorar; una pena seca la oprimía, y la anciana había traspasado su disgusto a los que la rodeaban: ¿dónde se habían metido todos? ¿Qué se había hecho de las buenas maneras? Todo había comenzado tan pronto como ese llamémosle pope se había

instalado aquí: los retrasos, los susurros en los rincones, todo tipo de intrigas amorosas detrás de los arbustos.

Ahora estaba arruinada; la echarían de esta casa; cómo podía pagar las deudas: había pasado la época del amor, había pasado la juventud; todo, todo se hundía en el caos original; los árboles golpeaban la ventana y el caos original resonaba en sus ramas frondosas: allí, tras la ventana, se veía alejarse el mal tiempo; una nube oscura, lánguida, de cabeza blanca, se arrastraba hacia Lijov; sus cúpulas iluminadas por el sol habían desplegado sus abrigos hacia el cielo, volvían a caer sobre el bosque. La anciana se inclinó hacia el perro faldero y tristemente arrulló: «Mimí, mi perrito, sólo te tengo a ti, mi perrito tonto…».

De pronto delante de la vieja surgió un rostro absurdo, horriblemente desfigurado, con una nariz de búho que se balanceaba sobre ella, y por encima de ella parpadeaba la ranura de unos ojos malignos, lisos, dulces, y una mano se alargó y una mano le metió una cebolla española justo bajo la nariz; en este momento el perro blanco salió corriendo de debajo de la falda, feroz, e inmediatamente se volvió a esconder cuando el pie flaco de Chujolka tropezó con su rabo blanco y peludo.

—Ah, *pardon, merci*, es mi culpa; he ofendido a un ser respetable, inmortal, por así decir, una mónada bajo la edad de un can, es decir, no: bajo la forma de un can, y por una razón muy simple, que… la reencarnación de las criaturas terrestres en sus ciclos infinitos…

—¿Quién eres, joven? —estalló la anciana suspicaz, levantándose del sillón y cogiendo el bastón en la mano.

—Yo… yo… yo… —dijo confundido el ser absurdo— me llamo Chujolka…

—¿Quién has dicho que eres?

—Discúlpeme, no habiendo sido presentado, delante de usted se presenta el mejor amigo y condiscípulo de su elegido, mejor dicho, del elegido de su hija… pasaba por aquí aprovechando la clemencia del aire…

—No, ¿de dónde has salido, amigo mío? —siguió atacándole la anciana, completamente colérica.

—De… de Kazán —retrocedió Chujolka mientras seguía ofreciéndole la cebolla con un gesto suplicante.

—¡Largo de aquí, vuélvase a su Kazán! —y con un gesto imperativo le indicó la puerta.

Pero Darialski y Katia ya se habían asomado a la puerta; Katia fue la primera en darse cuenta del peligro que amenazaba a Chujolka; estaba a punto de avanzar; pero Darialski, pálido, la agarró del brazo y la obligó a retroceder; todo él hervía de cólera viendo la ofensa que se realizaba a un ser humano, pero se sobrepuso, cruzó los brazos y, respirando pesadamente, observó en silencio la escena odiosa que se desarrollaba.

Realmente, había motivos para perder los nervios: Chujolka, desconcertado, se balanceaba delante de la enfurecida baronesa, quien, finalmente, encontró una escapatoria para el desasosiego que la había agobiado todo el día, junto con la tempestad que habían desencadenado en ella las palabras de Yeropeguin; pero cuanto más agresiva se volvía la anciana, con más indefensión le sonreía Chujolka: la coordinación de los centros nerviosos se había trastornado y los movimientos automáticos de los largos brazos dominaban los movimientos del «yo» consciente… Ahora una multitud de «yos» en un torbellino interferían en la representación que se hacía de las cosas, y cuando se puso a hablar parecía que diez diablillos llorosos, interrumpiéndose entre sí, gritaran por su boca un montón de tonterías:

—Sin embargo, no obstante… aprovechándome de su hospitalidad para traer a su mesa esta cebolla, esta cebolla que ve aquí…

—¡Fuera! —no gritó, sino que explotó.

—¿Quién, yo? —hasta ese momento Chujolka no se había dado cuenta de lo terrible de su situación, y su rostro se llenó de sangre—. ¿Quién, yo…? Un hombre de bien, mejor dicho: si yo… yo… ¡la destrozaré! —estalló impotente y se echó a llorar.

Darialski se lanzó como una flecha: no pudo soportar las lágrimas de Chujolka; parecía que el enjambre de diablillos encerrados, como en una caja de Pandora, se hubieran acurrucado en esa envoltura carnal y ahora se hubieran escapado, se hubieran puesto a dar vueltas invisibles y hubieran penetrado en su pecho; sin saber qué hacía, a causa de su cólera, apartó a la anciana que se acercaba al estudiante, la agarró del brazo, le arrancó el bastón y lo tiró lejos.

—Retire esas palabras, o yo… yo… —susurró entrecortadamente.

Todos se quedaron helados: las ramas golpeaban contra la ventana, y al otro lado de las ventanas reinaba el ruido: allí en las alturas soplaba el viento; en la lejanía murmuraban incesantemente, parecía que se traspasaba cereal a chorros o en hilillos más delgados, alternativamente; aquí y allá se traspasaba el cereal. Pero era el viento.

La anciana miró a Darialski con sus grandes ojos ahora infantiles; de los labios colgantes caía un hilillo de baba…

—¿Te has atrevido, te has atrevido a…?

Maquinalmente, incluso aparentemente tranquila, como si ejecutara algo inevitable, su mano alzada aterrizó en la mejilla de Piotr: la bofetada resonó sonora en el aire; cinco dedos blancos colorearon lentamente la pálida piel de Piotr: ahora los demonios, que habían destrozado la conciencia de Chujolka, habían levantado tal revuelo al penetrar en el cuerpo de esas personas desarmadas por la cólera que parecía como si la tierra se hubiera hundido en medio de esas personas y todos se hubieran precipitado en el abismo abierto.

En el silencio absoluto que siguió chirriaron los relojes, y dong: las ocho y media.

Este sonido les devolvió la memoria de lo que acababa de suceder; el abismo se cerró de golpe, se dispersaron los demonios, las gentes se quedaron de pie cara a cara, horripilados por lo sucedido: Katia gritó; su grito alcanzó en un momento de lucidez de conciencia a Darialski: ahora se sentía ofendido; existe una matemática de los comportamientos; y como dos y dos son cuatro, debía aparentar estar ofendido, aunque comprendía que la anciana le había abofeteado a causa de su impotencia, esa pobre anciana llorosa que se había desplomado en el sillón envuelta en un horror indescriptible y que tendía su mano sin fuerzas hacia Katia…

—Mi niña querida, mi pequeña nieta, Katia, no me abandones, no abandones a esta vieja… ¡Ahh, ahh, ahh! —lloraba a lágrima viva.

Un instante de lucidez penetró en su conciencia: que ahora, a partir de ese momento, debía considerarse ofendido y se marcharía para siempre de Gugolevo, y que debería pasar la noche en Tselebeyevo; y mientras así pensaba, se sentía más ofendido y veía que su presencia aquí era imposible; dándose la vuelta y con pasos decididos se dirigió hacia la puerta; el enemigo vengativo lo había castigado: el destino lo devolvía a esos lugares de los que hacía unas horas había huido…

—Pequeña mía, mi niña —la anciana parecía haberse enternecido, deshaciéndose en lágrimas—, somos pobres… prooonto nos echarán a la caaalle… —un brillante rayo de sol

del día que desaparecía golpeó esas mejillas regordetas; y el propio sol, como brillante ave fénix, se escondía en la fina red del ramaje que se mecía, extendía su cola dorada en señal de despedida y bendecía la llegada del sueño reparador.

El regreso

Se dio la vuelta, ahora se despedía de ese lugar amado; nunca, nunca más volverían sus pies a pisar ese lugar: allí, a lo lejos, Gugolevo se mostraba bajo la luz del sol poniente; hacía poco Gugolevo aún estaba a derecha y a izquierda; se extendía por aquí y allá: aquí brillaba el reflejo de sus aguas, allá se extendían las isbas, los servicios, se oían ladridos y se alzaba hacia el cielo una columna de humo; pero ahora todo parecía que se había agrupado en un único lugar; se recogía y a lo lejos se hundía en las copas de los olmos verdes; ¡no había un lugar más agradable en el mundo!

Pero Gugolevo ya estaba muy lejos.

Gugolevo entonaba una canción que se acercaba: debía de ser que por allí pasaban habitantes de Gugolevo; iluminada, alta, como una bella guerrera de coraza resplandeciente, la vieja mansión brillaba y relucía sobre la colina entre el mar agitado de las hojas verdes; del seno de las olas emergían las columnas rosadas por el crepúsculo, como mástiles de una nave surcando el mar; sostenida por las columnas, una cúpula plateada se hinchaba como una vela: la casa se alejaba de Piotr en dirección al horizonte por el mar verde de las copas de los olmos; en esa nave se alejaba de su vida la bella princesa Katia.

Desde un pasado sin retorno, las ventanas, entre las cúpulas de los árboles que el viento hacía correr, golpeaban a Darialski directamente a los ojos con una cascada de fuego color de rubí; y las crestas de los árboles se abatían sobre Gugolevo: un pino se rompe y el impulso se transmite a los árboles vecinos; otro árbol gime airado en dirección a Gugolevo y rodea la casa una efervescencia, un canto; el viejo parque bulle y gime airado, las copas de los olmos se mueven de un lado a otro; se dirigen coléricas y airadas al crepúsculo.

Inmóvil en el crepúsculo, la hermosa casa aparece como un navío navegando por encima de las copas de los árboles; tiene una idea poderosa; desde lejos, entre las copas de los árboles que se mecen al viento, clava la mirada de sus ojos rojos directamente en el alma de Darialski: «No he dado descanso a los días de tu vida, infiel; mi pecho no te ha defendido como un escudo; como un escudo me he interpuesto entre tú y el cielo»… Así habla con Darialski la vieja casa que se alejaba de él; la flecha dorada sobre la casa se alza directamente sobre el follaje hacia el cielo pálido y transparente.

El corazón de Darialski late: le dice a Gugolevo: «Perdóname…». Y corre…

«Niña boba, ¿por qué llevas la perdición al que te ha dado su corazón…? ¿Es que no me amas…? No me amas…».

«Que Dios te acompañe…». Chujolka se acerca a su encuentro, ha rehecho su hatillo a toda prisa, alcanza a Darialski; en la penumbra del atardecer se oyen sus exclamaciones.

—Estoy terriblemente apenado por haber sido la causa de tus desventuras; no es por una intriga sino por una causa muy simple que… la cebolla española detuvo la rueda de tu fortuna…

—¡Déjame en paz! —estalló Darialski—, perdóname, Semión, déjame solo… ¡Adiós!

Chujolka, alzando el sombrero, se detiene perplejo en mitad del camino, suspira, se seca el sudor con un pañuelo: no tiene a dónde ir, literalmente, no tiene dónde meterse; quedan unas veinticinco verstas hasta Dondiukov.

Entonces se echa el hatillo al hombro y toma el camino de Dondiukov: al fin y al cabo, no puede pasar la noche en el bosque…

Un griterío de borrachos surge de los arbustos:

«¿Por quéee, niña boooba, me has dado esperanzas, por qué me has obligado a quererteeee? Segurameeente no sabíaaaas… Qué duuura es la traiiiiición…».

La camisa roja de Piotr se interpuso rápidamente en su camino.

—¡Vaya, el señor! ¿Qué hace por aquí?

—Fíjate, ¡el gorrón! —dijo otro, y escupió al suelo.

Y la cuadrilla se burló de Darialski a sus espaldas.

«Otraaa me amaaaará, pero yo sueeeeeño contigo… Créeme, mi bien amaaada, sieeempre te amaaaaré».

El viento sacudía los mantos de los árboles cercanos, que rozaban el suelo; las hojas, las ramas, las ramitas secas eran arrancadas y desaparecían en las tinieblas oscuras del oriente.

—Allí, en el oriente, hacia las tinieblas, en el desorden: Katia, Katia, ¿cómo me puedo alejar de ti?

Pero en la distancia la canción se debilitaba: «Ante la iglesia habíaaaa una carretaaaa; una booooda magníficaaaa se va a celebrar… Los invitados están alegres, se han vestido con sus mejores ropas…».

—Ahí tienes una carroza dorada delante de la iglesia —intentó burlarse Darialski, pero su corazón latía dolorosamente.

Un remolino de paja, que el viento había traído del camino, dibujaba en el aire unos arcos festivos, luego los dejaba caer sin fuerza en el camino y se volvía a poner en movimiento; entonces salió corriendo hacia un lado.

Aún se escuchaba la canción, pero no se podían distinguir las palabras. «A-a-a-e-e-e… o-o-o»… luego se alzó muy claramente en el aire húmedo una voz solitaria: «Tu prometido es feo… Han roto la vida de la joven»: finalmente se hizo el silencio detrás del boscaje…

Cae la noche; en la penumbra se oye el chirrido de unas ruedas; alguien grita al caballo: «¡Arre, arre!».

—¿De dónde vienes? —pregunta distraído Darialski en la oscuridad donde se aprietan los troncos.

—Bueno, de por allí; de ese lado —replican las tinieblas.

—¿Qué hay ahí?

—La estepa…

Las ruedas se pusieron a rechinar de nuevo; Darialski se dirige a las tinieblas azuladas.

Sosiego

Oscurecía; pero ella seguía en el balcón y contemplaba el camino por donde, media hora antes, había pasado la roja camisa de Piotr, hasta ese mismo lugar donde se había despedido del pasado amado; hacía ya tiempo que se había despedido del pasado pero ella seguía allí, seguía mirando hacia el lugar donde se había despedido del pasado; y desde allí, desde el otro lado del bosque, Tselebeyevo le hacía llegar la voz de una canción triste y el lamento de un acordeón: «La novia iba de blanco; el ramo estaba adornado con rosas… Delante del Crucifijo miraba con los ojos llenos de lágrimas…».

Katia tenía ganas de llorar; se acordaba de su amado y de su abuela, que ya se había calmado: la abuela se había hartado de llorar en su pecho y ya sin fuerzas se había quedado dormida, dulcemente, como una criatura a quien se ha regañado y se ha perdonado; Katia se lo había perdonado todo, se había olvidado de la ofensa: hacia ella misma y hacia Piotr. Se habían abrazado silenciosamente, ahora estaban sentadas juntas, la abuela adormilada y Katia callada; al día siguiente, Katia y la anciana escribirían al amigo de Piotr que vivía en Tselebeyevo para hacer las paces.

Delante de ella se extendía el estanque; el crepúsculo reposaba levemente sobre los senderos húmedos: los senderos estaban ligeramente teñidos de púrpura; el prado de hierba alta estaba someramente teñido de púrpura; la pequeñas flores de las orquídeas de dos hojas se marchitaban entre las perlas húmedas de rocío; larga y apasionadamente las flores exhalaban su magnífica fragancia; a lo lejos se alzaba un sonido afónico y tímido, un grito que recordaba algo familiar, algo que había conocido mejores tiempos; evocaba algo que había vivido y luego olvidado: era el grito ronco de la becada; el mar blanco de la niebla se deslizaba lentamente hacia los bajíos. Ahora Piotr estaba muy lejos de ella pero Katia volvería a él; y su verdadera vida comenzaría, estaba segura; y esa vida sería libre, sin trabas; ocurriría en países extranjeros, más allá de los mares… en países donde la calumnia de las gentes les perseguiría sin darles alcance; ni las calumnias ni los gruñidos de la anciana les alcanzarían; y llegaría el día: los felices esposos alzarían el vuelo del viejo nido hacia la libertad; y este tiempo estaba a punto de llegar…

Katia estaba sentada en la habitación escuchando atentamente las rachas de viento encolerizado: «Seguramente ha granizado en algún sitio».

Toc-toc-toc —se oyeron unos golpes en la puerta: ¿quién podría ser? A esa hora, cuando la noche se refleja en la ventana, las muchachas jóvenes tienen miedo de abrir la puerta de su habitación virginal; al otro lado de la puerta hay un pasillo, pasadizos, bóvedas, y al final, el desván.

Toc-toc-toc, se oyeron unos golpes en la puerta.

—¿Quién es? ¿Eres tú, Yevséich?

—Yo mismo, señorita…

—¿Qué quieres?

La puerta se abrió; la cabeza gris de Yevséich se asomó, temblando de risa… y la sombra de Yevséich se deslizó rápida y oscura sobre la chimenea encalada.

—¿Qué ocurre?

—¡Je, je, je! Señorita, es divertido…

Yevséich se ríe, da unos saltitos, resopla: ahora está satisfecho: la querida señora se digna a dormir, pero, él, el anciano, no puede dormir: ha venido para distraer a la criatura.

—¡Je, je, je! Ahora, señorita, voy a mostrarle una nueva manera de representar un cerdo en la estufa. Así: tenga la bondad de doblar el dedito anular y con el pulgar hace así… ¡Je, je, je! —explica Yevséich, y la sombra chinesca de un cerdo ya danza en la pared… Y Katia está feliz.

—Vale, vale, abuelito: es hora de ir a dormir…

Yevséich se marcha; Katia le observa alejarse: qué oscuros están los pasillos, da miedo; y allí arriba, en el desván, hay un susurro en la parte alta de las escaleras: es el anciano, sigue riéndose de vez en cuando, envuelto en la oscuridad.

¡Cómo susurran los árboles!

La noche

Durante la noche volvieron las nubes; Tselebeyevo se sumió en el sueño; una estrecha franja siniestra ardía hacia el occidente.

Ahora en el jardín del pope tañía la guitarra todo el día; después ya era de noche, la voz ebria del sacristán había atravesado la aldea: «En la taberna los jóvenes seminaristas gritaban: Dios te salve, María, llénanos de tu misericordia y repártenos vodka». Y la voz se apagó.

Cuando la negra noche estalla en aullidos y el cielo se ilumina cada minuto y paneles enteros de nubes asfixiantes se desploman sobre el suelo y un trueno marmóreo resuena entre nosotros a ras del suelo, sin lluvia, y en el establo el caballo, inquieto, no relincha —un solo gallo escandaloso se pone a cantar sobre su percha a una hora intempestiva, pero lo secundan—, en Tselebeyevo el aire es asfixiante, da miedo. Rara es la isba cuya luz te hará de lejos una señal; y si penetras en su interior iluminado, las tinieblas que te rodean serán aún más negras; no, no mires por la ventana a este aldeano que no ha apagado la luz temprano esta noche: es un ser extraño y terrible el que en esta hora no teme los rayos que caen al otro lado de la ventana.

Te paseas sin techo por Tselebeyevo; bajo los destellos de los rayos no encontrarás abrigo para la noche y, además, te quedarás ciego si la pelirroja Malania te guiña el ojo desde lo alto de una nube, a la vez que salta por las nubes fugazmente y, por un instante, ves toda la extensión en rojo.

Pero luego, en la oscuridad, se deslizará hacia ti con las piernas torcidas y te apretará el cuello, te estrangulará con sus manos secas, y por la mañana te encontrarán colgado de un árbol; sólo los impíos van de fiesta en una noche como ésa en que los ladrones resuelven sus asuntos, como ahora ocurre en la taberna, donde se ha reunido precisamente esa chusma. Sólo Dios sabe quiénes son y de dónde vienen, beben vodka y gritan mirando las ventanas que cambian de color, de negro a rojo, por el destello de los relámpagos:

¡Mi Malania bonita,
mi Malania de ojos saltones!
En la aldea vivías,

a un sacristán servías.
Apenas has vivido,
siempre criada has sido,
ahora te las das de señora,
te engañas…

Es lo que cantan los mozos con riesgo y peligro: en noches así los arbustos secos corren por la aldea, sitian la aldea en grandes cantidades; la pelirroja Malania vuela por los aires, y el trueno se lanza a sus talones.

¿Quién es, quién, ese loco que se paseó la noche entera por la aldea, abrazándose fuerte a los arbustos errantes, quién es ese que al entrar en la taberna se unió a la juerga y no una hora sino varias? ¿Quién se desplomó borracho luego en la cuneta? ¿De quién era la camisa roja que por la mañana vino a acurrucarse cerca del valle de suave pendiente, cerca de la isba del carpintero Kudeyárov? ¿Quién lanzó un silbido y quién, en respuesta a este silbido, abrió la ventana y mucho mucho tiempo estuvo escrutando la oscuridad?

Capítulo IV

Una alucinación

La vida cotidiana

—Venga —decía el compañero de Matriona Semiónovna, el carpintero—, venga —solía decir—, vamos a dar una vuelta por el lugar: vamos a pasear… —así decía los días de fiesta, sentado en el rincón de los iconos mientras dejaba gimiendo la taza con el dibujo de flores rosas, sobre la que no se olvidaba nunca de colocar el resto de un terrón de azúcar mordisqueado y ya cubierto de moscas: cuando decía estas palabras, Matriona Semiónovna se colocaba el pañuelo adamascado y salían… De esta guisa marchaban juntos por la calle de la aldea, mascando pipas de melón.

El carpintero se echaba el gabán al hombro sobre la camisa roja; con un gemido se calzaba las botas que crujían, después de secarse cerca de la estufa; y con su célebre nariz muy digna por delante, se ponía en marcha; Matriona le seguía, calzada con botines y vestida con una chaqueta de color amarillo canario con adornos de pasamanería (regalo de una pariente rica). ¡Caminaban como si fueran marido y mujer! Mascaban pipas; eran personas respetables, muy respetables; no eran simples campesinos, se habían adscrito a la capa social de los pequeños burgueses; cuando se cruzaban con alguien, éste se apresuraba a quitarse el gorro y hacer una rápida reverencia, que le levantaba el flequillo:

—Buenos días, Mitri Mirónovich… Que tenga un buen día, Matriona Semiónovna —si el que pasaba era el sacristán, lo mismo—. Carpintero Kudeyárov… —y le hacía una reverencia.

Les rodeaban isbas blancas, isbas rojas, isbas verdes, con ventanas pintadas de blanco, adornadas con tallas de madera y con una buhardilla bajo el techo, que te envía el reflejo del sol a los ojos; la clemencia del ave las rodeaba de dulces fragancias: sientes el frescor azul del pequeño lago que chapotea a tus pies, que mece la vela y la empuja a navegar, y unos riachuelos sonoros, amarillos como si fueran de mica viva, descienden por la pendiente para zambullirse allí, y un águila pescadora detiene el vuelo a punto de rozar el agua con un pez en las garras, bate, inmóvil en ese lugar, las alas afiladas, ¡blancas como la nieve! Tan pronto es un árbol que deja caer, como desde el mismo cielo de un azul profundo, las hojas rojizas a punto de marchitarse, y en el follaje se oye el dulce piar otoñal de los herrerillos: de esta guisa en otoño, después de las tres fiestas del Salvador, se paseaba la pareja, un año tras otro: el carpintero y la carpintera; la pareja llegaba hasta el bosque y volvían sobre sus pasos: ahí estaban las altas copas de un color rosa pálido con distintas tonalidades que se alzaban hacia el lejano cielo azul y la melena de brocado

oxidado de los abedules rojizos se estremecía, igual que el clérigo revestido de sus ropajes para la celebración más importante de la parroquia; unas ardillas alargaban sus pequeños hocicos rojizos entre los avellanos; y en mitad de todo esto se perfilaba, si se miraba de lado, el rostro de Mitri Mirónovich, que parecía un icono de la vieja escuela de Súzdal.

Observa, observa al carpintero: de frente su rostro no tiene nada de particular; sin embargo, se percibe algo, una cierta dignidad, ¿a qué se debe? Es un sujeto insignificante, un ser de la más ínfima calidad; pero un hecho es claro: aunque Matriona sea poco agraciada, es una verdadera reina; todo parecía ir sobre ruedas, pero el carpintero parecía tener miedo de la carpintera, de esa campesina piojosa, él se inclinaba mucho y tosía, y no era tanto que la carpintera hubiera puesto al carpintero bajo su autoridad, sino que resultaba que, por una razón u otra, el carpintero necesitaba a esa mujer, e incluso parecía que sentía una necesidad extrema; y ella parecía conocer muy bien la necesidad que él tenía de ella: era un hecho claro…

Sí, pero si tú, pongamos por caso, piensas que era por *eso*, bueno, entonces, amigo mío, no, nada de eso: puesto que la propia carpintera se sentía plenamente identificada con la vida de Kudeyárov, es decir, se había fundido con él de tal forma que no se les podía separar: ninguno de nosotros podía comprender dónde terminaba el carpintero y dónde comenzaba Matriona Semiónovna: además, habíamos renunciado a ello, sí: los días que daban fiesta a los trabajadores, comían cebolla, pan mojado u otra cosa, lamían las cucharas, recogían los platos, se quedaban de pie cerca el uno de la otra, se inclinaban a la vez delante de los iconos; luego se inclinaban uno delante de la otra, recitando unas palabras extrañas: Matriona le decía «Mi Señor», y él a ella: «Eres mi Inspiración», aunque en su voz eso sonaba como otra cosa: ¡una verdadera maravilla! Entonces se sentaban a la mesa, a la caída del sol; un rayo de sol amarillo caía por la ventana, saturado de granos de polvo amarillo; el carpintero se quedaba sentado un momento junto a la ventana, leía un libro; llevaba puestas unas gafas sobre la nariz.

El carpintero leía un libro, luego lo dejaba a un lado y colocaba su mano sobre el seno de Matriona Semiónovna, y aunque invisibles, pero se hubiera dicho que se podían ver, unas corrientes, unos hilos ardientes, terribles, que emanaban de sus dedos y penetraban en su seno, se colaban en el seno de Matriona como calor, como una caricia paradisíaca que subían hasta la garganta; y después sus ojos se hacían enormes, aún más enormes; Matriona no podía vivir sin que él pusiera sus manos sobre ella de esa manera.

Y resultó ser que esas imposiciones de manos eran las que los habían unido inextricablemente, y no la relación carnal; el carpintero derramaba su fuerza en ella, y luego él mismo se alimentaba de esa fuerza derramada, como si hubiera depositado su capital en un «banco»; y por eso Matriona Semiónovna (aunque fuera muy poco agraciada) propagaba a su alrededor una agradable ola llena de dulzura y el corazón se encogía, sí, se encogía; y por eso, si entrabas en la isba del carpintero, te acogía un montón de cachivaches: bancos, platos, trapos; pero esas porquerías resultaban agradables; un atizador, incluso un atizador te robará el alma y puede que incluso tengas la impresión de que, por alguna razón, el rostro sombrío del icono te mira fijamente desde su orla dorada; por alguna razón, desde detrás de la lámpara, en la oscuridad, el icono te amenaza con el dedo; por algún motivo hierve el samovar, y no se sabe por qué un pequeño rayo de sol luminoso se pone a correr sobre el mantel de gallos rojos, si es un día de fiesta y la mesa está dispuesta para la

celebración; como si en las otras casas no ocurriera nada parecido, como si ellos mismos no fueran lo que parecen, y como si ese orden no fuera el propio.

¿Qué tiene de especial ese orden? Todo parece que está en su lugar; sal al patio: tus pies chapotean en la paja, de vez en cuando por debajo de la paja te salpica el estiércol, un caballo resopla, y en un rincón un verraco peludo hunde el hocico en un montón de basura, y en el cobertizo se oyen susurros y chirridos, como en cualquier casa de un campesino trabajador; pero si entras en la isba, seguramente te darás con la frente en el dintel, y sólo después de esta introducción te encontrarás en la sala de trabajo con las mesas y los bancos: allí verás a dos trabajadores descalzos (uno con melena y el otro sin nariz) en medio de virutas, tablas, cinceles, sierras pequeñas, sierras grandes y escoplos; entre los troncos verás taladros, limas, ribotes, un escoplo de enormes dimensiones, un metro graduado rígido y también un nivel de agua en medio de las virutas, del serrín, de las astillas, incluso una lata de laca, pinceles y un cubo de cola para madera disuelta y un trapo azul al lado; contra la pared verás marcos de ventanas apoyados uno contra el otro, sillas sin patas y sin asiento, incluso verás asientos trenzados sin las patas o bien con dos patas, respaldos de sillones, con patas o con las patas sueltas, patas de todas formas y ruedas metálicas; el melenudo ni te mirará, pero el que no tiene nariz y es alegre se pondrá a hablar contigo con una voz afónica y te darás cuenta de que el aliento le huele a vino; y por encima de todo, en el rincón, verás el icono del Salvador bendiciendo los panes. Tan pronto como franqueas el umbral de esta habitación, volverás a darte otro golpe en la frente que te hará ver las estrellas: y te encontrarás en una habitación con un tabique, una estancia muy limpia, bien barrida, e incluso empapelada con un papel pintado de dudoso color, pero papel pintado al fin y al cabo; y para tu gran asombro verás incluso cortinas en las ventanas y también unos sillones de rejilla y otras comodidades; hay bancos, un armario con iconos y muchas lamparitas colgando de sus cadenas; también hay una estufa rusa, y un lecho sobre una estructura de madera con una colcha hecha de retales de algodón; y si entras aquí de noche, podrás incluso oír un susurro intranquilo, y las antenas de las cucarachas te amenazarán desde todas las rendijas, desde las litografías coloreadas colgadas por las paredes que representan el rostro bordado de la Virgen «Flor del Paraíso», o bien el rostro severo de san Gregorio Taumaturgo, de pie detrás de una orla de mosaico con la mitra, la cruz, los vestidos litúrgicos, una casulla azul y una barba blanca reluciente como la nieve; entre las litografías podrás ver un retrato que representa a un grupo de jóvenes seductoras, regalo de una pariente rica que desde hace tiempo regenta una casa pública en la ciudad de Ovchinnikov para jóvenes.

Esto es lo que verás, pero ¿acaso no lo has visto antes?

Todo esto que ya has visto más de cien veces te dejará asombrado esta vez, y reflexionarás durante mucho tiempo sobre la forma de vida del carpintero: y dejarás escapar un suspiro.

Iván Stepánov y Stepán Ivánov

¿Y bien?

Nada especial: nada más. Darialski vivía tranquilo en Gugolevo… y nada más; admiraos, buenas gentes: vino a parar a nuestra aldea. Es una aldea magnífica, la nuestra; aquí hay lugar para pasear, para emborracharse y beberse todo lo que uno posee: el dinero, las botas, el alma; pero si no quieres beber, no estás obligado: eres libre; pero si bebes, que sea a conciencia; y la gente bebía: primero el dinero, después la ropa; se bebían los arneses, la isba, la mujer y finalmente hasta se bebían el alma, sí, el alma; y cuando se habían bebido el alma, tenían que marchar a recorrer el mundo; sin alma el hombre es como un frasco vacío; lo golpeas contra una piedra y… clinc… nada más.

Pero ¿y Darialski?

Nada especial: medio dormido se levantó en el henil; sentía náuseas a causa del olor sofocante de la paja, porque se le había metido una mosca en la boca, y porque un cerdo chapoteaba en el estiércol debajo de él; la cabeza le daba vueltas por la resaca, le parecía que le iba a estallar, a sus pies el henil parecía dar vueltas, y apenas podía mover la lengua hinchada en la boca seca, como si el ácido la hubiera quemado: «¡Un pedazo de limón, por favor!», suspiró, y se quedó dormido…

«¿Dónde estoy?», pensó cuando se volvió a despertar, y seguramente lo pensó en voz alta, y seguramente el sol ya estaba alto porque en el henil estaba suspendida sobre él la cabeza desgreñada de Stiopka, el hijo del tendero, y esta cabeza desgreñada al inclinarse desprendía un aliento que apestaba a borracho:

—Eh, ¿no se acuerda, señor, de que ayer bebió un poquito? Además, le confesé, para que no dudara, que estaba a favor de la causa popular y que además compongo versos y luego hablamos de mujeres.

—¿Y qué?

—Luego hablamos de Matriona… Entonces le llevé a su isba… y usted silbó a la ventana; entonces, la mujer se asomó por la ventana, le miró y se echó a reír… Sí, pero usted estaba borracho, y ella tuvo miedo… Luego le traje al henil… ¿No se acuerda…? Pero ni una palabra a mi padre: se enfadaría conmigo.

Darialski no recordaba nada: sólo recordaba la ofensa recibida y se llevó la mano a la mejilla, delante de él apareció Katia con una queja silenciosa y un reproche, pero el sordo dolor de cabeza no le permitía profundizar en sus recuerdos; además, para qué iba a recordar: ¿no le había conducido el destino a Tselebeyevo? ¡Que sea lo que Dios quiera!

Salieron a la calle; una carreta pasó chirriando lentamente; más lentamente aún los charcos de Tselebeyevo se secaban bajo los rayos del sol; y aún más lentamente un anciano de Tselebeyevo, sentado en un tocón, justo delante de ellos, arreglaba una vieja retranca; lentamente un jirón de tela se inflaba y desinflaba en la ventana rota de una isba torcida, cuyo techo agujereado dejaba al desnudo la armadura, los troncos hundidos en el suelo y los pilares del techo; el amo de la isba se había marchado sin dejar señas hacía un año.

Darialski recorrió Tselebeyevo con una mirada desconcertada; un moratón azulado adornaba su mejilla, la camisa estaba llena de manchas de no se sabe qué, y estaba despeinado.

—¡Un pedacito de limón, por favor! —dijo.

—Venga, señor, vamos a la tienda de mi padre —Stepán le tiró de la manga—. No es conveniente que regrese con este aspecto; haga lo que haga después, es mejor que se venga a nuestra casa.

Pero Darialski no pensaba ni mucho menos en regresar; ya había decidido trasladarse a casa de su amigo Schmidt, que todos los veranos alquilaba una isba en Tselebeyevo; sólo que ahora, borracho, no quería ponerse ante la vista de su amigo; además, había, es cierto, una circunstancia que hacía que… pero eso es otra cosa.

—Stiopa, amigo, ¿no me podrías presentar a esa mujer?

—¿Hablas de Matriona? ¡Vaya! —Stiopa sacudió la cabellera con tristeza.

—Dime lo que sepas de ella.

—¿Lo que sepa? No sé nada, no puedo contarle nada… Lo dirá de broma, ¿no? —y sacudió la cabeza con reproche—. No es una mujer ligera, es una mujer maravillosa: si bebes vodka, ella bebe vodka; a veces sale con hombres (como conmigo), especialmente en ausencia del carpintero; sale, pero sólo para ser vista: porque si quieres obtener algo más… nada de nada: ¡no cede!

—¡Ehh! —gruñó Stepán después de un silencio prolongado—, si quiere, le acompaño (el carpintero no está)… ¿De acuerdo?

Stepán Ivánov era de maneras enérgicas; al contrario que su padre, Iván Stepánov, que era de maneras ariscas; de un extremo al otro de Tselebeyevo su rapacidad lo había quemado, estropeado y ensuciado todo en nuestra región; por ninguna razón en especial, únicamente por hacer dinero; Stepán Ivánov, en cambio, gastaba el dinero a espuertas, iba con mujeres y todo lo demás; Iván Stepánov cantaba con el sacristán en el coro a la izquierda del iconostasio; Stepán Ivánov en la iglesia hipaba sonoramente y era grosero con el pope. Cuando los pintores pintaron el templo de nuevo, representaron más o menos a Iván Stepánov con el hábito de obispo; pero a Stepán Ivánov lo trabajaron hábilmente y lo hicieron *sicialista*: Stepán Ivánov se convirtió en librepensador. Por las noches, Iván Stepánov hacía sonar interminablemente las bolas gastadas de su ábaco. En cambio, por las noches, si no estaba con mujeres o bebiendo, Stepán Ivánov escribía versos. Iván Stepánov no había salido apenas de la aldea, salvo para ir a Lijov; Stepán Ivánov había estado en Moscú: de Moscú regresó a pie, sin gorro, sin botas y sin reloj, únicamente con un libro desgastado, comprado en un rastro; resultó ser un librito de versos, obra de un tal señor Heine; y Stepán Ivánov empezó a admirar a ese Heine…

—¡Qué cabeza! Fíjate: tanto en ruso como en alemán el verso es igualmente fuerte —decía, disponiéndose a regalar al sacristán con su propia obra; de todos los versos de Stepán Ivánov, el sacristán prefería «Petia está triste»; el poema comenzaba así:

Es otoño, se me encoge el corazón,
se siente desgraciado,
no quiere hablar con nadie…
pero me obliga a mí.
¡Siempre, siempre la pobreza,
y la angustia me atormentan!
Cómo me gustaría esconderme
en las profundidades de la tierra…

Stepán Ivánov también había escrito una balada, «Nenila»: escribía bien, había salido escritor; en los años jóvenes el padre ni le sacudió ni le tiró de los cabellos. Es cierto que Stepán Ivánov había perdido algún que otro mechón de su cabellera; sin embargo, en la

cabeza de Stepán Ivánov todo seguía como antes… alojaba un elemento de extravagancia, y esta extravagancia seguía allí; y el padre había bajado los brazos: callaba (el hijo se enfadaba); sólo le escondió la pluma.

Al entrar en la taberna tropezaron con Yakov Yevstignéyev, el «vampiro»; éste les saludó con sequedad llevándose la mano al gorro y se puso a desatar las riendas del caballo; se sentó en la carreta y se marchó. En la taberna el ambiente era sofocante: detrás del mostrador, Iván Stepánov, con las gafas en la punta de la nariz, hacía sonar las bolas del ábaco; acodados en el mostrador, el sacristán y el sargento de policía bebían té directamente del plato y golpeaban el cartón con unas cartas grasientas; cuando Darialski entró, el sacristán le hizo una reverencia, pero refunfuñó, y el sargento de policía, sin mirar a nadie, dijo significativamente con voz nasal: «¡Bien…! ¿Y qué? ¿Me comes el diez de picas con los tréboles?».

—¡Es que los tréboles son un triunfo! —volvió a refunfuñar el sacristán sin venir a cuento; Darialski comprendió que acababan de hablar de la desafortunada bofetada, que Yakov Yevstignéyev lo había contado todo: la bofetada ahora iba a dar la vuelta por la aldea; para colmo, el morado era visible; se sonrojó intensamente: él y Stiopka se instalaron cerca de la ventana, y Stiopa, bebiendo a morro le decía al oído:

¡Ah, cuánto aburrimiento, cuánta tristeza,
ah, ya no hay alegría!
Vaya donde vaya mi mirada,
sólo veo lágrimas a mi alrededor.

Darialski decidió soportarlo todo para que Stiopa le acompañara a ver a la mujer picada de viruela: la cabeza le estallaba y tenía un nudo en la boca del estómago; pensaba: «Necesitaría un pedazo de limón ahora mismo».

—Mmmm, sí, triunfo de diamantes —se oyó a un lado, y se volvieron a oír unos resoplidos, susurros, y toda suerte de exclamaciones entre los jugadores: ¡bien hecho! ¡No había por qué sublevar al pueblo! Y Stiopa le recitaba al oído:

Por los campos he vagado,
en los divanes me he movido,
sobre una estufa he pasado la noche,
y muchos lechos he visitado…

—¿Es que hay triunfos sueltos? —suspiró de pronto el sacristán en una alusión de profundo significado, mientras reprimía un bostezo; Iván Stepánov continuaba haciendo sonar las cuentas del ábaco; un moscardón zumbaba junto a la ventana.

A los pies de los árboles del bosque descansa un cazador, pero sus pensamientos vagan en la distancia…

cloqueaba Stiopa, que acababa de vaciar la botella.

Entraron tres hombres: un forzudo, un pelirrojo y uno que estaba ronco (de hecho, los tres estaban roncos): cuando el forzudo emitió un sonido, que sonó como «jra», el pelirrojo hizo «fu» y el ronco «jrpliú», entonces el forzudo graznó: «Clavos»; el pelirrojo: «Tabaco»; y

el tercer hombre graznó: «Azúcar, ¡por favor!»… «Clavos, azúcar, tabaco», hizo resonar en el ábaco Iván Stepánov.

Al recoger los clavos, el forzudo se rascó: «El carpintero está en la ciudad». «¡Tiene muchos asuntos, asuntos importantes!», se rascó el pelirrojo al recoger el tabaco; y el tercero, rascándose, añadió: «¡Son una secta, eso es lo que son!», y agarró el saco de azúcar en polvo.

—Jra, fu, jrpliú —y los hombres salieron.

Darialski miró por la ventana: un sendero discurría por el cañamar. Sacando a Stepán de la tienda, le suplicó: «Stiopa, por favor, vamos ahora mismo a verla»… Dios sabe qué le pasaba por la cabeza; habían bebido demasiado y se tambaleaban, caminaban haciendo eses.

—No puede ser, muy señor mío —intentaba razonar Stiopa, completamente borracho—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Y yo…? Primero deberíamos estar sobrios…

¿Ah, no? Pues vale; bebieron hasta el atardecer para quitarse la borrachera; ¿qué había pasado con Katia y Teócrito y su fondo espiritual? ¿Cómo iba a ocuparse de Katia y de Teócrito cuando la cabeza le dolía y cuando dentro de la cabeza trabajaban, al menos, veinte cotorras? ¡Que se peleen!

Al salir del café, se sentó en el cañamar; la mujer del pope pasó por allí:

—Piotr Petróvich, ¿cómo es que no está en Gugolevo? —le miraba con picardía—. Venga a visitarnos, mi marido está en Lijov desde esta mañana… Ay, ay, ay, ¿qué tiene en la mejilla, un moratón…? ¡Bah, ya habrá pasado para la boda! —y se alejó.

Y no recordaba cuándo había salido la luna en el cielo; pero no se trataba de la luna, borracho como estaba le parecía que era un pedacito de limón.

Los angelotes, las ventanas labradas y los tejados de las casas refulgían con un color plateado y enviaban su resplandor plateado a los charcos, y un abundante rocío se había posado en el cañamar; una mujer de rojo se dirigía con unos cubos al estanque, recogió agua y volvió sobre sus pasos, pero ya venía a su encuentro otra mujer de azul con cubos; recogió agua y se volvía cuando ya venía a su encuentro una joven vestida de amarillo con la falda recogida con un balancín sobre los hombros; pero a ésa ya no se la podía distinguir en la oscuridad; desapareció, como si se hubiera hundido en el estanque; sólo los arbustos de la orilla estuvieron aún mucho tiempo agitándose, y desde el bosquecillo el aire traía unas risas y unos besos sonoros.

Sobre qué decía la gente y sobre quién iba en bicicleta

Que a mi héroe lo echaran de Gugolevo dio que hablar mucho tiempo en Tselebeyevo, pero a él parecía que se lo había tragado la tierra; cierto es que alrededor de la aldea se veían las huellas de sus altas botas, que daban vueltas y más vueltas; cierto es que Ignat llevó inmediatamente todas sus cosas desde Gugolevo a la isba de Schmidt en la carreta tirada por el pequeño caballo castaño, pero Piotr no había asomado ni la nariz por la isba de Schmidt; ocurrió que a su regreso se había instalado en la aldea llamada La Charca de la Yegua, donde se unió a una compañía bastante penosa y donde toda suerte de gentuza le

visitaba. Aunque ahora mi héroe no brillaba por su buena reputación en las calles de Tselebeyevo.

Los días se sucedían sin más, no había un solo día que en la aldea no hubiera un chisme nuevo; un día azul, un día de junio, sobre el bosque de abetos, en la distancia, se vio alzarse una columna de humo: era un incendio; ese mismo día los alrededores de Dondiukov fueron inspeccionados meticulosamente; arrestaron a un estudiante; rebuscaron en su casa pero solo encontraron una bolsa de papel con una cebolla española, una rareza en nuestros lugares; se comieron la cebolla y al estudiante lo encerraron a pan y agua; ese mismo día memorable, Yevséich, encasquetándose el gorro, se encaminó renqueando de la finca a nuestra aldea para entregar una carta; buscaba a alguien, después de mucho buscar se marchó sin encontrarlo; estuvo largo rato en conciliábulo con el señor Schmidt: seguramente lo vigilaban, y ya fuera un día u otro, o un tercero, acabaría desembarcando en la tienda; porque la tienda en esta aldea, se podría decir, era como un «clu»: ¿quién que visite Tselebeyevo, aunque sea una visita corta, no corre a la tienda? ¿La tienda donde Stiopa acaba de esconder entre la mercancía un paquete de proclamas que ha recibido? Un viejo carcamal estaba sentado mascando un trozo de salchichón y, sacándose el gorro, con voz nasal dice que, bueno, en la finca ha pasado esto y lo otro, que la señorita está desesperada, llora; y aún no ha pasado una hora y todos dicen que, bueno, en Gugolevo pasa esto y lo otro, y que la señorita está desesperada, que llora; entonces, la mujer del pope decidió que hacía tiempo que no había estado en Gugolevo y que iría acto seguido. «Déjalo estar, amor mío», intentó disuadirla el pope.

Esto es lo que pasó ese día azul de junio.

Luego el día se nubló, retumbaron unos truenos, se llenó de manchas; ese día se volvió a ver pasar fugazmente entre las isbas el gorro de Yevséich; ese día Stiopa corrió a La Charca de la Yegua para reunirse con unas personas extrañas, y le explicaron que la «libretación» del pueblo pasaba por el Espíritu Santo y que había unas personas que en secreto esperaban la venida del Espíritu Santo a la tierra; por esa misma persona supo que en todo el distrito corrían habladurías sobre lo que había ocurrido en Gugolevo, cómo había pasado, y que la señorita estuvo a punto de hacer un mal casamiento, pero que de momento las buenas gentes la disuadieron de dar ese paso.

Como tu estufa incandescente, así fue ese día: ese día la mujer del pope, vestida toda ella de rosa, con el sombrero bien sujeto a la cabeza, con los pendientes colgando de las orejas, se presentó en Gugolevo entre el fru-frú de su falda, pero por lo visto no la recibieron; para hacerla rabiar, ese mismo día se presentó la maestra, y parece ser que a ella sí la recibieron: a la vuelta explicó entrecortadamente que la habían agasajado con toda suerte de dulces, que Katerina Vasílievna había llorado sobre su pecho porque había confiado su destino a un monstruo de hombre; y ese día el pope, vejado, escupió y se rascó la nariz y luego le dedicó un informe a la institutriz, porque una cosa estaba clara: la maestra era una mentirosa y un elemento nocivo.

Como tu estufa incandescente, así fue otro día: ese día todo Tselebeyevo se sorprendió, y con motivo; el cielo estaba ya iluminado de estrellas, unos grupos seguían contando historias: que a la baronesa Graaben le habían robado los «briyantes», pero que no se había denunciado porque estaba claro que el ladrón era Darialski; otros juraban que todo lo que pasaba tenía un sentido oculto, que era el siguiente: el general Chizhikov había querido gastar una broma; pero también ese día Yevséich recorrió la aldea sacudiendo la cabeza,

seguía buscando a alguien pero se marchó con las manos vacías. A esa hora las francesillas habían manchado el prado verde de amarillo, se había desatado sobre el prado la ola púrpura de las clavellinas, destacaban las margaritas blancas, y las campanillas rosadas de la avena loca salían del campo de centeno e inundaban el camino…

Esto fue todo lo digno de recordar que ocurrió esos días, sí; pero ¿por que no he dedicado ni una sola palabra al suceso principal? Ay, *pardon*: ¡me había olvidado! Naturalmente, se trata de la bicicleta: ah, ¿qué significaba que esto le sucediera al pope? Pero antes que nada, hablemos de la bicicleta (porque el pope tenía una bicicleta); no este pope, sino ese otro que… bueno, ustedes mismos adivinarán de quién se trata, y la bicicleta, se lo digo yo, era magnífica: bravo por el pope que posee un vehículo parecido; era una joya de bicicleta, nueva, cuidada, con frenos, unos neumáticos excelentes, ¡y un magnífico manillar! Sin gorra, solo con la túnica, el pope montó de un salto desde el porche y se puso en marcha: sólo se veía una columna de polvo en el camino y un pope muy muy pequeñito, como un grillo. Las gafas se le habían escurrido hasta la misma punta de la nariz (las gafas eran doradas), la espesa cabellera negra era su gorra, la cruz se había ladeado, la barba negra reposaba en el manillar y la espalda formaba un arco… ¡Bien, bien…! La gente observaba cómo el pope pasaba pedaleando como un poseso con la sotana hinchada como una vela, debajo de la cual se agitaban las cañas rojizas de sus botas con unas polainas rayadas vueltas para gran alegría de los paseantes: sólo que en sus bocas abiertas por el asombro se acumulaba el polvo, mientras que los mojones del camino y los pueblos pasaban volando a cada lado del pope: es como si la carretera principal se deslizara bajo la bicicleta, como una gran cinta blanca que se desenrollara a gran velocidad a este lado del horizonte y se enrollara en el otro. De esta manera corría el pope en su bicicleta hacia Tselebeyevo con gran escándalo de timbres y trompetas; descendió de la bicicleta delante de la casa del padre Vukol y se precipitó en la casa.

No hace falta explicar que se trataba del pope de Grachija, el padre Nikolái, antiguo alumno de la Academia, que por alguna razón había instalado su nido en Grachija y había pasado dos años enteros sin salir de allí; estaba allí y no daba que hablar; como tampoco daban que hablar los habitantes de la aldea, que estaba apartada del camino, y como eran poco numerosos, poco conocidos y además atrasados, Dios los premió con un pope pequeño y oscuro: el padre Nikolái era muy moreno. Nunca antes se había hablado de él, pero en los últimos tiempos corrían rumores oscuros sobre él, y sus sermones tenían un significado oscuro; estando así las cosas, un buen día cogió y se dirigió a todo correr a nuestra aldea en bicicleta. Se presentó en casa del pope en un momento muy inoportuno: el padre Vukol estaba sentado vestido solo con la ropa interior y cazaba moscas, y su esposa, que esos días acababa de despedir a su criada, con la falda manchada bien arremangada, se movía por la sala con los pies desnudos, hacía ruido con el cubo y fregaba el suelo con una bayeta sucia; en ese momento, el padre Nikolái se presentó delante de ellos haciendo crujir las botas, perorando sin cesar y ensuciándolo todo con su cigarrillo, tenía los ojos bondadosos llenos de lágrimas, le temblaba la voz a pesar de que la mujer del pope, pillada de improviso, había salido corriendo para cambiarse de ropa; mientras que el padre Vukol, siempre práctico, vigilaba que el pope de Grachija no se saliera del camino de la tela en el suelo que protegía la alfombra, que no tirara el macetero de mimbre con la palmera raquítica o la mesa de juego roja de tres patas, cuya cuarta pata descansaba sobre el tapete de ganchillo; al ver al padre Nikolái, los hijos del pope se pusieron a gritar. Sin embargo, el

padre Vukol guardaba silencio ante la preocupación que inquietaba al pope de Grachija: el padre Vukol era una persona juiciosa; mientras contemplaba al padre negro pensaba: «Si no fueras a los mítines de los campesinos y no te trataras con la chusma, si vivieras como los demás, no tendrías que venir a lamentarte de que pronto te vayan a excomulgar y a arrestar».

Se había servido ya el samovar, con azúcar negro y miel, las moscas, ávidas de miel, se quedaban pegadas a los bordes de los platos agitando sus patitas, parecían guijarros dorados y relucientes, y el pope Nikolái seguía llorando y diciendo en voz alta que tenía miedo, sin atender a las palabras de consuelo que le prodigaban; y así se marchó, sin haberse quitado un peso de encima.

El hueco en el árbol

Stiopa informaba a mi héroe de todo lo que ocurría, y mi héroe se admiraba de los chismorreos y los rumores, así como de la visita del pope de Grachija. Si la estrella de este héroe había palidecido en Gugolevo y en Tselebeyevo, ahora iluminaba con menos heroicidad los días en La Charca: le hacían llegar los discursos sobre la «libretación»; este género de discursos le soltaba la lengua, y los librepensadores de los alrededores le venían a presionar, a asediar: el médico del *zemstvo* que estaba de paso por la aldea fue a visitarlo; un viejo soldado de la época de Nicolás I venía a verle con su pata de madera y cuatro condecoraciones de San Jorge en el pecho; era un *arador* en los mítines de las casas del bosque: allí en las casas de los habitantes del bosque golpeaba en un tronco con su pata de madera y llamaba a la insurrección; el viejo soldado aspiraba el tabaco en compañía de mi héroe y le mostraba las cuatro cruces de San Jorge; finalmente, un estudiante que vivía en Lijov se disponía a besar la mano de ese hombre honesto.

¡Qué más podía pedir!

Un día Stiopa llegó corriendo y le comunicó que ya no era *sicialista* sino un pájaro importante: había trabado conocimiento con la familia de las palomas y ahora él también era una paloma; mi héroe no podía dar un paso en ese momento sin que las palomas se cruzaran en su camino; y escuchaba estos rumores con avidez; pero cuál no sería su sorpresa cuando Stiopa le susurró al oído que las palomas hacía tiempo que conocían la existencia de mi héroe, y que hoy lo convocaban en el hueco del roble a la caída del sol, y que luego, en plena noche, se encontraría allí con un hombre de bien.

—Seguro que Matriona tiene algo que ver, me atrevería a decir —le guiñó el ojo Stiopa, pero cuando unos extraños entraron en la isba por una puerta lateral, se sacudió la cabellera y se puso a aullar una canción desconocida para los presentes:

Ay, elefante, elefante,
elefante… narigudo y narizotas,
Colmillo Colmillovich,
Trompa Trompetovich
Trompetov…

Ya tenéis a mi héroe junto al viejo roble: el corazón apenas le late; allí se da cuenta de que los días y las noches se confunden, pero no puede volver atrás; y le resulta agradable vivir en este delirio; es mejor olvidar a Katia: ese pasado ha muerto; cayó en una meditación profunda a la orilla del bosque; de pronto tuvo ganas de romper una rama de abeto, unir los extremos y colocársela en la cabeza a guisa de gorro; y así lo hizo; y ceñida esta verde corona de espinas, con unos cuernos frondosos sobre la frente y una pluma verde cayéndole por la espalda, tenía un aspecto salvaje, orgulloso y extraño para sí mismo; de esta guisa se metió en el tronco hueco; si la espera fue larga o corta, no lo recuerda; tampoco sabía a quién esperaba.

Mira, y es ella, Matriona Semiónovna, que sale del bosque con un cesto vacío y con flores del bosque; entonces Piotr comprende que ha sido ella quién lo ha mandado llamar por medio de Stiopa; coge aliento y salta del tronco hueco al camino delante de ella; se diría que la ha asustado su rostro manchado de carbón (por lo visto, los pastores hacían fuego dentro del hueco).

—¡Ay, me ha asustado!

Tiene marcas de viruela, no es nada agraciada: el vientre es protuberante; Piotr no comprende qué es lo que le atrae de ella; además, Matriona ni se sonroja, se mira los pies; bajo sus pies está la tierra amarillenta por las hojas caídas; bajo las hojas corre una hormiga.

—¿Ha ido a buscar setas? ¿Me ha hecho llamar?

—¿Yo? Oh, qué cosas se le ocurren, ¿para qué le voy a querer yo?

—Ya veo que ha ido a recoger flores; ¿le gustan las flores?

—Bueno, «de normal» sí me gustan.

—¡Déme una flor…!

—Tenga, escoja, cuál quiere…

Y lo recorre con la mirada, ¡y qué mirada! Unos mares azules se agitan en sus ojos, detrás de su rostro picado de viruela; en su mirada irrumpe la vorágine y él ahí está, dominado por el frío torbellino de la pasión.

—¿Me permite acompañarla, Matriona Semiónovna?

—Venga si quiere: el camino es de todo el mundo…

Y se sonríe, le brillan los ojos, pero esos ojos son bizcos: uno te mira a ti, el otro mira a otro lado; y diciendo esto echa a andar a paso vivo hacia la aldea; no ve más que sus talones; el camino de tierra batida está cubierto de un polvo fino; de debajo de los pies de Matriona el polvo salta a la nariz de Piotr; él está pensando que es bizca, y esto le gusta.

—Hace tiempo que buscaba el momento de hablar con usted.

—Ya lo ha encontrado…

—Ayer, cuando la vi, quise abordarla…

—Entonces, ¿por qué se largó…?

Sonríe maliciosamente, como si quisiera burlarse de él; efectúa un movimiento brusco que hace balancear sus senos y baja los ojos, pero junto a los labios se dibuja fugazmente un pliegue, qué vergüenza; y él piensa, qué pliegue tan bonito; a ella esto no le da ni frío ni calor, camina vivamente por delante de él y se aleja, y la aldea ya está cerca: y procedente de la aldea, en diagonal, pasa Stiopa con el acordeón, finge no verlos, y canta a pleno pulmón:

Ay, elefante, elefante, elefante…

Narigudo y narizotas,
Colmillo Colmillovich,
Trompa Trompetovich
Trompetov…

—Ahora —Matriona se da la vuelta bruscamente— vuelve al hueco del árbol; mira si la gente de la aldea nos ve, se lo irán a contar a tu francesita, a Katerina Vasílievna —se rió con descaro—, a tu precioso angelito.

—¡Cómo eres!

Ella se echa a reír y no para, se ríe con el rostro escondido en el delantal mientras se aleja de él: ya casi a la altura del seto que rodea la aldea se vuelve y le dice:

—Ven, si te gusto…

Y salta por encima del seto…

El roble de tres copas, cinco veces centenario, que consistía únicamente en un tronco hueco, balanceaba sus tres copas en los últimos fuegos del atardecer; en este hueco hacía una hora que reflexionaba nuestro héroe; muchos pensamientos acudían a su mente: pero ninguno trataba sobre Matriona Semiónovna, no, era más bien como un canto delicioso; y los pensamientos eran resbaladizos, ligeros, pensaba sobre su destino y sobre el roble…

Quién sabe todo lo que conocía este roble, y qué sucesos pasados evocaba ahora el cuchicheo del follaje; quizás la gloriosa hueste de Iván el Terrible; quizás pasó por aquí a toda prisa un noble solitario llegado de Moscú, se sentó bajo el roble con un gorro de piel trenzado en oro y adornado con borlas de brocado que le golpeaban en el hombro, calzado con botas de cuero rojo, apoyándose en una maza de seis puntas, mientras su blanco corcel pacía libremente cerca del árbol y bajo la cobertura de color carmesí de la silla sobresalían una escoba y una cabeza de perro mostrando los colmillos hacia el camino; y ese noble estuvo mirando largo, largo rato el paso de una nube aterciopelada, y luego saltó al caballo, sí, esto sucedió hace cientos de años, puede muy bien ser; y puede ser que en este hueco más adelante se refugiara un monje exclaustrado, fugitivo, para acabar sus días entre los muros de la prisión de Solovkí; y aún pasarán cientos de años y entonces una tribu libre visitará estas raíces que se retuercen fuera de la tierra; oirá el gemido del exclaustrado, la tristeza del noble que salió corriendo a caballo hacia la infinitud de los tiempos; y esta tribu suspirará pensando en el pasado.

Todo puede ser, y sus pensamientos regresaron a Matriona Semiónovna, y se sorprendió a sí mismo fuera de la oquedad, casi a la entrada de Tselebeyevo: como si le hubieran llevado sus propios pies; ya era noche oscura pero todavía se acercaban con cubos al estanque: se acerca una mujer de rojo, se da la vuelta en los arbustos, deja los cubos; y fíjate: ahora es blanca; está sentada vestida sólo con la camisa a la orilla del agua; ahora la camisa vuela por encima de la cabeza, y ya está en el agua; se acerca al estanque una mujer vestida de azul, se da la vuelta en los arbustos, deja los cubos; y desde las cañas, fíjate: una mujer de piernas largas se desliza al agua en el crepúsculo, parece un hombre; pero a lo lejos… aparece una joven vestida de amarillo con un balancín; no paran las risas en el estanque, los chapoteos, el graznido de un pato, el sonido de las pezuñas de las caballerías de la aldea, polvo, ladridos, y las lejanas, nítidas palabras que propaga el rocío. Ya se iluminan las tranquilas estrellas y el agua trémula de vida las mece, pálidas…

La noche se ha posado en el bosque; pero en el tronco ventrudo crepita un puñado de brasas rojas, se tornasola con el primer puñado de ceniza, y una llama de color azul salta por encima; el hueco tiene una partición; un rictus rojo se abre hacia las tinieblas de los troncos apretados y desde ese rictus surge la voz y la cabeza llena de rizos de Abraham, se ha introducido por la grieta desde fuera y sacude la cabeza al ver a mi héroe escondido en el hueco; el mendigo aprieta el bastón contra el pecho velludo; y en un extremo del bastón el ala de la paloma de estaño desciende pesadamente sobre el fuego, las estrellas han bajado la mirada pálida desde lo alto de la abertura del hueco; y el mendigo también las observa: sólo el blanco de sus ojos iluminado por el fuego mira a Darialski, al fondo de su alma.

Es él, el hombre bueno; él era el hombre a quién Piotr ha estado esperando no una hora sino varias; este mendigo que ahora miraba de hito en hito a Darialski; y del pecho del mendigo se escapa una palabra abrumadora que enturbia el alma; entona una lenta letanía de palabras seductoras:

—Además, en nuestra comunidad cantamos dulces canciones; y los oficios son más dulces que las canciones; hay besos, oraciones hermosas; nuestras mujeres tienen los senos de azúcar; los hábitos para los oficios son blancos como la nieve; hablamos entre nosotros de puertas de diamantes y del país de la «librertad».

—Además, nos llaman las palomas; y volamos por toda la región, amigo; ahora entre nosotros vive el más grande: el hombre fuerte, la paloma de alas grises; por eso la santa revolución ha comenzado en Rusia, por eso los bergantes, los libres, se rebelan bajo el hermoso cielo azul…

—Además, esos bergantes son libres, no es más que el principio. Las palomas libres propagarán por Rusia el Espíritu Santo; cuando alcen su murmullo sobre la tierra, alzarán el vuelo las palomas tras ellos…

—Además…

—Es suficiente: estoy con vosotros.

—Con esas personas libres se construye la iglesia del Espíritu Santo; además, es posible que si tú te unes a nosotros, Matriona Semiónovna esté contigo; además, sin nosotros, te matará la mala suerte.

—Es suficiente: estoy con vosotros.

Piotr está sentado en un rincón del tronco hueco, con el rostro entre las rodillas… como si estuviera soñando; y su corona de abeto, caída a un lado, parece unos cuernos verdes, como los de un alce, y proyecta en el tronco una sombra cornuda que desaparece en la altura.

El temblor de la luz roja escupe muy arriba, muy lejos de la copa, la oscuridad que cae…, y la oscuridad, a semejanza de algún habitante alado del infierno, se pone a danzar para asfixiar bajo ella al ser humano protegido por un círculo de fuego.

—Abraham, ¿por que confiáis en mí?

—Por tus ojos.

La noche cerrada se ha instalado en el bosque; más de un vidente, seguramente, ahora se lamentaba: «¡Qué más da que me saquen los ojos, para qué los quiero!». Los ciegos, seguramente, se reirían de los videntes.

Los acontecimientos

De día, bajo los rayos del amanecer y las flores, vagaba Darialski alrededor de nuestra aldea, haciéndose notar por la rama frondosa de la corona de abeto que se había ceñido y se erguía y destacaba sobre el color escarlata de la camisa; detrás de él, a sus talones, marchaba el mendigo Abraham: intentaba alcanzar a nuestro héroe.

De día, bajo los rayos del amanecer y las flores, vagaba ociosa Matriona Semiónovna alrededor de nuestra aldea; Darialski salía a su encuentro desde los arbustos: bronceado, sin afeitar: cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro, se tiraba del bigote, al principio la miraba atemorizado: hablaba poco y no hacía más que seguirla todo el rato, sin más; tan pronto como ella cruza el seto, da unos pasos por el camino, entra en el bosquecillo de robles a buscar setas, detrás de ella, de tanto en tanto cruje una ramita, una rama se balancea aunque no haya viento; pero Matriona no siente ningún temor; si ella quisiera, el señor saldría pitando: pero a ella el señor le resulta agradable: está naciendo entre ellos una afinidad espiritual, aunque hablan poco; solo una vez se asustó un poco; acababa de entrar en el bosque cuando una rama detrás de ella empezó a balancearse sola, tuvo ganas de sorprenderlo; fingió buscar setas y disimuladamente se acercó a la rama; se recogió la falda, se inclinó y apartó el arbusto, y alguien salió corriendo; le pareció que reconocía al espía: no era el señor encantador: la barba del espía parecía una escoba, llevaba unas botas altas y un reloj de cobre, entonces Stiopka salió de un salto de los arbustos y le dijo:

—Matriona Semiónovna, no le quepa duda de que… si es necesario… yo mismo estrangularé a mi padre, no dejaré que la ofenda, porque gracias a vos soy ahora una paloma: aunque me haya rechazado, pero lo soportaré; ahora no me puedo quedar mucho porque no soy rival para el señor, además, Dios es testigo, aprecio al señor: ahora somos de la misma fraternidad, no es cierto… Pero que mi maldito padre la espíe, que la siga, viejo demonio, lo cogeré de la barba y ¡le clavaré una estaca de pino en el corazón…!

Entonces Matriona Semiónovna se quedó pensativa al saber que tres hombres, ni uno menos, seguían sus pasos, pero no estaba preocupada por ella misma; la apenaba sentirse seguida; siempre y cuando Iván Stepánov no descubriera lo más importante, lo esencial: sus rezos y su comportamiento liberal con la religión; pero ¿era posible que no hubiera sospechado lo que se escondía bajo el techo tranquilo del carpintero Kudeyárov? A la menor cosa iría a denunciarlos, y las autoridades les caerían encima.

En la aldea circulaban rumores sobre la bofetada, sobre el espíritu rebelde y la agitación que reinaban en una aldea, sobre las personas libres y los incendios, cuyas columnas escarlatas se divisaban en el horizonte: el vecino volvía a pasar a fuego al vecino: se había desencadenado una oleada de incendios por los alrededores; esperaban uno de un día para otro en nuestra aldea. «¡No nos vamos a librar del señor rojo!», pensaban las gentes sensatas frunciendo el ceño; no en vano, como un lobo, vagaba por los alrededores el señor rojo; lo había visto el sordomudo en los arbustos, por allí por donde se asomaban al camino los ojos amarillo-liliáceos de las adelfillas; y la mujer del pope: ella lo vio en un campo de centeno: al ir coger un aciano le pareció ver una mancha roja; se le vio en la taberna de Tselebeyevo a esas horas cuando se reúne la chusma: no las personas sensatas que hacen funcionar la aldea, sino esos que no tienen ninguna ocupación, que van a gritar y a silbar a las muchachas desde debajo de las ventanas, que distribuyen las hojas nocivas y vigilan el camino; de noche todo tipo de personas venían a la aldea; puede ser que los que

visitaban la tranquila Lijov fueran aquellos que hacía tiempo habían desaparecido de la aldea, que hacía tiempo se pudrían en el cementerio de Tselebeyevo y ahora salían de sus tumbas para arrasar la aldea y blasfemar; ése era el tipo de gente que se reunía por las noches en la taberna; y con ellos, con esta chusma, se divertía ahora el señor tocado con esa corona cornuda de abeto al que habían echado de la finca.

Lo vio el veraneante que alquilaba una isba en Tselebeyevo, ése mismo que no creía en Dios, aunque era ortodoxo, el señor Schmidt: ése mismo que no dejaba de buscar a Darialski; debía entregarle unas cartas; pero tan pronto como el señor rojo lo veía, salía corriendo hacia el barranco: siempre se alejaba sin acercarse al amigo.

Dos jóvenes del lugar habían decidido darle una paliza, y no sé cómo hubiera acabado la historia si un rayo no hubiera fulminado la aldea: un vecino de Lijov que estaba de paso contó que el pope de Grachija, en compañía de un grupo de campesinos armados de hoces y estacas, había levantado con una mano pecadora la cruz cristiana contra las autoridades y se había declarado en huelga con toda la aldea de Grachija, y ahora los cosacos habían llegado a la aldea y la estaban saqueando; a lo cual se unió la noticia de que el viejo soldado de la época de Nicolás I, con las cuatro condecoraciones de San Jorge sujetas al pecho, se había presentado renqueante para unirse al pope oscuro; pero esto resultó ser un bulo; porque para entonces los cosacos ya habían capturado al pope oscuro, le habían arrancado la cruz y, retorciéndole las manos a la espalda, lo habían expulsado a Lijov (¡para que andes en bicicleta!); y como en Grachija no habitaban más que dos familias, los Fokin y los Aliojin, metieron a todos los Fokin y a todos los Aliojin en la cárcel de la capital.

Stiopka, el hijo del tendero, se reía de estas habladurías: por lo visto conocía cosas que los demás no sabían, no en vano las buenas gentes le habían encargado formar una policía secreta con la gente de los barrancos; y no sólo eso: también debía apartar a esa policía de los huelguistas-*sicialistas*; para él esto consistía en enseñarles las reglas de la nueva fe y formar voluntarios para sostener a los hermanos-palomas; Stiopka sabía muchas cosas, pero callaba: el propio Stiopka más de una vez se quedaba mirando hacia el camino polvoriento: los pies le conducían al camino, y él se iría de buena gana, lejos, muy lejos, allí donde el cielo rozaba con el pecho la tierra, al fin del mundo, donde acababa la tierra, allí donde se encuentra la morada antigua de los muertos: y a ése que mira tanto hacia el camino, esa pequeña silueta oscura lo llama, ésa que está ahí quieta y hace señales con la mano, pero que cuanto más te acercas más se parece a un arbusto; sí, esa figura que hacía años que estaba ahí, a veces más cerca, otras más lejos, y, muda, amenaza la aldea, y muda hace señales…

Un bloque de granito cae en el tenebroso fondo del desfiladero; si el fondo no es más que la superficie de las aguas, el bloque de granito cae aún más profundamente, pero detiene la caída el cieno pegajoso: es el límite; pero este límite no existe en el alma humana, porque su caída puede ser eterna y provoca entusiasmo, tanto como la estela que dejan las estrellas que vuelan sobre el abismo del mundo: la garganta oscura del mundo ya te ha engullido, allí donde no hay ni arriba ni abajo, y todo lo que existe es un centro petrificado; puedes considerar esta manera de ser en el mundo como una caída o como un vuelo, da igual… Para Darialski la caída se convirtió en su vuelo: sin volver la vista atrás corría hacia allí donde veía el sarafán de Matriona Semiónovna; pero ¿por qué se mostraba tan tímido con ella? Y ella, riéndose de su timidez infantil, le daba alcance ella misma, salía de la aldea detrás de él como para alcanzarle pero sin llegar a hacerlo, se reía de él a sus espaldas, y

delante, ahí, ahí perdida en los campos, esa silueta oscura los llamaba a todos hacia el espacio inmenso, desconocido, temible.

Así pasaban fugaces los días, azules, nublados, llenos de polvo; en la aldea seguían afilando los dientes porque se decía que Darialski estaba liado con la mujer del carpintero y que el carpintero Kudeyárov seguía ausente en Lijov, porque tenía unos asuntos «anormes» allí, tal vez porque allí se relacionaba con gente oscura, de paso, sectarios.

Además, no había nada sorprendente en el hecho de que criticaran a Darialski, sin embargo, dejaron de tenerle miedo: encontraron una explicación para lo sucedido: se paseaba con Matriona delante de todo el mundo; el tabernero explicaba que esos días se había reunido con una compañía alegre: el señor rojo con las ramas de abeto en la cabeza y con Matriona sobre las rodillas (parecía que esa boba estuviera enfadada); el tendero Stiopa tocaba el acordeón para ellos; el mendigo Abraham bailaba en el suelo delante de ellos para sacarse una propina, con los pies descalzos y los pantalones rotos, mientras acariciaba la paloma de estaño.

¡Ya ven!

Matriona

Cuando se fija en ti una beldad de ojos negros, con labios dulces como una fresa madura, con un rostro delgado que los besos no han ajado, como los pétalos de una flor de manzano en mayo, y se convierte en tu amada —no digas que este amor es tuyo—: no, no te sacias de sus pechos redondos, de su talle delgado que se funde suavemente en tus brazos como la cera al fuego, tampoco te cansas de contemplar su pie pequeño, blanco, de uñas rosadas; besas uno tras otro todos los dedos de las manos y vuelves a comenzar, sí, al principio es así; es posible que ella cubra tu rostro con sus pequeñas manos y a través de la piel transparente veas a contraluz un reflejo rojo luminoso: es la sangre que circula; es posible que no le pidas nada más a tu amada de fresa, salvo los hoyuelos que se forman al sonreír, unos labios dulces, el cabello que el viento agita sobre la frente como una humareda o el cosquilleo de la sangre en los dedos: este amor será dulce para ti y para ella, pero no le pidas nada más a tu amada; llegará el día, llegará la terrible hora, llegará ese momento funesto cuando el rostro agradable se marchitará con los besos, y los senos ya no se estremecerán al rozarlos: todo ocurrirá; y tú estarás solo con tu propia sombra en los desiertos abrasados por el sol y las fuentes agotadas, donde ya no florecen las flores y cambia el color de la piel seca de la lagartija: además, puede que veas el agujero de la tarántula negra peluda, rodeada con su tela desplegada… Y tu voz ávida se elevará entre la arena, y llamarás con avidez a la patria.

Pero si tu amada es diferente, si alguna vez ha pasado por su rostro sin cejas la comezón de la viruela, si los cabellos son rojos, si el pecho está caído, si los pies desnudos están sucios y el vientre es algo prominente, si a pesar de ello es tu amada, lo que buscaste lo has encontrado en ella, es la patria sagrada de tu alma: y tú para ella eres su patria, te mira a los ojos, y entonces ya no verás a tu amada anterior: tu alma dialoga contigo, y un ángel de la guarda alado desciende sobre vosotros. Nunca abandones a esta amada: saciará tu alma y no la podrás traicionar; en esos momentos, cuando llega el deseo y la ves tal como

es, su rostro marcado por la viruela y los mechones pelirrojos no provocan en ti ternura sino deseo; tu caricia será breve y grosera: se satisface al instante; entonces ella, tu amada, te mirará con desprecio y tú te echarás a llorar, como si no fueras un hombre sino una mujercita: y sólo entonces tu amada te mimará con ternura, y tu corazón se perderá en el terciopelo oscuro de sus sentimientos. Con la primera, eres un hombre tierno pero poderoso. ¿Y con la segunda? No eres un hombre sino una criatura: una criatura caprichosa, y toda tu vida irás detrás de la segunda, y nadie nunca te comprenderá, ni tú mismo comprenderás que no es amor lo que hay entre vosotros, sino la mole de un secreto que te aplasta con su misterio.

No, ni una boca rosada embellecía el rostro de Matriona Seminovna, ni unas cejas oscuras y arqueadas conferían a este rostro una expresión particular; unos labios rojos, gruesos, entreabiertos sobre una boca húmeda daban una expresión particular a este rostro; se diría que estaban entreabiertos para siempre en una sonrisa burlona y voluptuosa en un rostro muy blanco, picado de viruela, ceniciento, como quemado por un fuego; además, mechones de cabello de color ladrillo asomaban descaradamente debajo del pañuelo rojo con manzanas blancas atado alrededor de la cabeza de la carpintera (la llamaban carpintera, aunque no era más que una criada); no eran unos rasgos bellos, ni el pudor o la castidad de una doncella sensata; el balanceo del pecho de la carpintera chata, las piernas gruesas y los pies sucios con salpicaduras blancas, el vientre prominente, la frente huidiza y bestial… todo llevaba impresa la huella de un franco descaro; pero esos ojos…

Mírala a los ojos y te dirás: «¿Qué son los lamentos de esas gaitas tristes que suenan allí, qué canciones envía el mar vasto y qué es esa dulce fragancia que se extiende por tierra…?». Eran tan azules sus ojos que te conducían a la profundidad, al abismo, a un dulce dolor de cabeza: era como si en sus ojos no se viera el blanco de las órbitas: dos «anormes» zafiros húmedos, un poco turbios, giraban lentamente en el fondo, en lo más profundo de un «mar-océano», como si detrás del rostro marcado por la viruela se hallara el mar-océano azul, sin límite, un mar-océano azul de olas errantes: esos ojos inundaban el rostro, se vaciaban como sombras oscuras bajo los ojos, así eran los ojos de ella.

Si los miras, te olvidarás de todo lo demás: te ahogarás, te debatirás en estos mares azules hasta la segunda venida de Cristo, rogando a Dios para que la estentórea trompeta del arcángel te libere cuanto antes de tu cautividad marina… si todavía te queda memoria de Dios, y si no crees que el diablo ha robado al cielo la trompeta del juicio.

Qué vas a pensar sino: que su sangre es un mar-océano azul, y que si su rostro es blanco, blanco azulado, es porque transparenta el azul marino; en sus venas no hay un mar azul sino un cielo azul, en el lugar del corazón hay una lámpara de aceite roja como un sol rojo; y sus labios te parecerán de color púrpura: precisamente esos labios púrpura te apartarán de tu prometida; y su sonrisa burlona será para ti una sonrisa tierna, tierna… y triste; y toda ella será para ti una querida hermana pequeña, la patria que aún no has olvidado en los sueños de la vida… será para ti la patria que soñamos tristemente en otoño, esos días en que las hojas anaranjadas dan vueltas como torbellinos en el frío azul del octubre que se despide; y los cabellos rojos de la carpintera serán para ti la hoja que da vueltas como un torbellino en el viento y vuela al cielo, y el resplandor, y el temblor de otoño; pero entonces te percatarás de que estos ojos que lo iluminan todo, bizquean; uno te

mira a ti, el otro mira hacia otro lado; entonces te acordarás de lo pérfido y embaucador que es el otoño.

La carpintera tiene los ojos bajos: los dos ojos ardientes de Matriona Semiónovna se clavan en ti; entonces comprenderás que ella no te comprende y que es como una bruja; pero si baja la mirada y la fija en el barro, la paja y las virutas, y si cruza las manos llenas de callos sobre el vientre, una sombra recorrerá su rostro, se acentuarán las arrugas junto a la nariz, las marcas de viruela de la piel —que son numerosas— se harán más marcadas, el rostro se volverá mate y se cubrirá de sudor, y de nuevo se le hinchará el vientre, y en las comisuras de los labios se estremecerá un pliegue, que no es otra cosa que descaro: entonces se convertirá para ti en una mujerzuela desvergonzada.

Matriona está en el patio de su casa: está ordeñando la vaca; el cubo resuena; ahora está debajo de la vaca; el cálido chorro de la perfumada leche salpica en el fondo de metal.

Se oyen unos pasos en la oscuridad, unas voces:

—«¡Matriona, eh, Matriona!». —«¿Qué?». —«¡Querida, dame cariño…!». —«Oh, no tienes vergüenza, no voy por ahí dando besos…». —«¿Estás sola?». —«No me molestes…». —«¡Vamos a tu casa!». —«¡Oh, cómo eres…!». —«¿Vamos…?». —«Él puede volver en cualquier momento…». Suspiros, jadeos: pasos apresurados y algarabía en el patio; las gallinas se alborotan: una gallina batiendo las alas vuela al henil, y de allí, sobre una cabeza, cae un poco de caca seca de paloma.

Ya están en la habitación: una solitaria lámpara verde ilumina el rostro radiante del Salvador que bendice el pan; en sus cabellos hay virutas, restos de madera; todos los objetos, hasta el último, han clavado su mirada en este instante en Piotr; el rostro sudoroso de Matriona Semiónovna es blanco bajo la luz verdosa, los ojos bajos y los dientes brillan en la boca sonriente: blanca bajo la luz verdosa, como un cadáver verdoso, el rostro de una hechicera sentada delante de él; es ella quien se acerca a él, lo abraza, aprieta sus gruesos pechos contra él, una fiera que muestra los dientes: ahora la vieja casa navega por espacios inconmensurables, en el mar verde de las cimas con —allí, allí— una mano que se agita en señal de despedida, la mano de su *princesa* Katia.

¿Qué es esto, Dios mío?

Y estalló en sollozos delante de aquella bestia salvaje, como un niño grande abandonado por todos; y la cabeza le cae sobre las rodillas; y en ella se observa un cambio; ya no es una bestia salvaje; estos enormes ojos familiares llenos de lágrimas se hunden en su alma, y no es un rostro ajado después de este acceso de pasión, sino un rostro perfumado el que se inclina hacia él.

—¡Oh, pobrecito mío! Oh, hermano mío: toma, para ti, te regalo mi cruz…

Se desabrocha el cuello de la blusa y apartando de su cuerpo ardiente una cruz de metal, barata, se la cuelga al cuello.

—¡Oh, pobrecito mío! ¡Oh, hermano mío: toma a tu hermana tal como es…!

La noche ya ha caído sobre los arbustos y mi héroe ya se ha marchado de la isba del carpintero y un perro ha ladrado a su paso, ya su rastro se pierde en la oscuridad, y cuando se da la vuelta ve que una mano levanta en el umbral una lámpara trémula que silenciosamente arroja en su oscuridad una oleada de luz roja turbia, y detrás de la luz,

debajo de la tela roja con lunares blancos está el rostro de Matriona Semiónovna que sonríe voluptuosamente en la oscuridad, los ojos cegados por la luz; parece tan pequeña allí; su rastro se pierde, pero ella sigue de pie y sostiene la lámpara tras las huellas que se desvanecen; durante mucho rato sigue parpadeando el ojo encarnado; hasta que finalmente este lugar de vigilancia se quedó a oscuras; pronto en este lugar cantó el gallo y se oyó en todo Tselebeyevo; y otra canción apenas audible se hizo eco como de… en fin, Dios sabe desde dónde le respondió.

El encuentro

Aún seguían de pie acariciándose, entre ellos brotaba una cercanía indescriptible, cuando en el umbral del zaguán resonaron unos pasos, y apenas tuvieron tiempo de apartarse bruscamente uno de la otra cuando en el umbral apareció el amo recién llegado de Lijov, Mitri Mirónovich Kudeyárov, el carpintero.

—¡Oh-oh-oh! —empezó a tartamudear y entró.

Los pies descalzos de Matriona Semiónovna se movieron pesadamente hacia un lado, allí escondió el rostro intensamente rojo y ardiente en el delantal indescriptiblemente sucio, y se quedó a la expectativa: en su rostro se reflejó cierto descaro curioso y un ligero rubor; pero ¿qué podía temer? Si había estado con el señor era porque tenía permiso, más aún, la orden de su compañero, pero el miedo se introdujo en ella y le castañeteaban los dientes: puede que hubiera cumplido la orden secreta del carpintero, pero a lo mejor no como era debido: la orden se había convertido para ella en un impulso dulce y voluntario; un segundo más y todo en ella se heló, cuando la mitad muerta y delgada del rostro del carpintero se clavó en el icono, mientras la mano muerta, delgada como una espina de pescado, se levantó para hacer la señal de la cruz; el corazón de Matriona presentía que había cometido un pecado ante su compañero; Matriona Semiónovna, despeinada por los besos, los abrazos, las caricias, se arreglaba el rostro con manos temblorosas y discretamente, en la oscuridad, se abrochó la chaqueta.

Pero, por lo visto, el carpintero no observó nada de esto; miró a Darialski con una mirada afable: para ser más exactos, fue su nariz prominente por delante de su rostro la que miró a Darialski; sólo la larga barba amarilla colgaba hacia el suelo con un reproche.

—M-m-m-mucho… (dejó de tartamudear), mucho… se podría incluso decir que mucho gusto de ver a un hombre de pensamiento en nuestra guarida… Mucho…

Y le tendió a Darialski su ancha mano llena de callos.

Pero el carpintero lo había visto todo e incluso estaba algo asustado; que hubiera sucedido algo parecido y, además, qué sucedería a continuación… «No, no puedo, no puedo», pensó y suspiró, pero no tenía idea de lo que no podría soportar; sólo sentía que el olor de pan negro que llenaba la isba cerrada le ahogaba.

Con el ceño severamente fruncido y con la cabeza baja, Darialski miraba de reojo al carpintero, era una mirada salvaje, brillante; estaba preparado para dar al carpintero una respuesta y a defenderse; no se podía adivinar en él la menor huella de las emociones recientes; en un instante el ojo de mi héroe había medido la situación a fin de hacer frente

dignamente a lo que podía ocurrir entre ellos; pero la amabilidad del carpintero y, aún más, su mano encallecida dejaron a Piotr sin fuerzas.

—Yo esto… a mí, bueno… en realidad, vengo para hacerle un encargo: necesitaría una silla, de madera, ya sabe, con un gallo tallado —dijo lo primero que se le ocurrió.

—Se puede hacer… se puede hacer… —el carpintero sacudió la cabellera—, se puede hacer —y en esa manera de sacudir su cabellera había algo de condescendencia, tal vez un estímulo, pero sobre todo un escarnio malvado, apenas perceptible: el carpintero de buena gana habría cogido a esta mujerzuela ruin de los pelos y la habría tirado al suelo, le habría arremangado la falda y le habría dado patadas; mientras, esa mujerzuela ruin observaba al carpintero; los ojos decían: «¿No fuiste tú, no fuiste tú, Mitri Mirónovich, tú mismo, quien me dijiste y repetiste que lo hiciera, que metiste tu fuerza en mi pecho?».

Sí, es cierto, el carpintero la había persuadido, justo; pero de alguna manera las cosas no habían salido como quería; sin oraciones, sin ceremonia; lo habían hecho sin rito, sin ceremonia, de forma vulgar, sólo por vicio; él estaba enfermo: el ayuno y la tos lo habían secado; ocuparse ahora de la naturaleza femenina, puaf: todo esto lo había conocido ya el carpintero, pero era necesario que Matriona diera a luz, y sabía las consecuencias que se derivarían de ello y las consecuencias de las consecuencias: las consecuencias serían el nacimiento del *espíritu*, la expansión de las palomas por la tierra y la liberación de los campesinos; estaba claro: Matriona debía liarse con el señor; pero había algo que no marchaba, y los celos le roían el corazón. «¡Cómo han podido hacerlo en mi ausencia!», piensa, y de disgusto escupe, y se rasca el cabello evitando mirar a mi héroe.

—Así que una silla, bien, se puede hacer… una silla de madera tallada; sí, se puede… Y que en el respaldo haya un gallo o una paloma, esto también se puede… Y esto no quiere decir nada, es decir, hay de todos los estilos…

Ante la palabra «paloma». Darialski tiene un sobresalto, como si una mano grosera hubiera rozado un misterio; y se lleva la mano a la gorra:

—Bien, de hecho, en su ausencia, le estaba esperando… Ahora debo irme.

—Qué dice, esto… se puede decir, no nos haga un feo: yo, es decir, veo que es de los nuestros —Kudeyárov le guiña un ojo—, qué van a pensar: yo entro en la isba, y usted se va; ¡no es posible…!

Y claramente Kudeyárov hace tres veces la señal de la cruz delante de Piotr sobre la mesa; y en la cabeza de Piotr todo da vueltas; ahora ya no puede escapar de la casa del carpintero; y de sus labios están a punto de escapar las palabras: «En forma de paloma».

Pero el carpintero ya anda atareado alrededor:

—Además: le ruego que tenga la bondad de aceptar compartir nuestro pan y nuestra sal… Prepara el samovar, Matriona Semiónovna… En qué estarás pensando, boba —el carpintero se da cuenta de pronto de algo—, ¿no invitas a nuestro huésped a entrar en nuestra sala de *recibir*?

De pronto golpea los talones y le grita:

—Mira, tienes al huésped en la oscuridad, lo llenas de virutas y serrín: ¡venga, muévete, enciende la luz…!

Y Matriona pasó silenciosamente a su lado, lanzando una mirada atemorizada por encima del hombro a los ojos del carpintero: no podía comprender la razón de ese comportamiento; ¿no era el propio Mitri Mirónovich quien le había indicado cómo debía

comportarse con el amable señor? En cambio, ahora parecía que el carpintero se había enfadado con ella.

—¡Boba! —masculla entre dientes a su paso, mientras piensa: «¿Se han acostado ya…? ¿No podía esperar a mi regreso?». Con amabilidad redoblada, tosiendo, le espeta a Piotr:

—Disculpe a esta pobre estúpida: fíjese, tiene virutas en la ropa y tiene el bigote lleno de serrín, y también el pelo; le ruego que me acompañe a la sala.

A Darialski lo volvió a embargar la inquietud; y de nuevo, al cabo de un minuto, le pasó.

Ahora están los tres sentados a la mesa; intercambian palabras dulces; están sentados, toman el té entre cuadros y cromolitografías. Darialski habla exaltado de los derechos del pueblo, de la fe.

Pero el carpintero da vueltas a una idea fija: pueden pasar toda suerte de cosas sin la oración y la vigilancia de los hermanos, y no pasa nada; pero eso, eso no está bien: «¡Cómo han podido hacerlo en mi ausencia, puaf!». Otra vez el carpintero se siente ofendido; aunque ha procurado no acercarse a Matriona, a veces también la ha acariciado, no estaba en contra; pero, mira por donde, el señor también la ha acariciado.

El carpintero se sobrepone.

—Y bien, pues: es justo, oprimen al pueblo; cerca de Lijov, en el barranco, ha habido un mitin con *aradores…*

—Por lo que hace a la silla, es posible… Todo es posible: trabajamos todos los estilos… de avellano, de caoba…

—¡Si no fuéramos campesinos, si fuéramos ciudadanos libres, es decir, cristianos, ya verían!

—Sí, el hecho es claro: los pequeños no tienen suficiente dignidad…

Apenas Piotr había salido por la puerta Mitri Mironovich se dirigió a Matriona:

—Desvergonzada: venga, habla, ¿te has liado con él o no?

—¡Sí! —no dijo sino que bramó Matriona, como un sollozo, acurrucada junto al lecho, tapándose con la manta; le miraba con una mirada bizca y torva.

—Se han liado, se han liado —gemía el carpintero.

No tardó en volver la calma. Matriona se había tapado con la manta; el carpintero, apoyando su mano callosa en la mesa, sin cinturón, seguía de pie inmóvil, y su otra mano, huesuda, asomaba por debajo de la camisa roja sudada, tiraba de la barba rala, el cuello desabrochado de la camisa, la gran cruz al cuello, se alzaba bruscamente por encima de su cabeza y después desaparecía en los mechones amarillentos de su cabellera; así estaba el carpintero con la boca entreabierta, con los ojos semicerrados mirando hacia sí, y se dibujaba en su frente un pliegue doloroso que parecía para siempre: pequeñas arrugas corrían y se estremecían por todo su rostro, aunque parecía que un pensamiento, grave y profundo, iluminaba todas las expresiones fugaces de ese rostro de icono; una gota de sudor se deslizó por su frente, tembló en la pestaña, se deslizó por la mejilla y se perdió en el bigote.

Finalmente, un rostro tranquilo se volvió hacia Matriona y se convulsionó bruscamente:

—¡Ahhh…! ¡Desvergonzada…!

Y ya no la veía; estaba de pie, la nariz apuntando al suelo, murmuraba y sacudía la cabeza:

—¡Ahhh…! ¡Desvergonzada!

Lentamente se dejó caer en el banco; lentamente dejó caer los brazos en la mesa; lentamente dejó caer la cabeza entre sus brazos; una cucaracha de patas ligeras corrió hacia él por la mesa, se detuvo justo delante de su nariz, moviendo las antenas.

La noche

Arbustos, cerros, barrancos; y más arbustos; a través de esta confusión de ramas, de sombras y de los fuegos del crepúsculo discurre un sendero sinuoso; Piotr se dirige rápidamente hacia allí… hacia lo más profundo del poniente… hacia los arbustos, los cerros, los barrancos, entre los ojos verdes de los gusanos de luz.

Yevséich intenta darle alcance.

—Señor Piotr Petrróvich, ejem-ejem-ejem, ¿qué será de nosotros? Tenga piedad, venga a ver a la señorita; ¡la señorita está desesperada y llora!

Por toda respuesta se oye el crujido de las ramas secas y el chapoteo de unos pies que atraviesan el pantano hacia Tselebeyevo…

—Ejem-ejem-ejem —tose Yevséich; no consigue alcanzar a Piotr Petrróvich: ¿cómo va un anciano con las piernas enfermas a alcanzar a un joven?

Yevséich toma la dirección de Gugolevo; está oscureciendo y la noche turbia como un caos de ceniza se abate sobre él.

Todo está muerto en el parque de Gugolevo: bajo la ventana, la anciana, rodeada de almohadones, se hunde en sus mantas; desde el exterior, por la ventana abierta, las tinieblas se abaten sobre ella; un haz de luz dorada procedente de la lámpara sale a su encuentro; una pequeña brisa azuza las ramas medio iluminadas de la parra salvaje dentro de la habitación…

¿Dónde está Katia…?

Allí, allí delante está Tselebeyevo: Katia está atemorizada; sola, pálida, avanza escondiéndose; además, Katia ha adelgazado; como un pequeño tronco gris, delgado, bajo una telaraña blanca y esponjosa, va vestida con un vestido gris claro y con el chal de color pálido de sus cabellos, se funde pálida en la bruma azul y cenicienta, se ahoga en el mar de la noche; su pequeño rostro delgado apenas se mantiene en la superficie de ese mar; se dirige hacia allí a escondidas de la abuela, de las criadas de Gugolevo e incluso de Yevséich: unos pasos van a su encuentro; en el resplandor pálido del relámpago, allí, detrás de los arbustos: es Yevséich, que va a su encuentro; Katia se esconde de él en los arbustos; y el viejo hace lo mismo, él también… se dirige hacia allí en secreto.

El viejo está detrás de ella, a distancia; en el pálido resplandor del relámpago ha visto una vez más la espalda gris del lacayo al darse la vuelta.

—¡Yevséich, Yevséich! —llama en la oscuridad la asustada muchacha, pero Yevséich no la oye; Katia lo ve alejarse… y llora.

Sus ojos son como pedazos de azul nocturno que vigilan a Katia desde la penumbra, rodeados por el encaje negro de las hojas caídas: Katia se detiene… y llora.

La ruina de la abuela, la bofetada, la pérdida estúpida de los brillantes, la terrible desaparición de Piotr, las habladurías sobre esta desaparición y esa pérdida, finalmente esa carta ruin, sin firma, llena de garabatos, escrita por una mano inculta, en la que se denuncia

de forma insolente que Piotr tiene un romance con la intrusa. Katia mira las estrellas… y llora, y sus pequeños hombros se estremecen al oír el crujido nocturno de las hojas; todo el mundo conoce este crujido: es un crujido particular que no se oye durante el día.

Schmidt se lo explicará todo: él buscará a Piotr.

Ahí están las isbas; es como si se hubieran acurrucado en las manchas negras de los arbustos, están dispersas y le guiñan malévolamente unos ojos llenos de crueldad y fuego; son como una horda enemiga que se ha instalado en los arbustos como manchas de fuego, casas bizcas, una confusión de sombras desde donde se alzan los dedos negros de los nidos de los vencejos, y todo esto vigilaba el bosque, todo esto seguía a Katia cuando estaba en el claro del bosque, pero sólo ahora lo había descubierto; cuando ha salido del bosque tenebroso ha descubierto una confusión de luces; y ahora, mientras la muchacha estúpida se acerca a la aldea, el pesado campanario blanco pasa a su derecha con un chillido agudo: es un vencejo que se ha despertado por un momento.

Se han mojado los zapatos ligeros en la maleza, las hierbas han mojado el vestido y un estremecimiento le recorre la espalda; Katia se ha extraviado, se ha metido en un prado de suave pendiente; ahí, de un arbusto de la pendiente, surge una isba de donde sale por la chimenea torcida una columna de humo y brilla una lucecita; un cuadrado de luz sangrienta cae de la ventana sobre la hierba; la cruz negra de la ventana cae sobre la mancha de luz; y todo ello se desliza hacia los arbustos, donde está Katia de pie; siente cierta incomodidad, al tiempo que una alegría malsana, al ver en esta claridad rojiza el diamante trémulo del rocío en las hojas y los tallos delgados; de pronto sintió miedo: el rostro de alguien que lleva un gorro se tiñó de rojo sangre bajo la ventana; la barba, la nariz roja señalan hacia la ventana: los ojos también están fijos en la ventana: ¿a quién se dirigía la amenaza de ese puño iluminado con una claridad sangrienta? Y en silencio se alejó del lugar, huyó lejos: ¿cómo haría para encontrar la dacha de Schmidt?

Sólo ahora comprende que era el tendero de Tselebeyevo, Iván Stepánov, quien estaba bajo la ventana: entonces, ¿por qué se asustaba su corazón de niña?

Si se hubiera acercado a él, le habría indicado la ventana, y al otro lado de la ventana habría visto a Piotr sucio, desgreñado, la mujer de nariz chata y picada de viruela, con ese rostro astuto y demacrado que guiñaba el ojo a Piotr, que estaba detrás del plato de té que había acercado a sus bigotes amarillentos; lo habría visto todo; fue una suerte que no lo viera.

Darialski salió de la isba, la luz se perdía en la oscuridad y, dándose la vuelta, vio que una mano levantaba una lámpara de petróleo que silenciosamente lanzaba a la oscuridad una corriente de luz roja mate, en el centro de la cual se veía a Matriona desde lejos de pie, y se perfilaba voluptuosamente el rostro que iluminaban unos ojos de luz cegadora y una sonrisa que dedicaba a las tinieblas donde él se encontraba, y: ¡qué pequeña parecía…!

Darialski erraba por la aldea y los perros ladraban; los perros seguían sus huellas, se precipitaban detrás de él en la oscuridad pero regresaban corriendo con un aullido. Caminando sin objetivo saltó la valla del jardín del pope; casualmente pasó bajo la ventana abierta. Oyó la voz de la mujer del pope:

—Ya le diré, lleva un bigote negro, como un auténtico grillo, sería un buen prometido para usted, ha venido de vacaciones, además es noble.

Darialski no se pudo contener, miró por la ventana, ¿qué fue lo que vio? La pequeña Katia verdosa, encogida en un rincón, se esforzaba por sonreír: la mujer del pope la

aplastaba con el vientre, con el pecho y sus chismes; y Schmidt, con un aspecto lamentable, fingía escuchar la palabrería de Vukol, quien, entre tanto, vestido con una sotana blanca, liaba cigarrillos bajo la lámpara; Schmidt observaba a Katia atentamente, y una inquietud apenas perceptible recorrió su cara.

Darialski salió corriendo.

Unas voces quedas se acercan en la oscuridad inquietante, unas palabras quedas en la oscuridad inquietante resuenan en el rocío:

—No, no es una calumnia, es cierto.

—Entonces, ¿no es un ladrón?

—No, no es un ladrón: hay una coincidencia buscada de circunstancias; los enemigos escondidos en la oscuridad dirigen sus acciones. Llegará la hora y pagarán por todo, por todo: por él y por esos a quienes ya han llevado a la perdición.

—¡Piotr, mi Piotr con esa mujer!

—Piotr piensa que se ha alejado de usted para siempre; pero eso no es una traición, no es una huida, sino una hipnosis terrible que lo abruma; salió del círculo que aún lo puede ayudar y ahora los enemigos triunfan sobre él, triunfa el enemigo que se burla de nuestra patria; miles de víctimas inocentes, pero los culpables siguen escondidos; y entre los simples mortales nadie sabe quiénes son los verdaderos culpables de todos estos sucesos absurdos. Cálmese, Katerina Vasílievna, no caiga en la desesperación: ahora todas las fuerzas oscuras atacan a Piotr; pero Piotr aún puede vencer; debe sobreponerse y renunciar a la obra personal de su vida; debe reconsiderar su posición en relación con el mundo; y los fantasmas que han adquirido para él carne y hueso, estos fantasmas serán derrotados; créame, sólo las almas grandes y poderosas están sometidas a esta tentación; sólo los gigantes se rompen como Piotr; no ha aceptado la mano tendida que le ofrecía ayuda; ha querido conseguirlo todo por sí mismo: su relato es absurdo y monstruoso; como si fuera explicado por un enemigo que se burla de lo que puede constituir el futuro feliz de nuestra patria… Mientras pueda rezar, ¡rece por Piotr!

Así hablaba Schmidt cuando acompañaba a Katia hasta Gugolevo; de pronto, delante de ellos se oye el crujido de unas ramas secas; una linterna lanza un haz de luz blanca, y Katia ve: en el círculo de luz blanca, un lobo salvaje parece que estirara la cabeza, surge la cabeza de Piotr; sus ojos turbios de borracho erran; un instante, y al siguiente, la oscuridad.

Unas manos seguras retienen a Katia con fuerza para que no se mueva cuando quiere lanzarse hacia Piotr:

—¡Quieta, ni un paso: si ahora corre detrás de él, no volverá!

Una oscuridad azul y húmeda ha empapado durante horas los campos con su transparencia, tiene reflejos verde-azulados, brillo de ópalo allí donde se ha puesto el sol, donde la cresta negra del bosque de pinos se perfila en el resto todavía claro del esplendor reciente; la humedad turbia queda al este, a excepción de un solo lugar, todo inflamado por la luna que aún no ha salido; alrededor todo está negro pero el aire es transparente, los arbustos se perfilan como manchas negras, bordeadas de encaje y el susurro de las hojas; un pedazo negro de este susurro, como de una hoja arrancada, se agita aquí y allá; ha desaparecido en el encaje de los arbustos: era un murciélago; un mar compacto sobre la

cabeza, un cubo azul, se derrama con las lágrimas estivales de las estrellas que brillan débilmente; Darialski y Katia contemplan las estrellas… desde dos lugares distintos del bosque que susurra tristemente. Miran las estrellas y… los recuerdos les hacen llorar.

Capítulo V

Demonios

Un refugio

¡Qué extraño!: cuanto más juicioso era el interlocutor de Piotr, cuanto más flexible y más sutil su astucia, cuanto más caprichosamente y con mayor complejidad se perfilaban los zigzags del pensamiento de este interlocutor, más aliviado se sentía Piotr en su presencia, él mismo se sentía menos complicado; bajo las maneras inútilmente afectadas del joven de paso se encendía en él la inteligencia y la simplicidad fatigada del combate con las preocupaciones espirituales; hoy había venido a casa de Schmidt, estaba sentado a su mesa, hojeaba las cartas dirigidas a su nombre, atezado, sin afeitar: una sonrisa de felicidad se había paralizado en su rostro; una sonrisa que parecía petrificada; sentado aquí le parecía estar en la frontera de dos mundos alejados: el pasado amado y la nueva realidad dulce y terrible, como un cuento de hadas; el azul profundo y alto como el cielo de otoño perlado de nubes esponjosas observaba a Schmidt por la ventana a la vez que Tselebeyevo; en la lejanía se veía cómo el pope, sentado en un tronco, escupía indignado con Iván Stepánov; Iván Stepánov le decía:

—Soy de los que piensan que ya sería hora de arrestar al carpintero: forma parte de una secta y de las más dañinas; además, esa mujer, puaf, es una mujer descarada: incluso puede que pertenezcan a esas famosas palomas. Ya hace tiempo que los vigilo…

—Bueno, Stepánov, creo que piensas así porque eres un hombre temeroso de Dios; una cosa es cierta: Mitri Mironovich se interesa por los textos sagrados, pero de eso a decir que…

—Y a ese señor de Gugolevo, me atrevo a decir que lo han embrujado, encantado: ¿cómo si no se pondría a trabajar con el carpintero?

—¡Un capricho de señor!

Y el padre Vukol puso los labios en forma de trompeta y escupió con ganas sobre la hierba que se tostaba al sol; tenía los ojos llenos de cielo: limpio, dulce, perlado de pálidas nubes esponjosas por encima de las cuales se veía el azul.

Al cabo de poco, Stepánov marchó a su tienda; se cruzó con un hombre que tuvo el atrevimiento de tenderle la mano y graznar: «¡Ah!, Iván Stepánov…, ¡déme la mano…!».

—Apártate: no estrecho la mano de desconocidos; puede que tengas alguna enfermedad, ¡quién sabe!

Y siguió adelante.

Darialski, que seguía mirando por la ventana, no oyó nada de esto; veía el cielo, las nubes esponjosas, las isbas de colores vivos y la silueta lejana del pope que parecía recortada sobre el prado; de vez en cuando intercambiaba con Schmidt algunas palabras breves, fugaces.

Schmidt estaba sentado, sumergido entre papeles; delante de él había una larga hoja, en la hoja había un círculo trazado a compás con cuatro triángulos que se entrecruzaban en el centro y una cruz en su interior; entre cada esquina por la parte superior unas líneas dividían el espacio en doce partes a las que se les había asignado un número romano, donde el «diez» estaba en la parte superior y el «uno» en el lado derecho; esta extraña figura era más alta que el espacio dividido de nuevo en 36 partes; en cada una de esas partes se hallaba el símbolo de los planetas, de manera que sobre cada grupo de tres símbolos había un signo del zodíaco; en las doce casillas mayores había coronas, cruces y los símbolos de los planetas, a partir de los cuales unas flechas finamente trazadas pasaban por el centro del círculo y cortaban la estrella; además, sobre esta figura había unas inscripciones escritas con tinta roja: «La Víctima», «El Segador», «El Tres de Copas», «La Luz Cegadora»; a un lado de la lista estaban inscritos unos textos extraños, como por ejemplo: X-10: La Esfinge (X) (99 cetros); 9, El León, Venus; 10, Virgo, Júpiter (La reina de espadas); 7, Mercurio, Séptimo arcano, etc.

Schmidt dijo:

—Naciste en el año de Mercurio, en el día de Mercurio, a la hora de la Luna, en ese lugar del cielo estrellado que lleva el nombre de «Cola del dragón»: para ti, el Sol, Venus y Mercurio están oscurecidos por aspectos malvados; el Sol está oscurecido por la cuadratura con Marte; Mercurio está en oposición con Saturno; y Saturno es esa parte del cielo estrellado del alma donde estalla el corazón, donde Cáncer vence al Águila; además, Saturno presagia una desgracia en el amor al hallarse en la sexta casa de tu horóscopo; además, está en Piscis. Saturno te amenaza con una desgracia: reflexiona, aún no es tarde para evitar este mal camino…

Pero Darialski no respondía: observaba las estanterías de libros; allí había unos libros extraños: la *Cúbala* en una cubierta cara/preciosa, la *Mercaba*, los tomos del *Zohar* (Schmidt siempre tenía abierto el *Zohar* sobre la mesa en una página que doraban los rayos del sol: esta página dorada, que captaba la atención del observador sorprendido, proclamaba la sabiduría de Simón Ben Yohai); allí había anotaciones manuscritas de las obras de Lucius Firmicus y de los comentarios astrológicos del *Tetrabiblos* de Ptolomeo; también estaba el *Stromata* de Clemente de Alejandría, los tratados latinos de Hammer y entre ellos un *Baphometis revelata*, donde se podía seguir la relación entre la rama árabe de los ofitas con los templarios, donde las abominaciones de los ofitas se mezclaban con la divina leyenda de Titurel; estaban las listas manuscritas de *El pastor de los pueblos*, del eternamente misterioso *Siphra di-Tseniutha*, uno de los libros atribuidos al propio Abraham, aquel *Sefer* en relación con el cual el rabino Ben Hanania juraba que le debía unos milagros; sobre la mesa había unas hojas que una mano temblorosa había cubierto de signos, pentagramas, esvásticas, círculos en los que estaba inscrita la «tau» mágica; allí había una tabla sinóptica con unos jeroglíficos sagrados; una mano antigua había representado una corona de rosas sobre la cual había una cabeza humana y, debajo, la cabeza de un león; a los lados, la cabeza de un toro y la de un águila; en el centro de esa corona se hallaban dos triángulos entrecruzados que formaban una estrella de seis puntas

con unas cifras en los ángulos, 1, 2, 3, 4, 3, 6, y con una cifra dibujada en el centro, 21. Bajo el emblema, Schmidt había escrito de propia mano: «La corona de los magos — T = 400»; había otras figuras: un sol que cegaba a dos jóvenes con el texto: «Quilolath — la verdad sagrada: 100»; Tifón sobre dos personas unidas, bajo el cual Schmidt había escrito: «Es la cifra sesenta, cifra del misterio, del destino, de la predestinación: es decir, el decimoquinto glifo hermético Xiron». Había allí también unas palabras totalmente incomprensibles: «Atoim, Dinaim, Ur, Zain». A un lado, sobre una silla, aparecía un diagrama místico con los diez cefirotes dibujados en el orden habitual: «Kether, primer cefirote: ornamento de Dios, el primer resplandor, el primer rayo, el primer movimiento, el canal primigenio, *Canalis supramundanus*», y el octavo cefirote, Hod, con la inscripción: «La serpiente antigua». Había textos extraños sobre la madera blanca de la mesa, como por ejemplo: «La línea recta del cuadrado es fuente e instrumento de todo lo sensible», o bien: «Todo el mundo material se describe con la cifra cuatro».

La cabeza calva de Schmidt emergía de los libros, de los símbolos y esquemas, y la voz avejentada seguía intentando persuadir a Darialski:

—Júpiter en Cáncer te habría presagiado la superación, la nobleza y el sacerdocio, pero Saturno lo ha modificado todo: cuando Saturno entre en la constelación de Acuario, te amenazará una desgracia; y es precisamente en estos días cuando Saturno está en Acuario. Te lo digo por última vez: ¡Ten cuidado! Puesto que Marte está en Virgo, todo se podría evitar si Júpiter en tu horóscopo anual estuviera en el lugar de tu nacimiento: pero Júpiter está en el lugar del destino…

Piotr está desconcertado: recuerda los años pasados, cuando Schmidt manejaba su destino y le descubría el camino cegador del conocimiento esotérico; estuvo a punto de marchar con él al extranjero… *a ellos, a los hermanos*, que de lejos influían en su destino; pero Darialski mira por la ventana y al otro lado de la ventana está Rusia: isbas blancas, grises, rojas, unas camisas que se perfilan en el prado y una canción; y el carpintero vestido con una camisa roja que se dirige a casa del pope; y el cielo azul, acariciador. Darialski se vuelve hacia su pasado: se vuelve de espaldas a la ventana, de la ventana desde donde le llama Rusia, agonizante, hacia el nuevo dueño supremo de su destino que lo llama de lejos, el carpintero; y le dice a Schmidt:

—No creo en el destino: la obra de la vida vencerá en mí…

—La astrología no enseña el poder del Hado. Éste dice: el pensamiento y la palabra han creado el mundo, el todopoderoso, y los siete espíritus de los genios-protectores que aparecen en las siete esferas; el destino consiste en su descubrimiento; el hombre asciende de círculo en círculo; en el círculo de la Luna recibe la conciencia de la inmortalidad; en el círculo de Venus recibe la inocencia; en el del Sol, se llena de luz; en Marte aprende la humildad; en Júpiter, la sensatez; y en Saturno contempla la verdad de las cosas.

—Me agasajas con *El pastor de los pueblos*, que lleva la huella del alejandrinismo tardío; nosotros, los filólogos, amamos lo que se pierde en la noche de los tiempos, pero allí aún no existe la ciencia ancestral de los magos.

—Al parecer has olvidado que no me baso en documentos externos, sino en la tradición oral. He visto con mis propios ojos alguno de los textos más antiguos, desconocidos para vuestra ciencia, allí…

Pero Darialski se pone de pie: un rayo de sol azota la ventana.

—¿Tienes algo más que decir?

—¡No!

—Adiós: me voy de aquí, no hacia los *tuyos* sino a los *míos*-, marcho para siempre, no me busques.

Salió a la calle; el sol le cegó los ojos.

Schmidt aún siguió mucho rato sentado entre sus cálculos; una lágrima de compasión se detuvo en su vieja mejilla: «¡Se ha malogrado!». Y si de improvisto hubieran entrado gentes de Tselebeyevo, seguramente se habrían sorprendido al ver que Schmidt, el veraneante, derramaba lágrimas amargas.

Era el único veraneante de los alrededores; llegaba a finales de marzo a estos lugares perdidos en el fin del mundo y no se volvía a ir hasta que el viento llevaba a nuestra aldea el rugido de las primeras tempestades de nieve; el veraneante no tenía dientes, era calvo, le quedaba algún cabello cano; en las horas más cálidas del día se paseaba por los alrededores con un traje de seda amarilla, apoyándose en un bastón y con un sombrero de paja en la mano; lo rodeaban los chiquillos y chiquillas de la aldea; el veraneante iba a visitar al pope; y siempre llevaba consigo polvo persa para las chinches; seguía sin creer en Dios, aunque era ortodoxo; esto era lo único que se sabía del veraneante en Tselebeyevo.

El escándalo

¿Qué ocurrió en la tienda de Iván Stepánov, qué fue ese ruido de frascos rotos, por qué salió corriendo de la isba el tendero en persona con mermelada de cereza pegajosa en la cabeza que le caía por la cara? Todo esto quedó sin explicación; una vez fuera, corrió directamente a la cisterna para meter la cara en el agua; para lavarse, se lavó a conciencia un buen rato, y cuando estuvo limpio descubrió que tenía una herida sangrienta que le cruzaba la nariz, como si alguien le hubiera cortado con un cuchillo. Sólo cuando estuvo bien limpio recuperó el ánimo el tabernero; hasta que no estuvo limpio no se dio cuenta de que no debería haber salido de la casa de esa manera.

Pero nadie le prestó atención: en efecto, mientras se lavaba con energía para quitarse de la cara y los cabellos la mermelada de cereza, los vecinos de Tselebeyevo estaban ocupados con otro suceso, también extraordinario: por el camino de Lijov se había levantado inesperadamente una nube de polvo, y allí, dentro de esa nube de polvo, había surgido un rugido asustado que encogía el alma; la nube de polvo se desplazaba hacia la aldea con una rapidez increíble; delante de ella corría un monstruo rojo: era como si un diablo rojo hubiera brotado del horizonte para precipitarse en la aldea; apenas tuvieron tiempo los hombres y las mujeres de precipitarse fuera de las isbas, cuando el diablo rojo ya estaba plantado allí, inmóvil en mitad del prado verde, jadeaba y resoplaba, pero ya sin bramar, obligando a las narices a arrugarse a causa del olor a petróleo. Era un automóvil, de ésos que se decía que transportaban a la gente sin ayuda de caballos; del automóvil salió un hombre, encerrado totalmente dentro de una lona gris, con unos grandes cristales negros sobre los ojos; no paraba de hurgar en las ruedas, se quitó las gafas y saludó amablemente a los aldeanos que rodeaban el auto; su rostro grueso, arrugado, ligeramente amarillento y los ojos bizcos cubiertos de grasa hicieron un guiño a los vecinos de Tselebeyevo, pero éstos recularon prudentemente ante ese rostro de pómulos marcados;

incluso el pope se asomó desde el jardín de los groselleros mientras sujetaba con las dos manos a uno de sus hijos que quería correr hacia el automóvil; mientras tanto, el señor de rostro judío-tártaro volvió a colocarse las gafas sobre los ojos y se instaló en su diablo rojo; el diablo lanzó un rugido, y con un silbido salió disparado del lugar; y desapareció.

Esta circunstancia distrajo la atención de los habitantes de Tselebeyevo mientras Iván Stepánov, el tendero, se limpiaba la cara del zumo de cerezas que fluía abundantemente de la cabeza, donde se le había quedado pegado un repugnante montoncito de confitura con algunos fragmentos del frasco roto; se podría pensar que una mano perversa había roto el frasco de mermelada sobre su respetable cabeza; pero cómo se habría reído la gente de la aldea si les hubieran contado que esa mano perversa no era otra que la de su propio hijo: se habían enfrentado durante más de una hora, habían intercambiado algo más que palabras, y después, perdido el respeto y la razón, el joven se había aclarado la garganta, había escupido sobre el rostro paterno y se había lanzado contra su padre de edad avanzada con un cuchillo y, para colmo de ignominia, había roto sobre su cabeza un pesado bote de mermelada; ahora, no sin recelo, entró Iván Stepánov en la tienda; en el suelo había frascos y un zumo pegajoso; qué vergüenza si ahora entrara alguien: Iván Stepánov cerró la tienda, apoyó la barba en la mano y se quedó pensativo; era difícil adivinar si el padre apaleado estaba furioso con el hijo o bien simplemente asustado; parecía que pensaba: «Es mejor que Stiopa se marche cuanto antes; que se largue al otro extremo del mundo…».

Pero el culpable de este escándalo no sólo pensaba irse sino que ya había recogido sus cosas; estaba sentado en su cuchitril delante de la mesa sucia; en la silla a su lado había un hatillo acabado de preparar. Se marchaba de estos lugares en dirección a regiones boscosas, lejanas, libres: llevaba mucho tiempo pensando en huir de estos lugares; pensaba en los hermanos palomas: desearía que le dieran una misión que le permitiera alejarse de una vez por todas de estos lugares; estaba harto de estos lugares; se había hartado de ver cómo Matriona había preferido al señor y no a él, Stiopka; pero Stiopka estaba aún más harto de ver que su progenitor espiaba a Matriona; la visión de su padre le resultaba odiosa, lo había sorprendido espiando, lo había atrapado en flagrante delito; la noche pasada, mientras Stiopka merodeaba cerca de la isba de Kudeyárov, vio con bastante claridad cómo su padre, sin gorro, en camisa, se movía cerca de la isba; arrastraba una rama seca, la impregnaba con algo de una botella (petróleo, seguramente) y luego se ponía a frotar una cerilla; un poco más y habría comenzado el gallo rojo en la isba del carpintero; pero Stiopka, al parecer, dio la voz: su padre se escapó.

Hoy habían ajustado cuentas. Incluso sin eso, Stiopka le habría roto el cuello; lo debería haber hecho hacía tiempo; pero, bah, ¡que el diablo se lo lleve!; las palomas ya sabían por Stiopka las intenciones del tabernero; las palomas pusieron a alguien para vigilarlo, vete a saber quién sería.

Ahora, ya sin obstáculos, Stiopka abandonaba los lugares donde había transcurrido su vida turbulenta; y se quedó pensativo, su imaginación se desató (no sin motivo había salido escritor el joven); a modo de despedida, antes de dejar la casa paterna —donde, digan lo que digan, la difunta madre le había mimado—, tuvo la idea de escribir la introducción a una novela que tenía en proyecto; Stiopka sacó su cuaderno grasiento y con una pluma oxidada escribió la introducción que sigue: «Todo estaba tranquilo; la aldea dormía; sólo se oía el mugido de una vaca en algún lugar, un perro ladraba y unos postigos chirriaban sobre las bisagras herrumbrosas; además, el viento ululaba bajo los tejados… En definitiva,

no estaba tan tranquilo, al contrario, había incluso mucho ruido, puede que no fuera lo adecuado, ya ven…». Cuando aparecieron las primeras estrellas, la negra silueta de Stiopka se alargaba a lo largo del camino iluminado por su resplandor, luego fue disminuyendo, haciéndose cada vez más y más pequeña hasta que finalmente se fundió con la negra silueta lejana que desde tiempos remotos amenazaba la aldea. Stiopka nunca más regresaría a Tselebeyevo: a saber si pasaría sus días escondido en el bosque; puede ser que allí, en el norte, ese monje negro, hirsuto, que saltó un día al camino después de tantos años, fuera ese mismo Stiopka; a no ser que a Stiopka le alcanzara una cruel bala cosaca o si, atado en un saco, el patíbulo lo hubiera lanzado a los cielos.

En Ovchinnikov

—¡Un brrromista…! ¡Un terrrrible brrromista…!

—¿Y bien?

—Es incrrreíble, ¡un terrrible brrromista!

—¿Y qué?

—Eso errra una buena fami'ia, en eso que uno se acerrrca a piano y, se oye uno de esos trrrinos, ya sabe… «¿Sabe tocarrr?», prrregunta 'a dueña… «Sí, señorrra»… «Entonces, toque porrr favorrr»… ¿Y a qué no se imagina que rrrespondió…?

—Señorrra, yo toco… de vista…

—¡Ji, ji!

—¡Ja, ja, ja!

—¡Jo!

—¡Mozo, champán! —exclamó el general Chizhikov con una cantante en las rodillas.

—¿Y dónde está ese hombre ahora, general?

—Se emborrrachó, perrdió 'a cabeza con 'a bebida; yo mismo vi en su boca una yamita azu.

—¿Y luego?

—Se empapa de a'coho' como si fuera una mecha: se le podría encender con una ceriya.

—¡Jiji!

—¡Ja, ja, ja!

—¡Jo!

—¡Mozo, champán! —exclamó el general Chizhikov con una cantante en las rodillas.

—¿De dónde ha sacado el dinero, general?

—¿Eh?

—Venga, ¿de dónde…?

—Un empleado del monte de piedad jura que ha empeñado un brillante magnífico, ¡ji, ji…!

—Espero que no fuera robado…

—¡Ji, ji!

—¡Eso esperrro! —se rió irónicamente el general.

—No, señores, el asunto no es ése: por mucho que digan… ¡Qué le vamos a hacer! Les contaré una cosa: un conocido mío, dejemos su nombre aparte, tiene una bodega por orden alfabético, de la «a a la z» incluida… Este «se quemó» allí: ¡cómo no! Así que mi amigo, cuando vas a verle, te propone un combinado con la palabra «abracadabra» o bien con la palabra «Leviatán»; de este modo: «abracadabra»: a, y te sirve anís; b, bárbaro, y te sirve brandy; r, riesgo, por el *riesling*, y así; si te bebes eso, ¡estás listo!

Eso es lo que explicaba el presidente del *zemstvo* de Chmar, completamente ebrio, acompañándose de grandes gestos de las manos.

Tapizado en seda rosada, el salón resplandecía de luz: por la puerta entraba y salía continuamente un lacayo; entraban y salían las cantantes; los ricos y los nobles del distrito estaban arrellanados en posiciones poco decorosas, unos en el sofá, otros en el diván, alguno en la mesa, y un atractivo hombre con canas y sin levita, que estaba de pie de espaldas al piano, se inclinó de pronto sobre el teclado y suspiró:

—¡Qué tiempos aquellos, qué tiempos aquellos! Moscú, la Asamblea de la Nobleza: ¿adonde ha ido a parar todo esto?

—Sí, ¿a dónde ha ido a parar? —se oyó desde el rincón.

—La mazurca: ¡tra-lalá-tra-lalá! La primera pareja era el conde Bercy de Vgrevren con Zashelkovskaya, la segunda pareja…

—La segunda pareja era el coronel Sesly con Lili —le interrumpió una voz desde el rincón.

—Exacto: la segunda pareja era el coronel Sesly con Lili. ¡Qué años aquellos! Y ahora: ¡medio cuarto al día!

—¡Qué dices! Yo hace tiempo que recibo un cuarto —se oyó en el rincón.

—¿Es posible que aún le quede algún brillantilo? —un hombre grueso que se encuentra por casualidad en esta compañía aristocrática se inclina hacia el general—, le sacaría provecho…

—Cariño, ¡regálamelo a mí! —dice la cantante arrimándose a Chizhikov…

—¡Qué dice! ¡Nunca! So'o a necesidad harrría que me separrarrra de 'as joyas de 'a fami'ia, ¡qué vamos a hacerrr, una necesitad pasajerrra! —se embrolla el general.

A su lado se oye:

—El teatro, la opereta… Te acuerdas de la *Maskotte…* Chernov, Zorina y el inolvidable: «Cómooooo amooooo a los gansooos».

—Y yoooo amoooo a los corderitooos —se alzó la voz en el rincón.

—Cuando hacen: gau-gau-gau…

—Cuando hacen: beee-beee —se oyó en el rincón.

—¡Gau, gau, gau, beee, beee!

—¡Beee!

—¡Beee! —dijeron a coro los señores de sienes plateadas, recordando la juventud, el inolvidable Moscú, la inolvidable *Maskotte…*

Sentado en un rincón, Luka Silich estaba bañado en sudor; hoy no le brillaban los ojos; hoy no tenía sentada en sus rodillas a una cantante pintarrajeada; hoy la curva de su espalda sobre el champán estaba más marcada; las bolsas bajo los ojos estaban más marcadas; el temblor de la barba gris bajo el labio era más pronunciado, el temblor de la rodilla a cuadros grises era más pronunciado: le dominaba el temblor por enésima vez, como tantas otras veces, tantas; una agradable debilidad y un vértigo lo llevaban a casa, a Annushka del Corral; ¡basta de cantantes! ¡Donde esté Annushka, que se quiten las cantantes! Hacía cerca de un mes que, a escondidas, la dueña, a instancias del propio Luka Silich, Annushka le venía a ver por las noches y dormían juntos; bebían vino dulce y se divertían; después de esas noches, la debilidad le dominaba; en general en la vejez se sentía como un crío: se volvió loco como un animal por esa mujer de pies descalzos… ¡Basta de cantantes! La rodilla, la barba, las puntas de los dedos y la copa, todo tiembla; las gotas doradas, las gotas heladas del champán salpican la mesa. Piensa: ¡Annushka! En estos momentos, Luka Silich lo ve todo borroso: ve borrosos a los aristócratas; ve sus caras ebrias; se habían reunido en la asamblea del *zemstvo* para salvar a Rusia de la revolución: ¡no podía ser de otro modo! Luka Silich ve borrosos a los comerciantes; el champán le hace ver borroso; pero a quien peor veía era a ese general de pega, Chizhikov; ese generalito era una basura; le ha procurado, mediando un porcentaje, unas letras de cambio de la baronesa Graaben; ahora tenía a la baronesa Graaben en sus manos, ahora ya no necesitaba al general; era un borracho y un tragón, además de ladrón, espía y liante.

Pero el general de pega le susurraba en el rincón:

—Bueno, si quierrre, ‘e enseñarrré os brrriyantes…

—Sí, los sueños están llenos de significados misteriosos…

—Siií…

—Los sueeeeños son premonitooorios.

—To-tal-men-te… —braman los nobles completamente borrachos, y los ojos se les quieren escapar de las órbitas; uno se dirige cantando a su vecino; éste le hace un gesto al primero; un tercero, estirando el cuello, apunta con la nariz al techo; otro más hace rato que ha desaparecido con una cantante.

—Sí, los sueñooos están llenos de significados misteriosooos…

—Sí.

—Los sueños son premonitorios…

—To-tal-men-te —braman los nobles borrachos.

Luka Silich mira disimuladamente el reloj: no quiere llegar tarde al tren que sale para Lijov a una hora de lo más intempestiva, a las cuatro de la mañana; se levanta, salda la cuenta, pasea la vista por los nobles, recuerda los incendios de las fincas; y se va.

«Dirdirdi», le acompaña el sonido de los adoquines de las calles de Ovchinnikov; está amaneciendo; Luka Silich piensa que Annushka tiene unos bonitos pies blancos y que después de esta noche, mañana, se sentirá mal: debilidad y sudores, sudores y debilidad. ¡Es hora de frenar!

“No podré aguantar este estilo de vida más de un año, *kapuf*, piensa y susurra con tristeza:

—¡Annushka…!

«Dirdirdi», le acompaña el sonido de los adoquines de las calles de Ovchinnikov: ya ve brillar los raíles del ferrocarril de Metelkino.

El compañero de viaje

En la estación el ambiente es sofocante, irrespirable; aunque ya es de día, las lámparas aún parpadean inoportunas; un oficial grueso, cuyo destacamento, encargado de reprimir las revueltas, hace ya un mes que está acuartelado en las aldeas cercanas a Lijov, devora con apetito una costilla de ternera y mantiene en el punto de mira de sus ojos a una dama desconocida que deambula por allí ataviada con un sombrero verde brillante y un abrigo púrpura, en cuyo rostro no se puede distinguir nada más que una capa de maquillaje blanco, unos labios carmesí bien perfilados y el colorete rojo de las mejillas.

Allí, en un banco, entre cajas de cartón, cintas, bolsas, jaulas de pájaros y paraguas atados con cintas, hay una dama medio adormilada que da vueltas a uno y otro lado, tiene una venda en la mejilla, lleva el sombrero ladeado y está acompañada de cinco chiquillos, de los cuales uno se ha quedado dormido con un pastel casero en las manos; un pasajero de condición social indeterminada también camina arriba y abajo mientras espera el tren de Lijov; ya han terminado de vender los periódicos, ya se ha encargado el último plato en el *buffet*, ya se ha consumido la última jarra de cerveza; la gente está extenuada, se han quedado ovillados en los bancos; únicamente las crueles lámparas amarillas siguen ardiendo en el calor asfixiante.

En el andén es diferente: ya es de mañana, se está fresco, hay movimiento; hay muchas vías que se cruzan; en las vías hay vagones lilas, amarillos; una locomotora maniobra arrastrándose por los raíles, ruge; el maquinista con la gorra de uniforme se asoma desde la pla-taforma de la locomotora: se lava las manos velludas escupiendo el agua que previamente se ha metido en la boca; algo más lejos parpadean las señales de muchas agujas; un vigilante corre hacia allí y refunfuña; lleva en las manos una linterna y un banderín enrrollado que ha pasado por el cinturón acharolado; en diagonal, un edificio circular amarillo abre sus muchas bocas en dirección al andén; de cada boca se asoma una locomotora; pero ahora el brazo del semáforo se eleva sesenta grados, y por la vía de reserva pasa volando un tren de mercancías.

Luka Silich bosteza perezosamente, perezosamente deja vagar la mirada, e intenta adivinar los rótulos de los vagones que pasan volando delante de él: «Vladikavkaz, Zabaikal, Ribinsk-Vologoda, Yugo-Zapad». Involuntariamente lee la fecha de la próxima revisión: «1910, 1908, 1915»… Los vagones pasan volando, pasan volando los hocicos de los bueyes que rumian estúpidamente en los vagones, pasa volando un vagón blanco con el rótulo «Frigorífico»; y pasan volando las plataformas: unas vacías, otras con arena o con tablas de madera; pasa volando una plataforma sobre la que hay únicamente dos ruedas; pasa volando otra plataforma con dos cisternas de petróleo «Ter-Akopov»; y detrás de ésta el último vagón: el tren ha pasado; se lleva al revisor, y bajo él, en los raíles, vuela un farolillo rojo.

Otra vez los numerosos raíles; una locomotora se mueve pesadamente sobre ellos; expulsa blancas nubes con un silbido en la mañana clara: ¡un grito alocado, alegre!

Un señor afeitado, de cabellos grises, con un abrigo de color marrón abrochado hasta el cuello, se pasea lentamente; pasa constantemente al lado de Luka Silich; el señor lleva un gorro con orejeras; una larga nariz por delante, así como el labio superior, un labio aristocrático; el resto queda muy por detrás; es un hombre corpulento, aunque ya de edad; esconde las manos en los bolsillos que hay en la parte delantera del abrigo; y pasa

continuamente junto al comerciante: se acerca a él por la derecha, lo adelanta por la izquierda, le deja pasar; detrás de él un lacayo lleva una manta.

Luka Silich siente interés por este caballero; el caballero se adelanta y Luka Silich le sigue: se acerca a él por la derecha, le adelanta por la izquierda, y le deja pasar delante; pone cara de que no pasa nada, pero piensa: «Dónde he visto antes a este caballero: fíjate, tiene aires de persona importante; debe tener unos sesenta años; de espaldas parece más joven: tiene los hombros rectos, se pasea solo, con un lacayo».

El señor se aleja hasta el borde mismo del andén, Luka Silich le sigue, por aburrimiento, por curiosidad ociosa; pero cuando Luka Silich llega hasta el borde mismo del andén y se da la vuelta, el señor de edad está allí observándole, y detrás del señor, el lacayo con la manta.

Estuvieron caminando así más de una hora, uno detrás del otro, mientras esperaban el tren de Lijov; ahora el tren ya se acerca y se levanta el brazo del semáforo; salen corriendo al andén la señora de la venda en la mejilla y los cinco chiquillos, las bolsas, las cajas, las jaulas, y en otro lugar del andén está, sin la otra dama, el oficial grueso y el pasajero de condición social indeterminada, y una multitud de campesinos con sierras y sacos, un policía y el jefe de estación con la gorra roja le hacen una reverencia a Luka Silich; y entonces, Luka Silich se da cuenta de a qué se debe ese hecho extraordinario, el caballero afeitado se ha acercado al jefe de estación, le indica con la nariz a Luka Silich, se suena sonoramente, se restriega el caballete de la nariz y es evidente que está preguntando quién es esa persona que hay allí. Luka Silich frunció los labios y su mirada adoptó una expresión arrogante: «¿Dónde he visto a este señor? Aunque seguramente sería más joven…».

Pero en ese momento llegó el tren de Lijov, y Luka Silich subió al vagón de tercera clase; le quedaban tres horas para llegar a Lijov; débil, débil y enfermo se sentía el molinero de Lijov.

Apenas acababa de instalarse, cuando la puerta del compartimiento se abrió y el caballero se instaló delante de él; el lacayo colocó la manta sobre sus rodillas y se fue; estaban solos, sentados uno delante del otro, y se observaban; Luka Silich discretamente, pero el señor le miraba fijamente; ¡qué descaro!

Entonces Luka Silich se trasladó a segunda clase (los vagones estaban vacíos); no pasaron ni cinco minutos y apareció el caballero en segunda clase; se sentó justamente delante de él; Luka Silich no pudo contenerse:

—¿Puedo preguntarle si va a Lijov?

—Sí, señor Yeropeguin —dijo con una voz delgada el anciano caballero: no estaba claro si reía o lloraba.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Vengo de San Petersburgo para arreglar unos asuntos de mi mamá en este distrito.

«¿Cuántos años tendrá la madre?», pensó Luka Silich.

—Soy Todrabe-Graaben…

Entonces Luka Silich sintió un mareo: se sintió confuso, se puso a temblar de forma incontenible: se había olvidado de la existencia del barón y ahora tendría que tratar sus asuntos con él; unos asuntos que no eran limpios; y el barón era un senador «de la sección jurídica».

El barón es un hombre taciturno: sonríe y guarda silencio; ni una palabra sobre negocios; Luka Silich se siente cada vez más enfermo; no puede sostener la mirada del barón; siente una opresión en la boca del estómago; se levanta y se marcha a tercera clase.

El vagón de tercera está abarrotado y el ambiente es sofocante; no hay «asientos»; al lado de la dama con las cajas se ha instalado un obrero; delante están las bolsas.

—Toda persona poseedora de un billete tiene derecho a ocupar un lugar —martillea secamente Luka Silich, pero él mismo se siente avergonzado: ante la dama y sus cinco hijos, se siente avergonzado ante el obrero, se siente avergonzado; pero aquí está mejor que allí, a solas con el enemigo, el senador.

Luka Silich se sienta. Al otro lado de la ventanilla desfilan los campos amarillos, pálidos, mustios, aquí y allá se ven gavillas y el alforfón que enrojece; el horizonte de color azul polvoriento corre en la misma línea del tren, en algún lugar por detrás del marco de la ventana se enrolla, y por debajo de la ventana surgen los mismos campos una y otra vez al encuentro del tren: es como si el espacio se enrollara en un círculo; todo lo que se aleja aparece de nuevo por debajo del cristal de la ventana.

El obrero charlatán de rostro dulce (se nota que es un papanatas), que no puede soportar el silencio, se dirige a Luka Silich:

—Ahora regreso sin la paga: llevo algo de té, azúcar y una resaca. Nos reunimos para pedirle que nos pagara: pero no, no estuvo de acuerdo, así que me vuelvo sin nada.

El mercader se enfada, se cubre de sudor; interrumpe al obrero.

—No tenía por qué ir a ningún lado: ¡se ha actuado conforme a la ley vigente!

—¿Es cierto eso?

—Tú ves tu interés… pero el director se desvive…

El obrero escucha atentamente:

—Ciento veinte hombres más también fueron a reclamar; se volvió a negar, no lo dio.

—Ya te lo he explicado: ¿no me has entendido?

—Lo he entendido.

Silencio…

Al otro lado de la ventana corre la línea de telégrafos, a veces arriba, otras abajo, el cristal de la ventana está sucio de polvo; la línea de telégrafos corre, a veces arriba, otras abajo; una mosca posada en el cristal parece un pájaro planeando en la distancia sobre los campos; «¡Que le den a ese general de pacotilla!», piensa Yeropeguin; le ha parecido adivinar algo siniestro en el barón; ¿sabrá los asuntos que tiene con su madre? Cómo no lo va a saber, claro que lo sabe: aún teme que el barón se traslade a tercera clase; ¿qué teme Yeropeguin?

Pero el obrero no se calma:

—Llevo conmigo un poco de té, azúcar, una rosca: este año no hay para sembrar…

—¿Qué quieres decir con que no hay para sembrar? —se sorprende doctamente Luka Silich y entabla conversación para dejar de pensar en el barón, el general y Annushka.

—Pues eso, que no hay grano para sembrar…

—¿Por qué los demás tienen y tú no?

—¿Cómo que yo no? Tampoco tienen los demás; hemos escrito una sentencia; la han firmado setenta y cinco personas; pero nos han denegado…

—Porque hay una disposición que rige en todo el Imperio…

—No digo lo contrario; yo sólo digo que son tiempos difíciles…

—Otra vez vuelves a decir tonterías…

—Quién, yo…

—Limítate a escuchar lo que se te dice: no interrumpas… En todo el Imperio se ocupan, si se puede decir así, de la agricultura, del cultivo de cereales, y nuestro Imperio no queda por detrás de ningún otro. Todos vivimos bien, gracias a Dios…

—Sí, gracias a Dios, gracias a Dios: pero este año tampoco podemos sembrar…

—Vuelves a decir tonterías; has proferido palabras sediciosas… Hay que ser un intrigante para decir esto (Luka Silich se atribuía el derecho de ilustrar al pueblo ignorante)… Ya te lo he explicado: déjame terminar, y luego habla; pero si quieres interrumpir, debes advertirlo, ¿me entiendes?

—¿Ya ha terminado?

—Ahora ya he terminado: puedes hablar…

Pero la conversación estaba destinada a interrumpirse: se abrió la puerta y el revisor se inclinó cortésmente hacia Luka Silich:

—Hay un señor en primera clase que le pide que tenga a bien acompañarle, tiene que decirle algo…

No había nada que hacer: carraspeando, Yeropeguin se puso en pie y se marchó a primera clase; no deseaba rehusar tan ostensiblemente a la conversación; salió escoltado por las risas de los pasajeros:

—Vaya con el administrador…

—¡Debe ser de los cadetes…!

—¡Qué va! No es más que un perro…

—¡Con que un señor…!

Yeropeguin ya está sentado en primera clase delante del senador.

—Señor Yeropeguin, le necesito: hablemos durante el camino…

Y hablaron.

Las dos horas que quedaban para llegar a Lijov no hicieron más que hablar de las acciones de los yacimientos de Varaksin y del ferrocarril de Metelkino; Yeropeguin decía una palabra, el barón diez; Yeropeguin daba una vuelta, el barón daba diez; le dejaba aturdido con párrafos y artículos de la ley, Luka era un hombre de negocios y delante del barón empezaba a ceder; pero el barón iba a por él, le asustaba con el tribunal, con afabilidad y firmeza; simplemente agotó al mercader, el cual, a causa de la debilidad, de las náuseas, del remordimiento por los besos de Annushka y el miedo delante del senador «de la sección jurídica» no hacía más que encogerse. Ahora ya estaban a punto de llegar a Lijov.

—Le aconsejo que usted mismo renuncie a las exigencias: en caso de juicio le mandaré a la cárcel; le colocarán una argolla en la nariz y lo conducirán a trabajos forzados. (El barón siempre era muy expresivo: era un excéntrico).

Inesperadamente, el barón terminó la conversación con un suspiro, y sopló cuidadosamente una mota de polvo que se había posado sobre el caro neceser.

Y guardaron silencio: en el amanecer azul las ventanas mecían sus viejas siluetas: la del mercader y la del señor; dos ancianos, uno enfermo, verdoso, con ojos que brillaban al sol y con una barba canosa; rosado el otro, afeitado, con una nariz larga, que olía intensamente a agua de colonia; uno llevaba en las manos polvorientas un anillo de oro con un rubí de grandes dimensiones; el otro no tenía rubí, pero llevaba las manos escondidas

en unos guantes negros; uno llevaba una manta y una almohada atadas con cintas, la manta del otro no tenía cinta y llevaba un pequeño neceser; el rostro sombrío de uno tenía dibujados, como en un icono, unos labios completamente secos; el otro tenía un rostro asexuado de un color rosado triste, y los labios carnosos jugaban con ironía; uno era alto, anguloso, seco y cuando cambiaba su uniforme de comerciante por un traje, de este traje sobresalían los hombros alargados; los hombros del otro eran redondeados, y la espalda recta, como en un joven; uno llevaba una gorra, el otro llevaba un sombrero de seda negra con orejeras y un caro chaquetón negro; uno tenía el cabello cano, el otro aún lo tenía gris, aunque eran de la misma edad; uno era molinero, un campesino, el otro era barón, un senador.

—¿Tiene hijos?

—Sí.

—¿A qué se dedican…?

—Mi hijo está en la universidad…

—Pobre, en ese caso está acabado —suspiró el barón con un terror insuperable.

—¿Cómo es eso?

—Es muy sencillo: para el trabajo intelectual se necesita una selección y una buena herencia…

Yeropeguin no lo comprendió; sólo comprendía una cosa: el barón era un excéntrico, y un especulador; era mejor no meterse en negocios con él.

El vagón se balanceaba de lado a lado; desde el otro lado de la ondulada llanura sobresalía la aguja de Lijov; pasó un molino, desfilaban los vagones; el tren se detuvo; dos mozos de Lijov esperaban a los señores; suplicantes, los pasajeros se abalanzaron sobre ellos; el administrador iba y venía con la barba clara que le llegaba a la cintura, miraba asustado a las ventanas de los vagones y buscaba a su señor; el lacayo desenvuelto ya corría hacia el departamento, el barón le entregó la manta y el neceser: «Hazme un favor, amigo mío, libérame del peso».

—Adiós —el barón tendió su mano suave a Yeropeguin, aunque no se quitó el guante, y desapareció entre la multitud del andén de Lijov.

Bochorno

El sol era abrasador: Luka Silich estuvo a punto de quemarse al rozar el metal de la calesa; no conseguía quitarse al barón de la cabeza, ni tampoco los pies desnudos de Annushka, que no sabía si le estaría esperando; era tan temprano; a lo mejor estaba dormida; Fiokla Matvéyevna no se levantaría hasta las once. Era extraño: parecía que las paredes de su casa le contagiaran una enfermedad; tan pronto como entraba en la casa le dominaba un atontamiento interminable de la conciencia, y todo en la casa le parecía diferente: Fiokla evitaba mirarlo; los criados le miraban de soslayo como si le escondieran algo. Yeropeguin se ahogaba, y encima el barón le amenazaba con llevarlo a los tribunales.

Ya se acercaban a la calle Ganshina, al final de la cual se veía su casa de madera; alrededor de ella unas nubes cargadas de bochorno se desplomaban del cielo, aunque eran solo las ocho de la mañana: habría tormenta.

Luka Silich estuvo llamando largo rato a la puerta: nadie le abría, ¿qué pasa, todos dormían? De la casita de enfrente, donde vivía el sastre «Tsizik-Aizik», le observaba una judía compasiva, una mujer que era todo arrugas y trapos; le hizo un gesto con la mano a Luka Silich:

—Llame, llame… No servirá de nada: su gente ha tenido fiesta esta noche; a las cinco de la mañana se marchó Sujorukov, después salió Kakurinski, y luego una anciana del asilo.

«¿De qué va todo esto?», pensó Luka Silich, como si no tuviera suficiente con soportar esa debilidad, esas náuseas, con pensar en los pies desnudos de Annushka; como si no hubiera tenido suficiente con escuchar durante tres largas horas en el vagón al senador de San Petersburgo que lo había agobiado con tantas palabras que aún no había podido reaccionar; no, para colmo a su vuelta tenía que poner orden (Luka Silich era un ferviente defensor del orden). Desesperado de llamar, Luka Silich bajó los peldaños del porche y con todas sus fuerzas aporreó el portal; entonces al otro lado del portal oyó mascar y carraspear, el cerrojo chirrió, e Iván Fuego asomó su cara inflamada, soñolienta; al ver al señor se quedó confuso y bajó los ojos con una mirada maligna.

—¿Cómo es que recibís visitas por las noches cuando no estoy? —le espetó Luka Silich, pero Iván Fuego calló como un muerto.

—¿Qué tienes que decirme…? —Yeropeguin siguió preguntando.

Pero Iván Fuego parecía que se estaba enfadando.

—¿De qué visitas me habla? ¡No ha venido ninguna visita…!

—Deja las manos quietas, olvida esa mala costumbre, baja las manos…

—Vale, vale, digo que no han venido visitas, lo juro, no he visto ninguna visita.

—De acuerdo, entonces ¿qué me ha contado la judía? —Luka Silich se volvió hacia la ventana del sastre; pero la judía ya no estaba.

—La judía… no es más que una judía: las judías siempre mienten, a quién se le ocurre hacerle caso a una judía, por favor… La judía…

—No hables con las manos, baja las manos, pégalas al cuerpo… ¡Coge mis cosas! —dice Luka Silich cansado—. Ya lo aclararemos luego… Parece que habrá tormenta…

—Sí —dijo Iván Fuego rascándose la oreja y mirando al cielo— está cubierto…

Las botas del dueño, seco e importante, crujieron al entrar en su despacho; el despacho estaba vacío, el aire era sofocante; se dejó caer en un sillón; pronto empezaron a sonar las cuentas del ábaco, las llaves tintinearon, entre sus dedos susurraron papeles, citaciones, pagarés y recibos; examinaba con inquietud los documentos del caso Graaben y comenzó a comprender que el barón, por supuesto, tenía razón: con esos documentos no se podía desplumar a la anciana, todo lo más asustarla; durante más de una hora el dueño de la casa se agotó sumido en sus pensamientos, la debilidad, las náuseas y una especie de tristeza seca: además, estaba ese vigilante, Iván Fuego; en más de una ocasión a Luka Silich le ha parecido que el vigilante le observaba sombríamente a sus espaldas para prepararle una trampa… debería despedirlo, despedirlo, sin pensárselo…

De pronto su atención se distrajo; se percató de que había una colilla en el cenicero; el comerciante alargó la mano, examinó la colilla por todos los lados y llegó a la conclusión de que sus invitados no fumaban ese tipo de tabaco; es decir, que durante su ausencia alguien había entrado en su despacho; ¿quién podía ser?

Miró a su alrededor: la funda del sillón estaba desplazada y en la alfombra, debajo del sillón, había barro seco; Fiokla Matvéyevna no tenía nada que hacer en su despacho,

además ella no arrastraba barro. «Es decir, aquí ha entrado alguien en mi ausencia —piensa Yeropeguin—, y por tanto Fiokla está al corriente, pero a mí, ni una palabra: por eso hace tiempo que no me mira a los ojos; a lo mejor tiene un amante, ¡puaf!». Esta idea le sentó tan mal a Luka Silich que escupió al imaginarse a la «torta» en el papel de amante.

—¡No, imposible! —decidió, y recordó lo que la judía le había dicho: Sujorukov, el calderero, y las ancianas del asilo habían estado allí por la noche—. ¿Qué pasa aquí? ¿Qué hacen en mi casa por las noches? —se acordó del tableteo, de los susurros en los rincones, recordó que hacía más de un año que las paredes de la casa le miraban hurañas, y empezó a sudar—. No, esto lo aclararé yo: espera, Fiokla Matvéyevna, espera; ya te enseñaré a tener secretos en mi propia casa y a montar fiestas sin mi conocimiento.

—Llama a Fiódor —ordenó.

Fiódor apareció, con resaca.

—¿Quién ha venido esta noche?

—No puedo saberlo: me parece que nadie…

—¡Ay, amigo, ya veo que vuelves a estar empapado de alcohol!

—He bebido un poco, me invitaron… —dijo Fiódor rascándose.

—Ya que lo reconoces, debo prevenirte: eres un infeliz si consumes alcohol: es un gran mal, y perdido está el hombre que consume alcohol.

—Seguro, lo reconozco, soy un parásito…

—Acabas de decir una tontería: ¿se puede llamar pa-rá-si-to a un ser humano? ¿Sabes lo qué es un pa-rá-si-to? ¿Me lo puedes explicar…? ¡Venga…!

Ahora se lo explica: emborrachan a Fiódor; Fiódor no forma parte de la confabulación; bien, bien, ya lo aclararemos todo, el qué y el cómo. Luka Silich sigue sentado, le brillan los ojos, tiene los labios apretados, pero está mareado, le laten las sienes y le domina una debilidad mayor que antes: Fiódor, el barón, el engaño… Una tristeza seca consume a Luka Silich. Pero la casa empieza a despertarse: ruido de pasos, sonido de platos, las zapatillas de Fiokla Matvéyevna; ya están todos al corriente: el señor ha regresado de Ovchinnikov.

Pero Luka Silich ha regresado en un momento inoportuno: nadie le esperaba tan temprano. ¡Con lo que había ocurrido en la casa! Las palomas habían pasado la noche entera rezando, pero no en el baño sino en el comedor; antes de la oración, la hermandad había celebrado una reunión importante; habían debatido que era el momento de interrumpir provisionalmente las conversaciones políticas y las proclamas; la policía estaba tras las huellas de las palomas; en Lijov la distribución de las hojas con las cruces negras había sido demasiado evidente; habían estado a punto de descubrirlos; sobre todo después de los desórdenes de Grachija y de la rebelión del padre Nikolái, en Lijov se habían tomado unas medidas muy estrictas; habían enviado un escuadrón; los vecinos de Lijov recordaron que a los Fokin y a los Aliojin los habían llevado con las manos atadas a la espalda en unas carretas por la calle Panshina: a presidio.

El seminarista expulsado del seminario estuvo mucho rato intentando defender la plataforma política de Lijov, pero el calderero Sujorukov se mantuvo en sus trece; por este motivo se entabló una conversación desagradable entre ellos: sobre la inteligencia.

—Es obvio que no soy imbécil, y que soy más inteligente que muchos por lo que hace a la política…

—Yo tampoco soy estúpido: no está claro quién es el más inteligente…

—¡Qué cosas más raras dice! Es una falta de respeto, añadiría que incluso una ofensa. Todavía no he conocido a nadie más inteligente que yo. Es cierto que los hay, pero escasos. Todavía no he conocido… No puedo seguir hablando con usted, no tengo ganas: usted puede seguir hablando, no le voy a escuchar —Sujorukov estaba a punto de estallar, pero los calmaron. De todas formas, el calderero siguió firme en su posición, y las palomas interrumpieron la actividad política por el momento.

En medio de las salmodias de las ancianas del asilo, la «torta» leyó una epístola del carpintero Kudeyárov que decía que el hijo de la Paloma sería una criatura humana, nacería de dos seres humanos piadosos; las palomas se intercambiaron información que decía que alrededor del distrito de Tselebeyevo había un movimiento en favor de las palomas y que en todas partes se les acogía de maravilla.

Fiokla Matvéyevna había recibido esa epístola esa misma mañana antes de la reunión por medio del mendigo Abraham e inmediatamente decidió ir a Tselebeyevo al día siguiente para visitar esos lugares con el pretexto de visitar la aldea y el molino; en esos últimos tiempos, Fiokla Matvéyevna, en ausencia de su marido, rezaba día y noche, de manera que había adelgazado un poco, se había deshinchado; pero sus ojos se habían vuelto más limpios y radiantes: un verdadero dogo; unos ojos casi angelicales.

Pero su marido se había presentado en un momento inoportuno; pensó en marchar sin esperarle y, después, a su regreso, siempre podría encontrar una excusa para explicar su ausencia; pero ahora, ¿cómo informarle de la marcha? Entretanto, Fiódor ya estaba preparando los arneses del caballo: era tarde para echarse atrás.

Con estos pensamientos fue al encuentro de su legítimo; se estrecharon las manos secamente: los dedos en la palma del otro; él la observa: delante de él hay una asquerosa «torta-mentirosa»; piensa: «¡Bien, bien! Baja la vista, ya sé lo que quiere decir esta mirada: me escondes un secreto, algo ocurre aquí en mi ausencia».

Ella le mira: Dios mío, Señor, hay un ogro delante de ella; está delgado, pálido, febril; le tiemblan las manos, tiene bolsas debajo de los ojos.

Con el corazón latiéndole con fuerza, la «torta» comunicó a su marido que deseaba respirar el aire fragante del campo un día o dos y de paso ir a visitar a la mujer del pope de Tselebeyevo, y también ir a ver qué pasaba en los molinos, nada mejor que el ojo de la dueña.

Yeropeguin pensó: «Ahora, cariño, voy a presionarte», pero cambió de opinión respecto a presionar a Fiokla Matvéyevna: en primer lugar, en su ausencia haría sus pesquisas, averiguaría quién había estado en su casa por las noches; en segundo lugar, le sería mucho más fácil encontrarse con Annushka en su ausencia.

—Muy bien, ve…

—Me acompañará Annushka del Corral…

—No, a ella no te la llevarás —gritó Luka Silich—, sin Annushka la casa sería un desastre; Annushka por aquí, Annushka por allá… no tiene tiempo de hacerlo todo…

Prepararon la troika; la «torta» se sentó, bien abrigada, rodeada de almohadones, de recipientes y mantas; las ruedas se pusieron en marcha con gran estruendo.

Tan pronto como la casa se quedó vacía, Luka Silich se puso a vagar por ella, lo olfateaba todo, lo revolvía todo, se metía en las arcas; finalmente entró en la habitación de Fiokla Matvéyevna, miró: debajo de la almohada se ha olvidado las llaves del baúl y la labor comenzada está doblada; la examina: es una labor extraña: unas cruces, y en medio de esas

cruces una paloma de plata con un halo alrededor de la cabeza. «Ay, ay, ay», Luka Silich alzó los brazos; agarró la labor, se la llevó al despacho: la guardó bajo llave y volvió a la habitación: cogió las llaves y se arrodilló debajo de la cama; debajo de la cama había un baúl con candados; lo sacó y levantó la tapa: «¡Ay, ay, ay, proclamas! Debo comunicárselo al sargento de policía…». Es lo que pensó Luka Silich, al tiempo que se inclinaba sobre el baúl: se puso a sacar los objetos: copas, camisas largas hasta el suelo, un enorme paño de seda azul con un corazón humano de terciopelo rojo cosido encima y una paloma de perlas blancas bordada que lo atraviesa (el pico parecía más de halcón que de paloma); sacó dos candelabros de estaño, un cáliz, un pañuelo de seda roja, una cuchara litúrgica y una lanza; Luka Silich lo sacó todo del baúl, y se puso a rebuscar entre los objetos sagrados —blanco, delgado y tenaz, vestido con su levita negra de largos faldones—, se puso a remover las sedas y las camisas, como si estuviera dentro de una telaraña:

—¡Ahhh! ¡Ahhh…! —fue lo único que pudo decir y salió de la habitación algo asustado; sólo tuvo fuerzas para quedarse apoyado en la pared del oscuro pasillo: le corría el sudor a mares, la respiración era entrecortada, pero el motivo ni él mismo lo sabía: presentía que había algo delictivo en todo aquello.

Por el pasillo se acercan los pasos de Annushka del Corral; sus nalgas se balancean debajo de la espalda flexible; sonríe sola, no ve a Yeropeguin que está pegado al rincón; él la agarra por la falda. «¡Oh, me ha asustado!», se ríe el ama de llaves y le da una patada con su pie desnudo: por lo visto piensa que el amo quiere divertirse un poco: ¡qué cosas! Pero Luka Silich la arrastra a la habitación de la «torta» y le obliga a mirar los «objetos», empieza a hurgar entre los cálices, las sedas y las camisas. «¿Qué es esto? ¿Qué es todo esto?». El amo la obliga a mirar los cálices, y él mismo parece asustado.

—Esto… esto… —palidece y calla.

—¡Habla!

—No diré nada… —y aún palidece más.

Paf, una bofetada.

—¡Habla!

—¡No diré nada!

Paf, paf, paf, suenan las bofetadas.

De pronto Annushka, más lista, consigue soltarse y, dando un salto atrás, se echa a reír descaradamente: como se reía cuando el anciano la venía a ver… por las noches.

—¿Por qué me pega? ¡Ni usted sabe por qué! ¿Acaso no ve que esto son secretos de la señora, y si hay que explicárselo, hay que hacerlo como Dios manda? Mire, esta noche —le guiñó un ojo— se lo explicaré todo; y después haré todo lo que usted guste: pondremos estos objetos en orden, beberemos vino en las copas, y luego nos acariciaremos; ya verá, ¡me portaré bien con usted! —se inclinó hacia él y, riéndose, le susurró algo que hizo que el anciano se iluminara.

Ding-ding-ding, en ese momento el timbre sonó por enésima vez; tenían que ir a abrir: cerraron la habitación; resultó ser un huésped inoportuno que venía a resolver unos asuntos de cereales; a desgana, Luka Silich se encerró con él en el despacho.

Mientras, en el huerto, Annushka del Corral cuchicheaba con Sujorukov, el calderero:

—Bien, Anna Kuzminichna, eso no puede quedar así: nada, nada, no puede ser; si esto se queda así, estamos *kaput…*

—¡Oh!

—No se sorprenda, hay que tomar una decisión con él…

—¡Ay, no puedo!

—Confíe en mis conocimientos políticos: nunca he conocido a nadie más inteligente que yo…

Silencio.

—Sea como sea, haga que se lo tome.

—No puedo…

—Y tanto que puede, debe tomarlo, se lo repito: nunca he conocido a nadie más inteligente que yo…

Silencio.

—¿Eso quiere decir que sí?

—Bebe, tesoro, amor mío, este vino tan dulce.

El sonido de un beso, y otro, y otro más…

—Annushka, ¡mi Annushka de senos blancos!

El sonido de un beso, y otro.

—Para ti, alegría mía, un vino dulce; bebe un poco más… más… y más…

El sonido de un beso, y otro, y otro más…

El anciano solo lleva una camisa debajo de la cual asoman unas piernas delgadas y peludas; tiene sobre las rodillas a Annushka de senos blancos; sobre la mesa se halla el terciopelo azul, unas flores, los panes litúrgicos, el cáliz; los dos candelabros iluminan ambos lados; las puertas están cerradas con llave, las cortinas están corridas. A lo lejos se oye el mazo de Iván que da golpes.

—Toma, tesoro, ¡un poco más de vino dulce! ¡Dios mío!

—¿Qué te ocurre?

—Me duele el corazón; nada, bebe…

—¿Eso quiere decir que mi «torta» por las noches reza vestida con esta camisa?

—¡Ja, ja, ja…!

—¡Ji, ji! —Annushka esconde el rostro mortalmente blanco en su pecho peludo.

—¿Se hacen llamar palomas?

—Eso parece, palomas…

—¡Ja, ja, ja…!

—¡Ji, ji! —una mezcla entre risa y grito de dolor resuena contra su pecho peludo.

—¿Por qué tiemblas toda?

—Siento punzadas en el corazón.

Levanta el cáliz y lo acerca a sus labios, que cuelgan de forma estúpida.

El mazo golpea frenéticamente bajo las ventanas: en las tinieblas.

Lo que está bien y lo que no

Un sol grande, dorado, baña con sus grandes rayos dorados el prado seco, ligeramente amarronado bajo el sol; la hierbecilla se cuece bajo los rayos de un sol grande, muy grande;

aquí oscila una pequeña flor en el extremo de un tallo seco y fino; allí te llama el bosque de abedules de tronco blanco, y entre los troncos blancos, musgo, tocones, hojas; por todas partes hay montículos de hojas; de vez en cuando te observa el sombrero de una seta; una seta vieja pide meterse en tu cesto de corteza de tilo; el dulce piar otoñal de los herrerillos, ¿lo oyes? Sin embargo, todavía estamos en julio: pero ya toda la naturaleza te observa, te sonríe, susurra el susurro de los abedules: «Espera que llegue agosto…». Agosto llega en medio del ruido y del susurro del tiempo: ¿oyes el ruido del tiempo? Agosto ya envía la ardilla a los avellanos; en agosto atraviesan el alto cielo esas escuadras de grullas; ¡escucha, escucha, querido, el grito de despedida, el grito familiar del verano que se va…!

Entre las flores campestres y los hermosos troncos de los abedules Fiokla Matvéyevna está de pie, con una felicidad tranquila: ha cruzado las manos serenamente sobre el vientre; el sol juega sobre su vestido color chocolate, sobre el velo, sobre el sombrero de enormes dimensiones adornado con cerezas; como la diosa Pomona, Fiokla Matvéyevna desprende majestuosidad entre los dones del verano; su corazón se ha llenado del espíritu: los aromas le cosquillean la nariz; estornuda, se siente débil y soñolienta por el agradable, agradable cosquilleo, y el pope Vukol, que sigue sus pasos vestido con su sotana de algodón a rayas, replica a cada uno de sus estornudos:

—¡Que Dios la bendiga, Fiokla Matvéyevna!

A lo cual Fiokla Matvéyevna responde con discreción:

—Gracias, padre Vukol; usted sí que es un gran hombre.

Pero sus pensamientos son otros: aquí, estos lugares son *aromáticos*, son unos lugares paradisíacos, sagrados, espirituales; aquí, precisamente aquí y ahora, va a nacer la alegría de toda Rusia: el Espíritu Santo. La comercianta mira atentamente más allá de los arbustos, las lomas, las cunetas… puede que descubra la gracia.

Estaba en unos lugares sagrados, curativos (Tselebeyevo quiere decir «que cura»); a sus pies canta un riachuelo con un hilo de agua murmurador; cuando Fiokla Matvéyevna pone su pie en un tronco que atraviesa el riachuelo, éste se indigna, el agua se pone a rugir: el agua la salpica, gruñe, moja los pies de Fiokla Matvéyevna.

—Cuidado, vaya con cuidado, señora, aquí el tronco se balancea: ¡salte, no es seguro! —se inquieta detrás de ella el pope. Se impacienta, se arremanga la sotana y salta en mitad del riachuelo, su barba pelirroja se estremece, se ríe, tiende la mano a la comercianta: y Fiokla Matvéyevna se ríe.

Y allí, allí mismo, en la otra orilla del riachuelo, hay un claro en el bosque de abedules: hay montones de troncos blancos apilados, iluminados por el brocado del sol, y en ese brocado dorado bate sus alas una paloma blanca que arrulla: se ha posado en la pila de troncos y se pone a correr por encima, y sus garras sobre la corteza seca hacen tss, tss, tss…

—Así es nuestra región, querida Fiokla Matvéyevna —se sonríe el pope, secándose el sudor de la cara con un pañuelo rojo—, ¡una bendición…!

Por supuesto que era una bendición: Fiokla Matvéyevna recuerda el viaje del día anterior a Tselebeyevo, estuvo rezando todo el camino y recuerda que su corazón latía con fuerza; a medida que se acercaban al lugar sagrado, cada tocón del camino adquiría la imagen y semejanza de un demonio; durante todo el camino el viento había soplado alrededor de Fiokla Matvéyevna envolviéndola en un polvo seco, y a través de ese polvo, los tocones, los arbustos, las ramas, le parecían caras de demonios que la miraban con malicia bajo el sol y la empujaban de vuelta a Lijov; sólo entonces Fiokla Matvéyevna comprendió

cuán numerosos eran los diablos que amenazaban la naturaleza humana: invisibles al ojo humano, giran a nuestro alrededor; sólo la plegaria, el ayuno y la esperanza de alcanzar la santidad, que vuelven la carne más sutil, otorgan a los ojos del cuerpo la visión espiritual; y cuando se goza de esta visión espiritual, todo objeto material adquiere la imagen y semejanza de un objeto invisible; Fiokla Matvéyevna lo había comprendido el día anterior cuando procedente de Lijov se acercaba a Tselebeyevo; todo el camino hasta la aldea misma estaba sitiado de terribles demonios; era como si un ejército de enemigos rodeara los lugares sagrados: de un tocón al siguiente, de un demonio al siguiente: cuántos demonios entraron en el alma de Fiokla Matvéyevna durante ese viaje, cuántos a imagen y semejanza de los tocones del camino se habían levantado bajo el sol; pero ella rezaba incesantemente… y por fin Fiokla Matvéyevna llegó a Tselebeyevo.

Aquí todo era distinto; mientras tomaba el té en casa de la mujer del pope, Fiokla Matvéyevna se percató de unas cosas extrañas: los arbustos, las isbas, el gallo de latón sobre la isba la miraban a los ojos y era como si le dijeran con una voluptuosidad soñadora:

«Mírame, guardo un secreto. La aldea, el estanque, el tejado que se asoma por la pendiente del prado, todos guardan el secreto de estos lugares; también el pope es diferente, parece el habitante de un mundo mejor».

Al atardecer se dirigieron al prado de Tselebeyevo: había cantos y bailes; los pies bailaban toda suerte de bailes, y alrededor corría una ola herbácea, el viento del atardecer ululaba, unos copos de ceniza volaban sobre el camino y una gran luna amarilla se levantó sobre Tselebeyevo; contemplaba a Fiokla Matvéyevna directamente al fondo de su alma y le decía: «Mira, calla y guarda el secreto…».

Por la noche, a Fiokla Matvéyevna le fue dado tener una visión en sueños: el carpintero estaba a la cabecera de su cama; movía una mano pálida sobre ella, le había prohibido hablar de él y verle; el carpintero hablaba sin palabras, solo con los ojos: «Ahora tengo un secreto muy grande, y ahora no es posible verme, oírme o pensar en mí en estos lugares…».

Por la mañana, Fiokla Matvéyevna, despertándose de la visión que había tenido en sueños, se echó atrás en su decisión; aún no estaba lista para visitar a Kudeyárov en su morada: porque esta morada era ahora un lugar sagrado, inaccesible para un ojo extraño…

Así pensaba Fiokla Matvéyevna mientras visitaba en compañía del pope los lugares sagrados: ¡qué hermosa región! Allí, a lo lejos, brilla un lago azul, y hacia él corren unos riachuelos sonoros que parecen de mica; aquí, un árbol vuelca su follaje marchito, y en el follaje se oye el dulce piar otoñal de los herrerillos; un rayo dorado le cae sobre el pecho, y en el rayo dorado que cae en su pecho hay una corriente abrasadora y poderosa como la orden de un poder invisible: «Todo lo que ocurra a partir de hoy estará bien, así debe ser».

—Así, así —confirmó el pope, pero se refería a otra cosa; el pope estaba delante de un charco y mostraba a Fiokla Matvéyevna cómo había de cruzar el charco: pero Fiokla Matvéyevna, radiante, con una sonrisa angelical, lanzó al pope una mirada dulce y tierna: «Así debe ser, así debe ser», y metió el pie en el barro.

El pope pensó: «No hay nada que hacer con esta boba, no hace más que reír, pero ¿de qué se ríe?».

Un sol grande, dorado, bañaba con sus grandes rayos la hierba seca; pasaba una escuadra de grullas, era el mes de agosto que cruzaba por lo alto del cielo; escucha, amigo, es el grito familiar de despedida del verano que se va…

Cuando apenas se habían sentado en el jardín de groselleros del pope para tomar el té, apenas la mujer del pope, haciendo una reverencia servil, colocó delante de la «torta» el azúcar negro, la miel dorada sobre la que revoloteaban las avispas rayadas, y el samovar reluciente como un cubo de miel deformaba en el cobre brillante el rostro de la comercianta, llegó un mensajero a galope y ató el caballo a la valla del pope, se acercó corriendo a la mesa y le entregó una nota; en la nota se informaba a Fiokla Matvéyevna que su marido, Luka Silich, se había puesto enfermo por la noche y no podía mover ni la lengua ni las manos ni las piernas.

Era extraño: Fiokla Matvéyevna leyó la nota, pero en su alma sonaba una poderosa orden: «Todo lo que ocurra a partir de hoy, estará bien: así debe ser…». Y Fiokla Matvéyevna estuvo a punto de decir en voz alta: «Así debe ser…». El corazón le mandaba llorar y horrorizarse, pero Fiokla Matvéyevna recibió la noticia como un sueño que hacía tiempo se había apartado de ella, y se sentía alegre…

Los caballos ya la llevaban de vuelta a Lijov; los mismos tocones y arbustos que la habían amenazado hacía tan poco tiempo, agitados por un airecillo nocturno, cantaban una nueva canción sobre una felicidad inefable; en el agudo silbido de las ramas se escuchaba: «Así debe ser…». Cuando los caballos se encabritaron sobre la Cresta Muerta, desde la Cresta Muerta se divisaba toda la región, era tal la calma que la rodeaba que parecía que el dolor del mundo se había alejado para siempre de la morada humana, y la morada terrenal se regocijaba con su brillo triunfal.

La casa de los Yeropeguin parece vacía, hay una sensación de recelo: en las oscuras habitaciones vuela el pecado; se diría que el espíritu de Luka Silich sale de todos los rincones y se lamenta: en estos momentos Luka Silich vuela por los aposentos vacíos, como en un mundo vacío, absurdo, privado de sentido; no puede salir de esta casa porque él mismo la ha construido; y esta casa se ha convertido en su mundo; y no hay salida para él…

Allí, allí, en el dormitorio, yace algo pálido, lamentable, privado de la palabra: pero no es Luka Silich: ¿de quién se trata, pues? Veis la piel seca y la barba canosa, claro que sí; *todo esto* está cuidadosamente envuelto en una sábana; y sobre *todo esto* se inclina una anciana del asilo; silenciosamente masculla algo encima de *todo esto*: pero *esto* ya no es Luka Silich; *esto* mira al mundo en vano con ojos vacíos, en vano intenta mover la lengua, en vano intenta recordar… pero no puede recordar; Luka Silich ya se ha alejado de *todo esto*; invisible, se golpea contra las ventanas, pero las ventanas tienen los postigos fuertemente cerrados y Luka Silich, aunque incorpóreo e inmortal, no puede atravesar la madera, y en vano golpea su alma carnal contra las paredes y hace susurrar el papel pintado, del mismo modo que lo hacen susurrar las cucarachas; sin voz, Luka Silich grita que *ellos* le han envenenado, que después lo han amortajado cuidadosamente en una sábana; que ahora en *eso* no circula la sangre, sino veneno; suplica en vano a ese general de pacotilla que acude a visitarlo que investigue el crimen; pero el general de pacotilla no lo oye; él y el doctor se inclinan sobre la barba canosa.

—¡Qué terrrrib'e suceso, doctorrr…!

—Cabía esperarlo: una embolia… no se pueden hacer excesos impunemente…

«¡No es cierto, no es cierto! —les replica Luka Silich—. Aquí se ha cometido un crimen: me han envenenado, venganza, venganza…».

Pero su voz es muda y su alma invisible; y el doctor y el general se inclinan sobre la barba canosa pero la barba canosa ya no es Luka Silich.

No, pero ¿dónde está? Luka Silich ya no ve la barba canosa que sobresale de la sábana; a derecha e izquierda ve los cantos de las almohadas; el doctor se inclina sobre eso, le palpa la cabeza, ¿dónde está Luka Silich? O bien lo ha soñado todo y no ha volado por las habitaciones; o bien ahora ha regresado a su cuerpo; ¿qué le ha ocurrido?

Un círculo de luz se acerca; con una vela en la mano pálida como la muerte, está la del Corral; Luka Silich sale de su delirio: ahora se acuerda de todo pero no puede explicar nada; sabe que lo han envenenado, que en su casa se esconde un misterio terrible; mira al doctor suplicante; siente que las lágrimas fluyen de sus ojos.

—¿Comprende…?

—Pero no puede decir nada.

—¿Recuperará el habla?

—No…

—¿Podrá volver a moverse?

—No…

El doctor habla en un susurro: pero el oído de Luka Silich se ha agudizado; oye de lo que hablan, y también lo que murmuran Sujorukov e Iván Fuego en la cocina, e incluso oye a una cucaracha que corre por la pared de otra habitación.

Lo oye todo, pero no dice nada: *lo han envenenado*.

Ahora Fiokla Matvéyevna está a su lado con el vestido color chocolate; perfumada con el aroma dulce del campo, pero los ojos están cubiertos por el velo; aún no se ha quitado el sombrero; ¿qué ocurre debajo del velo: llora o sonríe? Luka Silich mueve los labios hacia ella, intenta decir: «Me han envenenado, me han envenenado…». Pero ella no lo oye, sonríe: bajo el velo no se distingue…

Fiokla Matvéyevna contempla a su marido y ve que ya no es su marido, no es el mismo, sino *algo* envuelto en una sábana; quisiera llorar y afligirse por su marido; pero no siente pena sino una cosa vaga: en su alma brilla un lago azul hacia donde se dirigen unos riachuelos sonoros que parecen de mica; allí un árbol vuelca su follaje marchito, y en el follaje se oye el suave piar otoñal de los herrerillos; no hay aflicción en el alma de Fiokla Matvéyevna, sino el recuerdo del dulce piar otoñal de los herrerillos, y en su interior resuena una poderosa orden: «Todo lo que ocurra a partir de ahora, estará bien: así debe ser…».

«Esto no está bien, no está bien —algo dentro de Luka Silich intenta gritar—, no está bien que rías, debes llorar…».

Pero Fiokla Matvéyevna no ríe; las lágrimas fluyen de sus ojos, sin embargo… en su alma brota un rayo dorado, y dentro de ese rayo, una blanca paloma bate sus alas y arrulla.

«¡No está bien…!».

«¡Así debe ser…!».

La casa de los Yeropeguin parece vacía, hay una sensación de miedo: en los rincones oscuros se vuelve a oír un crujido. Luka Silich vuelve a volar por las habitaciones.

Pável Pávlovich

Katia esta sentada sobre el hondo precipicio donde se precipitan los pinos, y delante de ella, sobre el horizonte boscoso, se extiende el fuego frío y maligno del atardecer; una manta gris cubre los hombros de Katia; los hombros infantiles se estremecen ligeramente con la humedad que cae; en este mismo lugar, el día anterior, la pobre muchacha estuvo a punto de arrojarse al estanque; en este mismo lugar, ayer, la pobre muchacha perdonó a Piotr; en este mismo lugar, ayer, tendió sus brazos delgados hacia él, hacia el horizonte boscoso, hacia el fuego frío y maligno de la noche.

Pero el recuerdo de la abuela la detuvo.

Katia se sobrepuso; incluso, como todos los días, hizo un rompecabezas y jugó con la abuela al juego de los embustes, la abuela y la nieta; y se sonreían; y luego, hacia la noche, llegó el tío Pável Pávlovich, que se había demorado un día en Lijov.

Los cabellos del tío habían encanecido pero seguía siendo tal como Katia lo había visto dos años atrás: afeitado, limpio, oliendo a agua de colonia, con una cortesía algo descuidada besó los dedos de la anciana y después, por la noche, durante el té, mientras sorbía un vaso de compota, les habló de San Petersburgo y de sus viajes por el extranjero con una voz quejumbrosa y apenada; Yevséich, que estaba pegado a la pared, con los ojos desorbitados, escuchaba ávidamente el relato del recién llegado; el ayuda de cámara de Pável Pávlovich, Strigachov, que no estaba peor vestido que el propio barón, se movía descuidadamente entre los señores y, cuando Pável Pávlovich se equivocaba al contar los sucesos, Strigachov interfería, sin apocarse, para rectificarle:

—Discúlpeme, Pável Pávlovich, la cosa no fue así: no llegamos a Niza el jueves, sino el viernes por la mañana; usted tuvo a bien tomar un baño a la llegada, y después…

—Completamente cierto, amigo mío… —aceptaba Pável Pávlovich y continuaba su relato.

Estaban los tres sentados en la terraza: Katia se alegraba tristemente de la llegada del tío; el tío, sonándose con fuerza, le dijo a la abuela:

—*Maman*, cuánto ruido por nada: pensaba que la amenazaba la ruina, lo que, por otro lado, está en el orden de las cosas. Sin embargo, no es más que un chantaje; nadie tiene derecho a privarla de sus propiedades; en relación con las obligaciones de los yacimientos de Varaksin, aún he de hablar con el señor Yeropeguin: no creo que sea tan peligroso como quiere presentarse.

(Pável Pávlovich ocultó su encuentro con Yeropeguin en el vagón, aunque no sabía por qué).

Sobre el alto precipicio donde se precipitan los pinos está sentado Pável Pávlovich Todrabe-Graaben; en un taburete a su lado está sentada Katia; y delante de ellos, sobre el horizonte boscoso, el fuego frío y maligno del atardecer; allí, a lo lejos, adquiere ya color púrpura el primer álamo; era un verano cálido: se acercaba la hora dorada y roja del otoño.

Así están sentados el tío y la sobrina; cada cual piensa en sus cosas. Katia piensa que, tan pronto como se muera su abuela, ella, una pobre muchacha, entrará en un convento; y el tío senador de nariz larga sonríe tristemente ante la juventud de Katia y reprime un suspiro involuntario en su alma:

—Eres joven, Katia, y no sabes de la vida: el tiempo te enseñará.

—Tío, ¿por qué me ha abandonado…?

—No me atrevo a decir nada, querida mía: eres joven, y te deseo sinceramente que seas feliz: que ya no esté contigo, lo ensalza a mis ojos.

¿…?

—Esto demuestra que pidió tu mano porque se sentía verdaderamente atraído y no por tu fortuna. ¿Es poeta?

—Sí, lo es.

—Así que se trata de un sinvergüenza estético…

¡Oh, cómo se sonrojó Katia! Cómo se le arquearon las cejas, y qué mirada le lanzó. Pero el rostro imberbe del tío era triste y dulce.

—Mi niña, no quería ofenderte: debo explicarte que las personas se dividen en parásitos y esclavos; los parásitos se dividen a su vez en prestidigitadores, o magos, asesinos y sinvergüenzas; los magos son los que se han inventado a Dios y con esta invención acumulan dinero; los asesinos son el estrato militar de todo el mundo; los sinvergüenzas se dividen en simples sinvergüenzas, es decir, gente acomodada, sinvergüenzas instruidos, es decir, los profesores, los abogados, los médicos y los miembros de las profesiones liberales, y en sinvergüenzas estéticos: a estos últimos pertenecen los poetas, los escritores, los artistas y las prostitutas… He terminado, amiga mía —suspiró penosamente el tío senador, mientras olía una flor.

Ya oscurecía, estaban sentados cerca del precipicio; se aproximaban unas nubes bajas y negras que traían frío.

A lo lejos, en el sendero del jardín, entre las ramas había sombras, en las sombras los murciélagos alzaban el vuelo, la baronesa se paseaba casi sin vida apoyándose en su bastón: los ojos de estaño turbios y la boca entreabierta, todo manifestaba que la anciana se estaba desmoronando, que se desmoronaba porque hacía tiempo que sus días estaban contados, y la tiniebla de la noche, eterna ya, se había pegado a sus ojos y se reflejaba en su alma y la llamaba.

Los tres se dirigen a la casa: el tío sostiene a la anciana, Katia camina delante y mastica una pajita distraídamente.

La madre susurra a su viejo hijo:

—Y encima el sinvergüenza me ha robado; el día que se marchó de la casa encontré a faltar mis brillantes.

—Ah, no diga eso, *maman*-, es un excéntrico, y ya se sabe que los excéntricos no se dedican a robar.

—Pero… los brillantes…

—¿A quién recibió ese día…?

—Resulta que no vino nadie… No, espera: ese día vino Yeropeguin…

—¿Solo?

—No, con el general Chizhikov.

—Ya ve, *maman*, usted misma lo ha dicho: los brillantes los robó el general Chizhikov.

Eso susurraba Pável Pavlovich a su madre temblorosa mientras se sonaba en la espesa oscuridad que caía del cielo…

El barón Pável Pávlovich Todrabe-Graaben era un personaje muy excéntrico: pero todos los barones Todrabe-Graaben se distinguieron por sus excentricidades desde la noche de los tiempos, todos se afeitaban y enarbolaban largas narices rosadas, que hacia la sesentena se cubrían de venitas escarlatas a causa del uso moderado de los vinos raros y

finos que aún quedaban en las bodegas de los abuelos; en todos el labio superior avanzaba notablemente hasta casi debajo de la misma nariz; todos carecían de barbilla, por lo cual la parte inferior del rostro parecía monstruosamente pequeña en comparación con los ojos saltones, que nunca miraban al rostro de una mujer, con las enormes narices y las gigantescas frentes huidizas; en todos ellos habría podido haber un cierto parecido con un cuervo triste, de no ser porque tenían los cabellos de color castaño claro, sedosos, inusualmente bien lavados; todos los barones Todrabe-Graaben daban la impresión no de hablar, sino de sollozar lamentándose si no se prestaba atención a sus palabras, porque el contenido de ese llanto aflautado siempre era cómico.

También lloraban las baronesas; y las baronesas lucían también unas frentes y unas narices como la línea masculina; aunque las baronesas tenían barbilla; por contra, muchas de las baronesas eran estúpidas como frascos tintineantes llenos de aire, se paseaban vestidas con encajes, y de muy jóvenes abandonaban Rusia hacia Niza y Montecarlo.

El padre de Pável Pávlovich, también Pável Pávlovich, fue como todos los Graaben muy excéntrico; estaba tan obsesionado con la limpieza que instauró en la casa un hábito extraño: usaba las toallas y los pañuelos una sola vez; cuando tenía un resfriado y sentía la necesidad de usar un pañuelo, daba tres palmadas; la puerta se abría y entraban corriendo dos pequeños criados siervos que sostenían con dos dedos cada uno los extremos de un pañuelo completamente limpio; Pável Pávlovich tomaba el pañuelo por la mitad y se sonaba ruidosamente (todos los Graaben se sonaban con una inusitada intensidad); los criados salían corriendo inmediatamente de la habitación llevándose el pañuelo; y si la necesidad de pañuelo se hacía notar a cada minuto, a cada minuto corrían los criados: traían y llevaban una cantidad infinita de pañuelos.

Pável Pávlovich también era músico; solía tocar sinfonías de Beethoven al violonchelo y hacía que su hijo lo acompañara; al menor error, la sinfonía se empezaba de nuevo, aunque hubieran interpretado ya diez páginas; así tocaban interminablemente, por lo cual Pável Pávlovich padre no consiguió nunca tocar un pasaje hasta el final; por la misma razón, su hijo odió la música desde su más tierna infancia. Todo el mundo procuraba escapar de la música de Pável Pávlovich padre, y él adquirió el hábito de sentarse a tocar en mitad del paso de las habitaciones más concurridas; una vez encerró con llave a un conocido y estuvo tocando para él varias horas seguidas hasta que ese conocido sufrió un desmayo. Poco después de este episodio Pável Pávlovich padre falleció.

El tío de Pável Pávlovich, Aleksandr Pávlovich, también era muy excéntrico; de joven se había comido tres cuartos de la herencia y se había bebido la bodega que le habían legado sus antepasados; hacia los cuarenta se instaló en la finca familiar, donde durante cinco años recorrió el distrito divirtiéndose en todas las fiestas; luego, durante cinco años no salió de su finca, recorría los campos de labranza y bromeaba con los encargados; entonces adquirió una costumbre extravagante: tanto en invierno como en verano se paseaba con un abrigo de marta y una gorra de piel; los cinco años siguientes, Aleksandr Pávlovich ya no salió del parque de la casa principal, donde plantó árboles frutales y cazaba pájaros con lazo; después, a cada año que pasaba, acortaba sus paseos por el parque, de manera que a los sesenta años se encontró confinado en la terraza, desde donde echaba miguitas a las palomas; después, Aleksandr Pávlovich se encerró en sólo tres habitaciones de la casa principal y, finalmente, los últimos tres años de su vida los pasó encerrado en su dormitorio, adonde le llevaban a la joven criada Sashka, a la que Aleksandr Pávlovich, con

una ternura poco común, le acariciaba los hombros, nada más: ¡juro que nada más! Todos los años Sashka daba a luz a una criatura de padres distintos; pero lo más sorprendente era que Aleksandr Pávlovich estaba firmemente convencido de que esas criaturas eran suyas; y los hijos de Sashka recibieron en herencia la rica propiedad de Aleksandr Pávlovich.

Otro tío de Pável Pávlovich, Varrava Pávlovich, fue también muy excéntrico; igual que los demás Graaben destacaba por su sentido del humor, honradez y una especial obsesión por la limpieza: esta pasión se manifestaba en una particularidad tan increíble (una sola) que da vergüenza explicarla, además no lo creerían: Varrava Pávlovich vivía en provincias, y cuando iba de visita se desplazaba en un carruaje de seis caballos; delante de él hacía viajar a otro carruaje con un tiro de cuatro caballos; detrás del carruaje iban dos pequeños criados y sobre el caballo que iba a la cabeza iba montado un lacayo que agitaba un látigo: ¿qué era lo que transportaba Varrava Pávlovich en este carruaje? Bien… es cierto: no lo adivinarían; por si acaso… transportaba un «objeto» que nos haría sonrojar si precisáramos más sobre su utilización; llegaba el primer carruaje; los dos criados jóvenes corrían a abrir la puerta y el «objeto» envuelto era transportado ceremoniosamente a una habitación especialmente preparada; sólo después hacía su llegada a la casa Varrava Pávlovich en persona; y sólo entonces, en el porche de la casa, aparecían radiantes los anfitriones y acompañaban del brazo al anciano señor a la sala principal.

Esta obsesión por la limpieza también mutiló la vida de la tía de Pável Pávlovich, la baronesa Agnia Pávlovna; en su vejez lavaba todo lo que caía en sus manos, pero, por otro lado, las toallas le desagradaban: se secaba las manos agitándolas en el aire, por lo cual siempre quedaban cubiertas por una costra dura. Finalmente, una mañana se puso a lavar con sus propias manos un enorme abrigo de piel de zorro marrón oscuro, con lo cual le salió un grano pequeño en los dedos; el grano resultó ser una pústula, de carbunclo, y la baronesa Agnia Pávlovna falleció.

El barón Pável Pávlovich Todrabe-Graaben creció en esta familia de excéntricos con su hermana Natalia, que se distinguía de la línea femenina por su belleza e inteligencia; cuando su madre abandonó a su marido por un húsar, Pável Pávlovich se acercó a su hermana; este acercamiento se transformó más adelante en un sentimiento más tierno; en esa época Pável Pávlovich entró en la facultad de Derecho, era un joven elegante y usaba tricornio; su hermana se casó con el noble Gugolev; la noticia de este matrimonio conmocionó a Pável Pávlovich y decidió casarse también él tan pronto como terminara sus estudios, lo que llevó a cabo; para elegir esposa se dejó guiar por dos criterios: el primero, su mujer debía guardar silencio siempre; el segundo, debía tener el cabello fino como el lino; Pável Pávlovich se casó con el silencio de su esposa y con sus cabellos.

El barón hizo una rápida carrera gracias a su inteligencia, elocuencia y capacidad para desenmarañar los más intricados asuntos jurídicos con total honradez; al mismo tiempo era un liberal moderado; de manera que, de forma completamente imperceptible, llegó a usar los pantalones blancos de senador, pero entonces inmediatamente abandonó toda actividad; en ese momento sufrió una transformación: Pável Pávlovich se convirtió en un ferviente seguidor de Proudhon, en los salones peterburgueses le temían por su ironía, que no se compadecía de nadie; en el mismo Senado aceptaban sus salidas con indulgencia, pero le dieron a entender que ese no era su lugar, a lo cual él reaccionó con indiferencia y se trasladó a la hacienda de su abuelo; regresaba a San Petersburgo por períodos de tres meses, para no perder de vista a sus amigos.

En la aldea, rápida y brillantemente, se manifestaron las excentricidades de Graaben: se vaciaba la bodega, se comía el dinero; la biblioteca crecía con una rapidez extraordinaria; Pável Pávlovich se transformó en un hombre serio, aunque encontraba tiempo para entregarse a toda suerte de caprichos: para empezar, decoró la casa con porcelanas antiguas; sobre las mesas, los armarios y las estanterías aparecieron unas estatuillas sin nariz, sin cabeza y sin brazos, tazas con las asas rotas, lámparas toscas y todo tipo de cachivaches; luego, Pável Pávlovich recorrió toda Europa buscando un grabado que nadie necesitara, después de lo cual Pável Pávlovich encargó media docena de bicicletas; él mismo se subió a una, instaló en sendas bicicletas a la esposa, al ayuda de cámara, a la criada y a su hijo, que aún era muy pequeño; al cabo de medio año regaló las bicicletas y se consagró a la educación doméstica de sus hijos; contrató a una francesa, a una alemana, a una inglesa y a un negro; estudiaban los tratados sobre educación; finalmente, Pável Pávlovich se quedó con el sistema de Jean Jacques Rousseau: al niño se le quitaron los libros; a la inglesa, la francesa, la alemana y al negro los mandaron de vuelta a sus países; y el rubio chiquillo se dedicó a encaramarse a los árboles imitando a los monos, entonces Pável Pávlovich se tranquilizó y se entregó totalmente a los libros: en su biblioteca se podía encontrar absolutamente todo lo que faltaba a los bibliófilos; sin embargo, los libros más imprescindibles no se encontraban en la biblioteca de Pável Pávlovich; encuadernaba los libros raros con cubiertas de muaré de colores pálidos, azules y rosas; Pável Pávlovich sólo permitía el acceso a su biblioteca a los amigos más íntimos; pero pobre del amigo que sin querer trazara en la página una raya por imperceptible que fuera; el libro estropeado no podía quedarse en la biblioteca, y con un desprecio hábilmente disimulado regalaba el libro a la persona que lo había estropeado; los amigos cercanos temblaban al recibir un libro como regalo de Pável Pávlovich: esto significaba que desaparecían de su vista para siempre.

En el campo, Pável Pávlovich se levantaba con el canto del gallo; durante tres horas, mientras todos seguían durmiendo en la casa, el ayuda de cámara Strigachov lo frotaba y lo lavaba con mucha agua según un rito establecido en el pasado, después de lo cual Pável Pávlovich se dirigía a su despacho y se ponía a escribir; qué escribía, esto era un secreto para todos: seguramente, algún tratado inverosímil, donde se preparaban para el bien de la humanidad nuevos descubrimientos en los campos de la antropología, la filosofía, la historia y las ciencias sociales; se decía que no era más que un galimatías, pero Pável Pávlovich no se desalentaba, y más de una vez entablaba correspondencia con los eruditos; cierto es que su correspondencia trataba más sobre sutilezas bibliográficas que sobre sutilezas científicas.

Antes del desayuno, Pável Pávlovich hojeaba los periódicos y recortaba las revistas; después, antes del almuerzo, fresco y vigoroso, con una toalla al hombro y una rosa de té en la mano, atravesaba el parque corriendo en dirección al baño.

Pável Pávlovich trataba a los criados con amabilidad; no entraba en sus principios dar lecciones de moral; y Pável Pávlovich concedía a todos una total libertad de movimientos; pero esta libertad era peor que la esclavitud; lo veía todo sin mirar a nadie; y como su concepto de la limpieza no era compartido por todo el mundo, la menor disensión en relación con el mismo suscitaba su rápida huida de la casa para consternación de los criados y por un plazo de tiempo indeterminado; toda la casa temblaba y se movía de puntillas cuando desde lejos sonaba su voz, quejumbrosa y triste; así, un día, al entrar en la casa, se fijó en la presencia de algunas colillas metidas en una maceta; le conmocionó tanto

que no pudo más que lanzar una mirada llena de reproche a los criados y se retiró rápidamente a su despacho; dos horas más tarde, Strigachov sacaba las maletas del barón y dos semanas de angustia más tarde, la esposa recibía la noticia de que Pável Pávlovich estaba sano y salvo y navegaba en dirección a la isla de Madeira a bordo del paquebote *Victoria*.

En San Petersburgo, los amigos del barón le esperaban con impaciencia; en su ausencia todos le criticaban y decían de Pável Pávlovich que era un excéntrico, más que eso: que era un individuo nocivo y anarquista; pero cuando hacía su aparición, las puertas de los salones se abrían de par en par para recibir al «excéntrico»; y Pável Pávlovich se instalaba en el diván mullido con un vaso de compota en las manos (el barón se abstenía de tomar té), y disertaba largo y tendido sobre el destino de Rusia, sobre la invasión mogola, sobre el perjuicio causado por el cristianismo, sobre la influencia de éste en la difusión de las bebidas alcohólicas y sobre el futuro régimen político. Hablaba lentamente y con tristeza, cerrando los ojos, hablaba con una seguridad desalentadora, pero decía unas cosas tan extrañas que a su alrededor se congregaba un pequeño círculo; después, este círculo comentaba irónicamente las opiniones de Pável Pávlovich. Pero mientras Pável Pávlovich hablaba, nadie le interrumpía; de hecho, era difícil interrumpirle porque las premisas lógicas del barón parecían muy absurdas, pero él las defendía y las desarrollaba con una lógica férrea, con brillantez, casi con inspiración: tenía algunos temas preferidos, pero variaba estos temas muchas veces y desde diferentes puntos de vista; tan pronto como Pável Pávlovich entraba en una conversación, ésta parecía perder su sentido propio y se convertía en la trama en la que Pável Pávlovich bordaba sus temas.

De esta forma implacable Pável Pávlovich afilaba su ingenio en los salones peterburgueses; durante esas épocas recorría las librerías y compraba libros; había ocasiones en que Pável Pávlovich recordaba su práctica de jurista (en realidad era un jurista notable, de sangre fría, equitativo, riguroso); entonces, de paso, Pável Pávlovich resolvía algún caso oscuro; y después de pescar a los estafadores, marchaba a la aldea.

Al enterarse de que unos estafadores y picaros amenazaban a su madre, Pável Pávlovich marchó a Gugolevo; previamente se hizo con unos documentos, obtuvo unos informes escritos y rápidamente partió de viaje con el fin de desenmascarar la trampa descarada; la conversación con Yeropeguin tranquilizó al barón; comprendió que el comerciante ya no la amenazaría más.

Por otro lado, no fue sólo el miedo por la situación económica de su madre lo que hizo que Pável Pávlovich partiera a toda prisa a Gugolevo; más que su madre, le inquietaba la situación de su sobrina Katia, que le recordaba a su amor desaparecido prematuramente, su hermana; Katia ocupaba los pensamientos de Pável Pávlovich mucho y mucho; abrigaba hacia ella un sentimiento particularmente tierno, tal vez demasiado tierno para proceder de un pariente; pero como era un hombre formal, no construyó nada sobre ese sentimiento; sin embargo, pensar que su sobrina estaba prometida con un rústico, y que, según se decía, era un excéntrico, le preocupaba; que su prometido fuera un rústico, no preocupaba a Pável Pávlovich más que en sus emociones, pero no en sus principios: según sus principios, Pável Pávlovich era un demócrata; el hecho de que ese rústico fuera un excéntrico y un poeta más bien le reconciliaba con ese matrimonio (como se sabe, los excéntricos experimentan cierto respeto y comprensión mutua). Ahora, informado de la fuga de ese «rústico» de la finca de Gugolevo, de su relación con una campesina sectaria, y de las sospechas de la baronesa, tan

ofensivas para el prometido de Katia, el barón Pável Pávlovich Todrabe-Graaben, por razones que sólo él conocía, llegó a la conclusión que ese «rústico» era un hombre de bien, que le convenía a Katia.

Katia: ¡cuánto había pensado el barón en ella durante este último año! Inesperadamente había iniciado una correspondencia triste y lánguida con ella; él le escribía cartas lúgubres que firmaba «tu tío»; intentaba guiar sus lecturas desde la distancia; le escribía en un papel de color azul intenso que sacaba de un cajón y aplicaba a la cera un sello antiguo que representaba dos árboles con una cuarteta grabada:

El riachuelo separa dos árboles,
pero sus ramas crecen entrelazadas;
el destino separa dos corazones,
pero sus mentes siguen unidas…

Estos últimos años Pável Pávlovich había adelgazado y le habían salido canas; su nariz se afilaba con el paso de los días, al igual que sus opiniones, críticas al máximo; su ingenio brillaba con un estallido lúgubre, como la hoja afilada de un puñal; pero él bromeaba consigo mismo; la juventud se sentía especialmente atraída hacia él; pero Pável Pávlovich apartaba de sí a la juventud; sin embargo, la gente de más edad se apartaba de él. Su ingenio, inútil en la frontera de dos épocas, iluminaba singularmente a Pável Pávlovich el resto del camino que le quedaba por recorrer en este mundo.

Se comprende que el barón entrado en años se aferrara a la amistad de Katia; se comprende que dejara sus ocupaciones y apareciera en nuestros lugares; y ahora, en la oscuridad, mientras la anciana dama gruñía y perdía la cabeza poco a poco, Pável Pávlovich lanzaba a Katia miradas tristes: en su alma maduraba el plan de devolverle a su prometido; cómo haría para llevar a cabo este plan era un misterio para el propio barón; sin embargo, confiaba plenamente en el éxito de su empresa.

Así era Pável Pávlovich.

Capítulo VI

Un fuego dulce

Las personas

Mitri Mirónovich despidió al empleado afónico y chato; el otro empleado del carpintero, el melenudo, era una paloma. El puesto del obrero sin nariz en el taller del carpintero lo ocupaba nuestro héroe desde hacía más de dos semanas.

La vida de Darialski en casa del carpintero transcurría con serenidad, un poco extraña; una luz clara caldeaba su pecho; como una corriente de fuego, de su pecho brotaba el amor por Matriona; como una corriente de fuego buscaba la mirada de Matriona; como corrientes de fuego los observaban los ojos del carpintero; y a ambos, con la claridad de su resplandor, los protegía con la plegaria ardiente el carpintero; como una estufa incandescente, abriendo sus fauces en su dirección, ardía insoportablemente —se alzaba, les transportaba—, pero ¿adónde les transportaba la plegaria? En el fluir de los días se veían las orillas de la vida trabajadora, por las mañanas se encontraban los tres sin mirarse, sin mencionar la llama que los abrasaba; se estrechaban las manos con rostros taciturnos, fundidos únicamente en la plegaria nocturna o los relámpagos de las caricias nocturnas; se encontraban en el trabajo, consumidos por la noche; trabajaban con ardor durante el día, como si incluso entre ellos tres, mudos, tuvieran un acuerdo; y como si incluso el carpintero bendijera el amor entre Piotr y Matriona Semiónovna; y como si en esa bendición la llama del amor se convirtiera en la llama del Espíritu. Pero sobre esto no decían ni una palabra; una vida extraña, triste; mientras, los árboles adquirían tonalidades amarillas, rojizas, rosadas; del rosado y lila del follaje seco surgía un ruido, caían las hojas, asomaba el hocico rojo una ardilla y silbaba la voz paradisíaca de un pájaro: y surgían habladurías en torno a las plegarias espirituales de estas gentes: bajo las ventanas de la carpintería empezó a pasearse el propio pope Vukol. El pope Vukol, incitado por la maldad de alguien, empezó a frecuentar la isba; entraba con cualquier pretexto y husmeaba por todas partes: y así mismo se iba, sin probar la hospitalidad; en los campos y los bosques, Matriona Semiónovna y Piotr se acariciaban, se amaban mirando la llama de las miradas fugaces, y llorando por la llama; en el cielo azul se mecían las estrellas frágiles, descendían hacia el valle terrenal, volando, consumiéndose; pasaban los días, y los días se transformaban en noches, y las noches se transformaban en días.

Esto es lo que sucedía.

De día Piotr, vestido con su camisa roja, con la espalda empapada de sudor, cepillaba un tronco al ritmo del sonido alegre de las sierras grandes, las sierras pequeñas, bajo la

molesta caída de las virutas de madera, como si de nieve se tratara, bajo el zumbido fastidioso de las moscas en la isba del carpintero.

En la delicada luz del sol que golpea las ventanas se dispersa una columna de polvo, la sierra desprende un polvo de madera luminoso como si fuera polvo de luz; en esa luz clara, en ese polvo luminoso, el dueño se inclina dignamente sobre el tronco, el rostro severo como en un icono; habla poco mientras trabaja:

—Páseme el nivel, señor…

—Aquí tiene.

—Ahora hace falta nivelar las patas del sillón, ¿lo ve?

Y calla.

Mitri Mirónovich trabaja: ahora aplica el formón a la madera y lo golpea con un martillo, que se eleva por encima de su cabeza bajo la luz del sol, ahora agarra con una mano huesuda la sierra y, cubriéndose de sudor, jadeando de calor, corta la madera, pero todo esto el carpintero lo ejecuta con una cierta dignidad, con una intención: el carpintero complacía encargos de todo tipo; así era como trabajaba: por eso siempre tenía trabajo; y le pagaban mucho, incluso muchísimo. La habitación estaba inundada de un calor ardiente o de un pálido reflejo, y sobre todo ello, el rostro del Salvador bendiciendo los panes; bajo el rostro del icono una lamparilla verde, llena de aceite, que chisporroteaba y alumbraba, parpadeante; y te entran ganas de rezar tranquilamente delante del magnífico trabajo de estas personas honradas; un trabajo sosegado, lo miras y dices: «¡Bendice, Señor, el trabajo de estas personas!».

Así a la caída de la tarde, apoyadas contra la pared, había seis nuevas sillas de formas distintas: en unas se sentarán personas reflexivas, y la plegaria incrustada en la madera durante el trabajo se transformará en una llama invisible que penetrará en los que, pensativos, se sienten a reflexionar en las sillas una vez terminadas: gente de toda clase compra estas sillas: se las llevan a Moscú, Sarátov, Penza, Samara y a otras magníficas ciudades rusas; las llevan, las colocan y se sientan: y esas gentes reflexionarán mucho tiempo, sentadas en esas sillas, sobre el sendero de la vida y que las cosas son como son; y que las cosas se distinguen de sus nombres casuales; y el que esté sentado en una silla dirá: ¿por qué la silla se llama «silla» y no «cuchara», y por qué me llamo «Iván» y no «María»?

Trabajad, trabajad, obreros, sobre nuevos objetos: ¡bendice, Señor, el trabajo de estas personas!

A veces, entre el golpe del martillo y el zumbido de las moscas, estas gentes fuertes, empapadas de sudor, se ponían a cantar canciones vigorosas; el melenudo empezaba a cantar una canción; apoyándose lúgubremente en el tronco con el martillo empezaba:

> En los años de juventud
> me marchito, con un pálido color.
> ¡Señor, apiádate de mí!

Parecía que un sueño, que hubiera ocurrido alguna vez y sin haberse convertido aún en realidad, regresaba, con una luz maravillosa golpeaba las ventanas, iluminando la alegría de esas personas lúgubres que, con sudor en el rostro, elaboraban una nueva vida; lo indescriptible tomaba forma; una cortina de luz irisada se apartaba de la cortina de luz:

todo destacaba bajo la luz, lo indescriptible se desvelaba cuando el carpintero lo acompañaba con su voz nasal:

Cuando aún llevaba pañales recibí a Dios.
¡Señor, apiádate de mí!

Y desde la sala principal, la dulce voz de Matriona, sentada pelando patatas, se alzaba y descendía:

Hemos abandonado a nuestras familias,
encerrados entre muros sagrados.
¡Señor, apiádate de mí!

Y todos a la vez:

¡Señor, apiádate de mí!

Allí, en la sala principal, sólo Dios sabe lo que ocurría: allí no se atrevían a mirar ni el melenudo ni Piotr; vale, vale, oh Señor, la falda roja de Matriona Semiónovna: allí, allí, debajo de la falda asomaba su pie desnudo bajo la mesa, les llena los ojos desde la puerta entreabierta; y esa pierna atravesaba la vida con un rayo luminoso; la luz atravesaba sus corazones; en sus pechos latían los fragmentos de sus corazones: trabajaban como carpinteros, cantaban:

Por los siglos de los siglos
nuestra felicidad está en los cielos.
¡Señor, apiádate de mí!

El aire de la sala se calienta con la luz, el aire huele a sudor: la canción sobria se rompe cuando surge; rompiéndose, surge. Como si aquí el mundo creara su propio espacio nuevo de sólo unos metros cuadrados, aislados del resto del mundo por unas paredes de madera. Mientras dura la canción, a Darialski le parece que la venida del Espíritu Santo tiene lugar en estos pocos metros cuadrados; el Espíritu desciende de un lugar indeterminado; en las esquinas se oyen unos crujidos: fíjate, ese pedazo de madera que estaba sobre la mesa ha dado un salto movido por el Espíritu y lo ha lanzado a las virutas. Pero ni él ni el melenudo ni el carpintero interrumpen el trabajo; como si no ocurriera nada de lo que ocurre. Pero la mancha de luz que hay sobre el pecho del carpintero se separa del carpintero en dos alas luminosas y, adquiriendo un color rosado, vuela por las paredes hasta el pecho de Darialski: ilumina un pedazo de madera con su luz púrpura; pero eso es el reflejo del sol; se mueve con rapidez: el sol se está poniendo; ya es de noche.

Al otro lado de las ventanas, cerca, muy cerca, un muchacho de Tselebeyevo aúlla a grito pelado una canción de moda que alguien ha traído a las aldeas:

Ah, elefante, elefante, elefante,
narizotas:
Trompa Trompetovich
Trompetov.

Atardecer: con dedos callosos Darialski limpia las virutas amarillo-rosadas por la luz del crepúsculo; el melenudo, jadeando, recoge los clavos, se los pone en la boca; los saca de la boca y rápidamente los clava en una tabla; Matriona Semiónovna pasó e hizo que se removieran las virutas; tiene las cejas fruncidas; estúpida mujer, qué esconde… ya es tarde, se iluminan las estrellas; ya el frescor inunda los arbustos lejanos con un turquesa translúcido y chispeante y allá lejos todo se ensombrece, la oscuridad se extiende y se multiplican las sombras, y enfrente un sol cansado agota su último fuego; Mitri ha guardado los cepillos, las garlopas, los taladros, ha pasado por encima la fina estopa de su barba, se apoya pensativamente sobre la sierra y después sale silenciosamente de la isba arrastrando el rústico calzado de tilo; ya está en el prado y los niños se alejan de él; la tarde se ensombrece; pronto todos los que durante el día tienen los ojos empañados, tendrán los ojos brillantes, velados como lámparas azules llenas de aceite; y sus conversaciones serán tranquilas, dulces como la miel.

La luz luminosa, nacida por la mañana, brilla cegadoramente por la tarde en los ojos de los que se transforman con el trabajo y el ayuno.

La pesca

Cabritillas nacaradas corren para unirse al aire puro cargado de humedad; en el aire húmedo y verde hace más de una hora que Darialski se inclina como una mancha roja; el anzuelo se hundió en el agua lejos de él, allí donde bailan en el agua reflejos de nácar mojado que se rompen contra la orilla como burbujas y tristes chapoteos; y se ve claramente el hilo tenso que sale de la caña, y el flotador se sumerge, pasa nadando un pato triste y detrás de él se extiende una estela; danzan los pedazos de nácar y sobre ellos las libélulas; zumba junto al oído un mosquito que se ha mantenido con vida desde la primavera, sabe Dios cómo; sobre la bendita tierra negra, en un papel a sus pies, unos gusanos rojos se retuercen; el crepúsculo ilumina oblicuamente la aldea que parece de zafiro, brillan los tejados, los cristales, los troncos; un pedazo de cielo brilla salvajemente: también es de color zafiro.

Sentado algo de lado, Aleksandr Nikoláyevich, el sacristán, se endereza de golpe; su flotador baila, se alza la caña; y un pececillo, convulsionándose, describe arabescos con su cuerpo cubierto de escamas, cae en los crueles dedos de acero del sacristán, que le destrozan la boca y: plof, a hacer gluglú en el cubo.

—¡Buena pesca!

—¡Sí! —le replica desde el aire puro Piotr.

—¡Se la deseo también a usted! —grita el sacristán.

—Bueno, no he pescado nada de momento.

Silencio: en silencio el crepúsculo palidece.

—Cuando le miro, Piotr Petrróvich, Dios mío, perdóneme la franqueza, pero me parece que se ha vuelto loco: se puede decir que usted es un señor, un verdadero señor, y Dios no se ha portado mal con usted, no tiene mal aspecto, y sabe muchas cosas y, que Dios me perdone, señor, no ha tenido mala suerte: y a pesar de todo se ha puesto a trabajar, y ¿para quién? ¡Para el carpintero Mitia!

A Darialski le duelen los pies, tiene la espalda molida, las manos se le han doblado con el trabajo, en su alma no hay más que felicidad, bondad y dulzura indescriptibles, se ríe de las palabras del sacristán, mira hacia allí, al otro lado de la aldea: en su cabeza brotan unas rimas, las palabras se reúnen con facilidad.

Reluce el azul zafiro,
en el horizonte frío se zambulle.

Todo eran «ces» y «us» y había que rimar «zambulle», pero, veamos, si no tiene rima, maldita sea. Entonces su flotador se pone a bailar, por lo visto se trata de un pez grande el que ha mordido el gusano.

—Aleksandr Nikoláyevich, ¿por qué no puedo trabajar de carpintero? Los estudios, los libros, me han dejado trastornado: me haré carpintero…

—Para, digamos, hacer ejercicio —el sacristán dibuja una sonrisa maligna—, justamente; además —rió con escarnio el sacristán—, no todas las cabezas sirven para estudiar, hay cabezas que los libros embrutecen. Yo, por ejemplo, tan pronto como abro un libro, es como si me escribieran en el cerebro esas tonterías y galimatías.

—¡Qué calamidad es el estudio!

—Je, je: ¡te deja completamente imbécil!

«Frr, frr, frr», pasa volando una golondrina.

Silencio: el crepúsculo palidece.

—¡La última golondrina!

—No tardarán en irse, pronto ya no las veremos. ¿Y a dónde se van?

—A África, Aleksandr Nikoláyevich, a África, al cabo de Buena Esperanza.

—¿De verdad que se van a África?

—Sí, se marchan a África.

—Pues si que saben volar.

—Sí, lo hacen bien —se conmueve Piotr.

Los dos siguen con la mirada los movimientos de la golondrina, el pecho blanco describe círculos, vuela, chilla, pía, hacia allí, hacia acá, allá y más allá: «Ivivi»; pasa rasando sobre el estanque y desciende en picado hasta la cruz del campanario, ahí se pone a chillar y ahora está sobre ésta, perlada de zafiros por el sol poniente, la golondrina voladora se abandona a un éxtasis aéreo y baila: «Ivivi-ivivi…».

—¡Mira como baila!

—Como el rey David delante del Arca de Noé.

Y Piotr piensa: «Querida, querida, golondrina sagrada, de pecho blanco»; vuela la ágil golondrina… Y habla de Katia. ¡Ivivi! ¡Ivivi…!, la golondrina se aleja volando hacia Gugolevo: el «ivivi» se desvanece en el aire sobre los árboles; todo está en calma: unos círculos se extienden en el agua… y un pensamiento tortura la mente, y un sonido sollozante como el agua que se saca de un pozo: noche serena, silencio, sueño, oscuridad. El sacristán se pierde en la oscuridad; ha desaparecido; también ha desaparecido el pensamiento que tortura la mente.

¿Adónde ha ido Piotr? ¿Qué le ocurre? Nunca, en ningún lugar, le ha pasado nada igual. Nunca nadie ha soñado nada igual, salvo en Rusia; pero aquí, entre estas gentes sencillas, faltas de sutilidades, sueña con todo esto; el campo ruso conoce secretos, también los

bosques rusos conocen secretos; en estos campos, en estos bosques, viven unos campesinos barbudos y un gran número de mujeres; son de pocas palabras; sin embargo, abundan en silencios; acércate a ellos, y ellos compartirán contigo esta abundancia; acércate a ellos y te enseñarán a guardar silencio; beberás las auroras y los crepúsculos como si fueran un vino caro; te alimentarás con el aroma de la resina de los pinos; las almas rusas son la aurora; las palabras rusas son fuertes, resinosas: si eres ruso, guardas en tu alma un secreto maravilloso, y tu palabra es como la resina pegajosa; no se ve, pero se engancha, y exhala un perfume agradable, gratificante; pero pronuncia esa palabra simple, y deja de haber nada simple en esa palabra; estas palabras no las conocen las personas que viven en las ciudades, rodeados de piedras: ésos, cuando vienen al campo, solo ven delante de ellos suciedad, oscuridad, un montón de paja y el rostro ceñudo y lúgubre de un campesino sucio de paja; pero no es un campesino, sino Kudeyárov, el carpintero, el que anuncia el secreto bendito pero nunca lo sabrán, por mucho tiempo que pase; delante de ellos sólo ven suciedad, oscuridad, un montón de paja, y en la paja la palabrería estúpida de una campesina; y que ésta sea la bella Matriona Semiónovna de labios de azúcar y besos dulces como la miel, todo esto es un misterio para ellos.

¡Pobres, pobres! Piotr se quedó pensativo: todo el sueño de Occidente ha pasado delante de él y se ha alejado de él; pensaba: un gran número de palabras, sonidos, señales, ha entregado Occidente al mundo sorprendido; pero esas palabras, esos sonidos, esas señales palidecen, y como fantasmas atraen a las personas, pero ¿adonde? La palabra rusa, taciturna, cuando sale de ti se queda cerca de ti: y esa palabra es una plegaria; las palabras que nos enseña Occidente, al contrario, son como una copita de vino dorado que se hubiera derramado en el aire y cuyas salpicaduras brillaran al sol como gemas, como piedras preciosas que vuelven a caer a tus pies, en el barro, no sin que antes los extraños se hayan admirado con el espectáculo de esta lluvia de gotas doradas que te deja sediento, así son las palabras que nos enseña Occidente; allí las palabras emergen a la superficie, se derraman en los libros, en cualquier ciencia; por eso allí las palabras se pueden decir, el modo de vida se dice, así es Occidente. Pero el alma no es una palabra: suspira por lo indecible, languidece ante lo inexpresado. Pero no es así en Rusia: las gentes del campo, las gentes del bosque, no se envuelven en las palabras, y su manera de vivir no seduce la mirada; su palabra es la injuria; su forma de vida son las borracheras, las peleas; suciedad, silencio, hambre, ignorancia, oscuridad. Compréndelo: el vino espiritual está sobre la mesa delante de cada uno; y cada uno, aparte de ti, bebe de este vino, el vino de las palabras no dichas y de los sentimientos indecibles. El campesino habla como tartamudeando y siempre dice cosas simples, pero cuando guarda silencio ¡es un silencio maravilloso! Los labios te injurian, te gritan las palabras mas soeces mientras los ojos se hunden en la aurora clara; los labios perjuran y los ojos bendicen; cuando empieza a hablar es como si cepillara un tronco, pero cuando se pone a cantar…, en una palabra, la fama de estas canciones, las canciones rusas, se ha extendido muy lejos por el vasto mundo; pero ¿quién canta estas canciones, quién las ha compuesto? Las ha compuesto el mismo rústico que en ese momento te cubre de obscenidades.

Vivir en el campo, morir en el campo repitiendo para sí una palabra espiritual que nadie conoce salvo quien recibe esta palabra; y la recibe en silencio. Aquí entre todos ellos beben el vino de la vida, el vino de la nueva felicidad, piensa Piotr: aquí no se presiona al crepúsculo para hacer un libro: aquí el crepúsculo es un misterio; en Occidente hay muchos

libros, en Rusia hay muchas palabras no dichas. Los libros se rompen contra Rusia, el conocimiento se pulveriza y la misma vida se inflama con su contacto; ese día, cuando Occidente se lance sobre Rusia, la recorrerá el fuego de arriba a abajo: quemará todo lo que se puede quemar, porque sólo de las cenizas de la muerte alzará el vuelo el espíritu paradisíaco: el Pájaro de fuego.

Darialski recordó su pasado: Moscú, las reuniones graves de las damas elegantes y sus galanteadores, los poetas; recordaba las corbatas, los gemelos, los pañuelos, los alfileres, todo de importación, de Francia, y todo el lustre de las ideas de moda; una de esas personas jóvenes se encogía de hombros cuando se hablaba de Rusia; sin embargo, se marchó a pie a un convento en Sarov; un socialdemócrata se reía a carcajadas de la superstición del pueblo; ¿cómo acabó todo esto? De repente abandonó el partido y apareció como miembro de la secta de los *jlistí* (los flageadores) en el noreste del país. Un decadente empapeló la habitación con papel negro, una excentricidad tras otra; después de lo cual desapareció bruscamente durante muchos años; más adelante se supo que era un vagabundo en el campo. Cuántos y cuántos son los que abrigan en secreto el sueño del campo ruso, ¡el campo ruso! Respiras resina, cereales y auroras: en estos vastos espacios, el campo ruso, hay un lugar para perder el aliento y morir.

Cuántos hijos has alimentado, campo ruso; tus pensamientos se han helado, como las flores, en las cabezas de tus hijos turbulentos: huyen tus hijos lejos de ti, oh Rusia, y van a tierras extranjeras para olvidar su inmensidad; y cuando regresan después, ¿quién los reconoce? Sus palabras son extrañas, sus ojos son extraños; se atusan los bigotes de otra forma, a la europea; el brillo de sus ojos no es como el de los demás rusos; pero en el fondo de su alma son tuyos, oh campo ruso: quemas sus sueños, hielas en sus pensamientos las flores del paraíso, oh campo natal, oh camino amado. No pasará un año antes de que marchen a errar por los campos, por los bosques, por los caminos trazados por las bestias, para acabar muriendo en la cuneta donde crece la hierba.

¡Cada vez será mayor el número de los que huirán al campo!

En los bosques tenebrosos de Siberia se multiplicarán las capillas. Quién sabe cómo acabaremos: tal vez en el declive de nuestros días no estaremos tranquilamente sentados en un sillón de la ciudad, embebidos en la lectura de libros sutiles y fumando un tabaco perfumado; tal vez nos balancearemos en el extremo de una cuerda sobre la horca plantada en el campo raso; tal vez acabaremos nuestros días en una cuneta al borde del camino, o en una ermita en lo profundo de los bosques de Vologda, ¿quién sabe, quién lo puede decir? ¡No sabéis nada de vosotros mismos, jóvenes! Mujeres, escuchad, mujeres, el sonido libre del carillón de los campanarios: esta llamada resuena desde siempre en la inmensidad de los campos, en los campos sin límite; el que ha oído la llamada de las campanas no hallará la paz en las ciudades; no hará sino extenuarse; medio vivo huirá al extranjero, pero no podrá encontrar la tranquilidad en ninguna parte. El alma se agotará en sollozos; la mente se le secará, la lengua se le pegará al paladar: de la enfermedad de la nostalgia lo curarán las aguas y conocerá el manicomio y la cárcel; y acabará regresando a ti, ¡oh campo ruso!

—¡Aquí estoy! —se sobresalta Darialski; mira: sobre su cabeza cae una masa azul; los campos, los bosques, las isbas: todo teñido de añil nocturno: la luna amarilla se levanta, y también las sombras.

«Estoy en unos espacios nuevos, en una época nueva», recuerda Darialski las palabras del que en el pasado había sido su poeta preferido; también él se sintió cansado: si se queda

en la ciudad, morirá; y también en su alma se clavó el pensamiento de errar por el campo. Y las palabras de su poeta preferido le recuerdan involuntariamente otras palabras, queridas y terribles:

Por los siglos de los siglos
nuestra felicidad está en los cielos,
¡Señor, apiádate de mí!
Hemos abandonado a nuestras familias,
encerrados en los campos abiertos,
¡Señor, apiádate de mí…!

¡Chist! Desde la otra orilla del estanque, una llamada familiar:

Recibí a Dios
cuando aún llevaba pañales…
¡Señor, apiádate de mí…!

Es el melenudo arisco, quien después de terminar su trabajo en la carpintería se dirige a su casa:

—Ahora ya no soy filólogo ni señor ni poeta: soy una paloma; ya no soy el prometido de Katia, soy el amante de Matriona —se sonríe Darialski y siente miedo ante esta dulce realidad; y su alma está inquieta, angustiada; para ahogar esta angustia, canta:

Como si estuviera en los nuevos espacios,
por los siglos de los siglos.

«¿En qué me estoy equivocando?», piensa; y siente miedo.

—¿Qué está cantando, joven? —resuena a su espalda una voz quejumbrosa, sollozante.

Darialski se sobresalta y se da la vuelta.

Un anciano triste y afeitado, con una nariz que le apunta desde lejos, está delante de él, huele una flor; las manos están enfundadas en unos guantes; en una mano lleva una manta, en la otra un bastón.

—Nada especial: una canción cualquiera. ¿Quién es usted?

—Soy de por aquí —suspira cansadamente el anciano.

«¿Dónde le he visto antes?», piensa Piotr; en estos rasgos hay un parecido extraño con algo que amó antaño, familiar, pero que hace tiempo ha desaparecido, pero ¿con qué, con quién? Le observa; todo en el anciano es impecable; piensa: «Un occidentalista, eso es lo que es». Y el anciano, a imagen y semejanza de un europeo, extiende cuidadosamente la manta, la coloca sobre la hierba y se sienta con Darialski; la luna ya los ilumina con calma, y Darialski piensa que es el momento de encontrarse con Matriona en el lugar acordado, pero el señor afeitado lo ha hechizado; la voz del señor afeitado es tan quejumbrosa como el chillido de un pájaro del pantano; este chillido en otoño nos recuerda el pasado agradable, y encantados, asustados, pasamos noches enteras cerca de los agujeros podridos del pantano, atentos a la voz familiar del pájaro que llora.

«Todo ha pasado, todo ha pasado», el agua chapotea, y sonreímos, no lo creemos: «No ha pasado nada», discutimos; pero nunca diremos lo que ha pasado ni por qué… pero ¡silencio!, precisamente en la distancia se oye la voz de un pájaro que llora…

—Joven: ¿es usted un excéntrico?

—???

—Porque usted es ruso, y todos los rusos son excéntricos…

—¿Dónde he oído yo antes todo esto? —replica Piotr (chist: otra vez en la distancia la voz del pájaro del pantano).

—Lo ha oído en su interior —se asombra Piotr: hubiera dicho que no había pronunciado aquellas palabras, que sólo las había pensado.

—No, espere: un momento: ¿dónde le he visto? Me recuerda…

—Vaya fantasía: nos acordamos todos los unos de los otros y siempre nos encontramos.

—¿A qué se refiere exactamente?

—A nada en particular… —se echa a sollozar el señor intranquilo, después, calmado, se acaricia la rodilla—. Qué nervioso: usted, señor mío, es un excéntrico; vaya con cuidado, a lo mejor tendrá que pagar caro sus nervios…

—¿Cómo lo sabe?

—Usted es un hombre joven: y los jóvenes todos son unos degenerados; es lamentable, pero es así: el pueblo ruso degenera; los europeos también degeneran; solo los mongoles y los negros se multiplican.

—Rusia tiene un futuro por delante —replica Piotr, y observa atentamente al señor afeitado: nada en especial: es un señor tranquilo, sosegado; sin duda es occidentalista. «¿Dónde le he visto antes?», piensa Piotr, pero dice—: Rusia esconde un secreto inexplicado.

Pero Pável Pávlovich (se trataba de él) había iniciado su tema preferido, y se puso fríamente a bordar una de sus variaciones sobre las palabras de Piotr:

—Rusia es un país de mongoles; todos nosotros tenemos sangre mongola, no se puede negar esta invasión: nuestro destino es prosternarnos ante el emperador de la China.

—Rusia… —replica Piotr.

—Rusia es un país desgraciado; usted habla de algo inexplicado; seguramente hay algo así en su alma, algo que no puede explicar: usted, joven, no sólo es un excéntrico, sino que además es un excéntrico de palabra insegura; usted es un joven desgraciado sin voz, como todos los jóvenes de hoy, que no tienen voz; hablan sobre un silencio preñado porque no saben expresarse de forma inteligible. Cuando hablan de lo inexplicable es un síntoma peligroso; lo único que demuestra esto es que la humanidad cae en un estado de borreguismo. Por desgracia, hoy en día todo es borreguismo, y ¡no sólo en Rusia! —suspira tristemente el barón Pável Pávlovich, y se suena ruidosamente.

¡Chist! De nuevo la voz lejana, familiar, del pantano: «Todo ha pasado, todo ha pasado», y Darialski, como si se debatiera, exclama:

—No, no, ¡no es cierto, no es cierto!

—Por desgracia es cierto: por ejemplo, usted, joven, es evidente que pertenece al grupo de gente con estudios, pero si le miro parece un campesino cualquiera: esto se debe a que la cultura verdadera está por encima de sus medios; por esto se dedica a hacer excentricidades; se obliga a soñar: despiértese…

De nuevo Darialski escucha las palabras proféticas: ¿es posible que todo lo que le ocurre no sea más que un sueño maravilloso, un sueño del que ha despertado? Observa con sorpresa al anciano afeitado, pero el anciano afeitado, levantándose del suelo, dobla la manta cuidadosamente y cortésmente le tiende la mano, sin quitarse el guante:

—Adiós: tengo mucho camino por hacer…

Y ya está lejos de Piotr, Occidente está lejos. «¿Dónde le he visto antes?», sigue pensando Darialski; un vientecillo frío de principios de otoño sacude un arbolillo: una hoja amarilla cae en la oscuridad; un riachuelo de agua chapotea a sus pies:

«Todo-todo-todo lo diré, todo-todo-todo, todo-todo-todo».

«¡Ya lo sé!», se ríe Darialski, y de pronto se sorprende a sí mismo de sus palabras: «¿Qué es lo que sé, qué, qué, qué?».

Pero es hora: Matriona seguramente hace tiempo que le espera.

«Por un instante me he despertado —piensa Piotr—, ahora regreso al sueño».

Y a medida que se acerca al roble siente que vuelve a adormecerse; y enseguida le parece que no ha ocurrido nada de lo anterior: el anciano afeitado, sus palabras extrañas, todo es un sueño que hace tiempo ha huido a Occidente; le ha vuelto a tragar una víbora terrible: Rusia.

Un riachuelo de agua otoñal chapotea a sus pies: «Todo-todo-todo lo diré, todo-todo-todo, todo-todo-todo…».

—¡Ya lo sé! —se ríe Darialski.

La obra

—Siéntate aquí, Matriona… Eres una mujer hermosa, siéntate aquí, Matriona… A buen seguro te aburres, ¿verdad?, conmigo, con un viejo, además…

Los ojos del carpintero tienen un brillo salvaje; sus piernas torcidas le llevan hasta la ventana, sus manos agarran a Matriona y la arrastra con él a la ventana.

—Siéntate aquí, Matriona…

—¿Qué te pasa? —los ojos de Matriona tienen un brillo salvaje; sus piernas débiles le llevaron a la ventana; el carpintero la agarra por los brazos, la acaricia, le susurra y la arrastra consigo.

—¡Ven aquí, ven! —la sienta a su lado—, eres una mujer hermosa, sabes, tienes unos ojos enormes, eres fuerte: lástima de la viruela que te estropea un poco; pero tu galán no te va a buscar pegas por eso… verás, tu galanteador tendrá que esperar…

—Uff… uff… —refunfuña Matriona turbada.

—¿Te espera?

—Sí…

—No importa… Que espere: luego será más dulce.

—Oh, ¡no puedo soportarlo más! —esconde su cara del viejo, y el viejo compañero ya la ha instalado en el banco—. Hermosa, hermosa, no importa…

—¡Oh, oh, oh! —suspira Matriona.

—Dame tu mano, Matriona: ¿no quieres? Bueno, qué más da, no hace falta nada más… Ahora escucha lo que te voy a decir… No importa, es decir, no estoy en contra… Lo que

ocurre es que vosotros, amigos, os acariciáis demasiadas veces: cada día, cada día ocurre lo mismo. Y siempre sin oraciones, sin suspiros para el cielo. ¿Y para qué? A lo mejor es porque no sabes que este secreto se convertirá en un gran misterio: cuando te quedes embarazada; recuerda, llevarás la carga espiritual de los hombres, la alegría de la humanidad.

—Nosotros, Mitri Mirónovich, no lo hacemos así como así —se atolondra la mujer—, suspiramos por el espíritu, cuando nos acariciamos es por los campos, entre las flores, entre todos los aromas, y además cantamos las canciones…

—Ven acá, amor mío, déjame que te ponga la mano en el pecho —se enternece el carpintero, ya brilla en él una llama salvaje que lo abrasa—. ¡Qué suave es tu pecho, Matriona…!

—¡Oh, déjame, no me toques…!

Pero un poder maravilloso la encerraba ya en el silencio; de las manos del carpintero salía un fluido que le laceraba el pecho; el fluido de sus dedos sudorosos, de sus dedos tenaces fluye en hilos delgados alrededor de ella, se vacía en ella: Matriona se tranquilizó, involuntariamente inclinó su rostro blanco azulado, que iba adquiriendo color a medida que la penetraba el flujo, tal como maduran las manzanas en otoño.

—¿Sientes calor, sientes calor, sientes calor…?

—Siento calor: y más calor ahora, ahora más… ay, me quema el pecho: toda yo me abraso…

—Rezad, rezad: elevad vuestras plegarias, no por vosotros sino por el hijo; todas las noches, cuando estáis juntos y os acariciáis, ya sea en el bosque o en el hueco del árbol, ya sea en el granero, ¿quién reza con lágrimas por la concepción espiritual de un alma? El carpintero Kudeyárov… Ya ves… Os pido que no os unáis carnalmente, vergonzosamente, yo mismo no estoy en contra, pero… os pido que concibáis el espíritu de la luz… Eres una mujer luminosa, yo mismo… Rezad, rezad, suspirad… Venga, querida, déjame poner otra vez la mano en tu pecho.

La mano del carpintero cae en ella con una fuerza abrasadora, un resplandor y un crujido: violentada por el pensamiento del carpintero, ella no se opone; se le ha caído el pañuelo de la cabeza, se ha cubierto el rostro con las manos, Matriona Semiónovna llora, se deshace en lágrimas de ternura; ella se siente bien y al mismo tiempo siente miedo, como en el baño: quiere dormir.

¿Y el carpintero? Es como si su rostro se hubiera separado de él, como una cucaracha que ha mudado el caparazón; su rostro es amenazador, amenazador, ligeramente afinado, con las gafas caídas sobre la punta de la nariz, su rostro aparece muy diferente bajo el caparazón vacío y transparente: el rostro del carpintero es salvaje y amenazador; en la isba el ambiente es salvaje y amenazador; aquí el aire se extiende extrañamente entre los objetos, como un tejido de fuerza espiritual; y este tejido brilla, crepita: hay chispas por la habitación, crepitaciones, unas luces corren por la habitación, como una araña que secreta e hila su tela luminosa. El carpintero levanta las manos al aire, murmurando hechizos y palabras: y de nuevo aprieta la mano contra el pecho; arriba y abajo, arriba y abajo vuelan las manos; los cabellos rizados, unos cabellos de luz, salen de su pecho enfermo y se pegan a sus dedos: don de Dios, perfume celeste; estos cabellos perfumados, don de Dios, los arranca de su pecho. Sobre el pecho de Matriona Semiónovna, en su hombro, en su vientre cae, cae, cae la mano del carpintero, rápida, más rápidamente, sus manos retuercen la

telaraña; se hunde soñolienta, soñolienta se hunde, soñolienta se hunde en un torbellino de luz apenas perceptible al ojo, arrancada del pecho del carpintero y enrollada alrededor de ella; y sobre todo esto, los ojos del carpintero, como unas malignas aberturas verdes por donde se vierte la luz a cántaros. Así están sentados junto a la ventana; el último rayo de luz de la tarde se acerca tímidamente a la ventana y, furioso y púrpura, corre sobre la mesa; no se puede distinguir entre la luz del sol y la luz del carpintero, la telaraña de oraciones del carpintero, tejida con sol y tiniebla, forma una única alfombra aérea; un extraño aspecto nunca antes visto; el alma del carpintero fluye al exterior con los hilos de esa telaraña, esas luces, esas llamas; alrededor de sus manos, alrededor de su cabeza ahora hay un círculo dorado y rojizo: Matriona lo observa todo adormilada: esa estúpida adormilada ya está de rodillas delante de él; le besa las manos y ¡ah!, reza. Mitri Mirónovich no es ya su compañero; ahora es un justo o un gran profeta, las llamas brotan de su cuerpo; Matriona sabe que, si se da el caso, con esta llama Mitri Mirónovich puede quemar la paja: junta las manos, con los dedos representa una punta y una fuerza terrible fluye a esos dedos unidos, se acumula, brilla como el acero incandescente: ella ha visto una vez, entrada la noche, que de esa fuerza acumulada en los dedos del carpintero surgía un relámpago y retumbaba el trueno.

Ahora todo pasa como un sueño en Matriona; toda ella está dentro de una red luminosa, cálida; y sobre ella los carbones verdes vierten cubos de luz, los dedos retorcidos tejen los hilos de oro; ahora el carpintero se ha apartado y la cinta de luz se alarga hacia Matriona, también hay un cubo de luz suspendido sobre Matriona, el carpintero se aleja: soñolienta Matriona se arrastra detrás del carpintero; el carpintero regresa hacia aquí: Matriona corre soñolienta detrás de él.

Ahora el carpintero ha pasado la mano delgada entre ella y él mismo, dividiendo en dos la red de luz; la cinta de luz se rompe en dos; se retuerce en la oscuridad palpitando, sus delgadas tiras refluyen sobre Matriona; un fragmento de red, enrollándose, se ha quedado unido al carpintero, reabsorbido por el carpintero; un tercer fragmento se dispersa en el aire; ahora Matriona Semiónovna reposa en la luz que le ha sido entregada, silenciosamente duerme y no ve nada: el carpintero cegador, de un fulgor insoportable, camina por la habitación, alza los brazos al cielo: arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo; ahora entrelaza los objetos de este tejido luminoso que fluye de él y murmura: coloca la mano sobre la mesa y de nuevo se aparta de la mesa; de la mesa detrás de él se extiende un hilo; tira del hilo hasta la ventana, la lámpara, el rincón de los iconos; la telaraña se extiende por toda la habitación; por todas partes se ve el brillo, el resplandor, el parpadeo de miles de hilos delgados, de unos hilos extraordinariamente luminosos: un canutillo dorado y terrible; todos los hilos que surgen del carpintero regresan de nuevo al carpintero, pero no regresan a su pecho, ni a su vientre, sino que él, sentado en el rincón, rápidamente agita los brazos, y rápidamente, como si con sus manos rompiera los hilos de la telaraña; eso parece; está colgado en sus propias redes en la ola aérea de la noche; rápidamente, rápidamente murmura unas palabras mágicas ininteligibles; fragmentadas salen de su garganta un puñado de bendiciones roncas; pero, atento: ¿qué murmura el carpintero cegador en el resplandor de las palabras? No te asusta el indescriptible significado de esa letanía: te asusta la furia de su sinsentido:

—Staridón, karión, kokire, stado, stridado: orad a Dios Nuestro Señor y a la Virgen María. Joven entre jóvenes, un cuerno dorado… Staridón, karión, kokire, stado: stridado…

De esta forma estalla de los labios una salvaje letanía: tanto se rompe rápidamente entre los dedos el cuerpo luminoso del que hace poco se consideraba el carpintero; ahora no es el carpintero sino una legión de demonios reprimidos; tanto se convierte en una corriente de bendiciones inenarrables; mira, mira; las luces que vuelan del carpintero en forma de mechones adquieren un color dorado, palidecen, se iluminan; de la boca surgen unas llamas rojas, chocan contra el suelo con un silbido y salen volando de la isba por la ventana entreabierta; si lo observamos desde la pendiente del valle, escondidos en la maleza, vigilando desde lejos la isba con una mirada severa, nos parecerá seguramente que en la ventana abierta se ha colocado el tubo del samovar que escupe en la oscuridad chispas rojizas.

Ahora los ojos del carpintero miran hacia adentro; en las órbitas sólo se observa el blanco de los ojos: la telaraña invisible, que se ha convertido en visible por un instante, ya se ha escondido, cuelga en jirones, como si no existiera; pero sigue allí; cualquiera que entrara en la isba tropezaría con ella, se enredaría en ella y, al salir, se la llevaría consigo a casa; y si tiene una esposa, enredaría también a la esposa; entre ellos y la casa de Kudeyárov se extenderían unos hilos pérfidos; y parecerá que los objetos le miran a él, a la esposa, sin querer; saldrá de la aldea, y detrás de él, desde la aldea, se alargarán los hilos y lo retendrán para que vuelva; el caminante de paso visitará con su mujer y los niños al carpintero, cada vez más y más a menudo, hasta que toda la familia está enredada en la red.

Hoy, la oración de las palomas se extiende ya por todo el distrito, es una canción sobre la paloma blanca; hoy, desde la mañana, desde la isba del carpintero, se propagan unos pérfidos y dulces fluidos hacia todos esos lugares donde hay isbas de hermanos palomas; no en vano hoy el crepúsculo ha sido dulce. Si te has retrasado en el campo y te alcanza la noche, si tu vista no está estropeada por el estudio, recuerda; verás en la oscuridad un hilo dorado que desciende silenciosamente por la oscuridad; pero no pienses que se trata de estrellas que caen del cielo: es una partícula del alma del carpintero que dulcemente te quema con una flecha luminosa, que vuela por la oscuridad hacia el hermano paloma que está rezando; pero ¿de verdad es el carpintero?

Con los párpados cerrados, con la barba reposando en la mano, ahora se inclina sobre el banco con un rostro sombrío, concentrado, pero su alma descansa lejos de él mismo; ha tejido mucha luz, ha colgado muchas redes dulces, finas: ha entregado al espacio suspiros para sus hermanos palomas; ahora su alma planea en el espacio, ha atrapado a Piotr en el camino hacia Laschavino; lo alcanza en el camino cerca del roble; una vez descubierto, el carpintero vomita unas palabras-llama, las palabras alzan el vuelo, se estrellan contra el suelo, se transforman en un gallo de luz que bate las alas: «quiquiriquí», y dentro de un haz de chispas encarnadas, sangrientas, alza el vuelo desde la ventana.

—Señor, Dios mío, me arrodillo ante el joven, el hermoso joven: en el campo de Laschavino, en el roble de Laschavino, en el roble hueco, en el hueco hay jóvenes hermosas: escoged, amigos; podredumbre, hojas, ortigas, borracheras, un cuerno dorado, una rama dorada. Hermanas, medio hermanas, tíos, mediotíos… ayayaay…

Brotó de su boca una corriente de luz, y frrr: corrió como un gallo rojo por el camino detrás de Darialski.

Darialski se dirige al roble para encontrarse con Matriona, ha olvidado la conversación que ha tenido junto al estanque; junto a sus pies susurra el riachuelo: «Todo-todo-todo lo contaré, todo-todo-todo, todo-todo-todo…».

Qué cosa tan extraña: un gran gallo rojo atraviesa su camino bajo la luna: se santigua; se dirige al claro del bosque. En la distancia delante de él está Laschavino: allí está el roble, y Matriona.

Llega, el hueco está vacío: Matriona aún no ha llegado.

Mientras, el carpintero, acurrucado en el banco, continúa cantando sus locuras en voz queda:

El fuego, el fuego ve,
el fuego, el fuego vuela…

«Dirdirdi», chirriaba una carreta bajo las ventanas del carpintero; el campesino Andrón grita desde la carreta con voz ronca hacia la ventana del carpintero:

—¡Mitri Mironovich, Mitri Mironovich!

Por la ventana se asoma el rostro sombrío del carpintero.

—¿Qué quieres…?

—Voy a la ciudad: ¿necesitas algo…?

—Gracias por preguntar, sigue tu camino, Andrón, con Dios…

«Dirdirdi», se estremece la carreta.

—¡Ahh! —Matriona se despierta en el banco—. ¿Quién ha llamado?

—¡Andrón, que pasaba con su carreta! —dice cortante el carpintero, y se pone a encender la lámpara.

Matriona recuerda que le espera su amado; se pone de pie y bosteza dulcemente, mirando con picardía al carpintero.

—Mitri Mironovich, me voy a dar una vuelta…

—Sí, claro, ve a dar una vuelta —dice el carpintero con dulzura y tose.

«Dirdirdi», en algún lugar en la distancia se desvanece el sonido de la carreta de Andrón: éste está feliz; va a la ciudad, allí verá a mucha gente.

Y la voz de bajo de Andrón se pone a cantar en la noche.

La Trinidad

Oh, qué ímpetu: Matriona corre por el camino de Laschavino: esta noche, oh, qué fuerza, qué fuerza terrible hay dentro de ella; si lanzara un grito penetrante, este grito conseguiría descolgar la luna clara, la haría caer del cielo; así, a veces, una yegua relincha bruscamente, da una coz y su guardián se lanza al galope a perseguirla; a lo lejos, se ven los ojos ruines de las chozas, muchos ojos; a lo lejos, un ave del pantano da la voz de alerta, después guarda silencio mucho rato; oh, se ha echado a correr, los talones de Matriona vuelan: la luna rueda, y se diría que una rueda golpea en su pecho; una fuerza terrible brota de su interior, la proyecta de matorral en matorral; el pañuelo se le ha deslizado a un lado, los cabellos vuelan al viento: si pasara la uña por sus cabellos, chisporrotearían: «¿Dónde está ahora mi

amado? ¿Me estará esperando aún? Hace rato que espera; oh, abrazarlo entre mis brazos, mi señor, mi amado, abrazarlo».

—Mi tesoro, mi bien, seguro que me espera…

—Espera, rey mío, no te vayas…

—Mi tesoro, mi bien, espérame.

Así va murmurando: corre; hop, salta por encima de un matorral, otro: frrr, unos grajos, asustados por la carrera, alzan el vuelo de un árbol: el bosque dormido cruje a sus pies, la luna la ciega.

Pero ahora alguien la sigue, se apresura, se desliza de matorral en matorral: si ella se diera la vuelta, vería detrás de ella una pequeña silueta oscura; pero Matriona no se da la vuelta.

Oh, un matorral, y otro más, un foso, un barranco pequeño: el carpintero pierde el aliento, va saltando en persecución de Matriona: no consigue atraparla, pierde terreno, pero no tiene fuerzas para regresar: sin la mujer, el carpintero no puede quedarse en la isba, se siente inquieto; no soporta que Matriona esté a punto de abrazar a un joven; porque él, el carpintero, hubiera querido abrazarla, acariciarla, él mismo.

Pero sabe muy bien que este amor de Matriona es necesario: ha sido él mismo quien ha azuzado este amor en ella, por el espíritu; pero mira por dónde ahora la persigue, va detrás de ella hacia su cita, pero se queda atrás; no puede medirse con unas piernas jóvenes: serán celos, será curiosidad, algo lo sigue empujando hacia los lugares donde ellos disfrutan sus noches de amor; camina, escupe, resopla por lo bajo, alza sus manos huesudas hacia esos lugares, allí, en el bosque, les envía nubes de fuerza; pero acercarse, mirar, eso le da miedo: ese joven le es más amargo que la absenta, quisiera no verlo; aunque lo quiere bien, a este joven: lo quiere como si fuera una muchacha bonita: «Va a crear el Espíritu en ella, y esto… Pero si tan solo se abrazaran en mi presencia, si solamente se acariciaran bajo mis ojos: porque de esta manera es como si fueran verdaderos lobos: me huyen, se esconden en el bosque… Si lo hicieran en mi presencia, en la isba, los vigilaría, les prepararía el samovar; si algo no funcionara, yo les indicaría cómo, eso haría…».

Corre, pierde el aliento, las ramas le golpean el pecho, las hierbas vivaces, los tallos de la absenta le golpean el pecho; bajo el rostro de nariz larga unos cardos malignos se han enganchado a su barba; el carpintero se arrastra, tose, tropieza detrás de Matriona, está a mucha distancia, la amenaza de lejos:

—Eso, eso, corre, date prisa. ¡Je, je! ¡Desvergonzados!

—Yo también, con el tiempo; y como aún…

—Salva Señor a tu pueblo y bendice tu heredad…

—Seguro que espera, no puede más: esperad un poco, no os he emparejado para eso…

—Transforma, convierte su amor en una plegaria.

—Verás, verás lo que haré contigo, ladrón, rompematrimonios.

—¡Ya verás quién soy yo! Staridón, karión, kokirié, stado, stridado…

Retazos secos de maldiciones, de plegarias, de encantamientos y de gritos obstruyen su garganta en un gorgoteo mortal, carraspea, los escupe tosiendo; y todo este rebaño abigarrado escupido por el carpintero se lanza ahora en persecución de Matriona; en cuanto al carpintero, después de haber expulsado su alma tosiendo, se ha sentado sobre un cerro, agita una ramita en dirección a Laschavino: puede que esté amenazando, puede que esté bendiciendo.

Matriona no ve ni oye nada.

—Mi pequeño tesoro, mi bien, espera, espera…

—¡Recibe a tu hermana pequeña sobre tu pecho!

—¡Pondré mi cabeza sobre tu pecho!

—Mi pequeño tesoro, mi bien, no te vayas, espérame…

Es de noche. Todo está vacío, atento; a lo lejos se oyen unos gritos penetrantes; Darialski sigue esperando a Matriona; ella no está; la luna clara rueda por el cielo; a lo lejos, un ave del pantano da la voz de alarma; luego, guarda silencio mucho rato; los minutos transcurren como siglos infinitos; como si no fuera la noche la que discurre por el cielo sino la vida humana, larga como los siglos, breve como un instante.

A lo lejos se oyen unos gritos penetrantes, Matriona aún no ha llegado; Darialski se queda de pie un momento, después vuelve a entrar en el árbol hueco; hay un pequeño fuego, y las brasas desprenden calor; el rictus rojo de la división del roble se alarga sobre las tinieblas de troncos espesos. Un ruido de zuecos, alguien ha detenido su caballo cerca del roble; junto al roble tintinean unos estribos sonoros; ¿quién podrá ser? Darialski se asoma al exterior: nadie, no hay nadie; será el *oprichnik* fugitivo que ha salido del abismo de los tiempos y ha galopado hasta aquí; antaño, hace más de quinientos años, tal vez se detuvo a reposar bajo el roble, detuvo su caballo junto al roble, lanzó una ojeada, después el *oprichnik* sin hogar volvió a partir hacia sus lejanas tinieblas, para regresar al cabo de doscientos años a visitar este lugar familiar.

—Mi bien amada, amor mío, ¿por qué no vienes…?

Un gemido al lado mismo de su oído, ¿es una lechuza? Tal vez es el gemido del alma perdida del pobre exclaustrado, del fugitivo que había descansado allí hacía más de doscientos años y que acabó sus días en la prisión de Solovkí. Darialski se vuelve a asomar al exterior, de nuevo no hay nadie.

—Mi bien amada, amor mío, ¿por qué no vienes?

—Ya estoy aquí, ya estoy aquí.

—Tesoro mío, ¿por qué has tardado tanto, qué te ha retenido?

—Oh, pobre, pobre de mí: es que el viejo me abrazaba, me manoseaba…

—Cállate, no me hables del viejo; me echo a temblar cada vez que se mete entre nosotros…

—El viejo reza sus oraciones: espera la paloma blanca.

Ella se echó a cantar:

El aire azul es luminoso, claro y luminoso,
el espíritu amado es luminoso en este aire azul.

«Coo-co-co, coo-co-co, coo»… se oye cerca del roble, y desde las tinieblas un gallo de voz poderosa echa una ojeada dentro del hueco.

—Amor mío, amor mío: tengo miedo, ¿de dónde ha salido este gallo?

—Sí, es raro…

—Amor mío, tengo miedo.

—No tengas miedo, no tengas miedo, Matriona; pero sí que es raro: es como si no hubiera dicho «Coo-co coo-co-co-co, coo» sino «Yo soy así», pero nosotros no tenemos miedo; ¿no piensas a veces que se trata del viejo que nos lanza una maldición por la noche?

—Deja al viejo tranquilo: él espera la llegada de la paloma blanca.

—Que siga esperando a la paloma blanca o a un cuervo negro, yo no sé nada de esto: lo que sé es que tú estás metida en sus redes, y otros también.

—Deja al viejo tranquilo: espera la llegada de la paloma blanca.

—Y yo te digo que lo que espera es un cuervo negro.

—Deja al viejo tranquilo: lo ve todo…

Y se quedan pensativos, miran las brasas incandescentes que crepitan.

Piotr contempla a Matriona, y llora: tiene los ojos embalsamados, ojos de anciano; esas delicias paradisíacas, abismos infernales, lo han hechizado: una pequeña paloma.

—Hermano mío: déjame que te desabroche el cuello, déjame que me abrace a tu pecho blanco: qué blanco es tu pecho. Mira: tienes una marca de nacimiento en el pecho, se diría que es un ratón: ratoncillo, ratoncillo, vete de este cuerpo blanco, del cuerpo blanco de mi amado.

—¡Ten! Lleva sobre tu pecho mi pequeña cruz de cobre.

—Paloma mía, ¡déjame! Paloma mía, no puedo dejar de llorar cuando te miro.

—¿Por qué lloras, por qué, amor mío?

—¡Oh, Señor, Dios mío! ¿Qué me ocurre?

Ella lo ha cogido entre sus brazos; lo mece como a un niño; toma su cabeza y la coloca contra su pecho. Vuelan hacia la grieta oscura; ella dice, dirigiéndose a alguien:

—Míranos, viejo, ven aquí, viejo, ¿acaso nos amamos sin rezos, sin alegría espiritual?

Sus sombras crecen, bailan sobre el tronco hueco que el fuego ilumina de amarillo y rojo.

¿Es o no es un sueño? Un cuerpo sutil, tejido en oro, se separa de Matriona y se lanza sobre Piotr; sus cuerpos desaparecen, se han consumido: solo una nube hilada de oro se ha puesto a humear en el tronco. ¿Es o no es un sueño?

Sólo dura un breve instante: pero en este instante ya nada más existe: ni el mundo ni el espacio ni el tiempo. Y de nuevo se han manifestado los cuerpos en ellos: es como si desde lo alto, desde la abertura que da al cielo, unos hilos de color rojo intenso cayeran como lluvia del cielo, brillantes como las alegres guirnaldas de los árboles de Navidad, que son la alegría de los niños.

Y de este ovillo luminoso renace su apariencia humana: como tejidos en humo, ligeros, mudos, vaporosos, vuelven a depositarse en su sitio.

Qué maravilla. Matriona observa a su amado: el cuerpo de Piotr aún es transparente, ve circular su sangre púrpura, y en el costado izquierdo de su pecho, en el lugar donde está el corazón, un fuego vivo baila aquí y allá: toc-toc-toc-toc.

Qué maravilla. Piotr observa a su Matriona: el cuerpo de Matriona es transparente; ve circular su sangre negra y, a la izquierda, en el lugar donde está el corazón, palpita una pequeña serpiente azul.

Entre ellos se extienden unos hilos luminosos que forman sus cuerpos; entre ellos hay una mancha luminosa; un instante, y esta mancha luminosa se ha estremecido entre ellos,

como si estuviera viva: eh, pero si se trata de una pequeña paloma aérea que bate las alas sobre sus pechos desnudos: ellos se abrazan y la pequeña paloma de luz, aplastada por sus pechos, late aún más: bum-bum-buuum…

—Amado mío, cómo late tu corazón: ¿dónde estamos?

—Amada mía, ¿es tu corazón el que late así?

La pequeña paloma les da unos picotazos en el corazón.

—¡Ay, amor mío, el corazón me da punzadas!

Pero Matriona ya no oye nada: no puede separar sus labios rojos de los labios rojos de él… Se ha separado de él: se le ha caído el pañuelo, la pequeña paloma ha levantado el vuelo sobre ellos…

—Míranos, viejo, ven aquí, ven, viejo: ¿es que nos amamos sin oraciones, sin espiritualidad, sin ternura…?

—Estoy aquí, estoy aquí: lo veo todo, todo lo que pasa —una risa carraspeante resuena por encima de sus cabezas.

Piotr y Matriona levantaron la cabeza, asustados, hacia la abertura del tronco, allá arriba deberían ver un pedazo de cielo y las estrellas, pero no se veía el cielo: alguien oscurecía la abertura.

—Es el carpintero…

Los dos bajaron los ojos: por un instante les pareció que alguien bajaba del roble y salía corriendo. Piotr levantó la vista bruscamente de nuevo: ahora el cielo azul oscuro y un pedazo de luna dorado les estaban mirando desde arriba. Piotr se precipitó fuera del tronco: por una fracción de segundo un hombre surgió delante de él bajo la luna —barbudo, melenudo, con unas botas bien lustradas, un reloj, pero sin gorro—, se puso de pie y dio un salto a los arbustos: Piotr reconoció a Iván Stepánov, el tendero: recogió una piedra grande y la arrojó con rabia en dirección a él.

Las estrellas empezaban a palidecer, y en el oriente una franja más clara anunciaba el alba; en el barranco crujió la madera seca, y no se podía saber cuál fue la causa: sería un oso que se alejaba de la aldea arrastrándose, o unas palomas soñolientas que, separándose después de la plegaria, regresaban a sus casas, o gente que, después de asistir a una reunión clandestina en el bosque, regresaban silenciosamente. Únicamente se oía una canción que alguien musitaba para sí: allá donde se agitaban las ramas de un avellano:

Mar glorioso, sagrado Baikal,
mi abrigo remendado hace de vela mayor,
venga, amigo, mueve los remos,
oigo acercarse la tormenta…

Seguramente se trataba de un prisionero evadido que se arrastraba entre los arbustos.

Vigilia de fiesta

Así fue como Matriona y él pasaron las últimas noches antes de la llegada del otoño; la noche caía después del día, la noche expulsaba el día. Los días pasaban. Después de esas noches, las mañanas eran brumosas; el sol abrasaba; unos claros hilos de araña se extendían por el aire; la luz perfumada lo penetraba todo; los rostros pálidos de los hombres trabajadores, enfurruñados, no dejaban escapar ninguna emoción; caían las virutas, un hilo de serrín blanco caía sobre los pies desnudos de los trabajadores de la carpintería. Las isbas de Tselebeyevo se manifestaban a través de sus ventanas estrechas; un cerdo hurgaba bajo las ventanas; un gallo rojo deambulaba sobre la paja con aire triunfal, o bien con el cuello ladeado y la gorguera de plumas erizada, perseguía a su gallina por todo el prado seco… Y un lejano hilo de humo se elevaba por encima de los árboles, en Laschavino: allá abajo había en el cielo azul alguna cosa gris e inquietante, se trataba de unos pastores que habían encendido un fuego en el lindero del bosque; en el prado pacía un rebaño de cornamenta; en el roble hueco había un pastor estúpido sentado, arreglaba un látigo y fumaba una pipa; delante de él bailaba una pequeña hoguera.

La mañana siguiente a la noche que acabamos de describir, Yevséich acudió a la tienda de Iván Stepánov, compró petróleo, unos paquetes de té y otras cosas, sacó su pañuelo rojo y se puso a charlar sobre los últimos acontecimientos de Gugolevo:

—El barón, el hijo, ha venido por la fiesta del patrón, para ver qué pasa… hace más o menos cinco días, sí… es un pájaro de importancia: un senador general, ay, ay, ay, qué de quebraderos de cabeza nos ha traído: sólo para él hay que traer cinco o seis cubos de agua todas las mañanas; y los pantalones, nadie puede limpiárselos salvo su ayuda de cámara: un pícaro, un mozalbete, Strigachov se llama… cuenta unas cosas sobre las mujeres francesas, las francesas, dice él…

Pero Iván Stepánov fruncía el ceño enfadado cuando oía todo esto, hacía sonar las bolas del ábaco, lanzó una mirada por encima de sus gafas y gruñó:

—Corren rumores que dicen que está a punto de arruinarse… como se lo digo, son cinco rublos cincuenta —dijo bruscamente, cortando en seco esas suposiciones.

—¿Y quién le ha contado todo esto, si se puede saber? —dijo Yevséich enfadado, y se colocó la gorra.

Pero el tendero se limitó a encogerse de hombros y a hacer sonar las bolas del ábaco; después de un silencio, soltó como quien no quiere la cosa:

—Nadie me lo ha contado: y a mí qué más me da; siempre se dicen cosas. Bueno, según la cuenta me debe…

Yevséich no se quedó en la tienda; antes las cosas no eran así: antes le tenían consideración, le ofrecían una seta, o algo de tabaco, o simplemente pegaban la hebra, pero ahora ni siquiera le daban conversación. Al salir de la tienda, el viejo se dio cuenta de que Iván Stepánov cojeaba de una pierna; no pudo reprimirse y le preguntó en un tono de burla:

—¿Se ha hecho daño en la pierna?

—Sí, un poco —refunfuñó el tendero con un tono completamente indiferente, pero en realidad se volvió pálido de ira.

«¡Se habrá metido en una historia sucia!», pensó Yevséich, y se alejó; con una mano sujetaba la gran botella de petróleo, y con la otra, las bolsas de papel. Era un sábado; ese día el trabajo terminaba antes en la carpintería; hacia las cuatro, las sierras y las limas ya estaban ordenadas, igual que el resto de útiles; sobre la mesa se hallaba el mantel rojo con los gallos bordados; el carpintero se había sentado a la mesa para tomar el té a esa hora

poco habitual con la gente de su casa: con Darialski y el melenudo; Matriona se había vestido con su chaqueta adornada de pasamanería; el carpintero se había calzado las botas, el melenudo se había cambiado de camisa; Piotr también se había acicalado. Desde las cuatro el rostro del carpintero empezaba a adquirir un color blanco (los días de diario era verdoso y enfermizo); viendo su rostro lavado, sus cabellos alisados con aceite de oliva, se podía pensar que se pondría a leer el libro sagrado mucho antes de que llegara la noche; se rumoreaba que un invitado llegaría hacia la medianoche, pero quién era, Piotr todavía no lo había averiguado.

—Un huésped importante —le decía el melenudo con un tono maligno, y le guiñaba el ojo.

Era extraño: los temores recientes de Piotr se habían disipado en su alma como una humareda ligera; incluso hoy el encanto de Matriona había palidecido en su alma; no, Matriona seguía siendo Matriona, lo que pasaba era que empezaba a darse cuenta de una cosa de la que no se había percatado antes; de alguna manera Matriona no existía con independencia del carpintero: lo que le atraía de ella no era únicamente ella misma, y su curiosidad no tenía límite; no era su feminidad la que había atraído a Piotr sino su alma; pero resultó que su alma entera, aparentemente, no era más que la mitad del alma del carpintero; el carpintero había insuflado visiblemente su alma a Matriona, y ésta, henchida de espíritu, impresionaba con sus ojos velados, su sonrisa, y las fosas nasales que respiraban ávidamente.

Había algo sorprendente: Piotr hacía mucho tiempo que no percibía su propia alma, no la sentía; sin duda, el alma de Piotr se había muerto, ya no se manifestaba a su dueño; todo estaba tan vacío, tan hueco en su interior; pero había instantes en que este espacio interior vacante se llenaba hasta el borde con una ola que se rompía en la orilla, y latía la vida húmeda, una fuerza inagotable, calor, alegrías paradisíacas: «¿Qué puede ser eso que hay en mí, qué es ese fuego agradable?», se inquietaba Piotr; qué paseaba por su pecho, qué temblaba allí, qué lloraba, como si hubieran puesto en marcha una máquina eléctrica y empezara a funcionar, allí, en su pecho; algo quejumbroso que rodaba hasta su garganta: y cuando eso se acercaba a su garganta, entonces la aldea dejaba de ser la aldea, los campesinos dejaban de ser campesinos, y el espacio familiar le resultaba completamente desconocido, nuevo: como si este espacio nuevo estuviera ornado con una magnificencia luminosa, con isbas, campesinos, paja, sólo para goce de la vista, pero apenas te vuelves de espaldas, unas criaturas de otro mundo, unos ángeles luminosos, te hacen una señal desde cada objeto, y tu hermosa prometida, esa prometida tan esperada, te dice: «Espérame, ahora vengo». Y tú no crees en la paja, no crees en el barro ni en todo el horror que te amenaza: por otro lado, ya no existe.

—Piotr Petrróvich, ¿a qué se debe que esté tan elegante hoy, es su santo? —espeta esa pelma de institutriz desde lo alto de su carreta.

—Me he ganado el jornal —dice Piotr con entusiasmo—, ¡nada más!

—Como si alguien le forzara.

Y se alejó.

Es cierto, es como si fuera su santo: desde la mañana, desde que se recuperó de la noche anterior, su corazón se había puesto a latir, a cantar, la alegría no le dejaba pensar: ¿debía coger un escoplo o bien ponerse a garabatear un pequeño poema o irse a pescar al estanque? Se sienta a pescar; se ríe a carcajadas: engancha un gusano al anzuelo y lanza el

sedal muy lejos: una red luminosa de agua corre en el aire puro, húmedo; corre una pequeña serpiente dorada, la sigue una segunda, y una tercera; entre ellas, unas pequeñas olas azules; las aguas corren, se rompen en la orilla; el agua chapotea alegremente; un pato pasa a su lado graznando; el flotador se pone a bailar, el sedal está tenso, y un pez pequeño se retuerce en los dedos de Darialski que le rompen la boca y ¡plof!, al cubo.

—Ah, eso es una buena pesca.

—¡Sí! —responde Aleksandr Nikoláyevich, el sacristán, desde el aire fresco.

—¿Oficiará esta noche, Aleksandr Nikoláyevich?

—Por supuesto: acabo de preparar la casulla dorada con los ramos azules para el pope.

—¡Cuánto me gustan —Piotr se entusiasma sin saber muy bien por qué—, cuánto me gustan los oficios…!

—Sí, ya le pueden gustar, pero para nosotros, menudo trabajo: no paramos de sudar…

«Ivivi», pasa un vencejo… «Ivivi»…

Darialski observa: un hilo otoñal, una telaraña se extiende hacia el azul del cielo; este hilo claro se extiende hasta la isba del carpintero: desde allí abajo, desde el pequeño valle, la ventana lanza un estallido de luz irisada; se diría que no son sólo lentejuelas sino una tela de araña; los contornos están llenos de telarañas; en pleno día, que es dulce y azul, los hilos de las arañas se depositan sobre la hierba, penden del aire; una pequeña humareda sale de la choza, se deposita sobre la hierba; también se diría que es una telaraña.

Darialski observa: tiene entre las manos unos hilos de araña que se le pegan al pecho; quiere quitárselos de encima pero se le resisten; el ojo los ve pero los dedos no consiguen atraparlos, como si estuvieran arraigados en el pecho igual que una maraña de lentejuelas; se desabrocha el cuello de la camisa y observa: hilos rojos, azules, dorados y verdes penetran en su pecho blanco y salen de allí desenrollándose, no los puede arrancar, si los arrancara de su pecho se arrancaría el corazón palpitante como se arranca una cebolla con cola y todo; observa: sobre las ramas, entre las ramas, hay una maraña de lentejuelas; y sobre el estanque azul también hay una maraña de lentejuelas; cierras los párpados: las mismas lentejuelas; y dentro de tu alma, las mismas lentejuelas; no es el mundo, no: es una fuente de rayos.

En estos momentos un terror sagrado domina a Piotr: ¿habrá comenzado ya la transfiguración del mundo? ¿O bien esta dulce y deletérea magia será el fin del mundo? Para Piotr una única cosa está clara: Tselebeyevo se ha convertido en una tierra nueva; aquí no hay aire sino un filtro dulce, meloso; te emborrachas cuando lo respiras; ¿qué pasará cuando consigas quitarte esta borrachera? ¿O tal vez a partir de ahora ya no será necesario quitarse la borrachera? ¿Te emborracharás hasta perder la cabeza, hasta morir?

¿Qué estás pensando…? Piotr intenta reflexionar, pero se da cuenta de que no es él quien piensa sino que *algo* «se piensa» dentro de él: como si alguien le hubiera retirado el alma. ¿Dónde está ahora su alma? ¿Adonde va todo lo que ha sido? Observa: los hilos se estiran, se estremecen, se enrollan en el aire claro; y Piotr piensa: no son hilos, son almas; se han filtrado en los espacios como un tejido de hilos de araña, son las almas de las palomas que están separadas por el espacio… y estas almas se extienden la una hacia la otra y se enrollan en el cielo azul. Darialski sacude la caña de pescar.

—¿Qué ha pescado, un gobio?

Quien le interpela es Aleksandr Nikoláyevich, el sacristán, desde el aire puro, que alza su cabeza rizada hacia el día azul de otoño.

—Aleksandr Nikoláyevich, ¡qué bien se está aquí!

—¡Je, je, je! Un hermoso día de sol, muy agradable.

—Y habrá días mejores, ¡benditos!

—¡Je, je, je! Hay bochorno y humedad.

—No hablo de esto: aún no se sabe lo que pasará…

—¿Y qué es lo que ha de pasar: una revolución?

—Nada de eso: se hará el paraíso sobre la tierra…

—¡Je, je, je! ¡Una borrachera monumental! Por otro lado, hace mucho tiempo que el pope no ha bailado la *Marcha persa*: mañana oirá la guitarra…

—¡Ah, con mucho gusto!

—El pope hará de Gurko atravesando los Balcanes…

—¡Muy bien, muy bien! —grita Piotr presa de una exaltación mística, agita el dedo; observa: de su dedo extendido vuela un hilo muy delgado que va mezclarse en la barba del sacristán.

Yo también, yo también emito luz, se alegra Darialski, pero el sacristán no ve absolutamente nada.

—Ah, mi querido amigo, que se divierta nuestro pope, claro que sí, que baile; así liberará su espíritu, que coja la guitarra el pope…

—¡Je, je, je! Es el vino quien lo hace, Piotr Petrróvich, el vino y no el espíritu…

Pero Piotr no lo escucha: es presa de su exaltación mística.

—Y yo le digo, Aleksandr Nikoláyevich, que el pope bailará para gloria de Dios…

—Que Cristo les acompañe, Piotr Petrróvich, ¿de qué va esta gloria de Dios? Siendo así cualquier borracho que brame en el cabaret ¡sería un mensajero de Dios! La secta de los *jlistí* hacen eso, pero nadie más: ellos consideran su alegría impía como una revelación espiritual…

Y el sacristán entona:

Eh, charlatán,
una serpiente verde…

Pero Piotr no lo oye; está preso de su exaltación mística, recoge la caña de pescar.

—¿Dónde va?

—¡A casa del pope!

Aleksandr Nikoláyevich, el sacristán, no comprende nada: «Ha bebido, seguro», piensa, y desenreda el sedal con los dedos mientras canturrea:

Oh, hermosa botella, eres mi alma.
Sin ti, amada mía, no podría vivir.

Piotr cruza el prado, su exaltación le hace titubear, salvo que sean las exhalaciones deletéreas del lugar; ahora en su alma hay una gran división: le parece que lo comprende todo, y que ahora es capaz de explicarlo todo, de contarlo todo y de demostrarlo todo; pero hay otra voz que le susurra: «Nada de todo esto existe ni ha existido», y se sorprende pensando que esta otra voz también es la suya, su «yo» auténtico; pero tan pronto como se descubre delirando, comienza a decirse que la voz que ha descubierto es la voz del demonio

que lo tienta… Reflexionando así, camina por el prado; de pronto, a su espalda, se alarga hacia él la telaraña luminosa; se da la vuelta y ve a una veintena de pasos de él a un campesino de la aldea de Kozhukhanets, una paloma; alrededor de él baila toda una red de hilos que parten de su cabeza, que brotan como rayos de luz. «Un alma hace señales a otra alma», se alegra Darialski, y saluda a la paloma; intercambian una leve sonrisa de reconocimiento, y se separan.

«Que me muera —piensa Darialski— si traiciono la causa de las palomas…».

«¡Ayayayay!», se burla la otra voz: ¿sabe que con estas palabras atrae la muerte? No, no lo sabe: si lo hubiera sabido, habría aullado de horror, habría agarrado su gorra y habría huido de la aldea hasta el confín del mundo.

Apenas había dado cien pasos más allá del estanque en dirección a la carretera cuando sobre esa carretera polvorienta apareció un elegante charabán a toda prisa; era claro que se trataba de una señorita que llevaba sola el caballo, un trotón con clase; sus pequeñas manos están cubiertas con unos guantes blancos y su vestido rosa pálido ondea al aire tibio, y sobre estas olas de color rosa pálido, como nubes blancas, la muselina de los encajes, una muselina blanca, ondea al viento, se despliega alrededor del sombrero de paja; y por debajo del sombrero danzan unos bucles delicados.

Piotr observa… y su corazón da un salto: late con fuerza, pero por qué, no lo sabe; se coloca en mitad del camino y lanza un grito de entusiasmo:

—¡Deténgase, señorita, deténgase!

El charabán se detiene: detrás del caballo ve un pequeño rostro oval, perdido entre unos cabellos cenicientos: es un rostro completamente infantil, severo, con unas bolsas azules bajo los ojos, y unas pestañas de terciopelo negro que cubren sus ojos brillantes; la señorita mira a Darialski fijamente con ojos desorbitados, asustados, la pequeña boca rosa pálido, tiembla, la mano aprieta convulsivamente el látigo: la señorita observa a Piotr…

Pero, esperad, si es… Katia.

Piotr tiene la impresión de que no ha pasado nada especial entre ellos y que todo sigue como antes: disputa, traición, compromiso matrimonial, ¿es que algo de esto puede cambiar lo que sea que haya entre ellos? Por otro lado, no ha habido ninguna disputa, pero incluso si la ha habido, ¿quién se acuerda de ello ahora, en este espacio nuevo? Piotr tiene un sentimiento de alegría, de calor.

—¡Qué día tan hermoso, Katia!

Silencio; el caballo resopla y golpea con la pezuña.

—Mi querida pequeña, hace tanto tiempo que no nos hemos visto…

Al oír las palabras «mi querida pequeña», la boca de rosa pálido se ha estremecido, los hermosos ojos han vacilado un instante, han estado a punto de brillar en respuesta, pero Katia ha cerrado los labios con desprecio; un horror azul luce bajo las pestañas oscuras: hace sonar el látigo, y el caballo trotón está a punto de tirar a Darialski al suelo.

Darialski se da la vuelta y grita a sus espaldas:

—¿Cómo está la abuela? Salúdala de mi parte…

Sólo queda el polvo que se arremolina en el camino, como si Katia no hubiera existido. Borracho de aire, Darialski no comprende el horror de lo que acaba de ocurrir.

«También Katia», piensa, y se dirige a grandes pasos hacia la casa del pope.

En casa del pope están el sargento de policía, Iván Stepánov, el tendero, y una de las señoritas Utkin.

—Buenos días, padre Vukol, ¡té y salud!

Pero el pope le estrecha la mano con sequedad.

—Hace sol, todo brilla, el corazón se estremece. Buenos días, Stepánida Yermoláyevna…

—Pff, pff, pff —la señorita Utkin gira su rostro y le lanza una mirada de soslayo no exenta de perfidia.

Sin tiempo a decir pff, el tendero ya no está allí, ha desaparecido: sin tiempo a decir pff, se le ve por la ventana que avanza cojeando hasta su tienda.

—¿Por qué cojea de la pierna izquierda?

No recuerda el incidente de la noche anterior.

El sargento tiende secamente dos dedos a Piotr: la conversación interrumpida se retoma; como si fuera a propósito, no le presta ninguna atención a Piotr; se percibe un cierto sentimiento de hostilidad hacia él. Pero Piotr está como ciego: a ellos, a esta gente, les regala una benevolencia llena de dulzura.

Hablan de Yeropeguin: «¿Quién se lo habría podido imaginar? Un personaje tan importante y de pronto ¡un ataque!».

—Es algo que le puede pasar a todo el mundo: tanto a un mendigo como a uno forrado de oro —dice el sargento.

—Pobre Fiokla Matvéyevna —exclama la señorita Utkin.

—¿Pobre dices? ¡Venga, seguro que está la mar de contenta! ¿A quién irán a parar esos millones sino a ella?

—Puedes decir lo que quieras, pero delante de la muerte, la enfermedad y la ley, todo el mundo es igual: el comerciante, el noble, el general o el pillo…

—Me da pena Yeropeguin… —el pope mira a las personas que lo rodean con una especie de mueca culpable; y él mismo piensa: «A ver, si continuo bebiendo me cogerá algo parecido, lo mismo…».

—No tiene importancia: ¡bien está lo que bien acaba! —en su exaltación Darialski da un salto en su sitio, pero todo el mundo tiene el aire azorado, bajan los ojos, se dan la vuelta.

—No tiene importancia: se trata únicamente de comprender que nada tiene importancia; fijaos: esta luz, esta telaraña, este sol; tenéis sobre la mesa, padre Vukol, una hermosa miel dorada; allí, al otro lado de la ventana, los álamos están enrojeciendo… Ja, ja: todo está bien, y ya ha pasado la primera fiesta del Salvador. Pronto será la tercera fiesta del Salvador, ¡je, je! ¿Y ustedes hablan de la muerte? La muerte no existe… ¡ja, ja! ¿Qué muerte…?

Todos se dan la vuelta; por la ventana, silenciosamente, entra una mosca que tiene una espantosa pluma amarilla en el lomo y se posa cerca del corsé de muselina de la señorita Utkin.

—¡Ah! —la señorita lanza un grito: la mosca, silenciosamente, describe un círculo mortal y vuelve a posarse en el mismo lugar.

—¡Qué rara es esta mosca!

—Es una mosca carroñera…

—Anuncia una epidemia…

—Y esta pequeña mosca, esta pequeña mosca, también es hermosa —prosigue Darialski—. ¿Qué les ocurre? Estoy tranquilo, ya se acerca la tercera fiesta del Salvador,

¿por qué debería sentirme afligido? Con ayuda de Dios, viviremos hasta la Decapitación de San Juan Bautista, y será un día radiante… Y ustedes… se inquietan ¡por una mosca!

—Dígame, por favor, señor Darialski, ¿es cierto lo que se dice que ha escrito un libro sobre las diosas jóvenes?

—Ji, ji, ji —resopla la señorita Utkin, y baja los ojos no sabe por qué.

—Está bien eso —el pope guiña un ojo a Darialski—, es muy comprensible que no habléis del Apocalipsis, pero, encima, publica discretamente libros con una hoja de higuera en la portada y… puaf, puaf. Tome al padre Bujariov, pasaba el tiempo leyendo el Apocalipsis y bien, a la vejez, sin llamar la atención, se casa… No debería hacer bromas con el Apocalipsis…

—No tiene importancia —prosigue Darialski—, nada tiene importancia: todo es posible: nos lo pasaremos bien; padre, debería tocar la guitarra y nos alegraríamos con el son armonioso de las cuerdas hasta perder el aliento. Glorificad a Dios Nuestro Señor con las cítaras y las flautas… Madre, traiga la guitarra y pongámonos a bailar.

Entonces ocurrió algo indescriptible: la señorita Utkin, bufando, se precipitó fuera de la habitación y tropezó con la alfombra; el rostro del sargento adoptó una expresión feroz y arisca, y sus labios se convulsionaron de risa; y la mujer del pope, fea y roja en ese momento, atragantándose, arremetió contra Darialski como una cerda defendiendo a sus lechones del lobo.

—Sus palabras son bien extrañas, en verdad; no tienen ni pies ni cabeza; ¿qué más le da si el pope me pide que toque la guitarra? Ve la paja en el ojo ajeno, pero usted, usted tiene una viga así de grande en el suyo: se ve de lejos; nosotros, gracias a Dios, no somos como los demás: no robamos «briyantes», no espiamos a las campesinas descalzas desde detrás de los arbustos…

—Ah, señora, pero si yo no tenía ninguna intención… no quería decir nada malo del padre Vukol.

—Pff, pff, pff —se oía bufar en la habitación de al lado, de donde salió uno de los hijos del pope babeando y con los ojos abiertos de par en par.

—¡Argg! —se ahogaba el sargento, rojo como la grana y, mientras intentaba sofocar la risa, parecía cada vez más furioso.

—Le ruego que no frecuente más nuestra casa… —proseguía la mujer del pope, furiosa.

«No ven, no comprenden, están ciegos» —así pensaba Piotr al salir del jardín del pope; la mujer del pope saluda su marcha gritando por la ventana unas palabras injuriosas:

—Puede que seas tú el ladrón que… —él no la oye; alza los ojos al sol: la telaraña se extiende, se alarga en el sol, una mosca se ha dejado cazar… «¡Bzz, bzz!».

A lo lejos, en la colina, rodeado de niños, Schmidt regresa del bosque con una cesta de setas: Piotr le hace señales agitando los brazos pero el otro no lo mira, no quiere verlo.

«¿Qué le he hecho? Todos me ponen mala cara, no comprenden nada, no ven nada, ¡no quieren ver nada!», y piensa en la isba del carpintero, donde hoy, en diez metros cuadrados, se celebra la llegada del espíritu.

—Ayayayay —su voz se burla.

—Ayayayay —Darialski se burla de esta voz.

—¡Buenos días, joven! —dice una voz a su espalda, como si le respondiera.

Se da la vuelta: delante de él está el caballero afeitado, se ríe; lleva las manos enguantadas; la manta sobre un brazo; detrás de él, Occidente: y hacia Occidente, el sol.

—¡Pasea y habla solo!

—No, estaba contando los días con los dedos.

—Yo ya no cuento los días: no los cuente tampoco usted.

—Hace buen día, hace calor, ¡y esta luz!

—Sí, pero de qué luz habla, ¿dónde ha visto la luz? El cielo italiano sí que ilumina y calienta; pero eso ocurre en Occidente.

«No ve la luz —piensa Piotr—, ¡y qué manos!». Mira sus manos: esas manos no son luminosas, son unas manos frías, blancas.

—Entonces, ¿lo he soñado todo? —profiere en voz alta, para su propio estupor.

—Sí, sí —murmura el barón Todrabe-Graaben—, lo ha soñado todo, todo eso no son más que imágenes, imágenes.

Una extraña autoridad se desprende de sus palabras; y el barón continúa, murmura:

—Despiértese, vuelva hacia atrás —y le muestra la dirección de Gugolevo.

—¿Adónde? —se sobresalta Piotr, asustado.

—¿Cómo que adónde? A Occidente; allí está Occidente. Usted pertenece a Occidente: ¿a qué viene disfrazarse con una camisa rusa entonces? Regrese…

En un instante su vida desfila delante de él y… Katia: es como si su exaltación no hubiera existido. Dios mío, ¿qué ha hecho? Ha destruido la joven vida de Katia. Katia lo llama, escuchad: en algún lugar arrulla una paloma blanca: en algún lugar una golondrina pasa como una flecha: «ivivi», resuena la llamada quejumbrosa. Allí, allí, detrás de la maleza verde, está el ruido inmutable del tiempo; son las ráfagas de viento, que sacuden los árboles; por eso, el ruido de los árboles es inmutable. Se alarga la sombra de Pável Pávlovich sobre el prado; el extremo de la flecha de Gugolevo brilla detrás de la maleza; allí, allí, la vieja casa espera a Piotr: ir hacia allí, hacia Occidente…

Aléjate de mí, Satán: voy hacia Oriente.

Cae la noche

En casa del pope las habladurías y los murmullos no cesan.

—Mmm, sí, en el distrito pasan cosas raras: uno se ha suicidado, otro se refugia en casa de unos *sicialistas*, y luego otro se hace embestir por un toro furioso… Bien, ¿por dónde iba? Es mi turno, triunfo de diamantes —el sargento distribuye las cartas.

Pero el pope no responde; está sentado en su rincón, está melancólico, apoya la barbilla en sus puños y piensa: «Todo el mundo me acusa de ser un borracho, debo creer que se trata de mi destino, ¿qué puedo responder?». El pope está melancólico: se seca los ojos con los puños.

—No hace mucho había un lobezno que corría por la zona; alguien le miró a los ojos: el lobezno tenía los ojos dulces, parecían ojos humanos; y, pienso yo, no se trataba de un lobo, nada de eso; el campesino dejó caer el garrote y el lobezno salió huyendo hacia los arbustos, y desde allí sus ojos ¡qué destellos lanzaban…!

Esta vez tampoco respondió el pope; se acurrucó aún más: dos pequeñas lágrimas acudieron a sus ojos: «¿Qué clase de vida es esta? Una vida de lobo; dependes de todo el mundo, y todo el mundo, por lo que parece, es más inteligente que tú…». El sol rojo y dorado caía sobre sus cabellos rojos y dorados, y los cabellos del pope se ahuecaban.

—Estos días se ha visto un destacamento de cosacos que pasaban a lo lejos; todos llevaban fusiles y gorras de piel de cordero y se dirigían hacia el este; la gente ha empezado a hacer comentarios: eso quiere decir que hay motines por todas partes; y la gente está harta de motines… Su carta, señorita, ¿la ha barajado?

—¡Claro que sí!

El pope llenó la pipa: pronto será la hora del oficio: se pondrá a sudar y a sudar, y total, ¿para qué? ¡Si pudiera beber un vasito de aguardiente…!

—Una campesina fue a buscar setas, de pronto oyó a un hombre que gritaba entre la maleza, tenía una voz de bajo; sintió miedo: se escondió detrás de un arbusto; mira, y ve llegar a una mujer por el sendero, se levanta la falda… y debajo ve unas botas enormes; y esta mujer brama a voz en grito: «Cristo ha resucitado de entre los muertos». ¿Qué otra cosa podría ser sino una bruja…?

—¡Una bruja! ¡Qué cosas dices! —se ríe el sargento de las palabras de la mujer del pope—. Ya me la conozco yo a esta bruja: es Mijailo, el guardia…

—¡Ay, Dios mío! —suspira la mujer del pope—, ¿cuándo se ha visto a un hombre vestirse de mujer?

—Busca a un preso —el sargento guiña un ojo—, por aquí corre un preso que merodea por el bosque pero sobre todo, se lo pido, no digan ni una palabra.

—Bien, es la hora de ir a las vigilias… ¡bah!, mañana, después de la vigilia, haré ayuno —el pope recompone el orden de sus cabellos pelirrojos, de su sotana gris; sale al prado para hacer una señal con su sombrero de paja al guardián de la iglesia. El prado húmedo de rocío ya se ha puesto amarillento, como un rayo de sol; y ahora enrojecen al mismo tiempo; el sol obliga al pope a entornar los ojos, sus pecas parecen de color rosa a la luz del crepúsculo; el pope está melancólico.

En la distancia unas voces entonan una canción:

Transvaal, Transvaal, patria mía,
el fuego te consume.
Un viejo boer se ha sentado
bajo un árbol frondoso.

El pope hace una señal con la mano, y el guardián se dirige al campanario; para Iván Stepánov es la hora de cerrar la tienda: dentro de un momento se pondrá en camino hacia la iglesia.

Un muchacho muy joooven
trajo la municióóón…

dice una voz lejana.

Una y otra vez, una y otra vez: el campanario de Tselebeyevo lanzó su llamada en el abismo rojo del atardecer; este sonido vibró a lo lejos; este sonido resonó lejos, muy lejos de Tselebeyevo, y los campesinos se quitaron las gorras.

El pope miró hacia la cruz ensartada de chispas rojas, y también se santiguó; y se encaminó a celebrar las vigilias.

A lo lejos seguían desgañitándose.

Rezad, rezad, buenas mujeres,
rezad por vuestros hijos.

De pronto se oyó el tintinear de un triángulo en la distancia. Era un borracho descarado que se paseaba por allí. Pero las personas respetables se dirigían hacia la iglesia: campesinos barbudos vestidos con chaquetones y con las botas bien lustradas; campesinas vestidas de rojo, muchachas jóvenes, y Matriona Semiónovna con su chaqueta ornada de pasamanería, y el carpintero cojo, que la seguía renqueando.

Junto a la ventana, en casa del pope, la conversación continuaba:

—Lukich, haría bien en vigilar a ese señor.

—¡No lo dude! —se rió el sargento.

De pronto se levantó una ráfaga de viento en este espacio, y todo estalló: desde muy lejos, miles de árboles se pusieron en movimiento, se inclinaban; el gran roble de tres copas se estremeció, envió, amenazador, una oleada de hojas a la aldea; sus harapos verdes se pusieron a agitarse; sus copas de brocado verde susurraron; cuando el campanario calló, la roja familia de los álamos hizo un gran ruido alrededor de la aldea; luego se calmó, esperando nuevas ráfagas, sólo las hojas doradas se arremolinaban en el aire balbuceando, y el gallo de latón tintineaba sobre la hermosa isba; y de la isba pobre con el tejado roto, un puñado de paja salió volando y luego cayó al suelo. El aire se llenó de plumón de gallina.

La obra

En la casa de Kudeyárov los postigos estaban herméticamente cerrados; también el establo estaba cerrado herméticamente; no se oía más que al cerdo que tragaba y la yegua que resoplaba de vez en cuando bajo la puerta cochera roída por la humedad. Parecía que ni un alma, nadie, respiraba por aquí a esta hora: pero no era cierto: ávidas y tórridas cuatro almas respiraban aisladas del exterior; ávidas y tórridas, los labios de las palomas callaban; y el silencio se expandía por este espacio de diez metros cuadrados, y la gracia llenaba la habitación en abundancia: era el descenso del Espíritu que se estaba cumpliendo en esos diez metros cuadrados; sobre cuatro cuerpos humanos —cuatro pilares— reposaba la bóveda celeste caída sobre la tierra; y estos cuatro pilares eran Matriona Semiónovna, la de los senos blancos, el carpintero cojo, Piotr y también el melenudo. Todos los hilos que el carpintero había secretado durante esas largas noches y esos largos días, todos esos hilos, antes invisibles, habían empezado a brillar, resplandecientes, por millares; era como si hubieran pegado un papel dorado sobre la madera amarilla de las paredes, y la habitación, iluminada por cuatro velas humeantes, era más brillante que el sol. Más brillante que el sol;

reflejándose en los tres rostros, el rostro de Mitri Mirónovich, el carpintero, se había iluminado.

Ya estaban todos sentados a la mesa; no se habían vestido con las camisas blancas; no tenían motivo para vestirse de blanco, no había nadie delante para el cual cambiarse de vestidos; tal como la noche los había encontrado vestidos, así se habían quedado alrededor de la mesa: Matriona Semiónovna, con su chaqueta con adornos de pasamanería, se había dejado caer pesadamente en una silla de mimbre: sobre un plato; delante de ella había un pan francés, que debía ser partido enseguida; Piotr estaba sentado oblicuamente con Matriona y de vez en cuando le lanzaba una mirada. Era algo sorprendente: ahora comprendía que un misterio maravilloso se transfería del carpintero a Matriona, y que Matriona no era ella misma: era como una bestia salvaje; Piotr lanzaba unas miradas de soslayo a Matriona, a su rostro picado de viruela, cubierto de sudor, como marchito pero intensamente blanco, con unas ojeras horriblemente azules bajo los ojos, como si el azul se transparentara; contemplaba el tono apagado de sus cabellos pelirrojos y la hinchazón de sus labios, donde había sangre seca enganchada, le turbaba cruelmente; recordaba la dulzura de sus abrazos y su furia; pensaba: «¿Eres una bestia salvaje o una hechicera?». Pero la hechicera estaba sentada inmóvil, vestida con una chaqueta adornada de pasamanería que colgaba de ella como de una percha; había cruzado las manos callosas sobre el vientre; su mirada estaba fija sobre el pan que debía partir y distribuir; pero cuando esta hechicera, pasándose voluptuosamente la lengua por los labios, dirigió hacia él su mirada, entonces en sus ojos hubo un movimiento de pesadas olas azules, un mar desenfrenado, el mar océano le miraba a través de sus ojos; entonces le pareció que se debatiría, que se ahogaría en esos mares azules hasta el Segundo Advenimiento de Cristo, y hasta que sonara la trompeta estentórea del arcángel se sentiría atraído por esos labios, si es que había un Segundo Advenimiento y si el demonio no había robado al ciclo la trompeta del juicio. Pero comenzaba a comprender que eso era el horror, la cuerda y la fosa: no era Rusia, era un sombrío abismo oriental que amenazaba a Rusia a partir de estos cuerpos corroídos por el celo. «¡Horror!», pensó, y se acordó del caballero afeitado, de sus palabras sorprendentes, que resonaban a los oídos como el grito asustado de un ave nocturna que indica al viajero que se ha perdido en la noche y le invita a dar media vuelta, a regresar a su patria: «Vuelva atrás».

Por un instante Gugolevo apareció delante de él y pensó: «Allí todo es puro y sin pecado; allí, al menos, no hay esta llamada secreta, deliciosa de lejos, pero inmunda de cerca».

El carpintero estaba sentado con aire grave delante de él, la cara como un sol blanco y un cirio en la mano; para la fiesta se había puesto sus botas altas bien lustradas, el reloj y su «traje completo»; de su cabeza brotaba un haz de luz verde, un halo cosquilleante; pero lo más terrible en él era una cinta de satén rojo muy larga que caía de su cuello por encima de su chaqueta, como la estola de un pope, que crujía y se retorcía formando unos pliegues… y por encima de ella temblaba su barbita miserable.

«Qué extraño es todo esto —pensaba Piotr—, resplandece de gozo; ¿por qué, pues, su cara es desagradable y horrible…?». Piotr le contempla y ve: no es más que un tipo vulgar con una nariz larga que está sentado delante de él y resplandece: no es más que una larga nariz muy luminosa.

Todos estaban sentados sin más, callaban, hacían la señal de la cruz, suspiraban, esperaban al huésped deseado; el que ha llamado no es el huésped deseado; toc-toc-toc: eran los latidos de sus corazones; las cuatro pequeñas llamas rojas de los cuatro cirios les acariciaban el rostro; en un cuenco de latón sobre la mesa quedaba la espuma del vino que acababa de verter; hoy era un día de plegaria silenciosa; un suspiro y unos gemidos roncos brotaban de los labios del carpintero; por un instante se podría haber dicho que eran amenazas; a veces el rugido sordo de un diluvio que se aproximaba; a veces una cucaracha corría por la mesa, se quedaba clavada delante del pan y agitaba sus antenas; después corría hasta el borde de la mesa. Darialski pensaba que la rica sabiduría de este siglo no había podido seducirlo, y que el amor de una joven no había podido tampoco impedirle huir; y luego resulta que una fiera salvaje y un tipo de nariz larga lo habían arrastrado al abismo; pero el tipo de la nariz larga miraba a Piotr con severidad. Piotr se sobresaltó.

Le pareció que ya estaba en el abismo, y que las cuatro paredes eran el infierno en el cual se le iba a torturar, pero ¿por qué en este abismo el alma se inflama y la luz fluye de sus dedos? ¿De qué se trata: de un abismo o del cielo? Si es el cielo, entonces, ¿por qué el carpintero tiene la nariz larga? El tipo de la nariz larga miró a Piotr con severidad: Piotr se sobresaltó.

Mira: el círculo de luz se alarga crepitando por encima del carpintero, y es como si el carpintero ya no fuera el carpintero sino otra cosa, una aparición luminosa; unos rayos acerados golpean el cuerpo de Piotr, lo pican, lo perforan, lo queman, como si penetraran sus pensamientos; tiene la impresión de que dentro del carpintero hay algo amenazador, pero no… era una visión.

El cuenco de vino espumoso circula por la mesa; el vino se seca sobre los bigotes amarillos del carpintero, como si fuera sangre negra coagulada; el pan francés está partido; comen con avidez la miga blanca empapada en el vino; y las paredes se funden, se disipan las dudas, se funde la cera amarillenta de los cirios; la cera gotea sobre la cinta de satén rojo, todo se funde, y queda la alegría, la levedad.

Se miran entre sí, los ojos chispeantes; borrachos de felicidad, ríen, escupen; la voz de bajo del melenudo resuena como un trueno; todos se ponen a batir las manos y Matriona se pone a danzar: mientras la mujer danza, el carpintero repite: «Jesús, Jesús, Jesús, con la tonsura: *bombartsi…* Señor, ten piedad de mí». Pataleo, murmullo, susurros, gorjeo, eso les alegra, les hace reír: los dientes brillan; los ojos brillan; Matriona se ha arremangado la falda y golpea con el talón, baila; los ojos están cegados por estos cuerpos iluminados por la oración; un cuchillo, abandonado sobre la mesa, no se sabe por qué, brilla y, bruscamente, la hoja silba: «De la carne fresca, de un joven bello». El melenudo se ha puesto a bailar delante de Matriona. Y ahora todo se derrumba: se diría que las cuatro paredes que separan herméticamente este espacio de mundo se han arrancado de su lugar; ahora se ve bien que es una nave que se eleva en el cielo azul oscuro; oh, hermano, cruza ahora el umbral de la casa: al otro lado del umbral no hay más que el abismo; pero todo está abajo, muy por abajo; bajo los pies, en la oscuridad de la noche, brillan en la distancia las luces de Tselebeyevo como estrellas lejanas, o los reflejos de la luna, bajo los pies; separados de la existencia por unos aires deliciosos, los cuatro vuelan en el vacío.

Todo se pone en movimiento: las paredes crujen: la isba-nave se inclina hacia la derecha, la mesa se vuelca sobre Piotr; el cuenco de vino vacío rueda por el suelo, el carpintero se levanta por encima de Piotr… las paredes crujen… todo se ha puesto en

movimiento; la isba-nave se ladea hacia la izquierda, la mesa se inclina liberando a Piotr: el carpintero se desploma, Piotr es proyectado; ¿es un castigo infernal del abismo o es un goce bienaventurado, paradisíaco? ¿Quién lo sabe, quién lo puede decir?

Matriona baila, se ha arremangado la falda hasta muy arriba; pero su rostro es azul, y no se le ven los ojos: sólo se ve el blanco de los ojos que hacen desbordar esas ojeras azules bajo ellos; sus pequeños dientes blancos muerden el labio; el melenudo ha hecho una cabriola hasta un rincón, golpea el suelo con sus botines y emite unos gruñidos. Piotr baila; y su danza ¡es una indecencia! Bruscamente Matriona empieza a quitarse la ropa pero se detiene, recuperado el juicio: medio desnuda, con unas risitas, mira al carpintero y golpea el suelo con las botas. El propio carpintero se pone a bailar: la cinta roja ha salido volando por la cabeza, se lleva las manos a las caderas, y su danza es grave, seria. Y Matriona da palmas, y al mismo tiempo canta con una voz dulce: es una canción bella, alegre, divertida:

Había un viejo, tra-ra-rá, tra-ra-rí…

Y el melenudo la acompaña desde el rincón:

Tra-ra-rá, tra-ra-rí, había un viejo pope, se ha roto el cuello,
¡catapún!, tra-ra-rá, tra-ra-rí

El efecto es hermoso: los cuatro bailan, y es como si fueran cinco…

¿Quién es el quinto?

—Eh, sí, hermano, aquí todo es posible —bromea el carpintero; la gracia invisible del aire está tanto arriba como abajo; y detrás de esta fortaleza aérea no ven el mundo, y el mundo no los ve.

Matriona salta y, riendo, sale corriendo de la habitación, Piotr sale detrás de ella sin saber por qué; corren por este espacio lleno de gracia donde antes se hallaba el patio lleno de porquería, pero no es el patio, ni mucho menos, y no hay porquería bajo los pies, sino un dulce y fresco terciopelo; han abierto las puertas, y detrás de las puertas no hay nada, nada de nada; allí no está ni Tselebeyevo ni ningún otro lugar: un terciopelo negro y frío les silba en las orejas: la isba está suspendida en el aire.

Todos los pecados se han quedado allí, allí abajo; aquí todo es posible, todo está sin pecado porque todo está en gracia; y regresan a la habitación.

El carpintero ya está de pie, levanta sobre ellos su mano luminosa: es como si él no fuera él, como si hablara; pero se diría que no habla: las palabras se realizan en el aire, como si nada: «Hijos míos, todo lo que veis ahora es donde yo estaré siempre, puesto que he sido enviado a este mundo, desde el lugar donde habito eternamente, para llevar a cabo lo que debe realizarse. Alegraos, cantad, bailad, porque seréis salvados por la gracia…». Esto es lo que oyó Piotr, pero no son las palabras del carpintero; nacen de la nada, nacen del aire.

Esto es lo que dijo el carpintero: se acercó lentamente, y con su mano débil acaricia tanto a Piotr como a Matriona: «Es una muchacha hermosa, ¿verdad? Entonces… Venga,

Matriona, abraza a tu señor… Venga, hijos míos…». Sonríe con la mitad del rostro que guiña un ojo: «Yo soy así…».

Una llama ardiente ha unido a Piotr y Matriona, una columna de humo se eleva entre sus pechos; se han ido a la cama. Luego han regresado junto al carpintero. Y ahora todo es distinto; cuando entran en la sala de recibir, ven lo siguiente: el melenudo está de rodillas delante del carpintero, se prosterna hasta el suelo, y el carpintero se ha dejado caer en el banco, luminoso, muy luminoso; dulcemente, se ha desabrochado la camisa, el pecho está desnudo, es transparente, como una jalea azulada, se estremece suavemente; y del interior de su pecho, como de un huevo, se abre paso a golpes de pico la pequeña cabeza blanca de un pájaro; del pecho sangrante, abierto, de donde fluye una sangre púrpura, se asoma una pequeña paloma que parece tejida de bruma, y ¡sale volando!

«Gu-gu-gu, gu-gu-gu», Piotr llama a la paloma; pone migas del pan francés delante de la paloma, pero ésta se lanza contra su pecho; con sus garras le rompe la camisa, le hunde el pico en el pecho y éste se rompe como jalea blanca, sangre púrpura brota de allí; Piotr mira atentamente… no es una cabeza de paloma, sino una cabeza de halcón.

—¡Ah! —y Piotr cae al suelo; y la herida sangrienta de su pecho abierto vomita un chorro de sangre.

Entonces la paloma se lanza sobre Matriona; y enseguida los cuatro cuerpos destrozados a golpes de pico están tendidos sin voz sobre el suelo, sobre la mesa, sobre el banco, con los rostros exangües, muertos, pero luminosos, y la pequeña paloma con cabeza de halcón los acaricia, revolotea, arrulla; se ha posado sobre la mesa, se ha puesto a correr, sus garras hacen «tss, tss» y picotea las migas de pan.

Entonces los cuerpos muertos se borran, se diría que se desvanecen en una espuma brumosa, que se difuminan en una columna de humo, que se funden en una neblina brillante; pero no se trata de una neblina; es un cuerpo que se crea en una bruma radiante: un cuerpo blanco, tejido con centelleos, que se materializa netamente en mitad de la habitación; y en este cuerpo se materializan los ojos, como si estuvieran a punto de explotar: lejanos, tristes; aquí un rostro imberbe, el de un adolescente maravilloso, lleva un vestido blanco, más blanco que el lino, y sobre este vestido hay unas estrellas de oro; como chorros de vino dorado, son los rizos de su cabello sobre la cabeza que le caen sobre los hombros; los brazos están extendidos, separados, y entre los dedos, delicados como pétalos de lirio, las estrellas lejanas parecen cercanas; las estrellas brillan suavemente alrededor del adolescente luminoso… del niño-paloma que ha nacido del éxtasis y que ha surgido de los cuatro cuerpos muertos, como una unidad que suelda sus almas… el niño-paloma se restriega con dulzura contra los objetos; el niño-paloma bebe el vino rojo: un amor enorme forja una sonrisa en sus labios púrpura. Ya no hay paredes: de los cuatro rincones se extiende un cielo azul y luminoso; abajo hay un abismo oscuro y unas nubes surcan el cielo; sobre las nubes, en sus vestidos más blancos que la nieve, las palomas salvadas extienden sus brazos hacia el niño y allí, allí, justo en el fondo, en la oscuridad más profunda, hay un globo rojo rodeado de llamas, y unas volutas de humo se escapan: es la tierra; los justos alzan el vuelo lejos de la tierra y un canto nuevo se eleva:

El aire azul es luminoso, claro y luminoso,

el espíritu amado es luminoso en este aire azul.

Pero todo se disipa como el sueño ligero que alguien hubiera tenido, como una visión fugitiva, y ya no queda ni niño ni globo rojo rodeado de llamas: en lo alto está el cielo azul; a lo lejos, el alba rosa; al oeste, la oscuridad y el humo nocturno; en esta humareda, la luna redonda, púrpura hacía muy poco, ahora es pálida, pálida y se apaga. Abajo, una aldea está acurrucada contra la pendiente; el campanario blanco aún está sumido en la oscuridad nocturna, pero la cruz empieza a iluminarse con reflejos dorados: ahora sí es Tselebeyevo; allá a lo lejos cantan unos gallos de voz poderosa, una columna de humo asciende de algunas chozas y se oye el mugido de las vacas. Pronto allá abajo se alzará el polvo, y el rebaño de cornamenta se dirigirá perezosamente hasta los rastrojos de color amarillo amarronado.

Una carreta traquetea por el camino que viene de Lijov: es Andrón, el campesino, que regresa después de haberse divertido; en la carreta lleva unos sacos, una botella de vino y unas roscas sujetas con un cordel. Andrón está alegre.

De pronto la carreta choca con un cuerpo tumbado.

—¡Soo! ¿No es el señor de Gugolevo? —Andrón se inclina sobre el cuerpo—, ¡señor, eh, señor!

—¡Ah! ¿Dónde estás, hijo de la luz, niño-paloma? —murmura Piotr completamente dormido…

—Vaya, ahora habla de un niño —se compadece Andrón—, está borracho… menuda resaca tiene… ¡Señor!

—Ah, pero si la paloma… ¿no me ha abierto el pecho con el pico?

—Venga, señor, levántese…

Piotr se levanta torpemente y se pone a bailar:

Había un viejo,
tra-ra-rá, tra-ra-rí…

Andrón lo toma en brazos y lo carga en la carreta: «Estáte tranquilo o te arreo un botellazo…».

—Matriona, hechicera; lárgate, nariz larga —sigue balbuceando Piotr, pero Andrón ya no le presta atención: chasquea los labios y «brum-brum-brum», la carreta se pone a traquetear; Tselebeyevo ya está delante de ellos.

Entonces Piotr recupera la conciencia; se pone en pie de un salto en la carreta; mira: delante de él hay un foso; allí silba la absenta en la mañana de color turquesa.

—¿Dónde estoy?

—Has bebido una copa de más, señor: y sin mí te habrías quedado tirado en el camino.

—Pero ¿cómo he llegado hasta aquí?

—No es nada raro: cuando se está borracho uno va a parar a cualquier sitio.

Piotr se acuerda de todo: «¿Ha sido un sueño o ha sido verdad?», piensa, y se pone a temblar.

—El horror, el foso, y la cuerda para ti, hombre —murmuran sus labios sin querer; da las gracias a Andrón, salta de la carreta; vacilante, aún no se ha recuperado de la borrachera, se arrastra hasta la isba del carpintero.

Todo está en calma: cerca de la isba de Kudeyárov gruñe un cerdo que vaga libremente; la puerta del patio no está cerrada: «Así es como he salido del patio», piensa Piotr, pero no se acuerda, sólo se acuerda del baile, de Matriona con la falda arremangada y del pájaro que se ha lanzado contra su pecho llegado de Dios sabe dónde… También recuerda una visión luminosa y después… no se acuerda de nada más.

Entra en la isba: en la isba se oyen resoplidos, silbidos, hay, además, un pesado olor a vino: sobre la mesa el cuenco está boca abajo; sobre la mesa y sobre el suelo se ha derramado vino, se diría que son manchas de sangre.

El reloj hace sonar su tic-tac regular.

Amenazas

Después de una larga desaparición, el mendigo Abraham había marchado no se sabe dónde, una mañana, finalmente, se puso a hacer el recorrido de las isbas, se acercaba a las ventanas; cantaba unos salmos con su voz sorda y baja, marcando el ritmo con su bastón: la paloma de estaño lanzaba unos destellos secos y silenciosos; el mendigo alargaba el sombrero de fieltro blanco por aquí y por allá, solicitaba un huevo, un pedazo de pan, una moneda…; una mano compasiva le alargaba desde la ventana un huevo, un pedazo de pan, una moneda…; pero la voz de bajo del mendigo, áspera y grave, no traslucía ninguna señal de compasión: cada vez era más seca y amenazadora; además, la voz del mendigo amenazaba con desgracias desconocidas, igual como lo hacía ese día seco del mes de agosto que amenazaba desgracias: ese día seco del mes de agosto Abraham marcaba el ritmo con su bastón y alargaba el sombrero por la ventana, y la paloma de estaño lanzaba destellos silenciosos.

Sólo había tres mendigos en el distrito: Proclo, Demián y Abraham, y un cuarto apodado «el Sinfondo» que aparecía pocas veces en estos lugares: Proclo era un borracho con una sonrisa bondadosa, Demián era un ladrón de gallinas; el cuarto mendigo, «el Sinfondo», era epiléptico.

Fuera por lo que fuese, los lugareños cuidaban a estos mendigos, que eran bien recibidos; los consideraban de los suyos; por eso, Abraham, cuando hacía la ronda de las casas, exigía lo que se le debía; unas manos le alargaban mendrugos de pan, monedas, huevos, y la bolsa del mendigo acababa bien llena.

Ahora Abraham está en la puerta de la tienda, llama con su garrote, pero no entona un salmo sino una canción antigua:

Despertaos, hermanos,
y escuchad,
hermanos y amigos todos,
escuchad con atención.
Dadme una limosna, por compasión,
no caigáis en la tentación,

no penséis en mis pecados.

Pero esta canción agradable, que escondía una amenaza, produjo un escándalo; el tendero Iván Stepánov salió corriendo de la tienda, las gafas sobre la nariz, cojeando con su pierna flaca, y le hizo un mal gesto bajo la misma nariz de Abraham.

—Ya te daré yo, parásito, cerdo, perro sectario, espera, espera, ¡ya os encontraré!

En ese momento el sargento sale de la tienda tosiendo.

Entonces Abraham hace una reverencia y se va silenciosamente camino de Gugolevo.

En Gugolevo, por encima de la ventana colgaban flácidamente las hojas rojas de la parra que se estaban marchitando; Katia estaba de pie cerca de la ventana abierta, con las manos colocadas sobre los hombros de la abuela; la abuela hacía un ovillo de lana; el barón Pável Pávlovich, inclinado sobre la anciana, sostenía con una condescendencia respetuosa una madeja sobre sus dedos.

De pronto un canto resonó bajo la ventana:

Allá lejos, en Oriente, hay un Paraíso,
un país luminoso de alegría eterna,
limpio de pecado,
que será entregado a las doncellas.
Más bellos aún que los palacios de los reyes,
hay jardines llenos de flores maravillosas,
habitaciones decoradas de oro y seda,
y frutos desconocidos muy sabrosos.

El mendigo Abraham era quien estaba bajo la ventana, marcaba el ritmo con su bastón y tendía el sombrero hacia la ventana: un destello de estaño se desprendió de la paloma muda; una pieza de plata rodó ya dentro del sombrero, pero el mendigo continuaba cantando:

Hermosos ríos tranquilos de curso majestuoso,
corrientes de aguas más puras que las lágrimas,
para siempre apartada en estos parajes,
mi hija bien amada no conoce ya las preocupaciones…
En su alma se extinguirán las pasiones,
en ese país solo hay paz y alegría…

—¡Aaaah! —Katia se echó a llorar, se desplomó en un sillón y se tapó el rostro con las manos…

—¡Vete, miserable! —la abuela da unos golpes con su pesado bastón; pero el mendigo ya ha desaparecido de la ventana; en la casa se ha producido un alboroto…

Fumando un cigarrillo en el silencio más absoluto, Abraham se ha sentado bajo los iconos; delante de él, el carpintero va y viene sobre sus piernas enclenques, va de un rincón

a otro mientras se palpa un dedo; un odio sólido brilla en sus ojos furiosos; se quejan el uno al otro:

—Habría que desollarle vivo a ese tendero y rociarle sal encima: qué animal; ¡siempre está espiando!

—¡Tendrá su castigo…!

—¿Está todo preparado?

—Todo: la paja seca, la estopa, el petróleo: ya ha incendiado bastante la región; es su turno convertirse en ceniza.

—¿Se ha designado ya a alguien para prender el fuego?

—Todavía no se ha designado a nadie, ¿para qué? Yo le prendería fuego sólo con la mirada.

Silencio.

—Luego, está el muchacho; no me agrada, el muchacho: ¿y si la obra le da miedo?

—¿Lo ha hecho?

—Sí.

—¿Algo no marcha?

—Bien, es que… al muchacho, la obra le da miedo. No hay mucha fuerza en él; hemos hecho la obra; el niño corpóreo se ha formado con nuestras plegarias; pero el niño no es sólido, se disipa como el vapor, no dura más de una hora, y todo es a causa de la debilidad del joven… ¡Tanta fuerza como he gastado en él! Y es que Matriona no… El muchacho tiene miedo…

—¿Le has dicho…? —y Abraham susurró algo al carpintero.

—No, claro que no: se asustaría y saldría huyendo…

—¿Y qué?

—Bueno, lo atraparía…

—Pero ¿y si consigue escapar?

—Está perdido de antemano: ahora ya no puede escaparse, de ninguna manera.

—Pero ¿y si a pesar de todo consigue escaparse?

—E-e-e-en-entonces y-y-yo —el carpintero empezó a tartamudear— e-e-e-en-tonces… —y señaló el cuchillo con una mirada dura—. ¡Ja, ja! Entonces, ¿no se irá?

—¡Ahora ya no puede escapárseme! Si se va, le corto el cuello. Silencio.

Fue precisamente esa noche cuando se oyó en el jardín de groselleros del pope el rasgueo de la guitarra; las cuerdas resonaban por toda la aldea; bebían un vasito detrás de otro, la mujer del pope derramaba lágrimas, pero su guitarra, ¡ah, qué intensidad, qué música! En cuanto al pope Vukol, levantó una fortaleza con sillas y, luego, armado del atizador, se lanzó al asalto de la fortaleza en compañía del sacristán; como hecho adrede, uno de sus hijos se había encerrado en la fortaleza: entonces el pope cogió prisionero a su hijo; entonces su mujer furiosa se interpuso y la guitarra fue a parar a la espalda del pope, pam-pam-pam; y la guitarra quedó hecha trizas; y en los arbustos se reían; y el pope, para escapar de su mujer, se metió en el pozo; agarró la cuerda, separó las piernas y las apoyó contra las tablas del pozo, luego descendió hasta el fondo; se quedó allí, con el agua hasta las rodillas, y permaneció observando por encima de él un pedazo de cielo azul; no ve a su mujer que se

lamenta: «Pobre de mí», y llorando le suplica que suba: pero el pope seguía allí, con el agua hasta las rodillas, y a todas las exhortaciones respondía: «No, no quiero: aquí estoy bien, hace fresco». Querían bajar a buscarlo; pero, finalmente, dando muestras de magnanimidad, el pope aceptó que unas personas de buena voluntad lo sacaran del pozo; dejó que le tiraran una cuerda con un cubo atado en un extremo y lo sacaron del pozo; los dos pies dentro del cubo, rígido, el agua le chorreaba de la sotana: como un pollo mojado… Los chiquillos se rieron… eso no está bien… y de lejos la maestra también se reía; no, no está nada bien.

El día amenazaba tormenta: el trueno retumbaba más allá de los árboles; y los árboles respondían sordamente; allá lejos, allá hacia donde huía el camino de Lijov, la pequeña silueta que hacía años vigilaba el pueblo agitaba desesperadamente los brazos, y nubes de polvo seco se levantaban, se abatían sobre el pueblo y lamían los pies de los caminantes, se alzaban hasta el cielo y se arremolinaban en nubes amarillas; y el sol amenazador, rojo bajo el polvo, prometía una larga sequía a los habitantes agobiados de calor de nuestra aldea.

Capítulo VII

El cuarto

Conversaciones al atardecer

Un sol rojo, malvado, como una corona de rayos de cinco puntas, se lanzaba sobre Tselebeyevo por detrás de las copas del bosque amarillo; por encima, el azul tierno del cielo; se habría dicho que eran unos cristales fríos; a poniente, habían surgido unas nubes como pesados bloques de hielo dorado; allá a lo lejos fulguraban los rayos; y toda esta magnificencia cabía en la pequeña ventana de la isba del carpintero. Piotr y Matriona estaban junto a la ventana.

—¿Sabes que el carpintero quiere acabar conmigo?

—Cállate: aquí le tienes.

Matriona lo había dicho mientras se asomaba por la ventana; Piotr también se asomó: entre los arbustos y las lomas recubiertos con los jirones rojos del crepúsculo, como paredes tapizadas, se acercaba el carpintero lentamente mientras comía y escupía unas pipas; se había puesto las botas nuevas; su camisa roja como la sangre resaltaba entre los arbustos, llevaba el chaquetón echado sobre los hombros; le seguía un invitado: era un hombre exangüe de ciudad, con los ojos pálidos y unos labios gruesos alrededor de los cuales se erizaban unos pelos duros e incoloros; a pesar de estar achacoso mantenía un aire lleno de dignidad.

—¿Quién es, Matriona?

—Dios sabe quién será: ¿cómo lo voy a saber yo…?

Ahora el invitado había llegado ya al umbral de la isba; es «el cuarto», pensó Piotr con terror (de este modo se respondía a uno de sus pensamientos); y sentía debilitarse sus fuerzas y desaparecer la voluntad de oponerse a la alucinación de estos últimos días; «¡el cuarto!», pensó, y desfallecía a ojos vistas: como un bloque de hielo transparente se funde bajo el ardor de un hermoso día de junio…

—Prepara el samovar, Matriona: agasaja a nuestro estimado invitado… Eso es.

Y el invitado entró, se santiguó con dignidad delante de los iconos y después, indicando con el dedo en dirección a Darialski, tuvo el atrevimiento de comentar:

—Debe de ser él, sin duda, la persona de que me hablabas, Mitri Mirónovich: ¿seguramente es él, el «ojeto»?

—El mismo —el carpintero se puso a trajinar, a moverse alrededor del querido invitado, mientras lanzaba miradas hacia Darialski y le hacía señales para que no lo contradijera.

El sol ya había descendido por detrás de las copas amarillas de los árboles: la corona radiante de cinco puntas se alzaba, majestuosa, en el cielo azul pálido; la tarde era de púrpura y pórfido.

—S-s-sí —masculló el huésped jugando con su cadena de cobre, luego se sentó, sin que nadie se lo hubiera pedido, en el rincón de la isba enrojecido por el sol poniente.

—¡Buenos días! —dijo Piotr finalmente tendiéndole la mano al achacoso habitante de la ciudad.

—Buenos días, buenos días —el habitante de la ciudad le tendió dos dedos con condescendencia—. Yo te conozco… Tú te ocupas de la causa espiritual…

—Se ocupa un poquito —intervino el carpintero, y cruzaron su rostro unas pequeñas arrugas de humillación, mientras que la mitad del rostro que estaba vuelta hacia Piotr amenazaba con una desgracia.

—Eso, hermano mío, ocúpate de la causa espiritual; eso está bien, ya sabes: ocuparse de la causa espiritual; yo también me ocupo de esta causa, y me esfuerzo, hago lo mínimo…

—¿Quién es usted? —no pudo reprimirse de preguntar Darialski.

—El calderero Sujorukov soy, seguramente has oído hablar de mí; a los Sujorukov todo el mundo nos conoce: en Chmar, en Kozliki y en Petushkí.

Piotr se acordó del rótulo que había en la plaza de Lijov y donde se leía en grandes letras «Sujorukov».

Mientras tanto, el samovar se había colocado sobre la mesa con el azúcar y las galletas crujientes, y el carpintero se sentó a la mesa para tomar el té con su huésped; éste rompía un pedazo de azúcar con los dientes y, con arrogancia, soplaba con sus labios gruesos el té humeante; había una cosa extraña: no encendían la luz: estaban sentados en el crepúsculo denso y rojo que se cernía sobre la aldea.

—Sidor Semiónovich se ocupa de unos asuntos importantes para nosotros —dijo el carpintero a Piotr al tiempo que guiñaba el ojo; y añadió—: *es una verdadera paloma…*

Y la verdadera paloma añadió:

—Todos los Sujorukov somos así: toda la familia de los Sujorukov, se puede decir, es de la misma pasta… ¿Y ustedes?

—Bueno, en nuestra casa ya ves: nosotros, tranquilamente, poco a poco, nos ocupamos de la *Obra…*

—Bien, y él, ¿qué hace?

—Sí, él…

—¿Con tu mujer?

—Sí.

—Y tu mujer, ¿ella…?

—Ella también, sí…

—Y tú, joven —el carpintero se dirigió a Piotr con un tono particularmente afable—, no dudes que… y el resto: Sidor, verás, Sidor Semiónovich —de pronto el carpintero se enterneció—, él también: también es una paloma, una verdadera paloma.

Y *la verdadera paloma*, sentado a la mesa, con arrogancia, soplaba con sus labios gruesos el té humeante; había una cosa extraña: no encendían la luz.

Pero Piotr no sentía ningún temor delante del achacoso habitante de la ciudad; veía que estaban los tres sentados a la mesa; él, Mirónovich y el melenudo; y Sujorukov entre ellos, era el *cuarto*, pero Piotr no tenía ningún temor; sentía, eso sí, una cierta aversión, casi

desagrado, hacia este calderero; pronto tuvo la convicción de que el calderero era capaz de todas las infamias que puede inventar el género humano; Piotr lo veía claramente en la manera como el carpintero servía al huésped. Piotr adivinaba que entre ellos había un secreto vergonzoso; impasible, el calderero soplaba el té humeante con una arrogancia impresionante, como si el carpintero, Piotr y Matriona no fueran más que unos objetos que hubieran caído en las manos del calderero, y la mano del calderero ya no dejaría su presa.

Piotr sintió náuseas; salió; a lo lejos seguía brillando la corona púrpura de cinco puntas; Piotr recordó que los días transcurrían sin darse cuenta y que el otoño estaba llegando con el piar de los herrerillos y con el ropaje amarillo de los árboles que susurraban.

Delante de la isba, Matriona se había sentado bajo la vaca y tiraba de sus tetillas; la leche repiqueteaba en el cubo de cobre.

Piotr estaba de pie, pensativo, cerca de Matriona:

—¿Sabes que el carpintero quiere acabar conmigo?

—Que el diablo te lleve: ¡lo que eres capaz de inventar…!

—También quiere acabar contigo.

—¿Para qué?

—Además hace daño a gente honrada.

—Eso no puede ser; ¿de qué le iba a servir?

—¿Por qué me mira con ese aire enfadado, por qué me vigila?

—Pues porque es el patrón: vigila, eso es todo.

—Matriona, ¿acaso no ves que somos prisioneros del carpintero?, tú y yo; ni tú ni yo podemos dar un paso sin él: por menos de nada nos sigue al bosque; alarga el cuello para espiarnos desde el altillo…

—Piotr Petrróvich, es un pecado decir mal de…

La leche salpicaba en el cubo, Matriona tiraba de los pezones de la vaca; unas nubes púrpuras alargadas ardían con un vivo destello en algún lugar en la distancia; y al este, la oscuridad cenicienta adquiría tonalidades azul oscuro, y desde allí, en esa oscuridad azul oscuro, se iluminaban las estrellas tímidas, y ahora una brisa fría de otoño hacía susurrar un arbusto.

Piotr, sin saber bien por qué, se acordó de su pasado lejano; de Schmidt y de los libros que Schmidt le daba a leer en el pasado; Dios sabe por qué se acordó del tratado de Paracelso *Archidoxis magica* y de las palabras de Paracelso según las cuales un hipnotizador experimentado podía utilizar para sus propios fines la energía amorosa de la gente; también se acordó del libro del físico Kircher, *De arte magnética*; también se acordó de las palabras del gran Fludd; oh, Piotr debería decirle, debería decirle a Matriona quién era el carpintero y qué era todo eso que había entre ellos; pero Matriona no podía comprenderlo; Darialski se sobresalta, la mira: una campesina tosca que se ha quedado pensativa bajo la vaca, lame el pezón fino; unas mechas de color de ladrillo se escapaban de su pañuelo: está a gatas, se limpia los dientes con un dedo, los gruesos dedos de sus pies chapotean en la suciedad: una verdadera bruja; sólo que, ya veis, tiene unos ojos, ¡qué ojos!, como si sobre ella estuvieran los fríos y rojos destellos del crepúsculo; y, ahora, la oleada vespertina de nubes humea y se aleja hacia el azul pálido. Unas líneas rojizas cubren todo el cielo, aquí, allá, por todas partes.

—¿Y estas plegarias? ¿Acaso sabemos, Matriona, en qué consiste este espíritu que desciende sobre nosotros? No es más que una alucinación del carpintero; y te necesita a ti,

Matriona, y también me necesita a mí; sin nosotros, su propia fuerza lo mataría; hay una palabra para esto, yo te lo explicaría, pero no me comprenderías…

—¿Qué palabra?

—Te lo explicaría, pero no lo comprenderías.

—Vaya por Dios, ¿cuál es esa palabra maravillosa que se ha inventado? Deja a Mitri Mironovich tranquilo, te lo pido en nombre de Cristo; y no me gusta nada lo que dices, ya sabes…

Cogió el cubo de la leche y se dirigió a la isba; entra en la isba… El carpintero y el calderero siguen susurrando en una esquina a oscuras, la luz no está encendida; la isba está en la penumbra; se oye el susurro de las cucarachas detrás de las litografías; y el leve susurro de miríadas de patas de cucaracha se mezcla con el leve susurro de las voces humanas: «zzz, zzz, zzz…».

Cuando Matriona entra, ni siquiera se fijan en ella; están absortos en su conversación; Matriona Semiónovna siente miedo de pronto, y dice:

—¡Mitri Mironovich, eh, Mitri Mironovich!

No la oyen, se hablan al oído: «zzz, zzz, zzz… zzz, zzz, zzz…».

—¡Mitri Mironovich!

—¿Qué? —responde el carpintero con una vocecita aflautada, asustado al oír su llamada; se diría que no se trata de Mitri Mironovich sino de un gallo joven.

—¿Qué hacen ahí?

—¿Qué? —rechinó, como una carreta mal engrasada, el calderero desde el rincón.

—¿Qué están murmurando?

—Nada; rezamos nuestras oraciones; vete en paz, mi pequeña paloma…

—Vete, vete, muchacha —rechinó a su vez el calderero. Matriona salió y se acercó a la vaca.

Piotr estaba allí sumido en sus tristes pensamientos: «Y es ella —se volvió hacia Matriona— mi amada».

Piotr pensaba en Katia (las corrientes ligeras de las nubes se consumían de amor); pero no: ahora Katia le es tan inaccesible como esas nubes; Katia ya no existe para él; y se le encoge el corazón.

—Oh —suspira Matriona—, creo que tengo sueño…

No tienen nada que decirse.

—Escapemos de aquí, si tú quieres, Matriona: te llevaré muy lejos; te esconderé del carpintero; comenzaremos una nueva vida juntos; una vida libre y sin trabas (se acuerda de que le había dicho a Katia esas mismas palabras): escapémonos de aquí, Matriona.

—Cállate: si él te oyera…

—No me oye: ¡escapémonos, Matriona!

—Cállate, lo oye todo, lo ve todo; nos podría encontrar en cualquier lugar; además, yo no iré a ninguna parte, no lo abandonaré nunca, y tú tampoco irás a ninguna parte.

—Os abandonaré, Matriona.

—Volverás a Katia, ¿a tu francesita? Te echará de su casa, la francesita.

—¡Ya no puedo más, Matriona!

—¡Deja de decir tonterías…!

Piotr piensa en Katia brevemente; enseguida aparta ese pensamiento; ahora Katia le es tan inaccesible como esas nubes: Katia ya no existe para él; y se le encoge el corazón.

Las pequeñas nubes le han quemado las alas, livianas como las alas del amor, han sido reducidas a cenizas aéreas, a polvo; los alrededores, incluidas las isbas y los arbustos, se han vuelto aéreos y cenicientos; montones de cenizas amenazadoras se han abatido, procedentes del poniente tan transparente hacía tan poco; pronto toda esta oscuridad turbulenta, todo este aire quemado, adquirirá un color azul, negro, como el rostro de un muerto, invadirá los alrededores hasta el día siguiente, como el rostro de un muerto, el día anterior aún fresco, aún rosa, sonriente, acogedor, amable; el día —manzana apetecible— se ha podrido en la noche, y ya la podredumbre de la noche intenta entrar por las ventanas, se vacía sobre las gentes que están de pie en el portal de la isba, de manera que sus rostros adquieren un color azul y negro, como los de los muertos.

—¿Sabes que el carpintero desea destruirme?

—Cállate: lo oye todo.

—A ti también te destruirá.

Pero Matriona, bajando la cabeza, tira de la vaca rubia que chapotea sobre la porquería.

—¡A cuántas buenas gentes ha conducido el carpintero a su perdición…!

Matriona entra en la isba: no hay ninguna luz encendida: «zzz, zzz, zzz… zzz, zzz, zzz», se sigue oyendo en el rincón a oscuras.

—¡Mitri Mironovich, eh, Mitri Mironovich!

—Zzz…

—¡Mitri Mironovich!

—Zzzz, zzz, zzz…

Como por descuido, Matriona dejó caer el cuenco.

—¿Qué, qué, qué? —replicó suavemente el carpintero desde el rincón, como un gallito joven.

—¿Qué están cuchicheando ahí?

—Rezamos nuestras oraciones…

—Sí, claro, estamos rezando nuestras oraciones —rechinó la carreta mal engrasada.

Encendieron las lámparas…

—Entonces, ¿él es su «ojeto»? —el burgués de Lijov señalaba con el dedo tanto a Piotr como a Matriona; Matriona se sonrojó y clavó la mirada en su vientre.

—Y tanto, y tanto, Sidor Semiónovich, se arrullan como palomas; se dan besitos en el pico…

—Je, je, je: palomas mías —rechinó el calderero como una carreta mal engrasada—. ¡Pues bien, que sigan así!

—Claro que sí, seguro que sí, Sidor Semiónovich, cómo no: es lo que les digo…

—Pff… —resopló Matriona, roja de vergüenza, y se acurrucó en su rincón.

Piotr se sintió tan avergonzado que tuvo náuseas. Salió de la isba dando un portazo; pronto el huésped le dio la vuelta a la taza y salió con el dueño de la casa.

El horizonte aún estaba iluminado: la columna de cinco puntas aún no se había apagado por encima de la aldea.

Sobre lo que sucedía en la taberna

Hollín, vapores, jaleo, campesinos, charcos en el suelo, esto es lo que acogió a Piotr en la taberna; Piotr pidió té y se instaló en una mesita cubierta con un mantel sembrado de manchas amarillas; un tipo se giró hacia él, otros se dieron codazos, otro más susurró: «El señor rojo», otro carraspeó y soltó un taco; el sargento, borracho, arrugó los párpados; y eso fue todo.

Pero Piotr no vio nada de todo esto: apoyó los codos en la mesa y se quedó quieto, sumido en sus pensamientos.

Mi héroe se puso a reflexionar profundamente sobre su destino; no llegaba a comprender su amor extraño, estos cultos salvajes, el trabajo con el carpintero; tenía la impresión de que algo enorme y pesado caía sobre él y lo ahogaba, rodaba hacia su garganta y allá formaba un nudo —una voluptuosidad culpable o bien un simple ahogo—, de manera que, por momentos, no sabía ya qué era lo que experimentaba, si eran unos éxtasis indecibles o bien los tormentos infinitos de su espíritu y de su alma; había algo extraño; cada vez que no había culto, este sentimiento pesado se transformaba en una alegría voluptuosa; el condenado al sufrimiento y a la crucifixión, de los que no puede escaparse de ninguna manera, se esfuerza por bendecir esa crucifixión; es lo mismo que hace el que tiene dolor de muelas: estaría dispuesto a aplastarse la mandíbula con una piedra, únicamente para sentir más dolor: es precisamente en la exacerbación del dolor donde reside el goce, la voluptuosidad; eso era lo que le ocurría a Piotr; esperaba los cultos con una impaciencia voluptuosa; pero en la espera de esta voluptuosidad impaciente soñaba a pleno día en secretos y misterios; hay una cosa extraordinaria: esos días empezaba a amar con más intensidad a Rusia: a veces era un amor voluptuoso, a veces un amor cruel; y esos días Matriona era sólo para él; y con Matriona, esperaba que el carpintero Kudeyárov respondiera a sus esperanzas; entonces, delante de él se abría con más evidencia si cabe un mundo nuevo, donde el carpintero Mitri Mirónovich le esperaba delante de una copa de vino dulce, y ofrecía este vino nuevo a todas las personas.

Pero tan pronto como probaba el vino de esa copa, le parecía tener toda suerte de visiones; sueño o realidad, no lo sabía, pero tenía aventuras extrañas; y después de esos cultos se levantaba con un dolor de cabeza sordo, con vómitos, una especie de indigestión mental… y todo lo que le había ocurrido la víspera le parecía abominable, vergonzoso y terrible; el miedo le hacia volverse hacia los arbustos en pleno día, hacia los rincones vacíos, y constantemente tenía la impresión de que alguien le seguía; sentía en su pecho una mano invisible que lo ahogaba; y tenía miedo de ahogarse; sentía tanta vergüenza que no alzaba la vista hacia la gente, los caballos o las vacas; constantemente tenía la impresión de que animales y personas le seguían con la mirada; presentía que sobre su persona corrían unos rumores inverosímiles, y la vergüenza le abrumaba.

De pronto tuvo un sobresalto y miró a su alrededor: hollín, humo, vapores, jaleo, campesinos; y en medio de todo esto una voz muy clara: «Fíjense, buena gente: el señor rojo está allí sentado…».

—Pues, los «briyantes» no están en casa de ella —se oyó con bastante nitidez en la mesa de al lado, y dos campesinos miraron a Darialski con reproche: Dios mío, no comprendía todas esas alusiones, ni siquiera las oía: en sus oídos seguían resonando las

palabras «el señor rojo»; pero precisamente esas palabras no las habían pronunciado los campesinos; y Darialski se sumergió de nuevo en la contemplación del mantel.

Por ejemplo, fíjense en Matriona: estos últimos días, ya no le parecía la amada por la que habría podido dar su vida y su alma por añadidura; no, para él, Matriona ya no era esa amada; le parecía una campesina gruesa, sucia y estúpida y, además, demasiado ávida de caricias toscas; no había nada más, salvo esta guarrería de la que eran cómplices, que lo retenía cerca de ella; pero, sobre todo, eran los ojos del carpintero los que le retenían, puesto que aquel sobre quien el carpintero posaba su mirada, mi querido amigo, quedaba ligado por esa mirada como un perro a su correa.

Sin pensarlo había pedido vodka, salchichón y un paquete de cigarrillos (de la marca «León», a cinco kopeks la decena); se servía el vodka que le habían traído en una tetera y se vaciaba el líquido abrasador en la boca: ya le picaba la garganta, el fuego se extendía por su pecho, y ya en su cabeza nacía un rumor agradable, cuando de golpe se fijó en un anciano piripi con unas patillas grises, vestido todo de gris, que se había quitado la gorra y se secaba los ojos lacrimosos con un pañuelo rojo.

—¡Yevséich!

—Mi buen señor Piotr Petróvich, cómo ha adelgazado, Dios mío, qué moreno, y qué barba… ¡Ay, mi buen Dios, ay, señor!

—Siéntate a hacerme compañía, mi buen anciano: bebamos vodka…

Y Yevséich se sentó respetuosamente a su mesa.

—La señorita, con su abuela y Pável Pávlovich, su hijo, han marchado a la ciudad. Ah, Piotr Petróvich, mi buen señor, por qué nos ha hecho esto: nuestra señorita está desesperada, y es una buena señorita: es una criatura del buen Dios, nuestra pequeña Katia… Qué mal se ha portado con ella, sí, señor, torturándola, y también torturándose usted; ella es una chiquilla, la señorita Katia… ¡Ah, Piotr Petróvich!

—Bebamos, amigo mío.

—A su salud…

—No hablemos más del pasado: lo que pasó, ya pasó…

—Vuelva a la casa, señor, mi querido señor; todos los criados le echan en falta; no les gusta ese oficial.

—¿Qué oficial?

—Lavrovski, el corneta…

—¿Y quién es ese corneta?

—Un pariente de la señora: está de visita en la casa, espera, está allí desde la tercera fiesta del Salvador, vino no sé si de Petersburgo o de Sarania, su propiedad.

—¡Bebamos, amigo mío!

—¡A su salud!

—¿Se acuerda el señor de cómo yo corría detrás de usted y usted tuvo a bien escaparse a grandes zancadas de mí, un anciano?: pero es que la señorita Katia me enviaba todos los días a la aldea con cartas: creíamos que se había instalado en casa del señor Schmidt; y luego, ya ve —el viejo se quedó pensativo, lanzaba unas miradas de reojo a Piotr—, luego ya ve cómo han ido las cosas; no está bien, no, no está bien…

Estas palabras eran como puñales en el corazón de Piotr.

—Ha adelgazado mucho y, además, me atrevo a decir, está muy moreno, y con barba…

Pero Piotr no le escuchaba; su atención se había desviado: veía al carpintero y al calderero abrirse paso en la taberna, ocupar una mesita; vieron a Piotr en compañía de Yevséich y fingieron, por alguna razón, no darse cuenta de esa reunión: además, Yevséich estaba borracho; sollozaba, pronunciaba unos discursos completamente incomprensibles, pero Piotr ya no apartó la mirada de esa mesita alejada, en la cual el carpintero y el calderero se habían instalado para beber: vio que les traían vodka: «¿Qué les ha traído por aquí?», pensó Piotr, «sólo hay suciedad», llegó a esta conclusión sin saber por qué; y sintió un escalofrío familiar que le recorría la espalda; pero el carpintero y el calderero se ocupaban de sus asuntos: habían acercado sus rostros uno hacia el otro y se contemplaban con sus ojos pálidos, con tanta ternura y tanta languidez que se habría podido decir que no podían estar el uno sin el otro, ni siquiera un minuto.

—¿Fuiste tú quien se lo puso al comerciante?

—No, no fui yo, fue Annushka.

—Entonces, ¿fuiste tú quien llevó los polvos a Annushka?

—Ah, sí, los polvos se los llevé yo a Annushka, pero muy pocos…

—¿Y el comerciante ha…?

—El comerciante está a punto de diñarla.

—¿No puede mover la lengua?

—No.

—¿Y el resto del cuerpo?

—Tampoco…

—¡Caramba con Sidor Semiónovich!

—Nosotros, los Sujorukov, somos así.

—¡Unas personas sólidas!

—¡Y tanto que sí!

—Ay, señor, señor, con quién ha ido a relacionarse: con el desecho, si me permite la expresión, con una desvergonzada; no le da vergüenza; cuántas noches he pasado sin dormir, dando una vuelta tras otra, a causa de mi señorita; ¡qué pena daba la señorita!

—Pero, Sidor Semiónovich, por qué no le pusiste un poco más: puede ser que ahí te hayas equivocado…

—No me des lecciones: aún he de conocer a alguien más inteligente que yo en lo que respecta a la política; si le hubiera puesto más, se habría visto que era un veneno…

—No digo nada, pero escúchame al menos…

—No, espera: tú eres un tipo raro; porque te aseguro que el comerciante durará menos de un mes…

—Ding, ding, ding, ding… Un triángulo resonaba en un rincón; tres campesinos bebían ruidosamente su té directamente de los platos, y alrededor de ellos había un grupo de gente: eran temporeros, gentes que venían en otoño para batir el grano; muchachos con estudios; todos los otoños hacían su aparición en estos lugares; había uno que siempre contaba cosas sobre las estrellas, cuál era un planeta, cuál no lo era: otro campesino había inventado una máquina que podía dar vueltas ella sola; y el tercero tocaba el triángulo con demasiada fuerza; era el otoño, y con él llegaban al pueblo los tres campesinos del otoño; uno decía que enseñaría su máquina, el segundo explicaba qué estrella era un planeta y cuál no lo era; el tercero hacía sonar el triángulo con demasiada fuerza; y el cuarto campesino… no existía.

Ding, ding, ding, ding

Como un lobo que enseña los dientes, que se eriza y se prepara para librar su último combate con dos perros despreciables, así era Darialski: incorporado sobre un codo, intentaba ávidamente oír, a pesar del ruido, el alboroto y el jaleo, de qué hablaban esos dos allá abajo entre susurros: pero tan sólo oía el tintinear del triángulo y una voz docta:

—La tierra, amigos míos, no es más que una bola, y nosotros, pues, vivimos sobre esta bola…

—Pero yo creo —soltó una vocecita—, yo creo que es *dentro* de la bola donde vivimos…

—Qué idiota, ¿cómo podríamos vivir dentro de la bola si no hay aire? ¿Crees que hacen aberturas en la bola para que entre el aire?

Esto fue lo único que oyó Darialski: de nuevo los pensamientos acudían solos a su alma; recordaba que los días que seguían a los cultos le parecía —de hecho, era una evidencia— que entre las gentes que le dirigían la palabra había uno que no conseguía saber quién era ni por el oído ni por la vista ni por el olfato; esta impresión la tenía siempre presente, tanto si estaba trabajando en la isba o bien comiendo con sus patrones: ya ves, estaban los tres trabajando; pero no, cuando baja la vista, le parece que son cuatro; ¿quién es el *cuarto*? Alza la vista: de nuevo son tres; la baja de nuevo, y le parece que el carpintero se ha puesto a murmurar con el otro, el *cuarto*, y este *cuarto* señala a Piotr con el dedo, ríe, y el carpintero azuza a Piotr: «Venga, ve… y yo voy a…, vamos a…». Y el carpintero deja el cepillo, se suena como si estuviera terriblemente confuso, se seca la larga nariz, las palabras del *cuarto* le hacen reír, pero les presta atención:

—Yo ya le he… pero, luego, no puedo… y además todos… deberías hacerlo tú mismo…

—No, no, yo no: hacedlo sin mí, sois bastante mayores —el *cuarto* incita al carpintero, y se ríen juntos, de manera que incluso Matriona se asoma por la puerta para ver quién es este *cuarto*, y entonces Piotr ya no puede más: tira la sierra y clava la mirada en el *cuarto*: pero no hay ningún *cuarto*: mira fijamente hacia el rincón vacío y entonces ve: tres había en el taller, y tres hay en el taller. Cuando Piotr se acuerda de todo esto, se siente como un lobo acosado por los perros, y enseña los dientes, y se presta para el combate; se acerca al calderero.

—En ese caso, ¿tú piensas que la tierra sería un balón suspendido de la bóveda celeste por una cuerda?

—Escucha lo que te digo: la tierra es como una bola…

—Además, yo ya…, y además, yo no puedo, y todos nosotros… hazlo tú mismo —murmuraba el carpintero apartándose del calderero.

—No, no y no: hazlo sin mí, sois bastante mayores…

—Entonces, estamos volando en el espacio…

—¡Evidentemente!

—A ver, si la tierra es una bola, como una pelota, digamos, entonces, estamos en el interior de esta pelota, y los demonios se la pasan de uno a otro: por eso, como dices tú, giran los planetas.

«La tierra es la pelota de los demonios», pensó Darialski, y se sumió de nuevo en sus pensamientos…

O también pasa que cuando salen de la isba, observas: en la habitación están los tres; y sin embargo han salido, caminan hacia la aldea: no son tres, de verdad, son *cuatro*; Piotr se detiene y se pone a contar, y de nuevo no son más que tres; como si el *cuarto* no hubiera existido.

Esta impresión la había tenido todos los días: pero no había dicho ni una palabra al carpintero acerca de su estado mental; había hablado de ello con Matriona.

—Matriona, amor mío, ¿cuántos somos en la isba?

—¿Qué cuántos somos? Pues somos: yo, tú y Mirónovich.

—¿Quién es el *cuarto*?

Y entonces la estúpida ésa se lo dice al carpintero, pero éste no hace ningún comentario: se sonríe por lo bajo.

Todo esto pasó rápidamente por la mente de Piotr mientras examinaba de lejos al calderero; ése era, sin lugar a dudas, el que esperaba: ése era el *cuarto*; peor, ¿qué aventura podría ocurrirle con ese calderero? Por otro lado, no se parece en nada al *cuarto*; viéndole era una nulidad: un verdadero cero.

Piotr levantó la tetera con una risa extraña:

—¡Bebamos, Yevséich!

—¡A su salud!

—Dios es testigo, es una buena cosa para nuestra Iglesia que se haya hecho eso con el comerciante.

—Déjate de historias: ¿en qué consiste esa Iglesia?

Una mosca amarilla vino a posarse sobre la nariz del carpintero.

—En fin, si eso fuera posible, sin Iglesia: es un pecado…

—Sí, es cierto, sigue siendo un pecado aún sin Iglesia, es un pecado de todas las maneras…

El carpintero atrapó una mosca; ésta describió un círculo y se posó agonizante sobre el mantel, frotándose con sus patas su asqueroso vientre amarillo.

—Bien, has encontrado una comparación: como si hubiera sido un asesinato.

—Entonces, ¿no se trata de un crimen? No te preocupes: el pecado no existe.

—¿Qué quieres decir con que no existe?

—Lo que te digo: son historias de las abuelas, nada más: y esa mosca, aplástala, es una mosca de la carroña…

—Entonces, si el pecado no existe…

La mosca carroñera se alejó volando.

—No hay nada, seguro…

—¿Y Él, que juzga con justicia en los cielos?

—¿Qué?

La mosca se posó en el dedo de Darialski.

—No me des lecciones: todavía no he encontrado a nadie más inteligente que yo: puedes creerme; y si el pecado existe, por lo que se refiere al envenenamiento de Luka Silich, tú eres el criminal, está claro; te lo digo como amigo: no te vayas a refugiar detrás de tu Iglesia; pero, ya ves, el pecado no existe: no hay Iglesia, ni Juez en los cielos.

—¡Espera, párate!

—¿Por qué habría de parar? Cuando se lo puse, comprendí que no había nada; absolutamente nada; solo hay vacío; ya se trate de un pollo o de un ser humano, todo es la misma carne, eso es indiscutible…

—Entonces, ¿desfilamos con la cabeza baja?

—Nosotros no: los americanos.

—¡Yo no iría por nada de este mundo a esa América!

Hollín, humo, vapores, jaleo, campesinos; y del otro lado de la taberna empezaron a vociferar:

—Yo te digo, Mitia, yo te digo que te mereces, digo, que se empale: te lo digo, por tu carta te lo digo, este periodicucho…

—¡Bien dicho, bien dicho!

—¡Le toman el pelo al pueblo!

—¡Cerdos!

—¡«Astudiantes»!

—Pero ¿qué es lo que dice? —preguntaba el sargento.

—Dice, nosotros, dice, nosotros defendemos una causa justa… Y yo que le digo: tu causa es la causa de los malditos judíos, le digo; envenenáis al pueblo, le digo.

Los campesinos se dedicaban a insultar a más y mejor, se ponían en grupo para que el sargento los viera mejor; el sargento, borracho, celebraba ese día en compañía de jóvenes de nariz chata porque era vigilia de fiesta; y una ramera gruesa bebía con él.

Hollín, humo, vapores, jaleo, campesinos: Piotr abrió la ventana y entró un poco de fresco; Yevséich, que ya estaba completamente borracho, charlaba detrás de él con la mesa vecina:

—Sobre los «briyantes», no nos cuente historias, viejo; deje ya los «briyantes», venga: desaparecidos están esos «briyantes»…

—Os lo juro por Dios: ¡los han encontrado, esos «briyantes»!

—¡No sigas mintiendo!

—Si quieres vamos a decírselo al sargento…

Piotr no oía nada, se había sumido en sus pensamientos; pensaba que desde hacía un rato sentía sobre él la mirada sombría del carpintero, esa mirada que, se decía por el pueblo, hacía reventar las gallinas; el carpintero cada vez estaba más sombrío al mirar a Piotr, no le quitaba la vista de encima, y Piotr también miraba al carpintero fijamente, y tomaba nota de todas las actitudes que le parecían nuevas; se vigilaban el uno al otro.

El carpintero se había molestado con Piotr porque éste no había cumplido como debía su voluntad con Matriona, y porque Piotr no poseía la fuerza que el carpintero había supuesto; como el interés de un buen capital depositado en un banco, la fuerza de Piotr debería haber servido para reforzar sus discursos sobre *el niño*; ahora se daba cuenta de que había reforzado sus discursos para nada; y si Piotr no estaba seducido por Matriona hasta el fondo de su alma, las cosas no iban bien; era vicio ordinario; por eso a veces fallaba *el niño transparente*, el que nacía de las exhalaciones de cuatro cuerpos humanos.

Pero el carpintero se había molestado con Piotr sobre todo porque Matriona se sentía muy atraída hacia él, mucho: ahora era imposible arrancar a esa estúpida de Piotr y, sin embargo, era necesario, ¡incluso indispensable!

Y mientras se vigilaban de esta manera, se observaban desde los rincones, desde detrás de los arbustos, desde lo alto de la colina, Piotr presentía que entre ellos había un *cuarto* que murmuraba unos discursos espantosos, espiaba, incitaba, amenazaba y los tenía atados de pies y manos, atados juntos por un secreto fatal, vergonzoso y terrible.

Piotr recuerda que, no hace mucho, mientras estaba completamente dormido, tumbado en su banco (Matriona lo había dejado para volver a meterse en su cama), Piotr recuerda la impresión que tuvo en ese momento: le habían pasado una cuerda alrededor del cuello y, con un pie apoyado sobre su pecho, tiraban y tiraban, la bota le chafaba el pecho, la cuerda le apretaba el cuello; Piotr había lanzado un grito y había abierto los ojos: vio al carpintero que estaba de pie inclinado sobre él, pensativo, y se retorcía la barbita; miraba con una atención muy particular su pecho descubierto; entonces Piotr saltó del banco y Mirónovich, advirtiendo su terror, se dio la vuelta y tendió la mano hacia el cuenco, como si quisiera beber un poco de agua; bebió, empezó a toser lamentablemente y fue a acostarse, sin decir ni una palabra, buena o mala. Piotr había tardado mucho rato en recuperar la calma; se había quedado sentado sobre el banco y estuvo aplastando cucarachas hasta que el ojo amarillo del sol naciente se asomó por la ventana de la isba, acorralando las motas de polvo y las migas sobre el suelo de madera; a partir de ese día, Piotr pasaba las noches en el henil; se ahogaba dentro de la isba a causa de la respiración de los cuatro cuerpos humanos que desprendían calor; además, había tenido palpitaciones.

Sólo Dios sabe por qué le pasaba todo esto por la cabeza mientras observaba al calderero: «Ahí están, sentados —pensaba—, el carpintero y el *cuarto*: pero ¿qué representaba ese *cuarto*? ¿Tal vez no era *nadie, un cero*? Están sentados, se critican el uno

al otro, pero ve y dile a quien sea: *Buenas gentes, ¿estáis viendo lo que ocurre?* Se reirían y no lo creerían».

Y mientras pensaba esto, en el rincón opuesto seguían susurrando, lanzando miradas hacia Piotr: pero el humo, los vapores, los campesinos instruidos y el sargento ahogaban sus susurros.

—Y yo, amigos míos, he tenido un sueño; tenía tres cabezas, y cada una de las cabezas era diferente; tenía una cabeza de perro, la otra era una cabeza de pez: sólo una era la mía de verdad; y las tres cabezas discutían: y me tenían loco… ¡horroroso!

—¡Si será cretino!

—Bueno, ¿y qué pasó? —Merece que le den…

—Que el diablo se lo lleve: pero hay que tomar una decisión: tú mismo te das cuenta, Sidor Semiónovich: no le podemos dejar marchar sin más; tú mismo lo entiendes; y además, te lo vuelvo a repetir, ¿por qué tengo que mantenerlo yo —es una boca inútil— si no se puede sacar provecho de él? Es alimentarlo para nada.

Cuando Piotr pasó cerca de ellos camino de la puerta, después de haber tomado, sin confesárselo a sí mismo, una decisión irrevocable, el carpintero le llamó con un tono afable:

—Ven aquí, ven.

—¿Qué pasa? —Piotr se giró hacia ellos, pero con un aire que hizo que los dos se sobresaltaran: provocador, orgulloso, la frente alta levantada; en este instante era un señor, por más que su barba enmarañada (que había crecido durante ese último mes), la masa de cabellos desgreñados y su camisa agujereada en los codos no tuvieran nada de señorial.

—A ver, señor —el carpintero le hablaba con afabilidad—, tendríamos un trabajo para ti: verás, mañana por la mañana Sidor Semiónovich vuelve a su casa; podrías hacer el viaje con él: allí, la mujer de Yeropeguin, el comerciante, te dará un pedido de muebles para mí…

—Con mucho gusto.

—Entonces, prepárese para salir muy temprano: salimos con el alba —Sujorukov le hizo, no se sabe por qué, el honor de tratarlo de usted.

Algo pasó como un relámpago por la cabeza de Darialski, y estuvo a punto de sonreír con alegría, pero, por una u otra razón, juzgó necesario andar con remilgos.

—Es que… —dijo con un tono ocupado mientras se rascaba la cabeza.

—Bien, hazlo por mí, amigo mío —y el carpintero le puso la mano sobre el hombro; una cosa extraña: este rostro noble, con la larga barba colgante (una mezcla de santo y de cerdo), seguía suscitando en Piotr temor y respeto; el carpintero estaba borracho (era la primer vez que Piotr veía al carpintero borracho), y estaba emocionado, todo esto despertaba en él, por encima del odio que le tenía al carpintero, una cierta ternura. Pensó: «¿Cómo es que no me he dado cuenta antes de que este rostro es una mezcla, es a la vez *santo* y *porcino*?». Acababa de inventar la fórmula, y la encontraba buena.

—De acuerdo: iré.

—A su salud —el calderero le ofreció vodka.

Bebieron.

Y Piotr salió: sombría, la noche cayó sobre él, con el crepúsculo aún rojo; la noche lo envolvió de oscuridad y crepúsculo; Piotr marchó en dirección del crepúsculo…

Ruido, jaleo, alboroto, aire viciado; en las mesas se servían gobios, arenques, vodka en grandes teteras, carne preparada de diversas maneras y no demasiado fresca, cigarrillos «León» en sus cajas rojas (a cinco kopecs la decena); no eran asequibles a todos los bolsillos estos cigarrillos, pero los fumaban porque resultaba *chic*, alrededor del sargento ebrio se apretaban unos campesinos también ebrios:

—Atrápalos y tíralos al agua.

—Pero qué decís, yo…

—Nosotros…

—Es la verdad, si me permite decirlo, la verdad: porque es así como ellos…

—Porque, cabeza de alcornoque, se les suben a las barbas del pueblo…

—Es la verdad, si me permitís decirlo, Excelencia: porque, es decir…

—Entonces, atrápalos y tíralos al agua…

Y el sargento deslizó la uña a lo largo de la caja roja, sacó con sus manos temblorosas un cigarrillo y se puso a fumar voluptuosamente.

—Entonces, ¿qué hacemos…?

—Pues por mí que se va a escapar.

—¿Y si se escapa?

—En ese caso, Mironovich, todo se va al garete…

El carpintero se quedó pensativo.

—Eso no lo podemos permitir de ninguna manera…

—Acuérdate de lo que te dice Sujorukov, se escapará.

—¿Se lo pondrías tú?

—Sí, por qué no…

Silencio.

—Sólo que si me propones hacer eso, debo decirte que, por una cosa como esa, estarás en deuda conmigo.

—Eso está claro; te haré una profunda reverencia…

—¿Me reverenciarás con los miles de rublos de Yeropeguin?

—Me inclinaré hasta el suelo con miles de rublos.

—Estamos de acuerdo entonces: me reverenciarás con unos miles.

—Así lo haré…

Silencio.

—Sólo que…

—Yo ya te lo digo: no hay ningún pecado en ello: no hay nada: es el vacío, nada…

—De acuerdo, llévalo a la ciudad.

—Lo llevaré.

—Aquí no es práctico: aquí no podemos hacer nada: es por mi mujer, Matriona…

Silencio.

—¿Y cuándo se hará?

—Se hará; estáte tranquilo… Lo antes posible.

—¡Oh, Señor, Señor!

—Nosotros, los Sujorukov, cuando nos comprometemos a algo… pregúntale a quien quieras, nuestra familia es conocida.

—¿No dejarás que se escape?

—¡Ya verás tú si se escapa…!

—Lo decía…

—¡Qué se va a escapar…! Nadie se me ha escapado nunca…

Silencio.

—Voy a decirte una cosa, y tú, escúchame bien: gallo u hombre, es la misma carne; no hay ningún pecado; todo ha sido hecho de la misma manera, hombres, animales, pájaros: sólo hay un modelo; te lo digo porque somos amigos, y me debes dar las gracias por ello… ¿Me has comprendido?

El acordeón sollozó; la mosca amarilla vino a posarse sobre la mesa del sargento; una joven borracha se puso a bailar; sacudía el polvo de sus faldas con afectación; sus labios estaban fruncidos con aire digno, y había puesto las manos sobre las caderas.

Casada soy
y mi marido, ay,
mal tipo me salió…

El sargento, borracho, se reía a carcajadas, y los muchachos de la nariz chata abrían las bocas como hornos y graznaban a coro:

Así, asá,
asá, así,
esto no va.

La muchacha picaba agresivamente con el pie y berreaba:

Comimos nabo,
comimos col,
la tripa vacía se quedó.

Y los muchachos volvían a corear:

Así, asá,
asá, así,
esto no va

Era una canción nueva, una canción de moda: antes de ésta, en el distrito se cantaban canciones *sicialistas*; pero cuando el pope Nikolái fue arrestado y enviado a prisión, por la

zona se extendió un poco el miedo; cesaron los mítines, se abandonaron las armas, hubo algunas denuncias; y se pusieron a cantar otras canciones:

Mi cuñado me riñe,
me sermonea:
las coles me provocan
pedorrera…
Ésta es mi historia
nada más…

Y los muchachos de nuevo:

Tanto da,
bebe un trago…

Era una canción nueva, una canción de moda…

La joven desenfrenada habría seguido bailando mucho rato, y el sargento habría seguido riendo durante mucho rato y fumando sus cigarrillos «León», todavía habrían seguido cantando toda suerte de canciones —canciones alegres, canciones picaras, canciones sentimentales—, si en ese momento no se hubiera producido un suceso extraordinario: entre los vapores, el hollín, la oscuridad y las colillas alguien bramó de pronto:

—Muchachos, ¡fuego!

Se hizo el silencio: la joven se detuvo, todos se quedaron quietos con la boca abierta, el sargento con una cerilla encendida, en medio de la pestilencia, el hollín y el ambiente turbio; se oían gritos en la aldea; miraron hacia las ventanas: las ventanas estaban rojas.

—No puede ser verdad —se sorprendió el calderero.

—Pues lo parece…

No tuvieron tiempo de recuperar la compostura cuando el campanario de Tselebeyevo retumbó; la campana de bronce se puso a sonar de manera inusual en la oscuridad turbia de la noche: los golpes se sucedían rápidamente; y cuando la gente se precipitó fuera de la taberna, una especie de bruma púrpura, oscura, se elevaba hacia el cielo, y dentro de ella crepitaba, vacilaba y saltaba una llama clara que serpenteaba aquí y allá y alumbraba con multitud de chispas; como si miríadas de avispas rojas y doradas, escondidas en su nido, alzaran el vuelo hacia la noche turbia para atacar a la gente, para cubrirlos con las picaduras mortales de sus aguijones rojos… daban vueltas en el torbellino de su enjambre, refulgían, las malvadas avispas doradas escapadas de su nido; y los tizones chisporroteaban en la noche como abejorros sangrientos; unas serpientes luminosas se encendían y rápida, muy rápidamente, se alzaban por detrás de los rincones, alargaban el cuello, silbaban y se estiraban hacia las isbas vecinas iluminando el prado de Tselebeyevo; lentamente, unas grandes y oscuras volutas de humo rodaban a ras del suelo, fétidas, y se vaciaban en el prado, caían sobre el suelo como una cortina de color rojo oscuro bajo la cual unas sombras bípedas corrían con tanta prisa hacia adelante y hacia atrás que no se veían sus rostros, no se oían sus gritos: sólo las siluetas negras, allá en la distancia, agitaban absurdamente los brazos, chillaban, desenfrenadas; se habría dicho que se trataba de una

ráfaga de sombras infernales, llegadas de todas partes, que celebraban una fiesta a la luz roja de los fuegos.

—Se diría que no son personas sino demonios —se rió un bromista a la espalda del calderero, cuando estuvieron entre la hierba y las flores, a salvaguarda de las llamas; pero apenas el sargento se dio la vuelta al oír esta broma estúpida, el humo le hizo cerrar los ojos borrachos: y, además, vete a encontrar a nadie en la oscuridad…

—¡Qué momento para hacer bromas! —murmuraban alrededor.

—¡Habría que cortarles el cuello!

—No son de nuestra aldea: son los chicos de La Charca de la Yegua…

En la oscuridad unas voces ebrias graznaban:

Arriba, parias de la tierra, en pie…

Y las voces se alejaron en la oscuridad.

El campanario se manifestaba con unos clamores de bronce, aquí, y allá, aquí y allá: dong-dong-dong-dong: unas humaredas sofocantes rodaban, caían al suelo como una cortina de color rojo oscuro bajo la cual unas sombras bípedas seguían corriendo hacia delante y hacia atrás, al tiempo que lanzaban gritos; se oían chisporroteos, crujidos, aullidos y el débil llanto de un niño; una anciana lanzó una exclamación sonora; los propietarios de las isbas vecinas salían como locos, y dentro de la humareda volaban las botas, las ropas, las almohadas, las mantas, las faldas; un enorme saco voló, arrojado a la noche; pero no era la tienda la que ardía, era un granero que había al lado de la tienda.

—¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba! —resonaba este grito sonoro, y bajo el alero rojo diez manos lanzaron a las llamas una larga plancha, su gancho de hierro al rojo por el fuego mordió y arrancó del muro una viga ardiente que los cegaba; se desplomó con un ruido sordo y se consumió sobre la hierba; aquí y allá se estremecía la manguera, que no regaba la llama sino las isbas, los tejados, la hierba y las gentes cercanas que hormigueaban y gritaban prácticamente bajo las llamas: un instante antes, con la precipitación, habían roto la manguera del pueblo y, si no hubiera sido por Utkin, que había venido al galope desde la aldea vecina con una manguera y tablas, no habría quedado de la aldea nada más que las chimeneas ennegrecidas levantándose de entre las cenizas.

—¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba! —resonaban esos gritos sonoros y la cortina roja, como de satén, se estremecía en la humareda: y… ¡patapum!: el techo se desplomó, una cascada de chispas chisporroteó sobre las brasas ardientes, como la espuma dorada de una copa desbordante; y una lengua luminosa, crepitante, se alzó al cielo con maldad jovial.

En ese instante el prado se iluminó bruscamente, como si se hubiera prendido fuego, de tal manera que las gentes que estaban lejos sintieron el calor; en cuanto a los que estaban ocupados cerca del fuego, huyeron gritando y protegiéndose las caras ennegrecidas con las manos; cerca de los groselleros se vio entonces una pequeña silueta, toda blanca; esa pequeña silueta apareció a lo lejos rezando, blandiendo bien alto en dirección del fuego la cruz del altar; era el pope Vukol quien, con los cabellos rizados al viento, afrontaba el fuego en un combate singular armado de la Plegaria de Jesús; sus ojos no veían el infierno rojo; sabe Dios lo que verían esos ojos elevados al cielo.

Los contornos se iluminaron así por un breve instante, después todo volvió a sumirse en la oscuridad; los groselleros se sumergieron de nuevo en la oscuridad; también el

crucifijo, la pequeña silueta enclenque del pope, todo se sumió en la oscuridad; la lengua luminosa, lanzada por un instante hacia el cielo, empezó a descender y cayó; la aldea se había salvado; también se había salvado la tienda.

El tendero despabilado se engalló: tenía la barba enmarañada, la camisa abierta, y los ojos… ¡qué fuego había en sus ojos! Los vecinos de la aldea le rodearon; a duras penas sobrio, el sargento levantaba acta.

Entre la muchedumbre corrían rumores: decían que los incendiarios eran de la aldea La Charca de la Yegua; se señalaba a un joven en concreto; pero el tendero bromeaba y, cosa rara, cuando se hablaba de incendio intencionado, se esforzaba por desviar la conversación.

Sobre lo que le dijo el crepúsculo

¡Atardecer de otoño! ¿Te acuerdas lo sereno que es a veces? ¿Te acuerdas de cómo todo lo que puede haber de doloroso en tu alma se resigna dócilmente a la adversidad, en un sereno atardecer de otoño, cuando la penumbra cenicienta deja ver los campos bajo la bóveda celeste, humildes y vacíos? Una noble paz se extiende por tus miembros mientras los campos que tienes delante observan con todos los fuegos de sus cabañas, como ojos llenos de lágrimas, cuando conversan susurrándose de lejos canciones sin palabras, cuando el terror que durante tantos días ha ahogado tu alma te ofrece, inofensivo, la sonrisa del último crepúsculo: «Yo no existo».

—No existo.

Pero no crees en el vacío; allá, a lo lejos, una parcela que no ha sido segada del todo inclina una espiga marchita hacia la absenta; observas el vacío sin creer en él porque aquí y allá te esperan, te hacen señales con los brazos —aquí y allá—, te llaman, tienen los ojos clavados en ti, te hacen señales, murmuran; y no crees en el vacío.

Pero acude a la llamada, responde a la voz; entonces no habrá nada más que las espigas grises de la absenta que estrujas en las palmas de las manos y ese pequeño animal que ves huir corriendo; te emborracharás con el olor amargo y picante de la absenta, al mismo tiempo que con el olor a podredumbre del mantillo. Al atardecer, el campo otoñal está vacío, el crepúsculo se extiende sobre los bordes, mientras que una larga bandada de cuervos se despliega y, desde el lugar donde la noche extiende su color oscuro sobre la tierra, oyes al bosque murmurar un viejo relato, siempre la misma historia: ya es hora de perder las hojas; en la distancia, el bosque pierde las hojas en cascada, como si la noche que se avecina viniera a romperse sobre la tierra, triste fragor de los sueños.

Quien no haya sentido en esos instantes una claridad que ilumina su alma, es que su alma está muerta dentro de él, porque todos los hombres —todos— en esos instantes han llorado los años pasados; quién no ha regado los campos vacíos con una sola lágrima, aunque pequeña, quién no ha mirado desaparecer las perlas amarillentas con el crepúsculo, más allá de los campos, quién no conoce el roce de los dedos ligeros en el pecho, el beso de unos labios dulces y temblorosos sobre los propios labios; de ése, huid, hombres y animales, y vosotras, hierbas, deshojaros si su pie grosero roza vuestros delicados tallos: en noches parecidas hay que llorar y sentirse orgulloso de este humilde sollozo dedicado a los campos:

son lágrimas santas, en ellas se lava el crimen, en ellas el alma se mantiene desnuda delante de sí misma.

Así el alma de Piotr se bañaba en lágrimas: recorría el campo vacío persiguiendo el crepúsculo, estrujaba en las manos hierbas de perfume amargo y picante, observaba como desaparecían las perlas amarillentas con el crepúsculo, más allá de los campos; sentía en su pecho el contacto de unos dedos invisibles, el beso de unos labios dulces y temblorosos sobre sus labios; y se internaba cada vez más en el campo vacío; el crepúsculo se desvanecía como las perlas amarillentas por el campo vacío; a veces le parecía que estaba a punto de atrapar el crepúsculo, solo sentía los rastrojos bajo sus pies, sólo las canciones sin palabras cantaban quedo a su oído, y esa voz, siempre la misma, conocida de siempre, hacía tiempo olvidada, se había puesto a resonar de nuevo: «Ven hacia mí, ven, ven».

Y él iba.

«Te oigo, regreso, no te vayas, espérame…». Sentía el roce de unos dedos ligeros sobre su pecho, tendía los brazos hacia unos brazos queridos; pero una brisa silbaba en sus fríos abrazos; y la voz, conocida desde siempre, hacía largo tiempo olvidada y que resonaba de nuevo, se dispersaba dócilmente en una pequeña canción sin palabras: no, esa canción sí tenía palabras; y estas palabras que se alejaban por el rocío son las siguientes:

—«Llévate-e-e-e mi pe-e-ena-a-a-a, Rá-pi-i-i-da corri-i-i-iente de agua…» —le llegaba desde el cruce, después se interrumpió: se oyó el chirrido de una carreta, se vio el punto rojo de un cigarrillo, después… después nada más.

«Me lo llevaré todo-todo-todo: todo-todo-todo-todo» —balbuceó un hilillo de agua a sus pies.

—Yo mismo lo traeré…

La campana de alarma se lanzó ruidosamente en persecución de Piotr por los campos vacíos. Piotr se dio la vuelta: sobre Tselebeyevo se alzaba una columna de humo.

De cómo fueron a Lijov

El sol todavía no había salido, la primera helada matinal extendía sobre las rodadas su película de hielo frágil y crujiente, y el camino aún estaba blanco y como petrificado por el hielo, cuando una carreta se detuvo bajo las ventanas de la casa de Schmidt; con el látigo en la mano y el cinturón bien ceñido, el calderero saltó de la carreta y se puso a golpear con mucha energía la ventana con el mango del látigo.

—¡Venga, sal!

Tendió el oído a la ventana, esperaba a Darialski; es cierto, era raro: Darialski no había regresado del campo a la isba del carpintero; después del incendio, se había ido directamente a casa de Schmidt; de qué habían hablado el veraneante y Piotr, y qué clase de asuntos podía haber entre ellos dos, ni el calderero ni el carpintero tenían la menor idea; únicamente habían visto que, durante la larga noche de septiembre, la luz no se había apagado en las ventanas de la casa de Schmidt; por eso estaban los dos inquietos, y por este motivo el calderero se había apresurado a ir con su carreta antes de la hora convenida.

Así pensaba mientras se fumaba un cigarrillo, mientras arreglaba el heno y las botellas en la carreta, mientras colocaba un saco gris en la parte de delante; lo arregló todo, se

quedó pensativo un instante; y volvió a tamborilear de nuevo en la ventana con el mango del látigo:

—¡Venga, sal!

La puerta se abrió, y ¡oh! Los ojillos malvados de Sujorukov se pusieron a girar, a parpadear, y sus gruesos dedos temblaron; estuvo a punto de quitarse la gorra pero se reprimió a tiempo: ¡qué demonios!

La razón principal de esta emoción tan extraordinaria era que el calderero no reconoció en Piotr al joven del día anterior porque iba vestido con una chaqueta, algo arrugada, es cierto, pero bien ajustada, y un cuello almidonado sostenía bien alto el cuello mal afeitado de Piotr; el viento agitaba el abrigo gris, un sombrero de alas anchas estaba ajustado sobre la frente y —esto era lo que más inquietaba al calderero— su mano enguantada aferraba un bastón pesado con el pomo de marfil; los ojillos malvados se pusieron a parpadear, a girar, cuando Piotr, estrechando la mano del veraneante de cabellos blancos, espetó con un tono bastante altivo al calderero:

—¡Vamos, en marcha!

—¡Siéntese, señor! —el calderero no pudo resistirse a ese tono y, para su propia sorpresa, abandonó la conocida altivez de los Sujorukov delante de aquella metamorfosis milagrosa que había transformado a un joven andrajoso en un señor.

—En cuanto a mis cosas —Piotr se dirigía al veraneante—, ya me las enviarás cuando me hagan falta.

Se sentaron; la carreta se puso en marcha con mucho ruido, la película de hielo crujió, el sol apuntaba sobre la vasta extensión: el día prometía ser frío, alto, azul, pálido.

Piotr se giró bruscamente; agitó su pañuelo para decir adiós al veraneante; Piotr enviaba esta última señal de agradecimiento a quien no solamente había sabido transformar en acción la decisión de Piotr e infundirle fuerza para el duro combate que le esperaba, sino que había transformado la vergonzosa conducta de Piotr y su extravío en la noche en una prueba inevitable que le había sido enviada en su camino; llegarán días cuando los sucesos extraños de estas últimas semanas no se le aparecerán más que como un episodio, tal vez duro, como un sueño hace tiempo olvidado; y no, nunca más, pensará en este arabesco del destino que había bordado involuntariamente con tal aplicación.

Se volvió una vez más hacia su pasado: pero sin duda vio algo ahí que habría sido mejor que no hubiera visto nunca; porque un suspiro de pena, que parecía un gemido de arrepentimiento, brotó de pronto de su pecho; pero se esforzó por reprimirlo inmediatamente.

¿Qué había visto?

Allá, allá abajo, estaba ella de pie sobre el estanque con su balancín, le miraba partir por debajo de su eterno pañuelo rojo de lunares blancos; ¿sabía ella que esa era la última mirada que intercambiarían? Si ella lo hubiera sabido, habría caído sobre la hierba con el balancín, se habría arrancado el pañuelo de la cabeza y se habría debatido mucho mucho rato sobre la hierba, olvidándose de cualquier forma de orgullo o pudor femenino; pero no, no lo sabía; estaba de pie allí abajo, junto al estanque, con el balancín sobre los hombros, incluso le veía partir con un aire alegre, protegía sus ojos con las manos y su pañuelo rojo flotaba al viento. En cuanto al carpintero, Piotr ni siquiera lo vio. Tan pronto como se hubieron alejado de la aldea por el camino que ascendía, cuando la aldea se extendía muy lejos, allá abajo, y las isbas y los huertos habían desaparecido en la bruma matinal y no

quedaba más que la gran cruz tallada de Tselebeyevo que brillaba, entonces Darialski se sintió sumergido en una alegría impetuosa, como si todas las alucinaciones que se habían desatado los últimos meses sobre su cabeza —su compromiso de boda, Gugolevo, Tselebeyevo, Kudeyárov, Matriona—, le abandonaran como una neblina que se disipa, al tiempo que él abandonaba Tselebeyevo en compañía del calderero; y lo que ayer era aún para él un mundo inmenso, en ese momento se había reducido a la medida de un pequeño ovillo de humo, allí abajo; y la cruz del campanario de Tselebeyevo le enviaba una chispa brillante directamente a los ojos; pensó en la ciudad, en los amigos que había dejado allí; pensaba en Katia, pensaba que volvería a su Katia, al nuevo mundo, sonriente, liberado de sus delirios del pasado.

El contacto sobre su cuello de la mano del calderero hizo que sus espaldas se estremecieran con desagrado.

—¿Qué te pasa?

—Palpo la tela; no está mal, es una buena tela…

—¿Qué?

—Buena tela, digo, la de su abrigo, ¿cuánto ha pagado…?

—¿A qué viene este manoseo?

—Se le ha levantado el cuello de su abrigo; y la tela, digo, es inglesa, seguro.

Darialski se metió la mano en el bolsillo: tenía su «bulldog» consigo.

—No me juzgue mal, Señoría, si ayer no me conduje con usted como hubiera debido, pero ¿cómo podía saber quién era usted? Yo veía que era un empleado del carpintero; bueno, eso me pensaba, creía que era de condición modesta… ¿Quién es usted?

—Soy escritor.

Silencio. La carreta traquetea; alrededor sólo hay… campos vacíos…

—No se vaya a creer que tengo una idea metida en la cabeza; no tengo ninguna idea especial: yo tengo mis propias ideas, y no son las mismas que las del carpintero, no nos confundamos: yo soy un hombre honesto, cabal; pregúnteselo a quien quiera: nosotros somos caldereros…

La presencia de ese compañero de viaje disgustaba a Darialski; se apartaba hasta el borde de la carreta, pero el compañero desagradable dio pruebas de una asombrosa capacidad para volver a pegarse discretamente contra él.

—Y entonces, ¿qué pasará con el pedido de muebles?

—¿El pedido? Tomaré nota y después volveré; no te ha de preocupar que sea un noble; si trabajaba de carpintero es porque necesitaba conocer al pueblo más de cerca.

«¡Un espía!», el calderero se alarmó aún más que antes: le temblaban las manos; ah, ese carpintero, cómo había metido la pata, ¿cómo había que *actuar* ahora con un tipo como éste? Ahora lo que convenía era *actuar*, si dejaba estar las cosas, estaban perdidos, todos, ¡y por una tontería!

—O sea, ¿no va a Moscú?

—No, no tengo la menor intención de partir: volveré… —mientras para sí pensaba: «¿Por qué me hace tantas preguntas sobre Moscú, cómo lo sabe?».

No sin una pequeña punzada de miedo en el corazón, Piotr lanzaba miradas furtivas a las manos del calderero y a los ojitos vivos en movimiento continuo; estuvieron algún tiempo así, uno cerca del otro, respirando agitadamente. De pronto, un temblor dominó a

Darialski; y sacando del bolsillo lateral de su abrigo un pequeño libro con una hoja de higuera en la portada, lo colocó debajo de la nariz del calderero y le gritó casi al oído:

—Éste es mi libro: soy escritor; todo el mundo me conoce; si alguien me toca un pelo, enseguida saldrá en todos los periódicos.

Pero sin duda había algo incoherente en ese grito, y que el calderero comprendió por sí solo; inmediatamente dejó de respirar agitadamente, se enderezó y poco a poco recuperó el tono habitual.

—Nosotros, los Sujorukov, siempre nos hemos dedicado al estaño desde los tiempos de Maricastaña; por supuesto no somos gente de alcurnia, pero, dicho sea de paso, en Lijov no hay nadie más inteligente que nosotros…

Así marchaban por los campos vacíos, los dos rojos, los dos inquietos, y sólo Dios sabe por qué gritaban, se interrumpían y rivalizaban en fanfarronadas.

Ya habían recorrido casi quince *verstas* desde la aldea cuando Piotr se dio cuenta de que, procedente también de Tselebeyevo, marchaba a buena distancia delante de ellos alguien que hacía galopar a toda velocidad un pequeño caballo bayo; era un *droschki*, ligero y rápido, y en ese *droschki*, sentada de lado, había una pequeña silueta oscura; no dejaba de fustigar al caballo, sin ruido, y era como si los atrajera a sus ruedas, como si, sin palabras, les hablara.

Pronto mi héroe se apercibió de que esta pequeña silueta oscura sentada en el *droschki* se esforzaba, así lo parecía, por mantener siempre la misma distancia que los separaba; si ellos iban más lentamente, el *droschki* iba más lentamente también; a veces el *droschki* desaparecía en los barrancos y no se le veía por el campo; pero enseguida emergía de un valle de pendientes suavemente inclinadas y, de nuevo visible, subía la pendiente a toda marcha. Pronto, la curiosidad se apoderó de Darialski.

—¡Más deprisa! —y arrancando las riendas de las manos del hombre de la ciudad se puso a fustigar al caballo con todas sus fuerzas, porque pensaba que podría adelantar al *droschki*; pero la pequeña silueta oscura fustigó al caballo con más fuerza aún; y los dos salieron disparados a toda velocidad por los campos, y por los campos no había nadie más; dentro de Piotr se había consolidado una resolución secreta; miraba su reloj a hurtadillas, esperaba atrapar el tren de Moscú: «Ojalá pudiera subir a un vagón», pensaba; ya se imaginaba instalado en el vagón, despreocupado, fumando cigarrillos «León», acunado por el gruñido de las ruedas de hierro: una canción maravillosa que lo alejaría de estos parajes.

Pero el ciudadano de Lijov se puso de nuevo a respirar pesadamente junto a los hombros de Piotr, y Piotr se volvió de lado para mirar atrás: veía distintivamente la mirada sucia clavada directamente sobre su espalda, y la mano sucia con los dedos temblorosos extendida hacia su bastón; entonces, con un movimiento imperceptible, hizo pasar las riendas a su otra mano y con la mano libre cogió el extremo del bastón que sobrepasaba por el lado; ahora tenía el bastón en la mano, pero de tal manera que el calderero no podía darse cuenta: Piotr, cuyo corazón latía con fuerza, estaba preparado para lo que pudiera pasar, pero no pasaba nada; ya se estaban acercando a la Cresta Muerta, y desde hacía un buen rato la flecha de Grachija perforaba el azul del cielo; la pequeña silueta oscura del *droschki* descendía ya por el otro lado de la cresta; y Piotr, sin saber por qué, se puso a tirar de las riendas esperando que el *droschki* subiera la pendiente; pero el *droschki* se había sumergido y no reaparecía; la pequeña silueta oscura, así hay que creerlo, se había quedado en el barranco y no quería salir de allí; Piotr sentía claramente sobre él, sobre su espalda, el

aliento cálido del calderero; esta respiración se introducía bajo el cuello del abrigo y le quemaba el cuello.

Piotr detuvo el caballo sobre la Cresta Muerta: no había nadie abajo; al darse la vuelta, vio que el calderero observaba con aire preocupado el fondo del barranco, y también el camino que se alejaba en la distancia siguiendo la cresta en dirección a Grachija. Comprendió que ambos pensaban lo mismo; sus miradas se cruzaron brevemente, rápidamente veladas por sus pestañas.

—¿Este camino lleva a la aldea?

—Sí…

Durante una fracción de segundo solamente pudo ver los ojos del calderero, pero tuvo tiempo de leer la preocupación en esos ojos, e incluso un cierto despecho.

Piotr puso el caballo en movimiento hacia abajo, y cuando estuvieron abajo del todo, la respiración cálida del calderero le quemó de nuevo la nuca:

—Señor, detenga el caballo.

—¿Qué ocurre?

—Me parece que tiene el collar desenganchado…

El caballo se detuvo: Piotr tenía en la mano el extremo del bastón, ¿quién bajaría?

Pero el calderero no bajaba; Piotr tiró imperceptiblemente del bastón, pero éste no se movió; eso quería decir que el calderero sostenía el otro extremo: «Está a punto de bajar para arreglar el collar, y yo no soltaré ya el bastón; vamos a bajar, y entonces veré que este absurdo no existe más que en mi imaginación».

Pero el calderero no tenía intención de descender.

—¿Qué pasa con el collar?

Hubo un silencio molesto; Piotr se dio la vuelta: sus ojos se encontraron.

En ese instante sintió la mano del calderero que tiraba claramente del bastón hacia él, pero Piotr no lo soltó; y el bastón cesó inmediatamente de moverse; entonces Piotr, a su vez, tiró del bastón hacia sí, pero manifiestamente la mano del calderero no soltaba el bastón.

Todo esto no duró más que un breve instante, pero durante ese instante la mirada atenta de Piotr intentó penetrar una fracción de segundo en los ojillos incoloros que guiñaban y lo evitaban.

—Adelante: me he equivocado; no le pasa nada al collar…

Piotr comprendió que el calderero no descendería de la carreta y que no soltaría el bastón: «¿Para qué necesita mi bastón?». Se esforzaba por hacerse esta pregunta y se esforzaba por convencerse de que era verdaderamente una pregunta: pero desde hacía un tiempo, en lo más profundo e inconsciente de su alma, *todo eso* no era siquiera una pregunta.

Entonces Piotr, con su mano libre, azuzó el caballito con todas sus fuerzas; ahora estaban en la cima de la cresta; se dio la vuelta hacia el calderero; vio justo delante de él la mano del calderero que sujetaba el pomo del bastón, y su pequeña silueta enclenque que daba saltos sobre la carreta; pero habiéndose dado cuenta de que los ojos de Piotr observaban sus movimientos con aire inquisitivo, el ciudadano de Lijov adoptó un aire inocente, como si estuviera examinando atentamente la talla del pomo de marfil.

—Qué le parece, ¿es bonito mi bastón? —Piotr sonrió con mordacidad.

—No está mal este bastón —el calderero le devolvió la sonrisa mordaz—, miraba de qué clase de material es.

—Dame, te lo voy a enseñar…

—Ah, aquí está, hay una marca.

—Ahí no, está aquí.

Y tras una pequeña lucha, apenas perceptible, Piotr arrancó por la fuerza el bastón de las manos del calderero.

Están al otro lado de la cresta; volvían a correr por la llanura.

Y cuando se encontraron de nuevo a cierta distancia de la cresta, Piotr vio al darse la vuelta que el *droschki* pasaba la cresta, y la misma pequeña silueta oscura agitaba el brazo, sin ruido, azuzaba su caballo, como si llamara, como si, sin palabras, hablara; pero la aventura en el barranco había dado coraje a Piotr: «No, no, no, *todo eso* lo he soñado», intentaba convencerse a sí mismo. «Sí, sí, sí, *todo eso* existe», respondían los latidos de su corazón… Y ahora, Piotr no soltaba el bastón.

Por su parte, el calderero, sentado ahora al borde de la carreta, ya no respiraba ruidosamente, ya no resoplaba; se habría dicho que no sentía la menor emoción; pero sus labios hinchados seguían fruncidos en una mueca, y le daba la espalda ostensiblemente a Piotr.

—¿Usted conoce a esos Yeropeguin, los comerciantes? —le espetó Piotr como de pasada.

—En la ciudad todo el mundo les conoce; pregunte a cualquier chiquillo de Lijov…

—No, no, quería decir si usted estaña la vajilla para ellos. (Inconscientemente, Piotr, a medida que sus sospechas se atenuaban, empezó a tratar de usted al calderero).

—No; aún no he estañado nada para ellos; tienen otro calderero; a quien ni siquiera conozco.

Bien, las sospechas se atenuaban.

Piotr se quedó pensativo; su alegría matinal había desaparecido; ya se estaban acercando a Lijov. «Cómo me voy a deshacer, ahora, de *éste*, y una vez allá, derecho a la estación. ¡Mientras no me proponga llevarme a casa de los Yeropeguin!».

Apenas entraron en Lijov se pusieron a dar tumbos como si las piedras más incómodas del pavimento de todos los caminos hubieran sido lanzadas a propósito debajo de la carreta.

Piotr llevó la carreta sobre terreno mojado; rodeaban la alta valla de la prisión, cerca de la cual abundaban los ranúnculos; a lo lejos brillaba una bayoneta aislada; por las ventanas con rejas de la prisión vio un rostro afeitado y una chaqueta gris: «Es sin duda un Fokin o un Aliojin», pensó Piotr, y mientras observaba ese rostro afeitado, el calderero saltó de la carreta, corrió a una casita baja y se puso a susurrar con insistencia, hablaba con un tipo que llevaba una gorra, parecido a él; el tipo de la gorra movía la cabeza en señal de acuerdo, miraba a Piotr de reojo, con curiosidad, y mascaba pipas; todo esto ocurrió discretamente; y cuando Sujorukov subió a la carreta y tomó de nuevo posesión de las riendas, Piotr examinaba el rostro afeitado que le sonreía desde el otro lado de la ventana con rejas; y siguieron adelante.

—¿Por qué vamos tan lentamente?

—Ya ve como está el camino…

El tipo de la gorra les seguía: ahora el *droschki* había llegado a la casa cerca de la cual el calderero se acababa de detener para murmurar; si Piotr se hubiera dado la vuelta, habría

visto la pequeña silueta oscura bajar del *droschki* y otras dos siluetas pequeñas que se colocaron al lado de Piotr; pero éste estaba reflexionando sobre la manera de deshacerse del calderero; y se sorprendió cuando el calderero detuvo el caballo a la entrada de la plaza del mercado, bajo el rótulo «Sujorukov».

—Bien, señor, adiós: ya te he traído, ahora tienes piernas para caminar; yo, ya es hora de que me dedique a mis asuntos.

—Muy bien, gracias, gracias —Piotr al bajar le alargó una cantidad de dinero.

—No, espera: guarda tu dinero; nosotros, los Sujorukov, no aceptamos dinero por cosas como ésta (había recuperado su aire lleno de dignidad, y le volvía a tutear).

—Pues, muchas gracias, de todos modos —a manera de pago Piotr le tendió la mano (enguantada, cierto es, ¡y es que desde la víspera las maneras de Piotr se habían transformado en maneras de señor!).

Dejó escapar un suspiro de alivio, qué sencillo había resultado todo con el calderero; se reprochaba sus sospechas injustas; ahora caminaba libremente, a grandes y rápidos pasos, hacia la estación; en media hora todo habría acabado; su relación vergonzosa con este lugar se rompería para siempre. Así iba caminando, balanceando el bastón, y ninguno de los habitantes de la ciudad que se encontraban con este *ciudadano* habría podido decir al verle que este ciudadano ayer mismo aún vestía una camisa roja llena de manchas y rota en los codos; los habitantes de la ciudad pasaban y no se daban la vuelta; sólo un habitante de la ciudad, que seguía obstinadamente a Piotr, sin apartar la vista de su espalda pero sin alcanzarlo, mantenía la distancia; ese ciudadano de Lijov permanecía constantemente pegado a sus talones.

La estación

—¡Qué el diablo se lleve a este calderero!

Se acercó a la taquilla y vio que estaba cerrada.

—¿A qué hora pasa el tren?

—Ay, señor, el tren ya ha salido, ¡hace más de una hora!

—¿A qué hora sale el próximo tren para Moscú?

—No hay otro hasta mañana.

—¿Para dónde sale el tren siguiente?

—Para Lisichensk.

Por obstinación estuvo a punto de marchar a Lisichensk, pero cambió de opinión a tiempo: no tenía nada que hacer allí, y de todas maneras sólo llevaba consigo el dinero necesario para ir a Moscú.

Y se quedó.

La noche se aproximaba de puntillas; y Piotr seguía sentado allí, bebiendo cerveza, una cerveza dorada que le dejaba la espuma pegada en el bigote.

¿En qué estaba pensando? ¿Acaso se piensa en *esos momentos*? En *esos momentos* se cuentan las moscas que pasan volando, en *esos momentos* no se siente ya esa mitad del alma que está herida de muerte; y así pasan los días, las semanas, los años.

Piotr hacía rodar entre sus dedos unas bolitas de pan, bebía cerveza, y no sentía nada más salvo una agradable calidez y la sorpresa de ver que todo había terminado con tanta facilidad, que le había resultado tan simple arrancarse los hilos diabólicos; experimentaba una emoción dulce; engullía la cerveza; contaba las moscas y observaba a un oficial de buena planta a su lado que interpelaba a otro:

—Corneta Lavrovski, ¿tomará otro trago?

—Con mucho gusto.

—¡Otra ronda para cada uno!

Y bebieron sus vasos, y el oficial de buena planta dijo con condescendencia.

—Ay, muchachito, venga…

«¿Dónde he oído todo esto antes? Todo esto ya ha tenido lugar, pero ¿dónde y cuándo?», pensó Piotr: «*Corneta Lavrovski*: ese nombre también lo he oído antes».

Lo que ha sido, es; lo que es, será; todo llega; y todo pasa.

El ciudadano de Lijov que seguía a Piotr caminaba arriba y abajo por la estación, solo.

Sobre lo que pasó finalmente

El día era de un azul intenso cuando entró en la estación; y cuando salió de ella, el día era… pero no, ya no era de día, pero tampoco era de noche, o eso le pareció; había un vacío, un verdadero vacío oscuro, pero no había oscuridad: en el lugar donde una hora antes los burgueses andaban atareados, donde los árboles se agitaban, donde se alzaban las casas bajas, no había nada: una nada absoluta se abatió sobre él, o más bien él se abatió sobre esa nada; ni un sonido, ni un murmullo, ni un solo ruido; le pareció que había abandonado un mundo de azul intenso al entrar en la estación; después, de allí, había salido directamente a una ciudad de sombras; entre *ese Lijov* que había atravesado recientemente y *este Lijov* había al menos un millón de verstas de distancia: ese Lijov era una ciudad de personas; éste de ahora era una ciudad de sombras.

No obstante, acabó por situarse. Se habría dicho que sobre la superficie gris, que se le pegaba a los ojos, una mano tímida había pintado por aquí y por allá, de cualquier modo, unas manchas negras y, aquí o allá de cualquier modo, había borrado la tinta china: incluso se puso a andar a tientas entre esas manchas oscuras y blanquecinas; se convenció rápidamente de que esas manchas no eran manchas, sino objetos absolutamente reales que tenían una tercera dimensión; incluso vio a lo lejos el ojo de una farola, después otra, y más luces; pero todo aquí era tenue, como velado por un velo funerario.

¿Adónde podría ir ahora?

¿Por qué no había marchado a Lisichensk cuando aún tenía tiempo? Pero ¿cómo habría podido saber que todo cambiaría tan deprisa y tan irremediablemente?

Miró a su alrededor, y lo único que vio fue una pequeña silueta muy oscura que se perfilaba allá a lo lejos sobre el fondo que no era completamente negro.

—¿Cómo se va? ¿Cómo se va a…? ¡Eh, escúcheme!

Pero la pequeña silueta sólo se recortaba, muda, sobre el fondo blanquecino de una pared: le era visiblemente imposible responder a las preguntas: quizás algún muchacho

había pintarrajeado esta pequeña silueta oscura sobre el muro con un pedazo de carbón, y no se trataba de ningún ser humano. Y Piotr se alejó de ella, hacia el vacío.

Pero cuando se puso en marcha, la pequeña silueta se puso en marcha también.

Piotr se acercó a las farolas; aún de forma confusa, la ciudad muerta se dibujaba delante de él. Piotr vio incluso por una ventana abierta cómo un habitante del Lijov polvoriento, dentro de un decorado polvoriento, rasgaba en solitario un violín, cerca del samovar…

—¡Todas las habitaciones están ocupadas!

Esto fue lo que le dijeron en el hotel; vacío, como si no hubiera nada: Lijov, ¡la ciudad de las sombras!

Piotr volvió a errar por el vacío; pronto se extravió en la plaza del mercado; y pronto volvió a topar con un muro blanquecino: y de nuevo, como allá abajo, había una pequeña silueta dibujada en el muro; hay que creer que un bromista se había divertido pintarrajeando sombras negras sobre todos los muros blancos: una sombra humana había dibujado su propia sombra. Y cuando Piotr se alejó de la pequeña silueta, ésta volvió a seguir a Piotr.

De pronto, justo delante de su nariz, oyó una voz conocida, chirriante como una carreta mal engrasada; de pronto sintió contra su oreja una respiración familiar hacía muy poco tiempo: una mezcla entre tabaco fuerte y ajo.

—¿Qué tal está, señor?

Reconoció al calderero, pero no le veía: únicamente lo oía, y reconocía el olor: ¡qué contento estuvo!

—Señor, discúlpeme la expresión, pero tiene aspecto de cretino: solo en la oscuridad, a estas horas… hay gente mala.

Piotr estuvo apunto de responder: «En esta ciudad no hay ni eso», pero se contuvo a tiempo.

—Es que no sé dónde alojarme, ¿dónde hay un hostal por aquí?

—¡Cómo es eso, si debería ir a alojarse en casa de la Yeropeguina!

Sí: una buena idea; y además, allá, al menos, vería gente; éstos de aquí no son gente, son sombras.

—Ya, pero ¿cómo se va a su casa?

—Le acompañaría pero ahora no tengo tiempo… Eh, amigo, ¿no pasarás por casualidad por la calle Ganshina?

—Sí que paso —dijo una voz no lejos de Piotr.

—Acompaña entonces al señor a casa de la Yeropeguina.

Piotr se volvió y se sorprendió de que una voz saliera ahora de la pequeña silueta delante de la que se hallaba hacía un instante.

—Vamos.

Y la pequeña silueta se puso en marcha siguiendo el muro; Piotr la siguió: por precaución hizo que su bastón silbara en el aire, para que la pequeña silueta supiera bien qué objeto tan interesante tenía en la mano.

Más tarde, cuando estos minutos hubieron transcurrido y quedaron fijados en el pasado, Piotr, sentado delante de una taza de té, entre tapices, recordó la impresión que había tenido cuando caminaba en esas tinieblas: le pareció que caminaban durante años, que habían adelantado a las generaciones futuras en muchos millones de años; le parecía que aquel viaje no tenía fin, y que no podía tener fin, como tampoco podía tener vuelta atrás: la eternidad estaba delante de ellos; y detrás también había la eternidad; e incluso la eternidad no existía; y en el hecho de que no existía la eternidad allí tampoco había simplicidad; ni vacío ni simplicidad, no había nada; únicamente había un muro blanquecino, y sobre el muro, el burgués de Lijov; Piotr intentaba vanamente comprender a qué se parecía realmente este habitante de Lijov, a fin de poder encontrar en esos rasgos aunque fuera una cierta lógica, aunque fuera una justificación de buen sentido, no importa cual, aunque fuera una salida de socorro para la simple debilidad humana; pero, visiblemente, las gentes que han transgredido un cierto límite pierden completamente la indulgencia que pone sobre su mirada el velo de una simplicidad ordinaria; por más que esto sea penoso, hay que repetirlo aquí, puesto que el habitante de Lijov que se deslizaba al lado de Piotr no era ni alto ni bajo pero sí silencioso y flaco y, además, tenía dos cuernos muy visibles…

—¿Qué?
—Ejem… nada…
—A mí, señor, me había parecido oíros decir un taco, dicho sea sin ofender…
—¿Tardaremos mucho en llegar?
—Mire, allá abajo, esa es la casa, allá donde está la farola que parpadea.

No, no era el diablo, porque el diablo iba detrás.

La liberación

Rostros pálidos, pálidos, pálidos… ¿los conocéis? ¿Con bolsas oscuras bajo los ojos? Habitualmente estos rostros son agradables, no son precisamente bellos pero hay algo en ellos que os captura: como si estos rostros nacieran de vuestros sueños lejanos y acompañaran toda vuestra vida… Ni en la realidad, ni siquiera en el sueño, ni en la imaginación, sino solamente como presentimiento; sin embargo, los veis, o al menos queréis verlos: empezáis a ver estos rostros en las mujeres (sólo un poco, la aparición no es total); y a las mujeres también se les aparecen, y a los hombres rubios únicamente; y, tranquilos, bromistas, pasan sin ser nunca objeto de encuentros futuros.

Piotr se sorprendió al ver ahora un rostro parecido… ¿pero dónde? En la entrada de la casa de los Yeropeguin. ¿De quién era ese rostro? El de la más insignificante de las criadas que le había abierto la puerta. Serena, ella no se asombró, parecía que lo esperara; él no la había visto antes pero, sin embargo, le era familiar; al verle sonrió con una sonrisa familiar,

como si ella pudiera decir muchas cosas sobre la pérdida o la salvación de su alma; una vela de estearina temblaba en su mano: «Lo contaré todo, todo, todo», parecía que le dijera.

Pero en la entrada hizo su aparición la horrible «torta» enfundada en el vestido color chocolate, y una verruga sobre el labio.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Permítame que me presente: Darialski, escritor.

—Encantada, ¿qué puedo hacer por usted?

—Conozco personalmente a su esposo, en junio me invitó a venir a visitarles; he perdido mi tren, y por eso me he permitido pedir su hospitalidad, ¿podría pasar la noche en su casa?

—¡Pero si hay un hotel en la ciudad! —era evidente que Fiokla Matvéyevna desconfiaba de la extraña aparición de Piotr a esa hora intempestiva.

—Precisamente, el hotel está completo.

—Pero mi marido… ha perdido el uso de la palabra…

—¿Qué me dice? No hace mucho lo vi y estaba bien.

—¿Dónde lo vio?

—En casa de la baronesa Todrabe-Graaben, de quien fui huésped este verano (pronunció estas últimas palabras con orgullo: el pobre tenía tanto miedo de que lo enviaran de nuevo a la nada oscura, donde el otro, *el cuarto*, lo esperaba cerca de la casa).

Esta última declaración surtió efecto.

—Annushka, prepara un lecho para el señor en el pabellón.

Piotr vio la vela, que goteaba, ponerse a temblar en la mano de la que, por no se sabe qué presentimiento, tenía ganas de llamar *querida hermana*, ésa cuyos rasgos le recordaban algo… sí, ¿pero qué?

—Se lo ruego —balbuceó la «torta» cruzando las manos sobre el vientre, y se dirigió arrastrando los pies hacia las salas ocupadas por jarrones ventrudos, sillones, espejos.

Y cuando hubieron transcurrido los minutos durante los cuales había vencido a la eternidad, tomando millones y millones de años de adelanto, él y su extraño compañero, sobre las generaciones futuras, ahora que presidía desde un cómodo sillón mullido y bebía una taza de té, con un cigarrillo «León» en los labios, pensaba que Moscú estaba lejos, que incluso Lijov, la ciudad de las sombras, quedaba atrás; ¿hacia dónde se dirigiría ahora? Se sentía bien, y desplegaba toda su elocuencia delante de esa «torta» que tenía un rostro bondadoso y una mirada discreta.

Deseando ser un huésped agradable en todos los aspectos, le propuso una partida de cartas; pero ella rehusó.

Sólo una aparición, o más bien una *procesión*, inquietó aquel idilio, una procesión porque… Pero ¿qué habrías dicho tú, lector, si la muerte hubiera pasado cerca de ti, por una oscura hilera de salas, arrastrada entre cirios fúnebres y acompañada de ancianas murmuradoras? Tú estás habituado a leer aventuras semejantes en las novelas, pero esto no es una novela ni una fantasía, es… Piotr veía que unas velas habían tomado posesión de toda la hilera oscura de habitaciones: dos ancianas llevaban de la mano a la muerte, en camisón y gafas negras; la muerte avanzaba penosamente, poniendo con dificultad un pie

delante del otro y arrastrando las zapatillas. Detrás, Annushka entró con unas velas y sonreía a Piotr como una hermana querida, y se habría dicho que le hacía una señal para que la siguiera y que, sin palabras, le hablaba.

—Disculpe… es mi marido enfermo —explicó la «torta» a Piotr—, no hace ni una semana que ha comenzado a caminar de nuevo…

—Sí… ¿y su habla?

—Los doctores dicen que quizás volverá a hablar…

—¿No se sabe cuándo?

Ella bajó los ojos.

—Puede que nunca.

Piotr se quedó pensativo; pero ¿en qué pensaba Piotr?

¿Se piensa algo en esos momentos? En esos momentos se cuentan las moscas que vuelan; en esos momentos, la mitad del alma que se halla herida de muerte está muda; se queda muda durante días, semanas, años… y únicamente pasados esos días, esas semanas, esos años, comienzas lentamente a tomar conciencia de lo que le ha ocurrido a la mitad perdida de tu alma, y a preguntarte si todavía existe un alma que ha perdido una mitad; y tú no sabes aún si tu alma está muerta o solamente desvanecida, ni si te será devuelta: pero su retorno bienhechor se manifestará primero en ti con un dolor espantoso, o con una enfermedad del cuerpo que te dejará inválido: para ti es la muerte revelada: ¿lo habías olvidado? Pero esta mitad del alma aún pertenece a la tumba; y, levantándose de entre los muertos, afronta el juicio final: sufre de nuevo todo lo que has vivido y superado desde hace mucho a fin de transformar el absurdo de los días pasados en una belleza celeste; pero, si no hay suficiente fuerza en tu alma, entonces las partes contaminadas se pudrirán y desaparecerán para siempre.

¿Qué podía pensar Piotr en esos momentos? Sólo sabía que había recorrido millones de verstas, que había vivido millones de días desde ayer.

—Entonces, ¿es posible que su marido no recupere nunca el habla?

—Nunca. Pero ya es hora de que vaya a descansar: Annushka, acompaña al señor.

Hacía ya rato que Piotr se había retirado; y bajo la luz roja de las lámparas de aceite, entre edredones, almohadas, cojines, delante de la efigie del pájaro-paloma fundida en plata maciza, vestida con solo una camisa, la trenza deshecha, Fiokla Matvéyevna se prosternaba en la habitación donde reinaba un ambiente sofocante y donde nadie tenía derecho a entrar, salvo Annushka del Corral.

Ya no tenía miedo de su marido, porque su marido estaba totalmente privado del habla; incluso si había visto y comprendido algo, no habría podido decirlo, pero, además, no lo comprendía, había perdido la razón y estaba a punto de entregar su alma a Dios; sí, pero por lo que parecía, el alma de Luka Silich estaba fuertemente atada a su cuerpo, y la entrega de su alma a Dios se hacía esperar de semana en semana; era incluso raro: los doctores esperaban su muerte de un día a otro, pero resultaba que desde hacía más de una semana Luka Silich había recuperado un poco el uso de sus brazos y de sus piernas; además, estos

últimos días no paraba de mover la lengua y de querer salir de la cama; y tres días antes había conseguido sacar las piernas de la cama, y quiso que lo pasearan por la habitación; y desde entonces las ancianas lo paseaban por las habitaciones cada día antes de ponerlo a dormir; pero el doctor insistía que Luka Silich vivía sus últimos días.

Sería un pecado decir que Fiokla Matvéyevna deseaba la muerte de su marido, pero no hacía más que pensar que si su marido recuperaba el habla, le diría: «¿Qué pasa en esta casa, mujer: es cierto que…?». Solo que, aunque recuperara la palabra, no podría recuperar la razón: el cerebro de Luka Silich se había quebrantado: ayer, por ejemplo, Fiokla Matvéyevna había ido a la habitación de su marido, y él, con una mano temblorosa, no paraba de dibujar unos signos incomprensibles delante de ella, y lloraba, derramaba torrentes de lágrimas: había tenido que quitarle las gafas y secarle los ojos; y él la miraba a los ojos con un aire lamentable y, como un niño, volvía a echarse a llorar a lágrima viva; Fiokla Matvéyevna también había llorado con su marido; después se acordó de los signos dibujados por la mano insegura y temblorosa de su marido; había algo parecido a una o, después una t y una r: otr…; después unas letras que Fiokla Matvéyevna no pudo descifrar: se le ocurrió completar la palabra y obtuvo Otriganiova (era su apellido de soltera); y pensó: ¿no será su muerte, la de la joven nacida Otriganiova, la que Luka Silich predecía de esta forma? Estos pobres de espíritu, con el cerebro enfermo, profetizan mejor que muchos sabios.

—¡Señor, Señor! —suspiraba la comercianta bajo la luz roja de las lámparas de aceite—. ¡Señor!

Y el pesado pájaro de plata extendía sus alas sobre ella…

De pronto… se oyó un ruido en la sala vacía, y un leve susurro de zapatillas; alguien arrastraba los zapatos: la «torta» salió corriendo al pasillo, sólo llevaba puesto el camisón, y lanzó una ojeada a la sala; y lo ve: en mitad de la sala, Luka Silich en persona está de pie con una vela en la mano temblorosa: se levantó por la noche, arrastró los pies por las habitaciones, aún tuvo fuerzas para coger una vela (la vigilante seguramente se había dormido, y él se había levantado y había salido); ¿pero quién era ese Luka Silich? Es la muerte que mira a la comercianta por las ventanas negras de sus gafas; la muerte la ve, la muerte viene a buscarla, a ella, de soltera Otriganiova; la mano que sostiene la vela está levantada y se agita, y la otra mano dibuja en el aire, temblorosa, las letras o, t, r…; y Luka Silich separa los labios, abre la boca y su lengua se mueve, sin fuerza, ¿es eso una mueca en dirección a la «torta»?

Entonces la «torta» lanza un grito y cae de rodillas cubriéndose el pecho con los brazos (porque estaba desvestida) y se queda mirando a su marido.

Y él, oyendo el grito débil dejó caer la vela, y las tinieblas envolvieron a los dos esposos; se oyó el sollozo de Fiokla Matvéyevna y unas zapatillas ligeras que se le acercaban en la oscuridad, después el ruido del pesado candelabro que rodó hacia un rincón.

¡A casa!

Por debajo de un pañuelo negro, en su rostro pálido, extraordinariamente pálido, los grandes ojos de Annushka miraban pensativos, osados y tranquilos a Piotr cara a cara;

estaba allí, severa, con una linterna que sostenía en las manos alzadas y que arrojaba sobre sus rasgos de cera un reflejo ligero y sangriento; su otra mano abría de par en par la puerta hacia la noche; y esta mano parecía indicarle la orden inexorable de dirigirse hacia allá donde no se distinguía nada, nada más que las tinieblas, el murmullo de las hojas, y el viento llegado de allí le golpeaba la cara y la hermana querida lo guiaba, sin palabras, sus ojos se hablaban, y los ojos de ella le decían muy nítidamente: «Lo contaré todo-todo-todo: todo-todo-todo…».

—Pero, yo mismo…

—No, qué vamos a decir…

Pero nada parecido se dijo entre ellos; eran los ojos los que hablaban; sus labios mantenían otros discursos.

—Ah, ¿debo ir hacia *allá*?

—Sí: su cama está preparada en el pabellón.

—¿Dónde está el pabellón?

—En el jardín: sígame, por favor, señor.

En un instante Darialski pensó que haría bien en coger su abrigo de paso; pero cambió de parecer: estaba muy cerca.

Cruzó la puerta detrás de ella.

Era extraño: la misma ausencia de luz y de oscuridad en el seno de la cual se había debatido hacía tan poco tiempo por las callejuelas de Lijov, ahora estaba llena de tinieblas, pero temblaba, hacía ruido, se alegraba bajo las ráfagas de viento frío que parecía obedecer a la mano de la que le guiaba; las tinieblas palpitaban en millares de hojas; los perales se abalanzaban a su encuentro bajo el círculo luminoso de la linterna; bajo el círculo de luz se iluminaban de verde; y la noche serena se desplegaba inusualmente por encima de sus cabezas, desvelaba sus mundos y sus constelaciones: Piotr tenía la impresión de que se dirigían hacia las estrellas, y marchaba con un paso firme detrás de la linterna que parpadeaba delante de él.

Ahí estaba el pabellón, al fondo del jardín, y su pequeña ventana ya iluminada le dirigía un guiño de bienvenida.

Pero cuando Annushka abrió la puerta, Piotr se sobresaltó de pronto:

—¿Está vacío este pabellón?

—Sí.

—¿Aquí es donde he de estar yo? ¿Sólo?

—Me quedaré con usted —dijo, y le dirigió una sonrisa franca; Annushka estaba en el umbral con la linterna alzada mientras su otra mano abría de par en par la puerta delante de él, y le pareció que esta mano sobre la puerta le indicaba imperiosamente un camino nuevo.

Piotr se dio la vuelta, no se cansaba de sentir el viento impetuoso que azotaba su pecho poderoso, no se cansaba de admirar las estrellas que le mostraba la noche serena: cuántas veces lo había visto, pero hoy era como si lo viera por primera vez, y se esforzaba por fijarlo en su memoria para no olvidarlo nunca más.

Ella seguía de pie, esperaba, le indicaba la puerta con la linterna levantada.

Piotr pasó por debajo de la linterna; le envolvió un olor a cerrado; Annushka cerró la puerta; estaban solos ahora los dos en esta antecámara sofocante.

Al entrar en la habitación que se le había destinado para pasar la noche, se dio cuenta que habían limpiado el suelo con *kvas* y se le pegaba a las suelas de los zapatos; el pequeño pasillo tenía una curva a la derecha y luego a la izquierda; en la mitad había una puerta; pasaron por esa puerta; Piotr vio una habitación pequeña, limpia, blanca, con unos almohadones mullidos, una cama, una cómoda de caoba, una mesilla de noche, un lavamanos y otros objetos necesarios en un dormitorio, todo en un estado impecable: incluso había objetos de escritorio sobre la mesa, sobres, papel y sellos; también vio una cuerda sobre la cama; todo esto estaba iluminado por una lámpara barriguda.

«Hace mucho tiempo que no tenía ocasión de dormir con tanto lujo», pensó.

Y recorrió de nuevo la habitación con la mirada; entonces advirtió que sobre la puerta había una abertura de donde se había quitado el cristal y por donde sería posible, si se quisiera, pasar una cabeza, poniendo previamente un taburete delante de la puerta; examinó todo eso sin objetivo (como todas las personas distraídas, que retienen inmediatamente los detalles inútiles mientras lo esencial se les escapa siempre).

Por última vez se volvió hacia su nueva amiga, que le comprendía sin palabras: «Mi hermana querida», su corazón se encogió de piedad, y todo su ser tuvo el impulso de contarle, decirle, compartir, besar fraternalmente sus labios donde no había la menor gota de sangre, y murmurar, como sólo se puede murmurar después de una larga separación: «¿Y bien?».

—¿Y bien? —dijo.

Pero ella le hizo una profunda reverencia, muy seria; como una joven monja que, en la iglesia, se prosterna hasta el suelo delante de un icono.

—¿Y bien?

Ella cerró cuidadosamente la puerta; se quedó al otro lado de la puerta. Piotr estaba solo.

Permaneció aún mucho tiempo sentado, inclinado sobre la mesa; escribía a Katia; febrilmente, con prisas, como si quisiera en esta única carta contárselo todo sobre él mismo, explicarle lo ocurrido todos esos días que ni él mismo comprendía, explicar su conducta, que ahora finalmente entendía, de golpe, de forma muy evidente; podemos confiar en que Piotr supo encontrar las palabras; escribió la dirección sobre el sobre; pegó un sello, metió la carta en el bolsillo de su chaqueta; pero se quedó sentado en la mesa; «Hermana querida, me has abierto los ojos; me has devuelto a mí mismo…». El alma de Piotr se bañaba en lágrimas; ya había perdido la conciencia; y le parecía que había dejado Lijov muy lejos detrás de él y caminaba por un campo vacío que rozaba unas hierbas con perfume amargo y picante, contemplaba las perlas amarillentas irse con el crepúsculo más allá de los campos; y sobre su pecho sentía el contacto de unos dedos invisibles; sobre los labios, los besos de unos labios dulces y temblorosos; se alejaba cada vez más por ese campo vacío, acompañado de canciones sin palabras que resonaban quedamente en su oído; y oía esa voz, siempre la misma, conocida desde siempre y desde hacía mucho tiempo olvidada, la voz de una hermana querida: «¡Ven hacia mí, ven, ven!».

—Te oigo, ya voy…

Y recuperó sus sentidos: fue sin duda un susurro lo que lo había despertado y, cuando se dio la vuelta, la puerta de la habitación estaba abierta.

—¿Eh?

En la puerta vio el rostro triste, un poco burlón, de Annushka, completamente vestida de blanco.

—¿Necesita algo?

—¿Eh?

Annushka se reía provocativamente; y parecía que no le era fácil decir esas palabras incoherentes que herían el oído de Piotr:

—Se lo pregunto porque nunca he estado al servicio de señores jóvenes…

—¿Qué podría necesitar?

—No sé, no sé lo que necesitan los señores jóvenes…

—No, no necesito nada —Piotr la interrumpió con brusquedad.

Entonces se fijó que ella alargaba la mano hacia la llave que estaba en la cerradura por la parte interior.

—No, déjela: cerraré la puerta por la noche.

Y se abalanzó rápidamente hacia la puerta, pero con un movimiento rápido, Annushka le cerró la puerta en las narices, riendo por lo bajo y burlándose, pero con un aire poco natural.

Ahora Piotr estaba encerrado con llave.

Entonces lo comprendió todo: apagó la lámpara y se quedó envuelto en la oscuridad completa; y cuando corrió a la ventana fija para romper los cristales, vio, pegado al marco, un rostro que lo miraba fijamente con descaro; y vio bajo la ventana algunas lámparas que se movían rápidamente en las manos de pequeñas siluetas oscuras y diligentes que agitaban los brazos hacia él; entonces corrió hacia la puerta y se puso a escuchar con terror, lanzando miradas a la ventana; las pequeñas siluetas oscuras seguían agitándose detrás de las ventanas, pero detrás del muro todo estaba en silencio, aunque la luz de una vela vacilaba en la abertura sobre la puerta; en un instante Piotr acercó un taburete a la puerta, saltó encima y pasó la cabeza por la abertura: vio cuatro espaldas oscuras apretadas una contra otra y sendas gorras inclinadas contra la puerta; no vio los rostros; dio un salto hacia atrás para coger su «bulldog»; sólo entonces se acordó de que el «bulldog» se había quedado en la casa, con su bastón y su abrigo gris. Entonces comprendió que todo había acabado.

—Dios mío, ¿qué ocurre, qué ocurre?

Se cubrió el rostro con las manos, se dio la vuelta y se echó a llorar como un niño abandonado.

—¿Por qué?

Pero una voz cándida le respondió quedamente:

—¿Y Katia?

De pie en un rincón, comprendió que toda resistencia era inútil; una única súplica le cruzó la cabeza a la velocidad del rayo: que ocurriera rápido y sin dolor lo que fuesen a hacer con él y que todavía no tenía fuerzas para nombrar; pero aún creía; aún confiaba.

—¿Cómo, dentro de unos breves instantes seré… «eso»?

Pero esos breves instantes se alargaban como miles de años.

—¡Abrid, rápido, abrid! —gritó con una voz alterada y todo en él temblaba—: Señor, Dios mío, ¿qué es, Dios mío, qué me ocurre? ¿Qué es esto…?

Con su grito y su invitación a *realizar lo planeado* era como si él mismo colocara un epitafio bajo su vida acabada: «la muerte».

Entonces la cerradura chirrió y *ellos* aparecieron; hasta ese instante estuvieron preguntándose si franquearían el umbral fatal; después de todo, *también ellos* eran hombres; pero finalmente aparecieron.

Piotr vio abrirse la puerta lentamente y una gruesa mancha negra, que pisaba con ocho pies, penetró en la habitación; esto lo vio porque una vela les iluminaba el camino desde el pasillo; la mano de quien sostenía la vela temblaba. Pero ellos tampoco lo veían, aunque se dirigían prudentemente en dirección a él; se detuvieron; y un rostro se inclinó hacia él, ordinario en extremo, más asustado que malvado, y de ese rostro partió un murmullo que se transmitió a todos…

—Hermanos, ¿por qué me…?

Pam: un golpe cegador le hizo caer al suelo; vacilante, sintió que estaba de cuclillas; pam: un golpe aún más fuerte; y la nada; rotura y desgarro…

—¡Venga!

—¿Eh?

—¡Arriba! ¡Arriba!

«Tap, tap, tap», pisaban los pies en la oscuridad.

—¡Pásame la cuerda!

—¿Dónde está?

—Aplástalo más…

«Tap, tap, tap», pisaban los pies en la oscuridad; dejaron de pisar; en un silencio absoluto se oía la respiración pesada de las cuatro espaldas inclinadas, hombro con hombro, sobre algo; enseguida se oyó un crujido claro, como el ruido de un pecho que se chafa; luego, de nuevo el silencio…

«Tap, tap, tap», los pies volvieron a pisar…

Piotr había vivido en el éter miles de años; había visto todo el esplendor oculto a las miradas de los mortales; y no fue hasta su regreso, lleno de felicidad, cuando lleno de felicidad entreabrió los ojos, y lleno de felicidad vio… que un rostro pálido se inclinaba sobre él por debajo de un pañuelo oscuro; y de ese rostro caían unas lágrimas sobre su pecho; y en las manos levantadas de aquel rostro lleno de tristeza había un pesado objeto de plata, como un crucifijo que descendía lentamente.

«Mi querida hermana», estas palabras flotaron en algún lugar, allá.

«Descansa en paz, hermano», le respondió un eco, desde allá.

Le cerró los ojos cuando aún estaba con vida; se fue; no regresó.

En el alba gris que apenas despuntaba, la llama amarilla de la vela danzaba sobre la mesa; en la pequeña habitación seguían esos hombres grises, no malvados, y sobre el suelo, el cuerpo de Piotr respiraba convulsamente; sin crueldad, a rostro descubierto, *ellos* seguían de pie sobre el cuerpo y miraban con curiosidad lo que acababan de hacer: el color

cadavérico y el hilo de sangre que corría de un labio que sin duda se había mordido en el ardor de la lucha.

—Aún está vivo…

—¡Respira!

—Vuélvelo a chafar…

La mujer con los brazos extendidos colocó sobre él la paloma de plata.

—Déjalo: ¡es nuestro hermano!

—No, es un traidor —respondió desde su rincón Sujorukov, que liaba un cigarrillo.

Pero ella se dio la vuelta y dijo con reproche:

—No sabes nada: puede que sea un hermano también.

Y un murmullo de compasión se elevó alrededor:

—¡Pobrecito!

—No le hemos chafado bien…

—¡Está a punto de traspasar!

—¡Ya ha traspasado!

—¡Que Dios acoja su alma!

—¿Están preparadas las palas?

—Sí.

—¿Dónde lo colocamos?

—En el huerto.

Y del rincón llegó de nuevo la voz, muy clara:

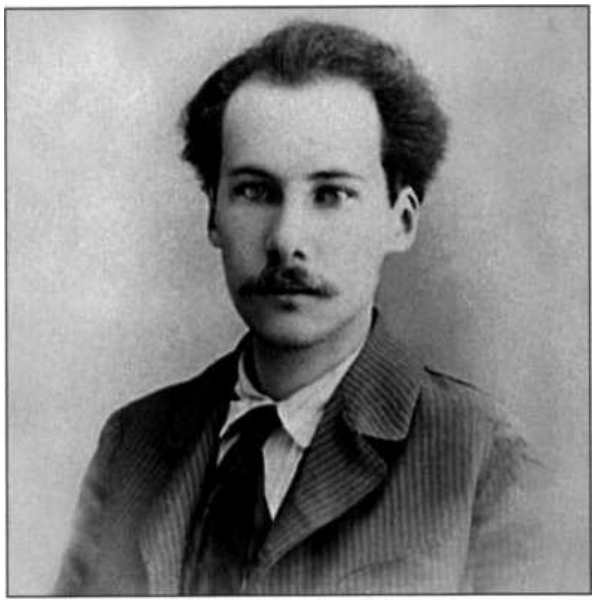
—Yo le he dado con su bastón, ése que intentó todo el tiempo arrebatarme durante el camino.

Le quitaron la ropa: envolvieron el cuerpo en algo (sin duda en una tela de saco); y se lo llevaron.

La mujer, con los cabellos sueltos, caminaba delante y sostenía la efigie de la paloma…

La mañana era fresca: los árboles murmuraban; unas pequeñas nubes plumosas se deshilachaban con unos hilos de color púrpura, como sangre limpia, que recorrían el cielo como riachuelos cristalinos.

FIN



ANDRÉI BIÉLI, seudónimo de Boris Nikolayevich Bugáiev (Moscú, 1880-1934) es el escritor ruso más influyente del siglo XX, en opinión de Vladimir Nabokov. Su huella es similar a la de James Joyce en la literatura de habla inglesa. Poeta, novelista y crítico literario, Biéli fue, con Alexandr Blok, jefe de filas del movimiento simbolista y uno de los maestros del futurismo ruso. Su obra más conocida es *Petersburgo* (1913). Biéli residió durante varios años en Berlín y Suiza y regresó a Rusia en 1923.

«Parecía traspasado de luz. Jamás vi a otra persona dotada de semejante luminosidad. No sé si era debido a sus ojos o a su pensamiento en constante ebullición, pero el hecho es que transmitía a todo el que se le aproximaba una vibración intelectual… Su presencia, su mirada, su voz enriquecían el pensamiento, aceleraban la mente. La impresión que tengo de él es la de algo milagroso, de un vendaval materializado, de algo incorpóreo, de una carga eléctrica». (Nadiezhda Mandelstam).

«Andrei Biéli es el escritor más interesante de nuestro tiempo. Toda la prosa rusa contemporánea lleva su impronta». (Viktor Shklovski).

«El lenguaje de sus libros es el lenguaje de Biéli, de la misma manera que la lengua de Ulises no es el inglés, sino la lengua de Joyce. Biéli fue el Joyce ruso hasta el fin». (Evgueni Zamiatin).